



JUAN ISIDRO JIMENES GRULLÓN

LA REPÚBLICA DOMINICANA:
UNA FICCIÓN



LA REPÚBLICA DOMINICANA:
UNA FICCIÓN

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE II. ENSAYOS



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Antonio Peña Mirabal Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Remigio García Director General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del INAFOCAM

Xiomara Guante Presidenta de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Magdalena Lizardo, Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Juan Tomás Tavares,

Ramón Pérez Minaya, Laura Peña Izquierdo, Laura Lehoux, Ángela Español,

Ramón Morrison, Adriano Miguel Tejada Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

CONSEJO ACADÉMICO

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Alliet Ortega Vicerrectora de Gestión

Luisa Taveras Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

David Capellán Ureña Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Carmen Gálvez Directora de Estudios de Grado

Angelquis Aquino Directora de Postgrado y Educación Permanente

Apolinar Méndez Director de Extensión y Cocurriculares

Sharon Schnabel Directora de Planificación y Desarrollo

Anthony Paniagua Representante Directores Académicos

Luisa Acosta Representante Maestros

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil

J. I. JIMENES GRULLÓN



LA REPÚBLICA DOMINICANA:
UNA FICCIÓN

PRÓLOGO DE LEÓN DAVID

LA REPÚBLICA DOMINICANA: UNA FICCIÓN | J. I. Jimenes Grullón

Primera edición Talleres Gráficos Universitarios / Merida-Venezuela 1965.

Segunda edición Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU.
Santo Domingo, República Dominicana, 2020.

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie II. Ensayos.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.

Diseño de interiores y portada Ana Zady Gerardino y Julissa Ivor Medina

Diagramación Julissa Ivor Medina y Yelitza Sosa

Corrección Miguelina Crespo V. y Vilma Martínez A.

ISBN 978-9945-9224-1-7

© Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, para esta edición autorizada por los herederos de Juan Isidro Jimenes Grullón. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2020.

P R E S E N T A C I Ó N



Como parte de las iniciativas y esfuerzos para el cumplimiento de su misión, el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, La Pedagógica Dominicana, implementa un proyecto editorial para poner en manos de sus docentes y de su estudiantado, formadores de formadores y futuros maestros, respectivamente, así como de toda la comunidad educativa y académica nacional, ediciones de obras de sobresaliente importancia literaria, histórica o académica.

Tras iniciar este proyecto editorial con «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», consistente en diez piezas fundamentales de nuestro acervo literario, proseguimos con la «Serie II. Ensayos».

Esta nueva Serie comprende once libros que recogen ensayos de autores considerados clásicos, a saber: *Ideas de bien patrio*, de Ulises Francisco Espaillat; *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, de Pedro Henríquez Ureña; *Análisis de la Era de Trujillo. Informe sobre República Dominicana*, de José R. Cordero Michel; *La utopía de América*, de Pedro Henríquez Ureña; *Feminismo*, de Ercilia Pepín; *Ideario feminista y algún apunte para la historia del feminismo dominicano*, de Abigaíl Mejía; *Perfiles y relieves*, de Federico García Godoy; *La República Dominicana: una ficción*, de Juan Isidro Jimenes Grullón; *El nacionalismo dominicano*, de Américo Lugo; *Invitación a la lectura*, de Camila Henríquez Ureña e *Imágenes del dominicano*, de Manuel Rueda.

Quien suscribe se honra en compartir como prologuista con Adriano Miguel Tejada, Andrés L. Mateo, Ángela Hernández Núñez, Franklin Gutiérrez, Ida Hernández Caamaño, León David, Miguel D. Mena, Quisqueya Lora H., René Rodríguez Soriano[†] y Rubén Silié, a quienes agradecemos su invaluable contribución.

En el proceso de selección de los ensayos que forman parte de esta Serie, participaron Andrés L. Mateo, Bruno Rosario Candelier, Dennis Simó, Marcos Villamán, Miguel D. Mena, Mu-Kien Sang Ben, Pablo Mella, Raymundo González, Roberto Cassá y Soledad Álvarez.

En la primera Serie, reunimos parte importante de lo mejor de las letras dominicanas y de la recreación de nuestras realidades históricas y culturales. La «Serie II. Ensayos», persigue hacer lo mismo, con una valiosa representación de la ensayística dominicana, la mejor literatura interpretativa y argumentativa sobre nuestras realidades a través de los tiempos, que nos invite a pensarla de manera analítica y crítica.

Si algunas de las obras, o todas, aquí incluidas resultan controversiales, mejor aún, porque al suscitar nueva vez el debate, como lo hicieron de seguro cuando originalmente vieron la luz, mayor será su contribución a ese pensamiento analítico y crítico que tanto necesitamos.

Al ofrecer a la comunidad educativa y académica, y a la sociedad en general, esta Serie II, nos satisface seguir aportando a la preservación y difusión del patrimonio intelectual y cultural del país, como reclama nuestra misión como institución de educación superior. Reiteramos la esperanza de que también contribuya a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



Acotaciones a punto largo en torno a la obra *La República Dominicana: una ficción* de Juan Isidro Jimenes Grullón

Por León David

C oncédame el lector complaciente, a cuya cortesía me encomiendo, dé arranque a estas consideraciones —acaso infundadas y a buen seguro prescindibles— en torno al estudio histórico intitulado *La República Dominicana: una ficción*, de la autoría del insigne polígrafo quisqueyano Juan Isidro Jimenes Grullón —mi padre—, procediendo a arrimar la díscola y caprichosa péndola a la rada nostálgica del recuerdo; que a no juzgar de otra manera quien a estos descoyuntados renglones ha tenido la indulgencia de asomarse, una pizca de sentimental añoranza incorporada al estricto y seco eslabonamiento de las ideas, si puede que en nada contribuya a conferir mayor credibilidad al reflexivo discurrir o suasoria solidez a la argumentación, en el peor de los casos tampoco perjudicará en lo más mínimo —tengámoslo por cosa averiguada— el feliz desenvolvimiento de la cavilación. Y es que el autor de la presente glosa, por temperamento y oficio hartamente más inclinado a la recreación artística de la realidad (con lo que semejante actitud conlleva de carga subjetiva y

emocional)..., el autor, decía, de estos infractores comentarios, de viso y condición por entero refractarios a la gélida geometría de los conceptos que el pensador doctrinario despliega atendiendo única y exclusivamente al rigor de una huraña cuanto desapacible legalidad de abstracta catadura, siempre se ha avenido a conjeturar que la brillantez intelectual y la contundencia cuestionadora y analítica no tienen por qué andar reñidas —al menos en el ámbito del relato histórico— con un planteo inquisitivo que junto a las plausibles inferencias, verificada documentación, hipótesis verosímiles y explicaciones convincentes, se proponga insuflar a las interpretaciones expuestas (por naturaleza genéricas, impersonales y de amplio espectro cuando no abstrusas) la concreta inmediatez de lo directamente experimentado, la carnadura, la vibración, el palpito y colorido de la vida... Tanto más cuanto que la muy excepcional coyuntura de hallarme en la situación de llevar a esta hoja de papel algunas apreciaciones acerca de una obra que vi nacer, fruto de la mente privilegiada de quien fuera mi culto progenitor, a quien hoy lamentablemente la clase letrada de nuestro país, salvo contadas excepciones, ha confinado en la fosca neblina del olvido, pareja circunstancia, insisto, por modo asaz comprensible y espontáneo abre, como no podía dejar de hacer, las esclusas de la memoria mía, y heme aquí de repente transportado, en alas de retrospectivo peregrinaje espiritual, hacia los parajes de un ayer que lejos de haberse desvanecido por obra del transcurrir vejatorio del tiempo, habita aún —y siempre habitará mientras me asista la conciencia— en los más recónditos hontanares de mi ser.

...Y la remembranza, cálida y entrañable, me traslada a un remoto 1966 —¿o era 65?— en la entonces apacible ciudad venezolana de Mérida, urbe asentada en espléndido escenario al pie de la majestuosa cordillera de Los Andes, que alzándose en sus más prominentes picachos a más de cinco mil metros de

altura exhibe, orgullosa, la eterna e inmaculada diadema de la nieve. Allí a la sazón estudiaba en la reputada universidad de dicha villa, centro académico que atraía a gran número de jóvenes de todo el país, un mozalbete (el que más de cinco décadas después en este preciso instante estas líneas pergeña —porque aunque parezca increíble doy fe de que alguna vez tuve veinte años—), muchacho que como en ese entonces no vivía solo y a su guisa sino junto a sus padres en un departamento céntrico de esa provinciana pero bulliciosa población, fue involuntario testigo del alumbramiento de *La República Dominicana: una ficción...* Mis intereses y cuidados en ese período juvenil de la existencia apuntaban a horizontes muy ajenos a lo que en el seno del hogar acaecía, y aun cuando la relación con mis padres fue siempre estrecha y afectuosa poca atención prestaba a lo que hiciesen o dejarasen de hacer. Por lo demás, que mi padre se consagrara a escribir un libro acerca de los avatares y desventuras de su amada patria insular, recién invadida por el ejército norteamericano tras la sonada insurrección constitucionalista, nada tenía de novedoso ni de extraño; desde muy niño, cuando en Cuba, por una u otra razón, no tenía que salir a ganarse el pan recorriendo los caminos de toda la geografía oriental de ese antillano suelo en su trabajo de visitador médico, y podía permanecer en casa, me acostumbré a verle a cualquier hora del día o de la noche sentado frente a su máquina de escribir portátil, a un lado de la mesa el sempiterno y humeante habano desparramando cenizas sobre el cenicero y al otro lado la indefectible taza de café recién hervido que a lentos sorbos consumía cuando por un momento daba tregua al gastado teclado de la vieja *Underwood*, mientras, la vista perdida sabrá Dios dónde, se colocaba de rato en rato el puro en la boca aspirando el humo que a seguidas liberaba a manera de espesa nube aromática que todo lo envolvía. Aún me maravilla recordar (tengo grabado en la mente el sonido metálico

de los tipos golpeando sobre el rodillo) la extraordinaria celeridad, que hasta el más habilidoso mecanógrafo habría envidiado, con la que los cinco dedos de ambas manos presionaban las teclas haciendo que el timbre marginal tañera de continuo al tiempo que movía la palanca del carro libre para pasar a la siguiente línea... Ahora bien, para el caso que nos incumbe lo que no pudo dejar de sorprenderme fue topar con una escena muy diferente: en esta oportunidad no disponiendo de máquina de escribir por causas que se me escapan, circunstancia por entero excepcional, mi padre se las arreglaba dictando a mi madre con su gruesa voz de experimentado catedrático, renglón a renglón, párrafo a párrafo, capítulo a capítulo, las ideas que luego aparecerían corregidas en el libro de autos, y que la improvisada copista en una ordinaria libreta de cubierta azul, de esas que aquí llaman mascotas, con celo de eficiente secretaria, a lápiz y en letra harto legible y de gran tamaño disciplinadamente borrajaba.

Así pues, por de pronto en sus inicios, fue viendo la luz *La República Dominicana: una ficción*, libro sobre el que a seguidas, luego del precedente paréntesis de desembarazada reminiscencia, tengo el propósito de enhebrar algunos comentarios que si no consiguen mostrarse a resguardo del reproche de superficialidad, ostentarán a trueque la ventaja de no ir trufados de notas pedantes como ciertos refritos académicos al uso.

Claro que antes de entrar de lleno en materia, o, como dice el pueblo menudo, antes de agarrar al toro por los cuernos, respondiéndome a mí nada sistemático y harto reprehensible modo de abordar con fines evaluativos los escritos de talante ideológico (y la indagación histórica, se percate o no de ello su autor, pertenece a dicha categoría), obedeciendo, repito, a la falta de método y orden con que suele mi reflexión errar por los laberintos minotáuricos de la mente, disculparé quien por entre estas líneas pasea su mirada que difiera nueva vez durante

breve lapso el somero vistazo crítico que me comprometiera llevar adelante por los intrínquilis de la varias veces mencionada obra de Jimenes Grullón, para, al buen tun tun y sin tiento ninguno, proceder a..., iba a escribir a un «razonamiento», pero quizás la denominación que le acomode sea más bien una «divagación», en torno al criterio que de la historia maneja la gente del común, tanto como acerca de la idea que de la referida disciplina —si al cabo estoy de lo que pasa— se forja y alienta el grueso de los historiadores; excursio este que, con la venia del lector, de inmediato resbalará de los puntos de mi pluma..., pues amén de que pareja digresión no la juzgo extemporánea ni ociosa, ya que va de suyo que la perspectiva heurística que se adopte a la hora de apreciar la validez y monta de un ensayo de carácter histórico tendrá muy cruciales consecuencias por lo que toca a la comprobación de los méritos o la carencia de virtudes del texto sujeto a valoración, convengamos que por si fuera cosa de poco lo que vengo de argumentar, el tema en sí de lo que corresponde entender por «historia», lejos de habérmelo sacado alegremente del magín, lejos de haber sido traído por los cabellos o agregado de matute, guarda estrecha relación —de ello estoy más que persuadido— con el objetivo de tasa y elucidación que estos improvisados y acaso insolventes escolios persiguen.

Porque, a riesgo de soliviantar a más de un profesional consagrado a la exploración de los tiempos idos, viene a cuento confesar —la ocasión la pintan calva— que me incluyo en el número de los que entienden que la historia no es ni jamás será una ciencia natural como la física o la biología o la botánica, y que el historiador, no embargante se haya quemado las pestañas intentando y creyendo descubrir leyes de comportamiento social de validez si no universal al menos sí aplicables a una cultura y a una época, parejo historiador, por muy meticoloso que se muestre en el manejo de los datos, por amplia que

sea su erudición y grande su cautela a la hora de precisar las causas y motivaciones de los acontecimientos de que se ocupa, lejos estará de ser un científico en el sentido que conferimos a dicho término cuando se lo adjudicamos a un Galileo, a un Newton, a un Lavoisier, a un Darwin, a un Pasteur, a una Mme. Curie o a un Einstein. Lo propio del científico de la naturaleza es abstraer, generalizar, reducirlo todo al grado más extremo de uniformidad, de regularidad, esforzándose por encontrar en el bien delimitado y aislado ámbito de hechos objeto de su interés un conjunto de pautas reiterativas e invariables que permitan establecer con certeza el comportamiento de los elementos que entran en juego en esa esfera obligatoriamente restringida y artificialmente extraída del enmarañado orbe que llamamos realidad, donde cuanto hacemos, pensamos, imaginamos, soñamos y sentimos se mezcla y entrecruza; porque a propósito y con muy buenos motivos circunscribe él dicha esfera, ya que solo así es posible dar cuenta de las mentadas regularidades, cuestión esta sobre la que, y excúseseme la fastidiosa cantilena, toda redundancia es poca. El historiador, en cambio, busca registrar y dar razón de sucesos específicos, y más que específicos, únicos e irrepetibles, que por esencia rehúsan cualquier tipo de manejo, control o verificación de laboratorio, y que, por consiguiente, no pueden ser reducidos sin falseamiento y estropicio a fórmulas generales que los hagan encajar a la fuerza en el lecho de Procusto de sofisticados modelos teóricos que aun cuando encierren provechosas ideas, estimulantes e ingeniosos vislumbres, al privilegiar un componente de la complejísima combinación de fenómenos y humanas interrelaciones que todo período histórico exhibe (período en el que se añudan y entrecruzan simultáneamente lo colectivo y lo individual, lo económico y lo político, lo insólito y lo común, lo premeditado y lo irracional, lo inevitable y lo fortuito, la desatada pasión y la prudente y racional conducta), al privilegiar,

argüía, un factor sobre el resto de los innumerables elementos que forman parte de cualquier estadio del cuadro histórico investigado (como hiciera Buckle, siguiendo a Comte, con el clima, Taine con la raza, el momento y el medio, Marx con la teoría de la lucha de clases y la base y la superestructura, o los freudianos con el inconsciente), el resultado dará lugar por modo inexorable a omisiones flagrantes, a exageración y esquemáticas deformaciones... Y es que la existencia de las sorprendentes criaturas que hemos convenido en apodarar humanas, desde que milenios atrás se desprendieran poco a poco del simio del que procedían y, tras múltiples experimentos fallidos de la naturaleza, accedieran al misterioso litoral de la conciencia simbólica, dicha existencia humana, recalco, si por algo se ha caracterizado desde entonces es por estar constituida por una inextricable red de pensamientos, sentimientos, deseos, voluntades, impulsos e intereses que amén de su casi infinita diversidad —o tal vez a causa de ella— no se prestan a una fácil ni exacta medición. De ahí que los métodos cuantitativos de las ciencias positivas como la geología, la astronomía o la genética —salvo en los casos en que la indagación histórica confine y ciña al máximo su área de estudio— reportarán muy escasos beneficios cuando usurpando una función que no les corresponde se los pretende emplear a guisa de elucidario o llave maestra en la esfera de índole preponderantemente cualitativa del acaecer histórico.

Por lo demás, es perfectamente comprensible que no parvo número de los más brillantes cerebros consagrados al examen de los hechos del pasado de una nación, cultura o colectividad, se hayan sentido hipnotizados por los extraordinarios logros que iniciando en el siglo XVII, pero sobre todo a partir de las dos centurias siguientes, alcanzaran, sentando pautas, las ciencias naturales; logros cuyos efectos se materializaban en espectaculares progresos de orden técnico que acarrearán, a

su vez, drásticas mudanzas de todo género en el ámbito de la vida cotidiana. Nada tuvo de raro entonces que nutrida cantidad de ilustrados intelectuales afectos al estudio de la historia se propusieran —animosos, confiados y optimistas— remedar los éxitos que los físicos, biólogos y matemáticos obtuvieran en los respectivos campos de su especialidad, acogiendo dichos historiadores al expediente de acomodar a su propio asunto de indagación (el cuento de la lechera, que diría un castizo) los métodos específicos utilizados por las mentes a menudo geniales de quienes a las referidas disciplinas científicas se dedicaban.

De hecho, como con envidiable brillantez lo señala Isaiah Berlin, cuyas ideas en torno al tema puesto sobre el tapete con total irreverencia me he complacido en saquear, si «lo que tiene que hacer una ciencia es concentrarse en las semejanzas, no en las diferencias en general; omitir todo lo superfluo para dar respuesta a las preguntas severamente delimitadas que se pone a la tarea de formular», parece claro que los postulados de los historiadores son «destilaciones de una sagacidad generalizada; del juicio práctico fundado en la observación, la inteligencia, la imaginación, la comprensión empírica; en el conocimiento de lo que puede o no puede ser; algo que se parece más a un don o a una destreza innata, que al conocimiento fáctico, pero no es idéntico a ninguno de ellos; una capacidad que tiene altísimo valor para la acción (en este caso, para la labor mental) y que las técnicas científicas pueden dirigir, auxiliar, afilar, criticar, corregir radicalmente, pero jamás sustituir».

En suma, la ciencia anda a la caza del entendimiento fáctico; la historia, en cambio, en tanto que piedra miliar de las humanidades, persigue la comprensión. Y no se puede comprender a los seres humanos sin anclar dicho conocimiento en la propia experiencia que como individuos pertenecientes al género *homo sapiens* hemos adquirido. Reconstruir una imagen coherente, rica y plausible del pasado es la delicada y espinosa tarea

que se le exige al historiador; que nos ofrezca una figuración de una época pretérita en la que pese a la lejanía temporal y las a menudo muy acusadas diferencias de costumbres, tradición, usanzas y conducta nos podamos reconocer por no ser los sujetos, circunstancias y sucesos que el historiador trae a cuento (guerras, alianzas, traiciones, hambrunas, destrucción, crueldades, solidaridad, sacrificios, estupidez y generosidad) ajenos en lo substancial a lo que hemos dado en considerar nuestra humana condición, es lo que esperamos de su ardua, trascendental e imprescindible labor inquisitiva, de modo que podamos conferir a pareja reconstrucción, para nada científica pero ciertamente racional, legítima, procedente y fundada, ya que no absoluta credibilidad, al menos sí un amplio grado de confianza.

Lo que distingue al gran historiador del mediocre o del simple cronista es su capacidad para aprehender la estructura general de la experiencia y exteriorizarla en su relato; es su capacidad de reconocer lo que se ajusta o no se ajusta a una determinada situación. Las dotes que el análisis histórico requiere de sus ejecutores —en contraposición a la de los científicos— son, además de la facultad de reflexionar en términos generales, virtud que comparte con estos, la habilidad para asociar hechos y circunstancias, para reparar en la relación de las partes con el todo, para advertir aquello que enlaza a los individuos unos con otros y los caracteriza en tanto que personas concretas de carne y hueso y no, como con lucidez señalaba I. Berlin, «como casos particulares de tipos o de leyes». Y ya que hemos vuelto a hacer mención de las autorizadas y difícilmente rebatibles opiniones de ese conspicuo pensador letón, en aras de dar remate al tema que estamos debatiendo, cosa que a buen seguro el martirizado lector agradecerá, me viene como anillo al dedo lo que en torno al asunto que nos trae de cabeza, de manera categórica dicho eximio humanista

dictamina: «La destreza para establecer hipótesis mediante la observación, la memoria o los procedimientos inductivos, aun cuando sea en última instancia indispensable para el descubrimiento de todas las formas de verdad acerca del mundo, no es la más preciada de las cualidades que necesitan los historiadores; tampoco es un síntoma de talento histórico el deseo de descubrir recurrencias y leyes». Y en renglones que figuran algo más adelante de los que vengo de transcribir, Berlin, tajante, sentencia: «...querer que la historia se acerque a la condición de ciencia natural es pedirle que contradiga su esencia».

Por lo que hace a la digresión acerca de lo que la historia es en realidad y de por qué no cabe asimilarla a las ciencias de la naturaleza, digresión que —basta constatar su desmedida extensión— se me ha ido de las manos, pongo de inmediato a descansar la indisciplinada péñola para esta vez, por fin, siempre que la fortuna me tome de la mano, meterme en harina procurando comedir mi obcecada propensión a no ir directamente al grano, entretenido en vagabundear por los alrededores de la cuestión central a que ha sido el lector convocado; merodeos inquisitivos los que vengo de traer a colación a los que mi curiosidad intelectual ha sido siempre aficionada y que, por más que puedan brindar cosecha de iluminadores contenidos, serán, en el mejor de los casos, añadidos complementarios.

Plantémosle cara, pues, no sin antes aguzar al máximo el espíritu crítico, al libro nada complaciente, para no calificarlo de desafiante, que sobre historia dominicana escribiera el docto pensador oriundo de nuestra ciudad primada, Juan Isidro Jimenes Grullón.

Ahora bien, primero que zambullirme en el asunto, me es imperativo recordar al lector de los comentarios que tengo en mientes explayar —comentarios que, aunque a mal me lo

tomen, estamparé al desgaire—, que los mismos serán antes que el resultado del sesudo y bien documentado examen de un historiador profesional (que no lo soy ni nunca, ¡Dios me libre de semejante propósito!, he pretendido serlo), serán, decía, tales apuntaciones el fruto probablemente en agraz de quien solo desea poner a rodar unas pocas conjeturas e inquietudes que el libro *La República Dominicana: una ficción*, al paso que recorría sus páginas, iba haciendo germinar en mi fuero íntimo. Por consiguiente, a tenor de lo que vengo de señalar, queda advertido el que por entre estos renglones deambule, de que los conceptos con los que topará, si incurre en el desaguisado de continuar leyendo, amén de ser de mi entera responsabilidad —pues han brotado de mi propia minerva y no de ajenos caletres—, ni remotamente ambicionan ser tenidos no ya por definitivas e indiscutibles verdades, lo que sería ridículo engreimiento, sino que ni siquiera aspiran tales acotaciones a que se las considere opiniones autorizadas. Y anticipando la reacción, un si es no, es burlona de quien hasta estas estribaciones de mi razonamiento ha arribado, que con seguridad ahora murmura para su propio coleteo que el autor de las presentes reflexiones, dudoso y vacilante, está intentando poner la venda antes de la herida o, lo que es igual, esforzándose por acudir al manoseado recurso de la *captatio benevolentiae*..., previendo parejo barrunto, me veo en la obligación de aclarar que en materias de humanista tesisura, como es esta de naturaleza histórica que me compete trabajar, no me siento en absoluto intimidado ni cohibido al extremo de verme compelido a pedir se me perdone por adelantado fallas e insuficiencias, que no es tal el motivo de la cautela que antecede, sino simplemente dejar bien establecido que abordaré la obra de Jimenes Grullón desde la perspectiva libérrima, empática y carente de método, pero no por ello menos concienzuda del ensayista, *verbi gratia*, del pensador habituado a frecuentar

muy diferentes y variados temas, arrimado a un enfoque de índole personal, anímicamente participativo y, aunque no me agrade la pomposa connotación del vocablo, filosófico.

Cuando el hoy influyente y justamente acreditado escudriñador de nuestro pasado, el intelectual vegano Frank Moya Pons, en su breve y juvenil escolio publicado en 1968 en la revista *Ahora*, asienta hacia el final de su análisis que «Juan Isidro Jimenes Grullón no es historiador; es más bien, filósofo de la historia. Y como tal se ocupa más de las líneas matrices del desarrollo histórico dominicano que de los hechos particulares.», cuando en muy temprana fecha por ese modo asaz rotundo se expresa el destacado autor del texto de indispensable lectura *Manual de historia dominicana*, está él —¡vaya que de fijo y sin disputa!— hablando en plata, esto es, está haciéndonos partícipes de una observación de cuya propiedad y exactitud no cabe disentir. Tal vez se pueda prestar a desavenencia la afirmación de que por ser un teórico de la historia y no ocuparse de los «hechos particulares», a Jimenes Grullón no le cuadraría la denominación de historiador, debiéndose únicamente reservar dicha designación a cuantos abordan el estudio de la historia como la pormenorizada narración hilvanada y coherente de los acaecimientos significativos del ayer; pero lo cierto es que mostremos conformidad o discrepancia sobre la referida conceptualización, se me hace que dicho punto, por circunstancial y accesorio, es cuestión baladí, de guisa tal que lo que procede por mor de la sensatez es suscribir sin la menor vacilación el dictamen de Moya Pons en orden a considerar al autor de *La República Dominicana: una ficción* un «filósofo de la historia». Comprobarlo es viaje para el que no se precisa alforjas... Así, y es apenas uno de los caudalosos ejemplos que podríamos recoger de las páginas del libro que nos distrae, en su *Introducción*, donde nos pinta con

subidos colores la naturaleza de la colonia, el acucioso pensador del pasado de nuestra isla nos dice:

«Colonia fue, pues, allí no solo el sometimiento a un poder extraño. Fue toda una configuración económico-social fundamentada en el principio de la jerarquía absoluta de una clase minoritaria dirigente, que explotaba y mantenía en la sumisión a las clases situadas en los niveles inferiores. Fue —para decirlo mejor— un sistema de vida que basado en la opresión —y, por tanto, en la violencia— impedía el desarrollo armónico de la comunidad, cerrando las puertas, en razón de esto último, a todo progreso».

Y en el párrafo que sigue remacha:

«Ese sistema de vida lo encontramos en todos los regímenes coloniales de la época, y en lo que respecta a nuestra América, no fue apenas superado por la Independencia política. La razón es obvia... Las naciones recién aparecidas siguieron bajo el dominio de la alta clase, que al ser ampliamente beneficiada por el imperio de la antigua cosmovisión y el sistema económico derivado de esta, se esforzó en el mantenimiento de ambos. Lo viejo, en el plano económico-social, quedó casi intacto. Y aun cuando se produjo la desvinculación política de la Metrópoli, las esencias del régimen político anterior continuaron reflejándose en múltiples instituciones y leyes y en la casi totalidad de los hechos. No se produjo, en consecuencia, la necesaria descolonización».

A tres aspectos del pasaje citado se restringirá mi comentario. Para empezar, salta a la vista que el cuadro de la colonia que con nítidos perfiles dibuja Jimenes Grullón, es muy abarcador, amplísimo, general..., descripción que se mantiene en el plano de la abstracta generalización y hace omisión de lo singular, distintivo y característico. Y esto no porque el estudioso ignore la existencia e importancia de los específicos y

variados modos como el poder colonial se manifestara, sino porque centra su interés justamente en los aspectos comunes, nucleares, que él reputa decisivos y particularmente definitorios dada su porfiada, duradera y casi inmutable presencia; son estos la explotación y sometimiento del pueblo menudo por la clase minoritaria dirigente, —la que llama «burguesía atípica»— primero bajo la égida de la Metròpoli, pero dominación que después, pese a la liberación política que desencadenaron los movimientos independentistas, se mantuvo prácticamente sin alteración.

En segundo lugar, —lo denuncia el lenguaje contundente, enfático, que emplea— imposible no advertir el hecho de que quien así razona tiene su *parti pris*, su *penchant* rebelde que le lleva a arrimarse ideológicamente a un código moral de igualitarismo y justicia social desde el que juzga instituciones, leyes, personas y sucesos. A su entender, solo cabe calificar de progreso aquello que de un modo u otro favorece el tránsito de la sociedad en su conjunto hacia ese estado ideal de armonía y equidad, desiderátum de la visión marxista de la vida; y como la colonia y el coloniaje, concebidos *in toto* y de manera indiferenciada, implican y compendian los valores antagónicos a semejante panorama idílico —concepción a mi modo de ver saturada de utópico optimismo—, nada de raro tiene que empuñando a dos manos el garrote de la crítica, la emprenda el autor contra toda la historia tal y como tradicionalmente ha sido relatada.

La tercera observación que aflora a mi mente luego de percatarme del encendido sesgo polémico esgrimido por el autor de *La República Dominicana: una ficción*, es constatar que no embargante la exigua comparecencia de concretos datos documentales de fiable tenor que respecto a los hechos históricos que examina respalden de manera concluyente, o al menos plausible, los heterodoxos juicios e interpretaciones

que el autor adelanta, (motivo y ocasión de una de las fundadas reservas que en su lúcido artículo de la revista *Ahora*, Frank Moya Pons presenta), y no empece la unilateralidad y consiguiente menoscabo para la ecuanimidad y el equilibrio que a consecuencia de su radical postura de iconoclasta jaez quepa arrostrar a su investigación, lo cierto es que, visto desde mi perspectiva de lego, buen número de los categóricos dictámenes que su propensión a los juicios de naturaleza ética le hicieran amonedar, lejos de parecerme mero desahogo, vana e iracunda descarga pasional con la que se despacharía a gusto, o estrategia discursiva sin otro fin que acomodar los hechos históricos a como dé lugar a un presupuesto teórico previamente asumido a manera de dogma, lejos de ello, me lucen las referidas apreciaciones, independientemente de la escasez de escrituras, actas y registros que en su aval se nos muestren, perfectamente razonables, lógicas y procedentes, y, por tanto, dignas de ser calibradas por despacio y con harta minuciosidad.

Así, por modo de ejemplo, por espinosa y escasamente redituable que sea la tarea de hallar documentos que comprueben su veracidad, pocas dudas me caben de la exactitud de lo que Jimenes Grullón afirma cuando en el capítulo quinto, en su estilo tajante, sentencioso, reflexiona:

«En suma: *el liberalismo asomó como bandera de las grandes mayorías*. Pero no hay que llamarse a engaño: salvo en reducidos círculos, existía un generalizado desconocimiento de la doctrina. Más que una conciencia liberal, lo que había era un sentimiento, que se confundía con el fervor patriótico y se expresaba en la pasión por la libertad».

Como tampoco, pese a la que se me antoja casi absoluta imposibilidad de confirmarlo, habría que descartar por arbitraria o inconsistente la razón que el historiador alega para explicar por qué durante la Primera República la clase dirigente

«respetó casi todas las realizaciones revolucionarias del régimen anterior», es decir, del invasor haitiano, e ilustra su tesis del siguiente modo:

«Veamos el caso de la esclavitud. Las nuevas circunstancias la hacían antieconómica. Y antipolítica. Volver a ella era estimular, en el nuevo esclavo, la tendencia a la rebelión y la añoranza del dominio haitiano. Era preferible, por lo demás, pagar salarios de hambre que atender a la subsistencia de las familias esclavizadas».

Y vaya el tercer ejemplo, elegido al azar como los anteriores, para dar remate a esta suerte de muestreo del carácter y tesitura del estudio histórico de autos, estudio cuyo indudable compromiso ideológico con las ideas del socialismo revolucionario, no debe hacernos perder de vista que, en términos generales, las categóricas aseveraciones y anatemas con los que en sus páginas vamos a tropezar tienen, aunque, por descontado, siempre sujetos a controversia, amplia base de sustentación. Es el caso de la acerba crítica que a continuación reproduzco:

«... los textos históricos —y aún algunos escritores actuales— elogian la supuesta difusión de la enseñanza efectuada por los clérigos, y las creaciones del ínfimo grupo de hombres de letras que estuvo en la isla e hicieron a veces referencia a esta, en sus trabajos. Insistimos que *no hubo tal difusión*. Se trata de un mito fraguado y propagado por la mentalidad colonialista de casi todos los historiadores. Como dijimos, la enseñanza no alcanzó a la clase media; y el esclavo permaneció al margen de ella. ¿Puede darse una traición mayor del clero a una de sus más importantes responsabilidades? El problema de la ignorancia colectiva no le preocupó. Su preocupación fue la catequización, el culto dentro de las ciudades y el enriquecimiento de sus miembros y sus órdenes. Hubo, claro está, excepciones. Pero lo dicho fue la norma».

Para el que estos renglones asiduamente desaliñados garabatea, resulta, antes que verosímil y probable, incontrovertible, que la causa de que *La República Dominicana: una ficción* haya sido objeto de una suerte de conspiración del silencio desde el momento en que fuese publicada (que no otro nombre ajusta a la recepción de frialdad e indiferencia que se granjeó, y que suscitara la extrañeza que Moya Pons manifestó en su brillante ensayo de la revista *Ahora*), es que los planteamientos recogidos en dicho escrito daban un vuelco a las tesis medulares de la narrativa histórica dominicana, poniéndola —discúlpeleme la coloquial expresión— patas arriba; semejante vapuleo del altar que soportaba las imágenes hasta entonces poco menos que sacrosantas de la historia patria y las hacía caer y resquebrajarse, no era bajo ningún concepto tolerable para el cenáculo de los historiadores vernáculos, en su caudalosa mayoría afectos a una interpretación hispanófila y tradicional de nuestro pasado insular. En efecto, ningún historiador de la vieja escuela podía ni por asomo encajar aserciones —auténticas granadas exegéticas— como las que incontinenti reproduzco, en las que Jimenes Grullón enjuicia el dominio haitiano de la porción española de la isla —postura escandalosa— con ojo favorable. Veamos:

«Se ha afirmado que el régimen haitiano produjo una disolución de las costumbres; y que, en consecuencia, se cayó dentro de una anarquía ética. ¿Es eso cierto? ¿Qué reflejaba la ética secular? Fundamentalmente, *la injusticia*. Injusticia cuyo exponente máximo era la esclavitud. Reflejaba, además, el absoluto dominio de la burguesía sobre las demás clases sociales. Pues bien: a pesar de que el régimen haitiano hizo uso de los métodos violentos característicos de los regímenes coloniales, liquidó casi totalmente dicha injusticia. Dio paso a una forma limitada de justicia social, que culminó en la integración. Entrañó, en consecuencia, un avance ético».

Y si pareja tesis no podía bajo ningún concepto resultar grata a la historiografía convencional, tampoco podía serle placentera la que el autor de la obra que estamos considerando desplegó con el propósito de desmentir la todavía persistente fábula del nacionalismo que impulsara al déspota Rafael Leónidas Trujillo a saldar la deuda externa con el gobierno norteamericano. He aquí lo que sin rebozo y con ese contundente estilo apodíctico que le singulariza, nos declara al respecto:

«las expresiones económicas coloniales alcanzaron bajo la tiranía su máximo nivel. Y se dio la paradoja de que el capitalismo y sus técnicas estuvieran al servicio de estas expresiones».

«Podrá alegarse que la afirmación anterior es desmentida por los resultados de la política económica internacional del régimen. Se sabe, en efecto, que este pagó la deuda externa, lo que permitió a la República hacerse de nuevo cargo de las aduanas. Tal medida tuvo, sin duda, un carácter aparentemente nacionalista. Pero el auténtico nacionalismo no se reduce al afán de independizar a un país de todo tipo de subordinación extranjera, sino que aboga también por el desarrollo de una economía estrictamente nacional, en la cual la comunidad encuentre las fuentes de su subsistencia y su progreso. Si esto último no existe, el pregonado sentido nacionalista de cualquier medida despierta forzosamente sospechas. Tal es el caso. No podía haber sinceridad nacionalista cuando, mientras se hacía ese pago, se ponía en manos del capital extranjero la riqueza minera del país, se desarrollaba un tipo de capitalismo francamente imperialista y se producía la monopolización de la economía. Las raíces de dicho pago hay que buscarlas, por tanto, en la meta económica del régimen. Esta meta era, como hemos señalado, la aludida monopolización: pretendía el tirano convertir a la República en un feudo personal suyo; y como esto no podía lograrse de modo total mientras las aduanas

estuvieran en manos de un gobierno extranjero, dio el aludido paso. Al darlo, se quitó de encima una realidad extraña que intervenía en lo que él consideraba suyo y que, dado el hecho de que se hallaba amparada por una gran potencia, podía convertirse en una amenaza para su poder. En suma: la medida no obedeció a un auténtico sentido nacionalista y, por consiguiente, *no desmiente la naturaleza colonial* de las expresiones económicas del régimen».

Así, pues, *La República Dominicana: una ficción*, es obra señera, a la que no embargante se le pueda *prima facie* imputar el despliegue de una interpretación del pasado dominicano ayuna de finos matices y gradaciones delicadas, visión que carga excesivamente las tintas en lo negativo y pernicioso, que se desentiende con abusiva ligereza del dato documental y la comprobación, que se expresa en lenguaje de impronta perentoria y lapidaria antes propio del agresivo opúsculo que de la pausada disquisición, si bien tales peros, y acaso alguno más, cabría endosársele, no deja por ello de ser, hasta donde estoy enterado, la primera y más importante indagación histórica que ha puesto en tela de juicio numerosas concepciones asaz impugnables, que corrían y aún corren en torno a lo sucedido en nuestro suelo isleño desde que en sus playas pusiera pie el colonizador peninsular; libro el de Jimenes Grullón, que en punto a la indagación histórica, constituye un hito y punto de referencia obligado para cuantos investigadores de mente abierta y espíritu crítico deseen adentrarse en el análisis y comprensión del legado de encontrados intereses, ideales y pasiones que el ayer, inapelable y brusco, hizo recaer en nuestros hombros.

Santo Domingo, 9 de abril 2020

P R E F A C I O



«La República Dominicana: una ficción»¹

Por Frank Moya Pons

Cuando leímos *La República Dominicana: una ficción* pensamos más de una vez en aquella frase de Lilís: «no me muevan el altar porque se me caen los santos».

Nos parece que si alguna vez ha ocurrido un terremoto que ha puesto en peligro el altar de nuestra historiografía, este ha sido la aparición de la obra que comentaremos en los siguientes párrafos.

Lo extraño es que, habiendo transcurrido tres años de su publicación, todavía no se haya sentido una reacción manifiesta en nuestros círculos intelectuales frente a ese libro que representa una revisión fundamental de todas las anteriores consideraciones de nuestros historiadores.

El propósito del autor, Juan Isidro Jimenes Grullón, es llegar a una interpretación marxista de nuestra historia, y para ello desarrolla la tesis de que las manifestaciones económico-sociales, políticas y espirituales de la colonia

¹ Reseña bibliográfica del historiador Frank Moya Pons escrita cuando tenía 24 años, publicada en la Revista ¡AHORA! Núm. 218, del 15 de enero de 1968, p. 67. La hemos rescatado con ligeras correcciones ortotipográficas autorizadas por su autor. (N. del E.).

han permanecido actuando como fuerzas históricas hasta el presente.

El colonialismo, según él, no ha desaparecido y, por lo tanto, tampoco el coloniaje. Las instituciones republicanas que nacieron con la Separación y que fueron en gran parte copiadas de las norteamericanas, no han funcionado nunca y, por ello, la viabilidad de la República ha sido más nominal que real.

La República, dice, como realidad política concreta ha existido solo en la letra [...], ha sido una ficción. Lo real ha sido siempre la colonia en sus manifestaciones políticas, económico-sociales y espirituales.

Para demostrar esas tesis, divide Jimenes Grullón su libro en tres amplias secciones. La primera: «La Expresión Política», en que describe el desarrollo político del «coloniaje» desde los tiempos de Colón hasta la Revolución de Abril de 1965 (el libro salió en noviembre de ese año).

Con su exposición el autor intenta destruir varios «mitos» de nuestra historiografía. Por ejemplo, argumenta que el movimiento de Juan Sánchez Ramírez, por medio del cual se restauró el poder colonial español cuando las demás colonias americanas marchaban hacia la emancipación, fue un movimiento reaccionario.

Otro de los «mitos» que intenta derribar es creer que el Pueblo Dominicano intervenía directamente en la política a raíz de producirse la Separación: «todo eso es pura leyenda... El liberalismo fue un ideario sustentado exclusivamente por un sector minoritario de la clase media. No debe olvidarse, al respecto, que el 80 % de los miembros de esta clase era analfabeto», dice el autor en la página 49 del libro. Más adelante llega a afirmar que nuestra historia escrita «no es la historia del pueblo, sino la de la clase dirigente».

Estos comentarios bastan para destacar la orientación decididamente crítica de la obra. En la sección dedicada al estudio

de «La Expresión Económico-social», intenta Jimenes Grullón esbozar una historia social del pueblo dominicano.

Esta es una de las partes más originales del libro, pero es quizás la que presenta aspectos más controversiales, ya que sus afirmaciones no siempre se dejan acompañar por datos precisos, y sus observaciones pueden ser consideradas, más como hipótesis de investigación, que como tesis definitivas.

Por eso, este aspecto del libro es muy fecundo. Está lleno de observaciones apenas desarrolladas, de análisis sobre coyunturas históricas en exceso complicadas. El señalamiento de esos temas, sin llegar al desarrollo cabal de los mismos, hace de esta sección una cantera bastante rica en sugerencias para los historiadores y sociólogos dominicanos del presente.

Un aspecto discutible de esta sección es la alusión que Jimenes Grullón hace de la clase media y de lo que él llama la «burguesía atípica» como grupos actuantes en nuestra vida histórica desde sus comienzos.

Es discutible sostener que en nuestro país ha habido clase media desde los tiempos de la colonia, ya que sería desconocer el hecho de la estratificación social en el medioevo español, caracterizada por la presencia de estamentos cerrados, a manera de castas, y no de clases abiertas.

Esto último es una característica de sociedades donde existe una movilidad social generalmente basada en la dinámica social urbana. Nuestro país, hasta la Era de Trujillo, estuvo organizado sobre bases agrarias y la vida de sus habitantes transcurría dentro de cauces típicamente rurales, a excepción de la capital de Santo Domingo.

No parece, pues, que haya surgido una clase media, en sentido sociológico moderno, hasta que la industrialización aparece. Y en la República Dominicana existe un proceso de industrialización desde los años inmediatos a la terminación de la Segunda Guerra Mundial.

«La Expresión Espiritual» es el título de la tercera y última sección del libro. Comienza allí Jimenes Grullón haciendo un análisis de la «cosmovisión teológico-feudal» del medioevo español que se trasplantó al Nuevo Mundo al aparecer la sociedad colonial.

Esta parte de la obra es un intento de describir la historia espiritual del pueblo dominicano barriendo todas las nociones aceptadas acerca de la hispanidad y de la catolicidad como componentes fundamentales del espíritu dominicano.

Muestra Jimenes Grullón cómo la visión católica de las cosas fue la visión oficial de los gobernantes coloniales y cómo ha ido imponiéndose esa visión a todos los grupos gobernados en lo que va de vida histórica dominicana.

Ve Jimenes Grullón a la Iglesia Católica como una expresión de la realidad colonial que aún en nuestros días supervive frenando el progreso del pueblo dominicano.

En fin, *La República Dominicana: una ficción* es una obra que dará mucho que pensar a los historiadores del presente y del futuro por su heterodoxia, tanto filosófica como historiográfica.

Juan Isidro Jimenes Grullón no es historiador; es más bien, filósofo de la historia. Y como tal se ocupa más de las líneas matrices del desarrollo histórico dominicano que de los hechos particulares.

Esto hace del libro un estudio cuya perspectiva es demasiado amplia para ser agotada en un solo volumen. Pero allí resalta otro aspecto positivo: el señalamiento de temas y cuestiones cuyo esclarecimiento debe ser un acicate para nuestros historiadores.

Publicado en Revista ¡AHORA!
Núm. 218, 15 de enero de 1968, p. 67.

LA REPÚBLICA DOMINICANA:
UNA FICCIÓN

Análisis de la evolución histórica y de la presencia actual
del coloniaje y el colonialismo en Santo Domingo



TEMARIO

INTRODUCCIÓN

Naturaleza de la colonia

Evolución del concepto sobre la colonia. El caso de la Isla Española. Su configuración clasista colonial. La *burguesía atípica*. Función determinante de la cosmovisión teológico-feudal. La descolonización. Coloniaje y colonialismo. La descolonización africana frente a la América Latina.....47

LA EXPRESIÓN POLÍTICA

Capítulo Primero

La cosmovisión y la base económica. La isla, propiedad del rey. La factoría colombina. Lucha entre el «para sí» y el «para ellos». Naturalidad de la esclavitud. Proyección de la lucha internacional. Carácter del fenómeno político. Derivaciones del Estado confesional. Definición del régimen político de la época59

Capítulo Segundo

Repercusión de la revolución francesa en la zona occidental de la isla. Consecuencias de la invasión de la zona oriental por Toussaint Louverture. Actitud de las clases sociales frente al hecho. Naturaleza del régimen político

impuesto por el invasor. La expedición de Leclerc y el gobierno de Ferrand. Colaboración brindada por la burguesía y la clase media a este. Características políticas del nuevo régimen. Raíces y naturaleza del movimiento de «Reconquista». El españolismo de la burguesía. Victoria del colonialismo extremista68

Capítulo Tercero

Regresión política. Responsabilidad de las diversas clases sociales. Primeros asomos de la idea independentista. Trascendencia histórica de la «Revolución de los Italianos». Burguesía peninsular y burguesía criolla. La «Independencia Efímera». La República haitiana invade la zona oriental y destruye el nuevo Estado. Naturaleza y consecuencias políticas del régimen haitiano. Falacias de la interpretación histórica tradicional. Surgimiento del liberalismo y nacimiento de la Primera República.....77

Capítulo Cuarto

Desajuste entre la aspiración liberal y las condiciones sociológicas. La burguesía colonialista se adueña del poder. La Primera República revela una nueva regresión política. Primeros asomos del sentimiento de la dominicanidad. Errores y liquidación del liberalismo. Aparición del caudillismo. Auge gradual del anexionismo. El fenómeno de la «enajenación». Carácter afectivo de la vida política. Noción popular del poder. Burla del institucionalismo democrático. La Anexión a España: retorno al coloniaje integral 87

Capítulo Quinto

La Iglesia recupera todo su poder. Marginación de la burguesía criolla. La política bajo la nueva colonia. Auge del sentimiento de la dominicanidad. Guerra Restauradora: el pueblo en armas. Carácter popular del Ejército. Sentido revolucionario

del movimiento. Romanticismo y liberalismo. Nueva división de la burguesía. Resurge la integración social. Naturaleza del fenómeno político bajo la Segunda República. El proteccionismo substituye al anexionismo. Apogeo y decadencia del caudillismo. Auge del caciquismo y el «generalismo». Pugna entre la realidad sociológica y la ley. Ficción del institucionalismo democrático. Esencia caudillista del partidismo político. Expresiones políticas del coloniaje superviviente. Gravitación del imperialismo político norteamericano.....104

Capítulo Sexto

Perfiles políticos de la Primera Intervención Militar Norteamericana. Colaboración de la burguesía al gobierno interventor. Despertar del sentimiento de la dominicanidad. Importancia de la actuación estudiantil. Postura del nacionalismo burgués. Rehabilitación del caudillismo. Renacimiento de la República. Persistencia de los moldes políticos pretéritos. Perversión del fervor político. El «civilismo» y la reacción bajo el gobierno de Vásquez. Inicio de la tiranía de Trujillo. Reafirmación de las normas políticas coloniales. Carácter antipueblo de las Fuerzas Armadas. El terrorismo trujillista. Solidaridad de los sectores burgueses con la tiranía. Actuación del clero y de la intelectualidad laica. El absolutismo del régimen. Nueva decadencia y liquidación final del caudillismo. Auge de la corrupción. Significado político-sociológico de la tiranía de Trujillo..... 128

Capítulo Séptimo

El ajusticiamiento de Trujillo. Aparición de nuevos factores políticos. Preludios del ulterior proceso revolucionario. La expedición de junio de 1959. Importancia de este último acontecimiento. Actuación de Washington y del clero católico. Supervivencia del espíritu y las modalidades de la tiranía decapitada. Renacimiento del partidismo político. Las tesis en

pugna. Los dos sectores de la burguesía. Solución de la crisis: un régimen de derecho. Inadaptación de este concepto a las realidades imperantes. Gravitación de Washington sobre los acontecimientos. Epifanía del proceso revolucionario. Su carácter emocional. El clima de libertad. Multipartidismo absurdo. La ideología se abre campo en el fenómeno político. Partidos revolucionarios y partidos reaccionarios. Atracción de los lemas y las consignas. Discreta resurrección del caudillismo. El arrastre producido por las circunstancias. Naturaleza política del gobierno de Juan Bosch. Raíces y sentido histórico del golpe de Estado de 1963. El Triunvirato se entrega a la reacción. Absolutismo del régimen de Reid Cabral. Crecimiento de la oposición a este régimen. Orígenes y naturaleza del movimiento insurreccional que lo derroca. Fallas y virtudes de este movimiento. La revolución y la tesis de la «Constitucionalidad». Repercusiones y consecuencias de la insurrección. La Segunda Intervención Militar Norteamericana..... 143

LA EXPRESIÓN ECONÓMICO-SOCIAL

Capítulo Octavo

Sistemas económicos imperantes bajo la colonia española. Antagonismo entre los puertos y las ciudades del interior. La pugna entre el «para sí» y el «para ellos». Predominancia económica de la burguesía. Trascendencia del contrabando. La leyenda negra de los filibusteros. Relieve histórico-político-económico de estos. Consecuencias económico-sociales de la lucha internacional. Control de la comunidad por el poder político.....173

Capítulo Noveno

Sistemas económicos imperantes bajo la política metropolitana en la isla. Economía abierta y economía cerrada. Sus vaivenes.

Trasmutación económico-sociales provocadas por la invasión de Louverture. La abolición de la esclavitud y la integración social. Inicio de la descolonización. Relieve histórico del gobierno invasor en el campo económico. Reacciones de las diversas clases sociales. Louverture inaugura un régimen económico planificado. Carácter revolucionario de sus medidas. Retorno al pasado bajo el gobierno de Ferrand. Apoyos con que contó. Su progresismo. Aspectos económico-sociales negativos de la restauración de la colonia española. Agudización del retorno al pasado..... 183

Capítulo Décimo

Viraje de la burguesía criolla. Razones económicas de su repentino independentismo. El nivel demográfico en el momento en que se inicia el dominio haitiano. El caso de los exesclavos. El Código Rural. La burguesía coopera con el nuevo régimen. Renuevo de la integración social. Su importancia histórica. Nuevos empeños de descolonización. Diferencias entre el latifundismo insular y el feudal europeo. Nunca hubo en la isla feudalismo. Repercusiones de la liquidación del latifundismo esclavista. Persistencia de las clases sociales. Declinación de la supremacía espiritual del clero. Nacimiento del militarismo. Actuación política de las clases sociales.....191

Capítulo Undécimo

Bases económico-sociales de la Primera República. Aciertos, errores y deficiencias del dominio haitiano. Liquidación del sistema económico pastoral doméstico y auge del sistema patrimonial agrario. Estancamiento de la economía urbana artesanal. Paralización de la labor revolucionaria. Las nuevas estructuras económico-sociales entran en decadencia. Frustración de los empeños renovadores. Pese a los avances, el coloniaje económico persiste. Intensificación de este mal bajo la Primera

República. Influencia económico-social de las guerras contra Haití. Consolidación del coloniaje económico..... 201

Capítulo Duodécimo

Derivaciones económico-sociales de la guerra restauradora. La anarquía económica y la integración social. Desvanecimiento y resurgimiento de esta última. Estudio del proceso económico-social durante la Segunda República. Las gravitaciones políticas. La actuación de las clases sociales. Introducción del capitalismo foráneo: su trascendencia negativa. Inicio de la dislocación de la estructura económica existente. Razones del auge del capitalismo foráneo o imperialista. Renacimiento del latifundismo. Dualidad de estructuras. Hipertrofia comercial. Extensión de las modalidades formales del capitalismo. Falso incremento de la actividad mercantil. Crecimiento del desempleo. Se inicia la ruina de la clase media rural. Brotes de la lucha de clases215

Capítulo Decimotercero

Trágica gravitación de la Primera Intervención Norteamericana sobre la economía. Política tributaria absurda. Se extiende el latifundismo y se acentúa la dualidad de estructuras. El mito de la balanza comercial favorable. Crece la hipertrofia comercial. Extensión del minifundismo. Ruina del artesanado y de la pequeña industria criolla. Cobra cuerpo la dislocación de la vieja estructura. Síntomas de esta dislocación. Agudización del coloniaje económico-social..... 238

Capítulo Decimocuarto

Las clases y la tiranía de Trujillo. Actuación de la burguesía tradicional o de viejo cuño. Consecuencias de la monopolización de la economía. Nuevos síntomas de la dislocación de la vieja estructura económica. El imperialismo y el capitalismo

trujillista. Gravitación de la superestructura capitalista sobre la comunidad. El trágico caso del agro. Increíble desajuste en la repartición del ingreso nacional. El capitalismo al servicio del coloniaje. Crecimiento del desempleo y extensión del desvalimiento, la desnudez y el hambre..... 253

Capítulo Decimoquinto

Consecuencias económico-sociales del trujillato: incremento del coloniaje y caída en el subdesarrollo global. Acentuación de estos males a raíz del ajusticiamiento del tirano. Las dirigencias políticas de espaldas a la problemática económica. Gravitación del fenómeno político sobre la economía. Se invirtió una norma histórica. Estudio del proceso económico-social y sus facetas. La expansión del capitalismo. Las estructuras agrarias. La producción nacional y el alza demográfica. La hipertrofia comercial. El desempleo. La política fiscal. La política económica internacional. La economía popular. El movimiento sindical libre. La lucha de clases. Conclusiones..... 270

LA EXPRESIÓN ESPIRITUAL

Capítulo Decimosexto

Disimilitud de psicologías bajo la colonia española. Gravitación de la cosmovisión teológico-feudal sobre dicha disimilitud. Función determinante del clero. Ausencia casi total de actuación educacional. Estudio de la psicología de las diversas clases sociales. El fenómeno de la «enajenación». Carácter mágico-católico de la religiosidad. Diversidad de éticas. Papel unificador de la cosmovisión. Rebeldía frente a la «enajenación».....297

Capítulo Decimoséptimo

Repercusiones espirituales de la invasión de Louverture. Reacción de cada clase social en este campo. El importante

caso de la clase esclava. Novedad de determinados hechos. Destrucción de las bases históricas. El ideal revolucionario y la idea de nacionalidad propia. Modificación del costado político de la cosmovisión. Bases psicológicas del anexionismo burgués. La cosmovisión y el credo liberal. Análisis del ideal separatista. Restauración plenaria de la antigua cosmovisión.....308

Capítulo Decimoctavo

Relieve espiritual del sentimiento de la dominicanidad. La ética colonial española y la ética bajo el dominio haitiano. Lealtad de la burguesía a su vieja moral. Substancia ética de la guerra restauradora. El liberalismo y el desarrollo de esta guerra. Inexistencia de la nación. La emancipación mental no se produjo. El sistema de moralidad colectiva. Naturalidad de la injusticia. Precariedad y heterogeneidad del sistema de moralidad. El dogma católico en la Europa medieval y en la isla. Atadura de las normas de conducta al costado teórico de la antigua cosmovisión. Sentido del nacionalismo insular. Un culto bárbaro: el de la violencia. Falso sentimiento de la hombría. Humanismo y amoralidad y desorganización. La vida intelectual. El liberalismo y el romanticismo. Primacía del ensueño. Nacimiento y desarrollo del positivismo. Su significado contradictorio. Persistencia del colonialismo. La creación artística. Naturaleza colonial de la espiritualidad..... 319

Capítulo Decimonoveno

Proyección de la Primera Intervención Norteamericana en el campo del espíritu. Esencia colonialista del auge educacional. Intensificación de la amoralidad burguesa. El despertar del sentimiento patriótico. Su limitación emocional. Deterioro del sistema de moralidad. La decadencia de la reacción. La norteamericanización de las costumbres burguesas. Renuncia a la españolidad. Disolución del sistema de moralidad por la tiranía

de Trujillo. Imperio de la monstruosidad ética. Auge de la corrupción. Responsabilidad del intelectual y del clero. El complejo del miedo. Nacimiento y generalización de una psicología anómala. Las reservas morales. Actuación heroica de la juventud de la clase media. Labor perversa de las instituciones educacionales. Muerte del liberalismo, del romanticismo y del positivismo. «Enajenación» casi total de los espíritus 333

Capítulo Vigésimo

Surge un clima de libertades públicas. Pugna entre la vieja cultura y el afán popular por crear una cultura nueva. Características de la pugna. Posición realista de la burguesía. Labor del clero por extender su dominio sobre las conciencias. Demora de la Iglesia en la exposición de sus nuevas tesis económico-sociales. Raíces de la extensión de la religiosidad popular. Dos virtudes teológicas: la caridad y la esperanza. Plan de la burguesía para mantener vivas la vieja cultura y las realidades económico-sociales consiguientes. El afán de una nueva cultura y el proceso revolucionario. Las esencias de dicho afán. Preparación del clima espiritual para su concreción. Confusionismo político. La necesaria unidad del movimiento revolucionario. Contradicciones y desvíos de este movimiento. Los avances espirituales. Función de las ideologías. Resultados de la labor del clero. Auge del movimiento artístico. La Segunda Intervención Militar Norteamericana apuntala la vieja cultura. Liquidación inexorable del coloniaje y del colonialismo 342

RESUMEN

Capítulo Único

Síntesis de lo expuesto. Las esencias de la expresión colonial en los campos político, económico-social y espiritual. Conclusión 355



INTRODUCCIÓN

«Naturaleza de la colonia»



NATURALEZA DE LA COLONIA

¿Qué es la colonia?

La Enciclopedia Larousse nos dice que una colonia es un «territorio ocupado y administrado por una nación, fuera de sus fronteras, y relacionado con esta por ligaduras estrechas». Este es, indudablemente, el concepto tradicional y más generalizado. Sin embargo, la misma Enciclopedia expresa que «el sentido de la colonia ha evolucionado a través de los tiempos». Esta evolución revela tres criterios particulares: el antiguo, el medieval y moderno, y el contemporáneo. En la antigüedad, colonos eran los labradores que, en busca de medios de vida o por otras razones, se ubicaban en determinadas zonas, casi siempre lejanas de su lar nativo. Si el florecimiento económico seguía a la ubicación, nacían allí ciudades que a veces alcanzaban esplendor. Los griegos, regidos por las normas políticas del Estado-ciudad, levantaron así colonias en varias regiones del continente europeo y del asiático. Todas estas colonias se regían por sí mismas. Los romanos fundaron colonias de ese tipo, –sobre todo en Galia, España y África–, que gozaron de un régimen político idéntico o similar al de la región originaria. Fueron –claro está– colonias esclavistas. Por la fuerza, sometieron a la esclavitud a los pobladores que allí encontraron. Dato importante: el gobierno de estas

colonias, pese a que mantenía lazos con la metrópoli, estuvo en manos de las clases dirigentes locales, o sea de los colonos que, por una razón u otra, alcanzaron mayor poder político y económico. Esta situación acusó variaciones cuando se estableció el Imperio. Conservaron las colonias cierta autonomía; pero el gobernador, enviado por Roma, dirigía la política e imponía las decisiones definitivas.

Durante la Edad Media, las colonias que Roma esparció a través del continente europeo fueron cayendo, gradualmente, bajo el régimen feudal.

El concepto de colonia comenzó a variar al producirse el nacimiento de las nacionalidades y luego, el de la burguesía. Para cada Estado nacional recién aparecido, colonizar significó extenderse a otras tierras con el fin de acrecentar la riqueza y el poder de la clase dominante. Tal fue el caso de España y Portugal en el siglo XVI. Y luego el de Francia, Inglaterra y Holanda. Las colonias creadas por estas naciones expresaron nuevas características: no eran ya simples apéndices de la metrópoli, sino zonas sometidas a una explotación intensiva bajo el control de los representantes de esta. Carecían de independencia o autonomía. Los gobernantes locales mostraban obediencia —por lo menos relativa— a los dictámenes de la Corona, y los habitantes originarios fueron aniquilados o sometidos a la servidumbre o a la esclavitud.

Este aniquilamiento fue el destino de quienes poblaban las zonas que cayeron bajo el dominio inglés. Ello aconteció también, bajo el poder español, en las Antillas. La necesidad de mano de obra para la actividad económica obligó a introducir, aquí y allá, esclavos africanos.

Colonia significó, pues, para La Española, relación social esclavista. Y por tanto, desintegración social que hacía imposible una auténtica convivencia. Terminado el período de la colonización, los hombres libres acusaron una división en dos clases: la de los peninsulares de presencia reciente o vieja, dueños del poder

político y en gran parte del poder económico; y la de los nativos oriundos de peninsulares o de la unión de estos con negras o indias. El negro esclavo, pura mercancía humana e instrumento de trabajo, formaba una clase aparte, segregada de la sociedad. La primera clase, escasa en número, integró, con algunos aportes de la segunda, la alta clase. No puede decirse que esta expresara todos los rasgos de la burguesía europea de entonces; pero poseyó muchos de ellos. Fue una clase constituida por pseudoaristócratas agrarios, de psicología burguesa peculiar. La otra clase, compuesta fundamentalmente de artesanos, pequeños comerciantes y pequeños agricultores, ofreció las características tradicionales de la clase media. Había en ella algunos peninsulares: mas el factor dominante era el mestizo, hijo de peninsular e india o de peninsular y negra esclava. Este nacía libre y acostumbraba a ocuparse de oficios menores.

Fue en esta clase media, sobre todo, donde se desarrolló el espíritu criollo. La alta clase, por el contrario, expresó siempre lo español, y apareció compuesta, fundamentalmente, por el clero católico, el funcionario de relieve, el gran hacendado o comerciante y las altas jerarquías militares.

¿Cabría afirmar que estas clases sociales constituían, en el fondo, castas? Respondemos negativamente. Entre la clase esclava y la pseudoaristocracia agraria o burguesía atípica existió una notoria separación, nacida del régimen político-económico y de la disimilitud de culturas. Pero esta separación no reposaba en la prohibición del acercamiento, lo que dio origen a relaciones sexuales entre los varones de la segunda y las hembras de la primera. La clase media, era, por otro lado, un puente entre ambas, lo que parcialmente invalidaba la separación. Puede, sin embargo, sostenerse que ciertos sectores de la burguesía obedecieron al espíritu de casta.

Esta estratificación social asomó vinculada, en forma substancial, al sistema económico que, a su vez, obedecía a la política

impuesta por la cosmovisión imperante en la España de la época. Esta cosmovisión —que cubría la totalidad de la ideología— consagraba el sistema, y admitía como un hecho natural la división de la sociedad en clases y la supremacía de una de estas sobre las otras. Sus esencias respondían a la concepción medieval católica, expuesta sobre todo por Tomás de Aquino.

Del sistema económico brotaron las estructuras correspondientes que, según Perroux, traducen siempre «las proporciones y relaciones que caracterizan a un conjunto económico localizado en el espacio y en el tiempo». Estas proporciones y relaciones, y todo el sistema de que dependían, reposaban en la injusticia, ya que respondían al afán de monopolización de la riqueza para beneficio de la Corona y de la pseudoaristocracia agraria dirigente. La monopolización tuvo como base el trabajo esclavo y se expresó a través de una economía agrícola y minera con fines de exportación.

Vimos ya que el sistema entrañó la desintegración social. Mantuvo a la clase media —y, evidentemente, a la clase esclava— al margen de la actividad educacional y de las posibilidades de superación económica. Todas estas realidades aparecían convalidadas por el régimen político-jurídico, que reflejaba en leyes e instituciones, determinados postulados de la cosmovisión.

Colonia fue, pues, allí no solo el sometimiento a un poder extraño. Fue toda una configuración económico-social fundamentada en el principio de la jerarquía absoluta de una clase minoritaria dirigente, que explotaba y mantenía en la sumisión a las clases situadas en los niveles inferiores. Fue —para decirlo mejor— un sistema de vida que basado en la opresión —y, por tanto, en la violencia— impedía el desarrollo armónico de la comunidad, cerrando las puertas, en razón de esto último, a todo progreso.

Ese sistema de vida lo encontramos en todos los regímenes coloniales de la época, y en lo que respecta a nuestra América, no fue apenas superado por la independencia política. La razón es obvia... Las naciones recién aparecidas siguieron bajo el dominio de la

alta clase, que al ser ampliamente beneficiada por el imperio de la antigua cosmovisión y el sistema económico derivado de esta, se esforzó en el mantenimiento de ambos. Lo viejo, en el plano económico-social, quedó casi intacto. Y aun cuando se produjo la desvinculación política de la metrópoli, las esencias del régimen político anterior continuaron reflejándose en múltiples instituciones y leyes y en la casi totalidad de los hechos. No se produjo, en consecuencia, la necesaria descolonización.

El criterio que acabamos de exponer ha sido negado, al menos parcialmente, por algunos autores. Arguyen estos que al independizarse los Estados Unidos de la metrópoli inglesa, la burguesía norteamericana conservó el poder, lo que no impidió que allí se produjera una transformación de las realidades económico-sociales, políticas e institucionales. En razón de ello —afirman dichos autores— no puede ser culpada la burguesía hispanoamericana de entonces, de lo que aconteció en la América Española. Olvidan, quienes así se expresan, que el caso de la burguesía hispanoamericana no es comparable al de la norteamericana. Mientras esta última —que también mostró en su juventud los rasgos de una pseudoaristocracia agraria— acusó, al desarrollarse, la tendencia progresista derivada de su cosmovisión —en la cual el protestantismo era en gran parte substancia— y no menospreció ningún tipo de trabajo, la otra respondió a una cosmovisión que la colmaba de privilegios, dentro de un orden social integrado por sucesivos niveles y estructurado —de acuerdo con el tomismo— por la voluntad de Dios. Esta ubicación social privilegiada y la naturaleza supuestamente divina de dicho orden, la empujaron a ver en el trabajo —sobre todo en el trabajo manual— una actividad denigrante.

Insistimos en que esta burguesía hispanoamericana ha sido una burguesía atípica. Su base económica era la tierra y, por tanto, la misma de la aristocracia agraria europea de la época. Pero obedeció a un espíritu de lucro y a una tendencia mercantil que no encontramos ya en esta aristocracia. Espíritu y tendencia

característicos de la burguesía del Viejo Mundo. En el plano psicológico se hallaba, pues, más cerca de esta que de la mencionada aristocracia. Por eso la llamamos burguesía atípica, aun cuando en las páginas venideras suprimimos casi siempre el calificativo.

El mundo se encuentra hoy frente a un hecho indudablemente trascendental: casi todas las antiguas colonias han obtenido su independencia política. ¿Se repetirá en ellas el caso de las naciones americanas? Aun es temprano para responder a la pregunta. Pero cabe la aseveración siguiente: si no liquidan el sistema económico colonial y se liberan de la mentalidad colonialista, seguirán dentro del coloniaje. Es precisamente este criterio el que da a la palabra colonia su significado contemporáneo. Para el espíritu actual, colonia no es ya, exclusivamente, lo que la definición de la Enciclopedia Larousse expresa. Para que exista una colonia no precisa ya la ocupación y administración de un territorio por una nación extranjera. Basta que exista lo otro —o sea la configuración económico-social aludida y la función determinante de aquella mentalidad—. Esta existencia implica forzosamente la dependencia o subordinación económica y frecuentemente política, a una gran nación. No debe olvidarse, en efecto, que el sistema colonial acusa un rico contenido de factores de subdesarrollo, que obligan al país a inclinarse ante la influencia de una nación desarrollada. El imperialismo, que se manifestó antaño en la conquista y el dominio total ulterior de determinados territorios, se conforma hoy, por lo común, con ejercer esta influencia.

Se dice, sin embargo, que nos hallamos en la era de la descolonización. El decir responde a la verdad. Porque pese a que la mayor parte de las colonias que han logrado recientemente la independencia, no han podido aún descolonizarse totalmente, es indiscutible que el afán de una plena liberación, que entrañe el

advenimiento de un nuevo sistema de vida, es allí un anhelo casi generalizado. Nos hallamos, pues, en la era de la descolonización porque los pueblos víctimas del coloniaje han despertado ante su dramática realidad y aspiran a orientar, por sí solos, sus destinos. Claro está: descolonización significa desimperialismo. Y cierto es que el imperialismo se halla en decadencia. El logro de la independencia política por las colonias africanas y asiáticas lo revela. Pero todavía conserva vigor. Y es defendido y postulado por los sectores reaccionarios de las naciones desarrolladas. ¿Se convertirá de nuevo en una fuerza dominante? Es poco probable. No es preciso acudir al determinismo histórico para llegar a esta conclusión. Basta comprobar el vertiginoso auge del movimiento descolonizador y las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en el campo internacional. Viejas naciones imperialistas, como Inglaterra, han perdido su antiguo poder. Y pese a que clama por la unidad, el mundo occidental aparece dividido, víctima, en el fondo, de las contradicciones del capitalismo. El mundo comunista, a su vez, acusa también contradicciones cuya epifanía no soñaron Marx ni Lenin. Todas estas realidades ¿no constituyen un estímulo para la descolonización? Es más: ¿no están afirmando que se trata de un hecho histórico presente y futuro inexorable?

Los pueblos hasta ayer o todavía sometidos, serán, por consiguiente, en un lapso de tiempo imprevisible, pueblos libres. ¿Tomarán las comunidades africanas y asiáticas la delantera? ¿Se dará el caso de que las nacionalidades recién nacidas se anticipen en el camino de la liberación total, a los pueblos de la América indohispánica, que obtuvieron hace más de un siglo la independencia política? El futuro lo dirá. Hay algo, sin embargo, que obliga a aceptar la posibilidad. Muchas jerarquías africanas y asiáticas aparecen liberadas de la mentalidad colonialista. Más aún: en la mayor parte de las sociedades bajo su dirección, esta mentalidad no respondió a una cosmovisión impuesta desde afuera. Contrariamente a lo que aconteció en nuestra América, las

poblaciones aborígenes africanas y asiáticas conservaron bajo el sistema colonial europeo sus culturas propias. No se sienten, por tanto, espiritualmente atadas a lo ajeno. Y hoy los líderes de esos pueblos procuran, mediante la frecuente utilización de técnicas occidentales, soviéticas o chinas, desarrollar cuanto en cada una de esas culturas hay de positivo, suprimiendo simultáneamente lo negativo.

Esta labor delata una clara conciencia del anticolonialismo. Pues revela un cambio de concepciones, que forzosamente habrá de proyectarse en una nueva realidad social y económica, inspirada en la libertad y la justicia. Por obedecer a esta inspiración, la labor tiene un carácter revolucionario. Evidentemente, para que se produzca la trasmutación aludida, es imperioso que aquella conciencia cobre cada día mayor extensión y fuerza. Es imperioso, en suma, la acentuación de la lucha contra el colonialismo. Pero ¿qué es el colonialismo? La Enciclopedia Larousse lo define con estas palabras: es la «doctrina o actitud favorable a la colonización». Y agrega: «Mientras la palabra colonización designa un estado de hecho, el término colonialismo se aplica a una doctrina o por lo menos a una actitud intelectual y sentimental. Doctrina y estado de espíritu que procuran justificar mediante razones raciales, étnicas, económicas, políticas y morales, el hecho de la colonización y las situaciones derivadas de este».

Pues bien: esta doctrina —o para mejor decir, este estado de espíritu— existe todavía en forma vivísima y con una gravitación determinante, no solo en la burguesía de nuestra América, sino también, por desventura, en ciertos sectores de otras clases sociales, y de modo especial, en el campesinado. No justifican algunos grupos de estas clases la colonización, pero siguen atados a la cosmovisión de la cual nació y aceptan como buenas muchas de las «situaciones derivadas» de ella. El fenómeno es explicable. Su raíz se halla en la enajenación de que son víctimas. Esas clases son dependientes. No trabajan para sí, sino para el otro. Pero

como es lo propio del caso, no se dan cuenta de su dependencia. Y mantienen la ilusión de la solidaridad con el victimario.

La burguesía va más lejos. La mayoría de sus miembros justifican la colonización. Y estiman justas y correctas sus derivaciones. Actitud que desemboca frecuentemente en el entreguismo.

Desde su nacimiento, la República Dominicana ha sido víctima de este entreguismo, que se expresó al través de un anexionismo confeso o del afán de encontrar una potencia «protectora». Puesto que la burguesía fue siempre dueña del poder político y económico, tenía que ser así. Ahora bien: el entreguismo —al cual cabe ver como una expresión extremista del colonialismo— encontró allí siempre oposición popular, frente a la cual la burguesía mostró una transigencia relativa: se conformó con mantener vigentes gran parte de las formas políticas del coloniaje y la casi totalidad de sus estructuras económico-sociales.

La colonia, por tanto, supervive allí. La República es una pura ficción. Sobre todo una ficción jurídica. La configuración social y económica acusa por dondequiera rasgos coloniales.

Este libro pretende demostrarlo. A través de sus páginas se verá que no hubo solución de continuidad entre el pasado y el presente. En plena era atómica, el pueblo dominicano sigue viviendo en el pasado. Pero, afortunadamente, ya prepara el salto hacia el porvenir.

No podíamos ofrecer esa demostración partiendo exclusivamente de la era republicana. O mejor dicho: pseudorepublicana. Ello hubiera significado marginar las raíces del fenómeno. Por eso, nuestro punto de partida es la época colonial española.

Por otro lado, como la vida de toda sociedad asoma en sus expresiones políticas, económico-sociales y espirituales, hemos creído conveniente estudiar separadamente cada una de estas expresiones, pese a que todas ellas se hallaron y se hallan de tal modo relacionadas, que integran una unidad.



I. LA EXPRESIÓN POLÍTICA



C A P Í T U L O P R I M E R O

A pesar de que la historia ofrece constantemente saltos, nunca hay una total solución de continuidad: el pasado sobrevive parcialmente en el presente. Y es en este donde el futuro, que acusa casi siempre nuevas esencias y formas, afinca sus raíces.

El caso dominicano es un exponente vivo de esa ausencia de solución de continuidad. Se produjeron saltos. Pero por lo común, tocaron exclusivamente lo externo, lo formal. En razón de ello, el hoy es una prolongación del ayer.

El origen de ese ayer contradice un concepto marxista y reafirma otro. Para el marxismo, las instituciones políticas son superestructuras que tienen su base en la economía. Pues bien: lo acontecido en La Española durante el inicio de la colonización desmiente esa tesis. Es obvio que la colonización perseguía un propósito económico; pero el desarrollo de este propósito tuvo que ajustarse a instituciones político-jurídicas traídas por el conquistador y el colonizador, que expresaban un costado de la cosmovisión teológico-feudal imperante en la España de entonces. Estas instituciones tuvieron, en consecuencia, un carácter *primario*: en vez de ser superestructuras fueron bases. Bases que dieron naturaleza legal a la división clasista, acentuada por la existencia de la esclavitud. Hubo, naturalmente, lucha de clases.

El concepto marxista sobre la realidad de esta lucha en las sociedades históricas aparece, pues, confirmado. Pero fue frecuente que ella no asomara a la superficie: lo impedía la atadura al costado religioso de la cosmovisión referida. En el fondo, este costado aparecía consubstanciado con el político. La España de esa época era casi una teocracia: la dominaba un gobierno confesional. Y se desarrolló dentro de la dualidad que delata el afán de riquezas para beneficio de la clase privilegiada, y la función de abanderado del dogma católico.

Esta función fue, para dicho gobierno, cosa primordial. La lucha contra la idolatría y la herejía era, para él, un deber insoslayable. Y el cumplimiento de este deber justificaba todos los crímenes. La labor de catequización se desarrolló, por tanto, paralelamente a la de la explotación económica; y fue creando en las clases sometidas una mentalidad *sui generis* que a la vez que acusaba religiosidad, impulsaba a considerar las instituciones políticas y las estructuras económico-sociales como realidades *naturales y perennes*.

¿Qué rasgos acusó, dentro de esa perspectiva, el fenómeno político? Quedó *circunscrito al poder y sus implicaciones*. Este poder era ejercido, fundamentalmente, por el gobernador, con la cooperación de la Real Audiencia. Una pléyade de funcionarios civiles, nombrados por la Corona, cubrían el campo administrativo, mientras los funcionarios militares velaban por el orden público y la defensa insular. Sobre todos ellos —cabezas y brazos del poder— se proyectaba la sombra del clero. A menudo este se responsabilizó, directamente, con cargos administrativos o ejecutivos. Era una institución colocada en la cúspide de la burguesía; y desde allí influía sobre la marcha de la cosa pública. Asomaba, en suma, como la fuerza rectora. Cosa harto explicable, dado el carácter confesional del régimen metropolitano.

Todo el institucionalismo de este régimen pasó a la isla, así como al resto de la América Hispánica. Con el conquistador y el inmigrante vinieron, pues, las normas jurídico-políticas peninsulares, que entrañaban una sumisión total a la Corona, parcialmente compensada por el desarrollo de la autonomía municipal, representada por los cabildos. A través de estos, los hombres libres lograban a veces manifestar sus aspiraciones y quejas. Eran, por consiguiente, organismos que, pese a su dependencia del poder metropolitano, actuaban frecuentemente como portavoces de una oposición por fuerza tímida y circunscrita casi siempre al plano económico. Tan pronto una ciudad nacía, se constituía su cabildo. Y este era el instrumento canalizador de los afanes de vida «*para sí*» del inmigrante o del criollo o mestizo.

Sábese que este tipo de afanes cobró en América mayor fuerza que en la metrópoli. El hecho es explicable. El Papa, que en esa época se creía con derecho a disponer del mundo, había concedido al Rey la posesión, en calidad de *propiedad*, de las tierras descubiertas o por descubrir, y la Corona no tardó en ver en estas un filón de enriquecimiento. Desde los comienzos, tomó las medidas legales para que la explotación fuera en su beneficio. Esta finalidad aparece en las capitulaciones concertadas con el Descubridor así como en el establecimiento de la Casa de Contratación y la política monopolística desarrollada por esta. La empresa colombina tuvo el carácter de una *factoría*. Se trataba de un negocio en gran escala, cuyas ganancias debían ser repartidas entre la Corona y Colón.

La factoría se puso en marcha... Naturalmente, se vio obligada a incorporar un equipo de empleados que, al encontrarse frente a fabulosas posibilidades de enriquecimiento personal y sin una autoridad vigorosa que mantuviera a raya su codicia, iban a estimar que era a ellos —y no a los otros— a quienes

correspondía usufructuar los beneficios de sus trabajos. Así aconteció... La primera rebelión contra el sistema la produjo Francisco Roldán. Pero precisemos: no se rebeló este contra el rey, sino contra la factoría.

La Corona liquidó esta última. Tuvo que inclinarse, por lo menos parcialmente, ante los afanes de vida «para sí» de sus súbditos insulares. El hecho acusó una enorme importancia. Desde entonces, el desenvolvimiento de la colonia iba a girar alrededor de la lucha entre esos afanes y los opuestos: los de vida «para ellos». Ahora bien: ¿quiénes eran «ellos»? Al principio, los conquistadores y el rey. Luego lo fueron también los descendientes de los conquistadores, el clero, los altos funcionarios y todos aquellos a quienes la Corona hubo de conceder privilegios. Dueños del poder insular, lo utilizaban, amparados o no en la ley, para acaparar, dándole su parte a la Corona, las ganancias proporcionadas por la explotación. Con ellos se fue constituyendo la pseudoaristocracia agraria o *burguesía atípica*, a la cual se fueron incorporando los inmigrantes y los criollos y mestizos pobres que, en lucha contra aquella realidad, lograban enriquecerse.

La clase media surgió de los otros, de los que alentaban, sin resultados visibles, los afanes de vida «para sí». No fue una clase combativa. Nace con la rebelión de Roldán; pero no siguió las huellas de este. Dedicada al pequeño comercio, harto precario, la agricultura de subsistencia, la artesanía y demás trabajos manuales —indignos para aquella burguesía atípica, como lo eran en Europa para la aristocracia— llevó durante siglos vida oscura. A veces, muchos de sus miembros se rebelaban ante su propio drama y buscaban en actividades ilegales, la fortuna que no podían encontrar bajo la ley. Recurrían sobre todo al contrabando. Pero tenían que obrar con gran cautela, ya que parte de la burguesía también era contrabandista y pretendió siempre el monopolio de esta actividad.

¿Cabe atribuir a la mencionada pugna entre el «para sí» y el «para ellos» naturaleza política? No. Tratábase —lo repetimos— de una lucha económica, que no tocaba a la autoridad Real ni a la organización político-social existente. Los miembros de la clase media se sentían —al igual que los de la burguesía— súbditos leales de la realeza, y veían con respeto y hasta con fervor, cuanto esta representaba. De ahí su sumisión ante el clero. En suma: más que un conformismo político, existía en esta clase, lo mismo que en la burguesa, una amplia solidaridad con el poder metropolitano, nacida de la subordinación a la cosmovisión existente, dentro de la cual aparecía enraizada la cultura hispánica de la época.

Es obvio que la pugna referida no era algo ajeno a esta cultura, puesto que revelaba algunos de sus rasgos o su substancia. Traducía, por un lado, la unidad derivada de la aceptación del dogma católico y de la creencia en que el deber fundamental del reino era extender este dogma; y por otro lado, el afán de justicia de una clase social preterida frente al materialismo grosero de la clase dominadora, lo que forzosamente recordaba el dualismo que el inmortal Cervantes encarnó en don Quijote y Sancho. Había en todo eso, indudablemente, una viva contradicción. Y es innegable que esa pugna fue el exponente máximo de la lucha de clases. El esclavo, no obstante su tragedia, permaneció ajeno a esta lucha. Salvo en determinados momentos, acusó una total sumisión. Vivió bajo el yugo y se acostumbró a este. Perdió la capacidad para la protesta. El dolor le aplastó el espíritu.

Lo más sorprendente del caso es que tanto la burguesía como la clase media veían en la esclavitud un *hecho natural*. Algunas órdenes del clero se opusieron a la esclavización del indígena; pero aceptaron la del africano. Actitud incomprensible. La aceptación envolvía, a las claras, una traición al principio cristiano de la fraternidad y la igualdad humanas. Pero Tomás

de Aquino pesaba en el ánimo de la clerecía de entonces más que Cristo. Y el primero había convalidado la esclavitud y el exterminio de los herejes. Existiendo estos antecedentes, la postura se explica. Como también se explica el que los Reyes Católicos consideraran de justicia esclavizar al infiel empecinado, como lo hicieron en la península con muchos moros en los precisos momentos en que comenzaba a difundirse en América el dogma católico. Habiendo obrado así ¿cómo alarmarnos ante el hecho de la monopolización, por parte de la cristianísima Corona, de la trata de esclavos con destino al nuevo continente?

Todo lo dicho reafirma una de nuestras aseveraciones iniciales: la actividad política quedó circunscrita a la clase dominadora. La política se hacía desde el poder. Era, pues, un menester de los altos funcionarios y del clero, especialmente. El comerciante de relieve o el hacendado rico aparecía, por razones obvias, solidarizado con ambos. A menudo, además, el clérigo era hacendado; y este, a su vez, comerciante. Circunscrita la referida actividad a aquella clase, se desarrollaba en armonía con la Corona y el orden jurídico existente. El esclavo —claro está— mostraba apoliticidad. Lo mismo que la clase media.

Este estado de cosas duró muchas décadas. Fue a fines del siglo XVI cuando comenzó a variar. Desde entonces, la isla se convirtió en campo de lucha de los expansionismos nacionales. Los *filibusteros* franceses se establecieron en la zona oeste, que fue luego cedida por España a Francia. Sin embargo, desde antes de producirse este establecimiento —fenómeno gradual que cubrió varias décadas del siglo XVII— gran parte de la comunidad, abandonada por la Corona se había dedicado al contrabando en gran escala. Y cobró tal relieve esta actividad, que el rey decidió la destrucción de unos cuantos puertos desde donde el contrabandista insular se ponía en contacto con los filibusteros o piratas. La decisión puso de manifiesto la gravedad

del problema. Reveló el alto nivel que había alcanzado la lucha entre la vida «para sí» y la vida «para ellos».

Cosa importante: el desinterés que la Corona mostraba por la isla provocó una escisión entre los sectores comercial y agrario de la burguesía, y los demás sectores de esta clase, especialmente el de los funcionarios. Estos últimos, representantes de la autoridad, se oponían al contrabando. También hacía oposición, pero de modo suave, el clero. El alto comercio y los hacendados, en cambio, lo defendían, al igual que la clase media. Era lógico que estos últimos procedieran así. Pues se vivía dentro de una *economía casi cerrada*, y solo el contrabando permitía a los terratenientes, comerciantes y miembros de la clase media, hacer o acrecentar fortunas. La condición de los altos funcionarios y del clero era otra: gozaban de buenos sueldos o de privilegios e inmunidades. Y sabían utilizar las ventajas que da el poder para enriquecerse.

A la postre, la autoridad se impuso mediante el terror. Los puertos fueron destruidos, y sus habitantes obligados a tomar nuevos rumbos. Pero hubo resistencia. Y la respuesta fue el patíbulo.

Esto último es de interés para el sociólogo. Reveló dos cosas: la proyección de la pugna económica hacia lo político y el desacuerdo entre los sectores de la burguesía respecto a los alcances del poder. Como en el pasado, no se trataba de un desconocimiento del rey y de una ruptura con la cosmovisión dominante; pero sí —y ello era nuevo— de una *continuada* protesta contra leyes e instituciones que impedían el desarrollo libre de la actividad económica. Antes, esta protesta era esporádica y se limitaba a quejas y reclamos. Ahora, por el contrario, estuvo al borde de producir una rebelión. Evidentemente: aún cuando la motivación era económica, el fenómeno tenía ya naturaleza política. Dominado, volvióse a las normas de vida de antes.

¿Cómo explicar este retorno? Lo explica, por encima de todo, la consubstanciación con la cosmovisión existente y, de modo especial, con su costado religioso. Bastaba que el clero levantara la voz reclamando total obediencia ante las decisiones reales, para que los revoltosos se inclinaran ante el reclamo. Pero eso no fue todo... Había la necesidad de defenderse contra el enemigo foráneo. Y esta necesidad provocó la unidad de la burguesía y la aglutinación de la clase media alrededor de ella. Significó, en consecuencia, la consolidación del poder político. A esta contribuyeron no solo los peninsulares, sino también los criollos y los mestizos. *Lo político se confundió así con lo patriótico.* Y como lo patriótico aparecía identificado con lo católico, defender el dominio español de la isla no implicaba solamente la defensa de las instituciones políticas y jurídicas, las estructuras económico-sociales y las glorias de la *raza*, sino también la del dogma católico, que era la substancia espiritual de aquel dominio. Claro está: motivaciones materiales se añadían. Estimábase que si el enemigo lograba desalojar a España del territorio, la burguesía perdería sus riquezas, y la clase media sus posibilidades de vida.

Durante toda esa época, la política fue una disciplina o actividad social muy alejada de lo que es hoy en los países desarrollados. Careció, en consecuencia, de finalidad ética. El poder no fue el instrumento de que la colectividad se sirve para su desarrollo armónico, sino una superestructura opresiva, cuyo dominio absoluto gravitaba sobre las grandes mayorías. Es cierto que así lo era también en los demás regímenes coloniales. Es más: si se comparan los establecidos por España con los que establecieron Inglaterra y Francia, forzoso es concluir que en los primeros hubo cierto aliento humanitario, que no ofrecieron los otros. El fracaso colonial de España nace de la contradicción que latía en su seno: la misión de cristianización que se había arrogado y el afán desorbitado de riquezas. El auténtico cristianismo obliga a la fraternidad y el desinterés,

virtudes en pugna con este afán, que desde temprano prevaleció sobre lo otro. Casi todo el clero católico se entregó a él. Para la gran mayoría de los clérigos, no era el imperio de los principios éticos cristianos sino el nacimiento de la fe en Cristo y la obediencia a los ritos, lo importante en el plano espiritual. Se interesaban más en esto y en fortalecer sus órdenes que en propiciar, con el poder de que gozaban, la vigencia de la justicia. Fue, pues, una institución que, salvo un grupo ínfimo de miembros identificados con el Evangelio, traicionó a la doctrina que pregona. Asoma esta traición tanto en su frenesí de riquezas como en el apoyo a aquel sistema político-económico plasmado en un conjunto institucional y estructural abominable. El carácter confesional del Estado delata incontrovertiblemente la responsabilidad de dicha institución en la creación y el mantenimiento de este orden de cosas.

No es difícil señalar las características esenciales de aquel régimen político y definirlo. Si nos lleváramos del criterio marxista, diríamos que fue un régimen *esclavista*, en el cual lo político apareció subordinado a las condiciones específicas de las relaciones de producción. No cabe duda que lo primero es correcto. Pero lo segundo no. Fue un régimen esclavista; mas —tal como lo expresamos— las relaciones de producción se fundamentaron en lo jurídico e institucional. Pero no basta eso para definirlo. Es preciso adentrarnos en otros campos y expresar que pese a la subordinación al rey, dicho régimen tuvo más bien un carácter oligárquico, y que dentro de tal oligarquía, los altos cuadros del clero ejercían una función preponderante. Naturalmente, toda oligarquía entraña autocracia; y riñe, por tanto, con el principio del bien colectivo. Es más: obra frecuentemente en forma tiránica. Todo esto ofrece los elementos para la definición, que sería la siguiente: dicho régimen fue una *oligarquía esclavista en la cual las normas autocráticas culminaron a menudo en la tiranía*.



C A P Í T U L O S E G U N D O

Como consecuencia de las luchas internacionales, España cedió informalmente a Francia, a través del Tratado de Riswick, firmado en el año 1697, la zona occidental de la isla. Esta cesión legalizó una posesión de hecho.

Los franceses no perdieron tiempo en organizar la explotación de la colonia, sobre la base de la esclavitud. Y esta explotación culminó en una creciente prosperidad para los colonos. Pero al advenir la Revolución Francesa, los esclavos, que constituían una mayoría importante, se rebelaron. Asesinaron a sus antiguos amos y tomaron sus propiedades. La rebelión fue dirigida por Toussaint Louverture, un antiguo cochero de raza africana y notable genio político. Y produjo una revolución económica, política y social.

Louverture consideró que mientras la zona este estuviera bajo el dominio de España, su obra corría el riesgo de ser aniquilada. Quiso, pues, extender la revolución a esta zona, que también fue cedida a Francia, en 1797, en virtud del Tratado de Basilea, y de la cual esta potencia tardaba en tomar posesión. No demoró en llevar a cabo el propósito: invadió dicha zona en 1801. Los textos históricos refieren que la resistencia fue escasa; y ponen énfasis en las atrocidades del ejército invasor. Es indudable que las hubo. No podía esperarse

otra cosa de un cuerpo militar improvisado, compuesto por hombres que habían vivido bajo el yugo y que se sintieron repentinamente libres. Por lo demás ¿no son acaso todas las guerras exponentes de barbarie? ¿No realizaron también los españoles, en sus incursiones a la región occidental, auténticos exterminios?

Sin duda, las aludidas atrocidades son censurables. Pero carecen de importancia para nuestro análisis. Lo que nos importa es extraer la substancia política de los acontecimientos. Y la aludida invasión y el gobierno a que dio origen, ofrecieron una substancia nueva. En efecto, la bandera del movimiento fue la liberación de los esclavos. ¿No implicaba esto una trasmutación de estructuras? Sería pueril negarlo. La aludida liberación se produjo. Y junto a ella, otros sucesos de similar significado. Todo el viejo orden político-jurídico rodó por tierra, siendo substituido por un nuevo orden que se inspiraba parcialmente en los principios igualitarios de la Revolución Francesa. La burguesía no fue destruida como clase; pero su poder —sobre todo su poder económico— quedó en parte liquidado. Y la integración social fue un hecho. Hecho —como veremos— transitorio.

La naturaleza inédita de todo eso salta a la vista. Desaparecieron los antiguos privilegios y la vida comenzó a desenvolverse sobre la base de la nivelación de las clases. Medidas de tipo económico —sobre las cuales insistiremos en la sección correspondiente— provocaron un notorio auge de la producción, para beneficio de la totalidad del pueblo. El parasitismo y la ociosidad fueron puestos fuera de la ley.

Tales hechos provocaron la solidaridad de casi toda la clase media con el nuevo régimen. Renunció esta clase a su secular *apoliticidad*. Su apoyo a Louverture tuvo, en efecto, un carácter militante. No advino, como el que brindó antes a la burguesía, gracias a su entrega a la cosmovisión existente.

Fue, por el contrario, un producto de las nuevas realidades. Desgraciadamente, esta solidaridad se veía frenada por lo que seguía significando aquella entrega. Se dio así el caso de que en los sectores donde esta había obedecido a una mayor espontaneidad, la solidaridad aparecía en gran parte subordinada a la aludida cosmovisión. ¿Eran estos sectores minoritarios? Probablemente... Pues si bien es cierto que esta última había calado hondo, no debe olvidarse que bajo su égida se desarrolló la pugna entre los afanes del «para sí» y el «para ellos»; y que pese a que esta pugna se desvaneció ante la necesidad de la defensa contra el enemigo común, su existencia reveló inconformidad con algunos aspectos de la cosmovisión referida.

¿Y la burguesía? Pues bien: los burgueses que no pudieron emigrar, se rindieron ante el invasor. Y colaboraron con este. Pero ello no obedeció a la identificación de propósitos. Nació de los hechos. En su intimidad espiritual, los miembros de esta clase —clase que vio la base agraria de su poder económico casi destruida— alentaron una notoria hostilidad contra el nuevo régimen, y fueron preparando con sigilo el clima para el futuro dominio francés. Hubo, naturalmente, excepciones a esta regla. Impresionados y beneficiados por el auge global de la economía, algunos burgueses fueron sinceros en la colaboración.

Los textos históricos nada dicen sobre esto último. Dan a entender que la oposición de la burguesía fue unánime. Y olvidando las atrocidades cometidas antaño por esta, fundamentan el hecho en el carácter *bárbaro* del nuevo régimen. Llegan más lejos... Tienden a negar la solidaridad que a este hubo de prestar el esclavo liberado. Afirman, basados en aseveraciones de escritores de la época —miembros, claro está, de la burguesía— que el buen trato que el amo de la zona oriental daba a sus esclavos, explica esta supuesta ausencia de solidaridad. No vamos a negar dicho buen trato. Existió.

Pero de ningún modo puede decirse que fuera un fenómeno generalizado. Hubo allí amos crueles y amos bondadosos. Como también los hubo, con seguridad, en la zona occidental. Es más: hay que admitir que la crueldad fue la regla. Pues solo ella garantizaba la sumisión total. Esta desapareció al advenir el nuevo régimen. Repentinamente, el esclavo se encontró sin amo. ¿Se concibe, acaso, que no se solidarizara con su libertador? Admitirlo sería caer en el absurdo.

Los cambios referidos se produjeron repentinamente: implicaron un salto histórico.

Louverture rompió de hecho con Francia. Pero temeroso del poderío francés, fingió lealtad al gobierno de París. Mientras tanto, se vinculó estrechamente con Inglaterra y los Estados Unidos. Es indudable que obró con ausencia de escrúpulos y una habilidad notoria. Se veía, a las claras, que procuraba ganar tiempo para consolidar su obra, libre de amenazas exteriores. Pero Napoleón descubrió su juego. Y para someterlo envió a la isla, bajo el mando de su cuñado Leclerc, en el año 1802, la expedición más poderosa que había zarpado de Europa. Al tener noticias de este acontecimiento, Louverture decidió quemar las etapas, destruyendo los últimos remanentes del coloniaje. Fue entonces cuando se enfrentó de lleno al clero católico así como a los sectores hostiles de la debilitada burguesía. Para él, se trataba ya de una guerra a muerte, cuyo precio pagaron inocentes y culpables.

Su régimen cobró entonces características típicamente tiránicas. Pese a que contaba con el apoyo del pueblo y respondía a un programa revolucionario, la evolución hacia la tiranía fue fácil, ya que —demás está decirlo— nunca acusó dicho régimen los rasgos característicos de las democracias incipientes de la época. Fue por el contrario, expresión del absolutismo. El dirigente lo era todo... Y contaba para la realización de sus objetivos, con una importante organización militar. Como

entre la oligarquía y el gobierno absolutista las diferencias son de matices, —puesto que ambos traducen un poder total en manos minoritarias— puede afirmarse que hubo continuidad entre la antigua colonia y el nuevo régimen, en lo que respecta a la substancia y naturaleza del poder político. Lo que varió radicalmente fue el espíritu y la orientación de este poder. Variación que se expresó en los cambios ya señalados y que, obviamente, delataban la existencia de una revolución en marcha.

Esta marcha fue detenida por el triunfo del soldado francés en la zona oriental. Es más: con el gobierno de Ferrand, que surgió a principios de enero de 1804, se produjo una notoria regresión histórica. Basta, para fundamentar esta tesis, el hecho siguiente: *la esclavitud fue restaurada*. Y con ella, muchas otras expresiones típicas del coloniaje. Se volvió, por tanto, a este, bajo otra bandera.

La burguesía criolla le abrió los brazos al gobernante galo. Y diversos sectores de la clase media, que fueron pilares del régimen anterior, hicieron lo mismo. Lo hizo en el fondo, la gran mayoría de esta clase. Pero su solidaridad con el francés, demostrada por una constante colaboración, no fue un producto del imperio de la cosmovisión añeja. Ya no se trataba, en efecto, de mostrar lealtad a la Corona española y ciega obediencia a la dogmática católica. Lo primero no tenía entonces razón de ser. Y lo segundo había sido violentamente socavado por el régimen de *Louverture*. Más aún: cabe afirmar que Ferrand dejó vigente cuanto en el orden espiritual acarreó este régimen. No fue mucho. Los acontecimientos ulteriores demostraron que más que una substitución de las estructuras mentales viejas por otras nuevas, lo que se efectuó fue una parcial desintegración de las primeras, que dejó en los ánimos un hondo confusionismo. La burguesía quedó, claro está, al margen de este. Siguió alentando la antigua cosmovisión, aun cuando la adaptó a las nuevas circunstancias.

La solidaridad de la clase media con el gobernante francés tuvo, por tanto, otra raíz. En realidad, ella nunca fue antiesclavista. Hay que pensar, en consecuencia, que aceptó la abolición de la esclavitud y la consiguiente integración social como hechos inevitables. Luego, al ser partícipe de los beneficios de la prosperidad, se inclinó gozosa ante las nuevas realidades, brindando respaldo a Louverture. Pero el viejo sentimiento esclavista quedó latente. Y brotó a la luz cuando Ferrand anuló la abolición. Brotó, probablemente, con fuerza... ¿No era acaso intención del régimen galo consagrarse al fomento de las riquezas insulares? ¿No era lógico que dicha clase se beneficiara de este fomento en cuantía mayor que bajo el gobierno revolucionario, en razón de que iba a contar con el brazo esclavo?

De todos modos, hay ciertos hechos que precisa tener en cuenta, en relación con el punto. Si bien cuando se inició el gobierno de Ferrand la población oriental no había sufrido una gran merma, esta se produjo a los pocos meses, con motivo de la invasión de Dessalines, sucesor de Louverture. Este último había caído prisionero y fue enviado a Francia. Pero sus tenientes continuaron su obra —que en gran parte adulteraron— y se impusieron en la zona occidental sobre los ejércitos de Napoleón. En 1804, Dessalines proclamó la Independencia de Haití. Claro está: consideró que el dominio francés en la zona este era una amenaza para el nuevo Estado. Acordó invadirla y someter a Ferrand por la fuerza. Fracásó en su empeño. Pero produjo depredaciones y degüellos tales, que solo pueden ser comparados con los que realizaron los conquistadores y primeros colonizadores con la raza indígena. Para este hombre de espiritualidad bárbara, más que un movimiento revolucionario, la rebelión del negro tenía el carácter de una guerra de razas. Vio, por consiguiente, en todo mulato o criollo oriental, a un enemigo que había que destruir. Y así, olvidando la colaboración sincera que la clase media del este

había ofrecido a Louverture, desató sus furias contra ella, lo mismo que contra la burguesía. Advino, por obra de esto y de la extensión de las emigraciones, una caída importante del índice demográfico. Indudablemente, estos hechos contribuyeron a reafirmar la solidaridad de ambas clases con el régimen francés.

Quiso este producir la rehabilitación económica del país. Pero faltaba lo básico: el elemento humano. De ahí que extendiera invitaciones a los que habían emigrado, para que regresaran. Muchos lo hicieron. Vinieron, además, algunas familias francesas que de inmediato se dedicaron a la agricultura, sobre la base del trabajo esclavo. Pero no se creó una oligarquía francesa. Fue sobre todo con los burgueses criollos que gobernó el nuevo régimen. Traducía este, sin embargo, principios contrarios, en ciertos aspectos, a la antigua cosmovisión, lo que no podía ser del agrado de la burguesía, hostil, por lo demás, al jacobinismo. Se sintió esta inconforme. Es cierto que se había vuelto al sistema colonial y que ella gozaba de amplias facilidades para su enriquecimiento, que dependía del desarrollo agrícola y el comercio exterior. Pero veía en el nuevo régimen una expresión del aludido jacobinismo y una amenaza contra lo que ella consideraba exclusivamente suyo.

Todo esto, y otras cosas más, acentuaron el confusionismo a que hicimos referencia. Se habían sucedido con notoria rapidez un cambio tras otro; y cada uno de ellos había dejado un saldo de lágrimas. La tónica era en el fondo, la violencia. Lógico fue, por consiguiente, que tanto en la burguesía como en la clase media surgiera la incertidumbre sobre el destino final del país. América, por otra parte, comenzaba entonces a despertar. Miranda inició en esa época el movimiento emancipador de Venezuela. Y los ecos de este acontecer llegaban a la isla. Sucedió lo que se produce generalmente en tales circunstancias. La desorientación y la incertidumbre condujeron a la reafirmación de los viejos valores. Estos no habían

desaparecido... Eran los de la antigua cosmovisión, amenazada por el haitiano y también por el dominio francés. La burguesía criolla no había renunciado a ella. Y estimó que solo restaurando su total imperio podía advenir una paz sin riesgos.

Fue, pues, imperioso para esta clase el retorno a la colonia española. Juan Sánchez Ramírez, un criollo rico, encabezó el movimiento. Sin embargo, era tal el confusionismo, que hay datos indicadores de que la finalidad acariciada en los inicios por los conjurados era proclamar la Independencia. Parece que a última hora se renunció a esta tesis. Y se abrazó la otra. El hecho causa asombro. ¿Cómo era posible que se produjera tan radical viraje? La razón la brinda el referido confusionismo, que revelaba, además, la complejidad de la situación. Había tres corrientes importantes en pugna: la «afrancesada», la española, y otra que asomaba con timidez: la independentista. A la postre, la burguesía se inclinó hacia la segunda. Y arrastró a la clase media. La razón esgrimida aparece en los textos históricos: el dominio francés entrañaba una permanente amenaza de invasión haitiana. Lo increíble del caso es que, para sacudirlo, la burguesía no tuvo reparos en solicitar la ayuda del Presidente de Haití, que lo era a la sazón Petión. Olvidó, al obrar de ese modo, que este mandatario dirigió los ejércitos que obedeciendo las órdenes de Dessalines, penetraron en la zona oriental por el Sur.

La Independencia no era para esta clase una solución. No tanto porque envolvía el peligro de que el nuevo Estado fuese absorbido por Haití, sino más bien porque la lealtad a la vieja cosmovisión la vedaba. En el fondo, dicha clase se sentía *católica y española*. Y consideraba que solo bajo el dominio de España podía recobrar su antiguo poder político y económico y mantenerlo a perpetuidad. Como habremos de ver, ante el impacto de nuevas realidades, esta postura varió parcialmente luego. Pero su esencia —o sea el colonialismo— siguió viva.

La rebelión contra Francia se produjo. Y triunfó en el 1808. Dato importante: triunfó con el apoyo de la clase media. ¿Cómo explicar el hecho? ¿No había sido esta clase favorecida, en la esfera económica, por el dominio francés? Sí. Pero su españolismo —expresión de su atadura al espíritu de lo antiguo— pesó más que el favor recibido. Nuevos ideales, no obstante, brotaron luego de su seno.

El triunfo de la rebelión contra Francia reafirmó, naturalmente, el coloniaje. Puede afirmarse que fue una victoria del colonialismo extremista.



CAPÍTULO TERCERO

Dijimos ya que el régimen de Ferrand fue una regresión histórica. Lo fue no solo porque restauró la esclavitud, sino además, porque quebró la integración social que se había alcanzado bajo Louverture e implicó —como vimos— un retorno al coloniaje total. Pero los textos históricos —exponentes típicos, casi todos, de la mentalidad colonialista— afirman, por lo común, lo contrario. Basándose en que procuró fomentar la economía, dan a entender que fue el más progresista de los gobiernos del pasado. Sin embargo, un análisis imparcial demuestra que durante el período de Louverture el auge económico fue infinitamente mayor, y que sus beneficios se extendieron a todas las clases sociales. Los referidos textos van más lejos: lanzan anatemas contra Louverture en razón del carácter despótico de su gobierno, y a la vez silencian que el despotismo fue característica fundamental de la oligarquía gobernante desde los comienzos de la colonización.

Reiteramos que el retorno a la colonia española agudizó la regresión. Se cayó otra vez bajo la égida institucional antigua. El clero, que había sido uno de los factores básicos en la preparación de la rebelión, recibió de inmediato un tratamiento de honor, y el Arzobispado, pese a la generalizada penuria, fue favorecido con la asignación de diez mil ducados anuales. La prominencia

de la institución, reducida casi a la nulidad por Louverture, y en parte por Ferrand, asomó de nuevo. Ya vimos que en el pasado, los clérigos participaron a veces directamente del poder. Pues bien: ahora se limitaron a ser «el grupo de presión» más importante. El poder quedó en manos del dirigente máximo de la revuelta, Juan Sánchez Ramírez, y de algunos altos funcionarios. Sobre ellos, las altas jerarquías católicas ejercieron una determinante influencia.

La historia tradicional ha calificado el nacimiento del nuevo régimen con el término de «Reconquista». Ninguno es más impropio. Pues se reconquista lo que se perdió totalmente, y en realidad, lo perdido por España con el triunfo de Louverture, y luego con el régimen de Ferrand, fue, fundamentalmente, el poder político. Quedó allí su cosmovisión, esencia de su cultura de entonces. Esto, y la colaboración *involuntaria* de la burguesía con el haitiano y el francés, eran signos claros de la avasalladora presencia hispánica. Dicho de otro modo: el coloniaje español ya no existía; mas siguió existiendo la mentalidad colonial española, y esta trabajó sin cesar por la vuelta a dicho coloniaje. Siendo ello así, es obvio que el término que corresponde al nacimiento del nuevo régimen es el de «Restauración del poder colonial español».

Mas se impone el siguiente señalamiento: a pesar de que esta Restauración implicó el retorno al Viejo Mundo institucional —y, en consecuencia, a las antiguas leyes coloniales— asomaron realidades nuevas, en parte distintas de las que imperaron bajo el secular dominio de España. Como ya hubimos de exponer, característica importante de este dominio fue la división de la burguesía en sectores que respondían a actividades económicas diversas y que, a veces, pugnaban entre sí. El clero y los funcionarios no se entendían siempre con los hacendados y los miembros del alto comercio... Pues bien: este frecuente antagonismo persistió; pero su contenido

sufrió notables variaciones que colocaron a la totalidad de la clase en postura *exclusivamente política*.

La raíz del hecho era económica. La guerra provocó una espantosa caída de la producción. El comercio con el exterior quedó reducido a cifras insignificantes. Volvióse a vivir, por consiguiente, dentro de una economía casi cerrada. Y nada podía hacer la metrópoli, enfrascada en atender problemas para ella de mayor gravedad, por socorrer la isla. En virtud de estos hechos, el alto comercio, arruinado, se orientó hacia el burocratismo. Y lo mismo hicieron numerosos hacendados. Abandonaron sus plantaciones para desempeñar cargos públicos en las ciudades. Se produjo así la *politización* casi plenaria de la clase, con el consiguiente aumento del parasitismo.

Algo similar aconteció con la clase media. Herida por la crisis económica, buscó también en la burocracia colonial los medios de subsistencia. A menudo los encontró en las fuerzas castrenses, integradas por cuerpos de blancos, mulatos y negros libres. En su seno se produjo, además, lo siguiente: el alejamiento de la burguesía *peninsular*, que había momentáneamente monopolizado el poder político y económico. Su inconformidad frente a esto último orientó a muchos de sus miembros hacia el independentismo. En secreto, comenzaron a conspirar... Y el movimiento culminó en la frustrada intentona insurreccional que los textos históricos llaman «Revolución de los Italianos». Minimizan estos textos su alcance. Más aún: el calificativo induce a pensar que la proyectada insurrección era obra exclusiva de extranjeros y que no contó, por consiguiente, con respaldo de los allí nacidos. Tal tesis es insostenible... Basta comprobar la intensidad bárbara de las medidas represivas para llegar a esta conclusión: el movimiento tenía ramificaciones importantes, reveladoras de la difusión del pensamiento independentista en el seno de la mencionada clase. Sánchez Ramírez comprendió que se encontraba

frente a un serio peligro. Y procuró destruirlo —como lo hacen todos los tiranos— mediante el terror. Los dirigentes máximos fueron ahorcados, y sus cadáveres descuartizados y quemados en alquitrán. Se llamaban Santiago Fauleau, Juan José Ramírez y José Ricardo Castaños. Fueron estos los primeros mártires de la idea independentista. Fueron, en el fondo, los *precursores* de la Independencia. Pero han sido olvidados... No tienen ni siquiera un monumento que perpetúe su memoria. En cambio, todavía hay una provincia con el nombre del verdugo: Sánchez Ramírez. Y se le siguen cantando loas. ¡Producto claro de la inversión de valores producida por la mentalidad colonialista aún dominante!

¿Cabe afirmar que la crisis económica y las realidades políticas fueron las únicas causas del auge del independentismo? No. Para entonces, las guerras de emancipación del continente se encontraban en pleno desarrollo. Y aun cuando las noticias referentes a ellas eran escasas, bastaban para incitar al proselitismo. La inconformidad abonaba, naturalmente, el campo. Con los días, fue creciendo. La crisis económica alcanzó tal intensidad que a menudo el régimen, pese a los impuestos, se veía imposibilitado de pagar las nóminas de los funcionarios. Recurría entonces a expedientes insólitos, como la venta de esclavos. Procuraba, con el producto de esta venta, cubrir los déficits presupuestarios. Y —cosa increíble— obraba así sin la menor protesta de la intelectualidad civil y las jerarquías católicas.

Otro hecho de suma importancia revelaba el retorno a lo antiguo: el elemento peninsular predominó sobre el criollo en el seno de la oligarquía, desde bien temprano. Era lógico que la burguesía criolla se sintiera agraviada. Pues cuando desató el movimiento de supuesta «Reconquista», lo hizo con la idea de que capitalizaría los beneficios del triunfo. No fue así... La metrópoli envió un Comisario Regio con facultades omnímodas y vio en la nueva colonia la posibilidad de ofrecer

sinecuras a diversos miembros de la burguesía o la aristocracia peninsular. Figuras que se habían destacado en el curso de la rebelión fueron así marginadas. Y se dio el caso de que, muerto Sánchez Ramírez, el gobernador Urrutia, que hubo de sucederle, solo pensó en su enriquecimiento. Advino, pues, una división entre los escasos miembros de la burguesía peninsular, en cuyas manos estaba el mando, y la burguesía criolla, que se veía obligada a conformarse con cargos secundarios. Esto, y la agudización de la crisis económica, fueron gradualmente despertando en el burgués criollo el sentimiento de inconformidad que dominaba ya el ánimo de la clase media. A la postre, tal sentimiento desembocó en un notorio viraje de actitud política: dicha burguesía criolla devino independentista.

El proceso fue gradual. Gobernaba aún Sánchez Ramírez —que era Gobernador y Capitán General— cuando el Lic. José Núñez de Cáceres, intelectual de relieve que ocupaba el cargo de Teniente Gobernador, Auditor de Guerra y Asesor General, le propuso que declarara la Independencia, ya que, encontrándose Haití dividido —con dos gobiernos: el de Cristóbal en el norte y el de Petión en el sur— el nuevo Estado podría desarrollarse sin el peligro de una invasión haitiana. Sánchez Ramírez rechazó la propuesta. Pero el solo hecho de que se le hiciera, demuestra la fuerza y extensión que ya había cobrado el pensamiento independentista dentro de la mencionada clase.

A la postre, la idea se impuso. Núñez de Cáceres dirigió el movimiento, que triunfó en 1821, y cuyo desarrollo no encontró oposición. Esto último prueba que ya existía una amplia solidaridad con el propósito. Pero el nuevo Estado no tradujo la creación de una «República» más. Su fundador lo incorporó a la Gran Colombia. ¿Acaso se había dejado ganar por las ideas americanistas de Bolívar? Tal vez. Mas el empeño fracasó... Haití había alcanzado ya la unidad, y Boyer, su gobernante de entonces, invadió la zona oriental. Sus pobladores no hicieron

resistencia. En ceremonia inusitada, Núñez de Cáceres entregó al mandatario haitiano las llaves de la Ciudad Primada de América, a principios de 1822.

Tales acontecimientos eran inevitables. No podía el país seguir viviendo dentro de la creciente negatividad del régimen español. Se imponía, por tanto, un cambio. Hubiera podido crearse una nueva «República». Mas ¿no habría sido su destino el mismo, dadas la desorganización y la penuria existentes? No había entonces fuerzas para oponerse a la expansión de Haití, que contaba con un ejército fogueado y poderoso. Bien visto el punto, la oportunidad ideal para desatar con probabilidades de consolidación el movimiento, se perdió cuando Sánchez Ramírez rechazó la propuesta que le hizo el Lic. Núñez de Cáceres.

Ahora bien: si tanto el gobierno de Ferrand como el retorno a la colonia española fueron regresiones, no hay duda que el triunfo de la insurrección independentista recién citada constituyó un paso de avance, a pesar de que no procedió a abolir la esclavitud. Reveló, en efecto, la solidaridad de la burguesía y la clase media en el afán de sacudir el yugo político extranjero. El gobierno —de efímera duración— se levantó con el apoyo de ambas. Surgen, sin embargo, estas preguntas: ¿cuál fue la extensión de ese paso de avance? ¿Significaba la renuncia a la vieja cosmovisión? ¿Era acaso el punto de partida hacia nuevas transformaciones? Los hechos dan la respuesta. Hacen ver que el movimiento reveló miopía: no se propuso destruir las estructuras coloniales y producir de nuevo la integración social. Es más: si bien abjuró de la proyección *política* colonial de la vieja cosmovisión, de ningún modo puede afirmarse que renunció a sus esencias. Ello es obvio: no se enfrentó a la concepción teológico-feudal y a su pilar máximo: el clero católico. Y se inclinó, al convalidar la esclavitud, ante la estructura clasista imperante. Todo eso revela que su triunfo

no podía ser considerado como base para cambios benéficos ulteriores. Si el gobierno que de él nació se hubiera consolidado, es probable que la evolución del país habría culminado en la constitución de una nueva «República», tan pronto se produjo el desmembramiento de la Gran Colombia.

El mando del brevísimo gobierno lo ejerció la burguesía. Pese a que esta contó con el apoyo de la clase media, la lucha de clases se agudizó con seguridad, en virtud de que el esclavo no podía sentirse satisfecho con lo acontecido. Esta agudización cobró fuerzas bajo el régimen de Boyer. Pero acusó otro sentido. Para mejor decir: se produjo una inversión. Antes, el esclavo era el dominado. Boyer volvió a liberarlo. Y fue la burguesía criolla la que se sintió, por lo menos en los inicios, humillada y perseguida.

Pero esto duró poco. No recuperó dicha clase su prominencia; mas se ató al nuevo régimen, que utilizó su capacidad y saber. Sería evidentemente inexacto afirmar que su función fue directora y determinante. Pero sí fue colaboradora. También la clase media ofreció, casi en su totalidad, esta colaboración, por lo menos durante los primeros lustros. Y lo mismo hicieron, por razones obvias, los antiguos esclavos. Hubo, pues, unidad de todas las clases sociales alrededor del gobierno, que acusaba un marcado centralismo y era dominado, indudablemente, por el sector castrense. Esto último no puede sorprender. Ha sido norma histórica en casos similares. Boyer era el representante de una revolución político-económico-social, rodeada por dondequiera de enemigos. Y la consolidación del movimiento solo podía lograrse si el gobierno nacido de este contaba con un sólido apoyo militar. Este apoyo se convierte casi siempre —en esos casos— en jerarquía. Así sucedió. Claro está: colocadas en la cima del poder, las figuras más destacadas del Ejército quedaron incorporadas a la alta clase, lo que implicó la ampliación de la burguesía criolla con familias de antiguos esclavos.

Los textos históricos, al referirse al régimen de Boyer, lo califican unánimemente de *tiránico*. Nos hablan del terror que desató, de sus abominables métodos de represión. Hay en esto una exageración notoria. Fue un régimen fuerte; pero bastante blando dentro de su fortaleza. Utilizó la represión violenta —como la había utilizado España— frente a aquellos que conspiraron abiertamente contra su existencia. Pero permitió que se desarrollara un movimiento opositor, de tipo liberal, tanto en el este como en el oeste de la isla. Y se abstuvo de emplear el crimen como instrumento de acción política. No fue, pues, una tiranía. Y la mejor prueba de ello es que el movimiento separatista, que culminó en la creación de la República, pudo desarrollarse con escasos obstáculos.

Es indudable, sin embargo, que la actividad económica, especialmente en lo que respecta a las transacciones con el exterior, decayó. Pero el fenómeno no cubrió todos los costados de la economía. Hay que presumir que la producción agrícola aumentó, en virtud de la aplicación del Código Rural, al cual habremos de referirnos luego. No obstante, es un hecho cierto que llevado por la hostilidad hacia las potencias de entonces, en las cuales veía enemigos naturales, Boyer tomó medidas económicas negativas, que estudiaremos en la sección correspondiente. Por otra parte, se le ha criticado con insistencia su afán de *africanizar* el país. Hubo algo de esto. Pero no tanto como afirman los críticos. ¿No utilizó él acaso a la burguesía criolla —de raza blanca o mestiza— que se solidarizó con su régimen? Es más: en tono airado, y olvidando las depredaciones de la oligarquía colonial, y lo que hizo Sánchez Ramírez con los bienes de los franceses, dichos críticos ponen el grito en el cielo porque las propiedades de la Iglesia y de quienes emigraron por hostilidad al nuevo estado de cosas, fueran confiscadas; y porque la universidad fuera cerrada y la mayor parte del clero perseguida.

Todo esto es exacto. Mas ¿podía acaso un régimen con visión renovadora obrar en otra forma? ¿Qué había sido la universidad sino un centro del cual una minoría de jóvenes burgueses salía convertida en vocero del colonialismo? Y ¿no había sido el clero, a lo largo de toda la historia insular, el exponente máximo de la vieja cosmovisión, madre de la desintegración social que reinó bajo la colonia?

Pues bien: las estructuras económico-sociales en que se fundamentó esa desintegración fueron casi totalmente destruidas por el nuevo régimen. Es más: Boyer tuvo la intuición de que ellas obedecían a la mentalidad colonialista, y quiso suprimir, sin lograrlo, esta mentalidad.

Pese a todos sus errores, lo señalado hace ver que la nueva situación entrañó un paso de avance, tanto en el orden político como social. Paso de avance mucho más extenso que el dado por Núñez de Cáceres. Tradujo, en suma, la continuación de la revolución iniciada por Louverture y frustrada por Ferrand. Liquidó el viejo marco institucional, substituyéndolo por otro en el cual los principios y las proyecciones jurídicas de la Revolución Francesa fraternizaron con medidas nacidas del desarrollo específico del movimiento.

Pero la vieja cosmovisión siguió siendo la substancia espiritual de la burguesía criolla o mulata que se formó a su sombra. La colaboración que esta brindaba a Boyer era un producto de la pusilanimidad o del oportunismo. Estaba convencida, por otra parte, de que no existían las condiciones necesarias para promover un movimiento independentista.

No obstante, la Independencia se produjo. ¿Cuál fue su bandera? El *ideario liberal*. Ideario que ganó a un importante sector de la clase media. ¿Qué era para este sector el liberalismo? Pasión de libertad, afán de vida acorde con las propias esencias, organización nacional inspirada en los preceptos de los filósofos de la Ilustración. Era, pues, en muchos aspectos,

una corriente opuesta al coloniaje. Pero no en todos... Dejaba intactos los fundamentos teóricos de este, derivados —como hemos visto— de la vieja cosmovisión. Era, más que otra cosa, una doctrina que procuraba plasmar hermosos principios sin adentrarse en la realidad económico-social ni captar los orígenes de esta.

Los liberales que, con Duarte a la cabeza, propugnaron la idea separatista, veían en el régimen haitiano el dominio de un poder foráneo, o sea una superestructura arbitraria y extraña que amenazaba anular nuestras esencias. Precisaba, pues, destruirlo. Y levantar una nación donde, al calor de la libertad, estas esencias pudieran desarrollarse y expandirse. Con espíritu de sacrificio, se dieron a la obra, que culminó en triunfo. En febrero de 1844 nació lo que se llamó la Primera República.



CAPÍTULO CUARTO

Con el nacimiento de la Primera República se inició la ficción de la vida nacional. Sin que existieran las condiciones sociológicas para ello, los liberales quisieron crear una nación ajustada a los moldes democráticos y republicanos. Claro está: tampoco Haití, que era una supuesta «República», se desarrollaba dentro de estos moldes. A lo sumo podía decirse que su pueblo, indudablemente integrado, vivía bajo un orden político semi-autocrático, que traducía algunos principios de la revolución. Este orden contaba con bastante apoyo popular, y pudo establecerse y consolidarse en virtud de que la revolución destruyó a la burguesía o pseudo-aristocracia agraria colonialista.

No era este el caso de la zona oriental. Pese a que perdió casi toda su base latifundista, la burguesía criolla no fue destruida. Y conservaba gran parte del prestigio y la influencia derivados de su secular poder. Salvo excepciones, no brindó la menor colaboración a los propósitos independentistas que alentaba el sector liberal de la clase media. Pero al triunfar el movimiento, se incorporó a este, *capitalizándolo* en su favor. Y una vez dueña del poder, persiguió y marginó al liberalismo.

La actitud de la burguesía ante el afán de Independencia delataba un cambio de orientación. ¿No había ella auspiciado, con Núñez de Cáceres a la cabeza, el movimiento

independentista anterior, que culminó en lo que se llamó «La Independencia Efímera»? Así fue... ¿Por qué, entonces, ese cambio de postura? A nuestro juicio, por dos razones: a) desconfiaba de la viabilidad de la República; y b) se sentía satisfecha, desde el punto de vista económico, con la situación existente: durante cerca de dos décadas, Boyer pudo imponer la paz, a cuya sombra logró ella prosperar.

Pero el triunfo del movimiento entrañó el aparecer de una realidad nueva, a la cual dicha clase tuvo que adaptarse. ¡Y se adueñó de la República! ¿Cuál fue, en lo que respecta al progreso histórico, el significado de esta? Pese a que se sintió libre de ataduras externas y a que creó las formas simbólicas de la nacionalidad y el aparato administrativo correspondiente, el nuevo Estado tradujo, en múltiples aspectos, una regresión político-social. Los siguientes hechos lo prueban: a) el despotismo mostró una intensidad infinitamente mayor que bajo el régimen haitiano; b) los esfuerzos que este hizo por lograr la integración de la comunidad dentro de un marco político-social nuevo —fuesen ellos correctos o erróneos— a la larga se frustraron; c) se mantuvo la abolición de la esclavitud, pero retornóse al tipo antiguo de convivencia, con la primacía de la burguesía criolla sobre las demás clases sociales; d) se colocaron las bases para la futura entrega del país a una potencia extranjera; y e) el clero católico, pilar máximo del colonialismo recuperó su perdido poder. Todo eso traducía, a las claras, un retorno al pasado.

Pero este retorno no fue completo. Junto a la abolición de la esclavitud, quedaron en pie algunos cambios producidos por el régimen anterior. Continuó en vigor gran parte del orden jurídico que este impuso, y comenzó a asomar, tanto en la clase media como en el antiguo esclavo y en los descendientes de ambos, el sentimiento de que integraban un conglomerado con *características propias*, llamado, por tanto, a ser dueño de sus destinos. Este sentimiento se enfrentaba al colonialismo tradicional de

la burguesía, así como al costado político de la cosmovisión antigua, muchas de cuyas facetas o derivaciones supervivían. ¿Cuál era, en el conjunto de estas, la más importante? Tal vez las costumbres nacidas de la vieja configuración social y, por consiguiente, la sumisión de las clases inferiores ante la clase dominadora.

Ahora bien: el asomo del referido sentimiento no autoriza a decir que para entonces ya existía la conciencia de la dominicanidad, y mucho menos la conciencia nacional. Es, pues, totalmente incorrecto aseverar, como lo hacen los textos históricos, que los ejércitos que se batieron contra el haitiano en esa época estaban integrados por soldados *dominicanos*. Lo que empujaba a esos ejércitos a la lucha era la subordinación ante el jefe militar y el fervor que este despertaba, actitudes psicológicas de las cuales brotó el caudillismo y, por obra de este, la defensa de determinados integrantes de la cosmovisión colonial.

En el fondo, la Primera República fue, desde el punto de vista político-sociológico, una superestructura artificial que, creada por un sector de la clase media, cayó en manos de una burguesía que nunca tuvo fe en su perdurabilidad y consolidación. Bajo el régimen haitiano, la intimidad espiritual de esta burguesía ofreció una pugna afectiva: la satisfacción que en el plano económico producía la realidad política existente, reñía con los afanes gubernamentales por destruir la antigua cosmovisión y las estructuras nacidas de esta. Evidentemente, al producirse la Independencia, dicha clase vio el campo abierto para un retorno a la totalidad del pasado. Su tesis fue utilizar la Independencia con este preciso objetivo.

Su actuación para alcanzarlo no demoró. En efecto, desde los primeros instantes, las figuras más conspicuas de la clase lucharon por obtener la protección de una gran potencia o por anexionar a esta el nuevo Estado. Francia fue la potencia inicialmente seleccionada. El caso llama la atención. ¿No había esa

burguesía auspiciado y luego dirigido el movimiento contra el régimen «progresista» de Ferrand? ¿Qué razón había para haber procedido entonces así y ver ahora en Francia el camino de salvación? Se dirá que las circunstancias imperantes en cada una de estas épocas no eran las mismas, que la Francia jacobina no era la de Luis Felipe. Ello es cierto. Pero no es lo importante. Lo importante —sobre todo para el sociólogo— es lo que revelaba el hecho: que dicha burguesía no se sentía ya tan española como antes; que había renunciado a un aspecto esencial —el españolismo— del costado político de su cosmovisión.

Lo doloroso del caso es que los liberales, positivamente deseosos de crear una nueva nacionalidad, confiaron en la colaboración sincera de esa clase. En brazos del romanticismo, creyeron posible levantar la República sobre la base de la *unidad nacional* y el culto a la libertad y la justicia. Por eso se aunaron con intelectuales y ricos burgueses que fueron servidores conspícuos del régimen caído. Soñaban con una utopía: establecer y desarrollar allí una democracia similar a la estadounidense o a las que comenzaban ya a asomar en Europa. Desconocían, en suma, las esencias y naturaleza del coloniaje.

Prueba incontrovertible de este desconocimiento la ofrece el hecho de que muchos de sus más egregios representantes se solidarizaron con la burguesía en la petición de protección hecha al gobierno francés, llegando algunos —entre ellos Sánchez, figura cimera del movimiento— a proponer un acuerdo por medio del cual el nuevo Estado se comprometía a coadyuvar a cualquier intento bélico francés por volver a dominar a Haití. Aspiraban, pues, a la Independencia Nacional «protegida», y no veían con malos ojos que el vecino país, que había hecho una revolución anticolonial, cayera de nuevo en manos de la potencia que durante siglos lo había sojuzgado. Ello hace ver que su anticolonialismo no era auténtico: tenía un carácter exclusivamente interno, y aun dentro de esto, limitado. Es indudable que ello

desmedra parcialmente el mérito de aquellos hombres. Pero la actuación es explicable. Obedecieron a la corriente liberal de la época que —como hemos visto— se circunscribió a la teoría, no penetró en la intimidad socioeconómica del proceso histórico y, en virtud de esto último, mostró incompreensión de los fenómenos revolucionarios. Es, pues, como representantes de esa corriente, que precisa verlos y ponderarlos.

Cuanto hemos dicho revela que la Independencia no entrañó una revolución. Ofreció una mayor cuantía de elementos regresivos que de expresiones de progreso. La responsabilidad máxima recae sobre la burguesía. El hecho de que esta asumiera de inmediato el poder explica en gran parte el proceso político ulterior...

Cuatro expresiones básicas acusó este proceso: 1. La pugna entre la reacción anexionista y el liberalismo; 2. La aparición del caudillismo; 3. El divorcio entre la realidad leal y la realidad socio-lógica; 4. El auge gradual del anexionismo. Todo ello culminó en la Anexión a España, perpetrada a los diez y siete años de haber nacido la República.

Estudiemos, separadamente, cada una de estas expresiones...

1. Pugna entre la reacción anexionista y el liberalismo

Al referirse a esta pugna, los textos históricos la presentan como un hecho cardinal. En realidad, lo fue solo en los inicios. Pues la burguesía no demoró en imponerse y consolidarse en el poder, gracias al despotismo. Liquidó el movimiento liberal. El problema plantea varios interrogantes. Entre ellos, los siguientes: ¿alcanzó esa pugna al conjunto de la población? ¿Qué razones hubo para el triunfo de la burguesía?

La respuesta a la primera interrogante es negativa. Claro: quien se deja llevar por lo que expone la historia tradicional, diría lo contrario. Páginas enteras dedica esta a la aludida

pugna, dando así la impresión de que el pueblo intervenía apasionadamente en ella. Todo eso es pura leyenda... El liberalismo fue un ideario sustentado exclusivamente por un sector minoritario de la clase media. No debe olvidarse, al respecto, que el 80 % de los miembros de esta clase eran analfabetos, que de ningún modo podían captar el contenido de dicho ideario. Algo peor acontecía con los descendientes de los antiguos esclavos, de cuyo seno fue surgiendo una nueva clase social: la del peón del campo o *servidumbre de la gleba*. Nadie dentro de esta última clase, sabía entonces lo que era ser *liberal*. Y si sus miembros amaban, como todo ser humano, la libertad, razones económicas y psicológicas los empujaban a inclinarse ante el potentado y a obedecerlo. La historia escrita no dice nada de esto. Ello es comprensible: *no es la historia de un pueblo*, sino la de la clase dirigente. Historia estrictamente *política y narrativa*.

Ampliando el punto, cabe decir que el conservadurismo y el *reaccionarismo* —que es su manifestación extremista— tampoco podían ser captados por las masas. Como veremos con precisión luego, el caudillismo fue la genuina expresión de la irrupción popular en la política. Irrupción provocada por la burguesía, cuyo colonialismo no obedecía a un impulso afectivo, sino a la razón, o para mejor decir, al afán *racionalizado* de enriquecimiento y poder.

Lo recién dicho brinda bases para responder a la segunda interrogante. En efecto, el hecho de que la burguesía acusara, en su conjunto, una orientación reaccionaria hacía ver la fuerza de esta orientación. Se trataba de una actitud substancial en esa clase, que durante siglos había usufructuado el poder político y económico. Debido a este disfrute, su influencia sobre el resto de la población era notoria. En el orden práctico, el instrumento fundamental de esta influencia lo fue el clero católico que, a lo largo de una actuación secular, logró

incorporar al espíritu de las masas —como razón de vida— la antigua cosmovisión. Su prestigio decayó bajo los regímenes de Louverture y de Boyer. Aspiraba ahora a recuperarlo. Se movilizó con este último fin. Y encontró un campo fértil, en virtud de que la mayoría de la clase media y los descendientes de los antiguos esclavos no habían podido liberarse totalmente de la «enajenación» ya descrita.

Pero no son estas razones de tipo espiritual las únicas que explican el rápido triunfo de la burguesía. Existían otras, además, nacidas del desenvolvimiento del proceso independentista. Sucedió que al surgir la República, se vio de inmediato hostilizada por Haití, decidido a imponer de nuevo su mando, obedeciendo a la concepción de que la isla debía ser «una e indivisible». Para evitarlo, fue preciso organizar ejércitos; y quien más se distinguió en esta organización fue Pedro Santana, hacendado rico que debía al régimen de Boyer su preparación militar. Sus triunfos lo llevaron a la cima política: quedó convertido en el representante máximo de la burguesía que, apoyada por las Fuerzas Armadas, liquidó la oposición del sector liberal de la clase media.

También influyeron en el aludido triunfo las divisiones internas de este último sector, en el cual comenzaron a asomar ambiciones personales; y por último, la inconsistencia de muchos de sus integrantes, que tan pronto como la estrella de Santana se alzó sobre el horizonte político, le brindaron su colaboración.

La burguesía victoriosa ejerció continuamente el gobierno durante toda aquella etapa histórica. Se impuso por la violencia y gobernó mediante la violencia. Como ya dijimos, ofreció esta aspectos mucho más reprobables que los que hubo de ofrecer la dominación haitiana. Muchos enemigos políticos del gobierno de turno fueron expulsados o murieron bajo el piquete de fusilamiento.

2. La aparición del caudillismo

El caudillismo surge por obra de la falta de preparación política del pueblo, consecuencia —a su vez— del subdesarrollo espiritual y del afán de monopolizar el poder alentado por las dos figuras políticas que más sobresalieron dentro de la burguesía: Santana y Buenaventura Báez. El poder significaba ventajas: el uno y el otro se las disputaron encarnizadamente. La disputa fue un exponente de estulticia: ninguno de ellos creía en la nacionalidad; pero peleaban por los beneficios que esta nacionalidad en precario ofrecía. El hecho trascendió al pueblo. Ambos, en efecto, fueron conquistando adeptos. Surgió así el fervor por el líder, transformado en el clásico caudillo de Hispanoamérica. Pese a las guerras contra Haití y a la vida en permanente estado de alerta, cobró este fervor tal fuerza en los ánimos que casi llegó a desvanecer, tanto en la clase media como en el descendiente del antiguo esclavo, el sentimiento de que formaban parte de una comunidad que debía ser dueña de sus destinos.

Es necesario, dada su importancia, adentrarnos en este último punto... ¿Cuál era el sentido y la orientación de ese sentimiento? Y ¿a qué causas respondían lo uno y lo otro? No hay que meditar mucho para responder a estas preguntas. El sentido y la orientación fueron exclusivamente antihaitianos. Y las raíces las encontramos en el dominio de la antigua cosmovisión y en los afanes de Haití por colocar de nuevo bajo su férula, mediante la violencia, al nuevo Estado. Fue, en efecto, la atadura a las normas de vida derivadas de la aludida cosmovisión lo que permitió a Santana organizar los ejércitos que se opusieron triunfalmente a las primeras invasiones desatadas por el gobierno vecino. Estos ejércitos ignoraban lo que era el nuevo Estado, lo que era la democracia o la República, y si Santana pudo crearlos fue en virtud de la influencia que tenía sobre las masas campesinas gracias a su condición de hacendado

rico. Así como se dejaron conducir a la guerra contra Haití, esos ejércitos se hubieran también dejado conducir a la lucha contra otro caudillo, y hasta contra una gran potencia extranjera.

Pero la guerra contra Haití hizo que el soldado viera en este al enemigo. La visión creció con motivo de las depredaciones que las invasiones haitianas realizaban. Llegó así el momento en que el antihaitianismo, inexistente en los comienzos, hizo su aparición. La «enajenación» preparó, pues, el campo; y las actuaciones de Haití sembraron la semilla. Pero la «enajenación» era tan profunda, que habría bastado que Santana se hubiera sometido a la «República» vecina para que el antihaitianismo de esas masas se hubiera desvanecido. En el orden político, la «enajenación» se manifestó, pues, a través del caudillismo que, siendo un síntoma del subdesarrollo espiritual expresaba, junto a otras cosas, la supervivencia del coloniaje.

Tal «enajenación» entrañaba el sometimiento de la personalidad y las esencias propias ante las fuerzas «enajenadoras». Estas, al servicio de la antigua cosmovisión, cubrían no solo lo político, sino la totalidad de las actividades sociales. Pero lo político es lo que ahora nos interesa. Obvio es, sin embargo, que no podemos estudiarlo aislándolo de las demás manifestaciones vitales. Pues si el caudillismo nace es —como ya dijimos— debido al subdesarrollo espiritual, y este aparece vinculado a la economía. Importa, pues, señalar que el campesinado vivía entonces en un notorio atraso técnico, y como carecía de todo tipo de respaldo económico, llevaba una vida harto precaria, a la cual, desgraciadamente, se fue acostumbrando. Pero por momentos, sentía la necesidad de buscar nuevos horizontes. Búsqueda que entrañaba un *desvío* de la rutina, y que encontraba satisfacción en las distracciones típicas —como los juegos de gallos— y en otras actividades, entre las cuales *la política ocupó la primacía*. Aconteció así que la pasión que dicho campesinado ponía en un gallo, la

ponía también en un caudillo. Pero esto último cubría, por lo común, un proceso. Antes de apasionarse por el caudillo, lo hacía por el cacique, o sea el hombre de mayor prominencia económica y social de la zona, y de quien su vida en gran parte dependía. Este sembraba la otra pasión.

Como se ve, en el fenómeno jamás intervino la razón. En ningún momento el prosélito se planteó el problema de la capacidad de su caudillo para llevar el país por el camino del progreso y proporcionarle con ello un mejoramiento de sus condiciones de vida. El caudillismo fue, pues, una modalidad de la actuación política, típicamente *afectiva*. La pasión lo era todo. Y conducía al sacrificio y la muerte.

¿Dónde tuvo esta pasión mayor extensión y fuerza? ¿En la clase media o en el descendiente del antiguo esclavo, convertido en peón del campo, o en obrero de las reducidas y precarias industrias urbanas? En la clase media. El hecho se explica... La penuria económica y un afán de mayor prosperidad que el alentado por el siervo de la gleba o el obrero urbano, la inducían a tomar parte activa y constante en la vida política. Y como esta se desarrollaba por los cauces del caudillismo, se veía empujada a entregarse, de modo fervoroso, al caudillo de sus simpatías. Reafirmaba la actitud el hecho siguiente: dicha clase no ofrecía la misma relación de dependencia con el potentado burgués que la que existía en las clases situadas en planos inferiores. Tal relación era menos estrecha e intensa. Dos ejemplos esclarecen el caso: el del artesano urbano o rural y el del agricultor dueño de una pequeña parcela. Ambos se sentían relativamente independientes. Sin embargo, tenían que recurrir a la burguesía para mejorar sus negocios. Es más: era frecuente que el minifundista trabajase como peón de una hacienda importante mientras sus siembras se desarrollaban.

No es necesario afirmar que la burguesía también fue caudillista. Lo fue a pesar de que era la clase culturalmente

más preparada. Ello se debió, sobre todo, a su consubstanciación con la cosmovisión antigua. ¿No pregonaba esta su superioridad y su derecho a vivir del trabajo de los otros? Legítimos —o más bien naturales— eran para ella, en consecuencia, la ociosidad y el parasitismo. No hizo —ni bajo la colonia extranjera ni ahora— el menor esfuerzo por producir el fomento de la economía. Le bastaba su situación privilegiada, la cual consolidó ejerciendo el poder político. Pero como la política es lucha, surgió la división en su propio seno, al producirse la rivalidad entre Santana y Báez. Cada uno de estos caudillos arrastró a un sector. La lucha quedó así polarizada. Lo mismo que en las demás clases sociales.

Existiendo —sobre todo para la burguesía— la permanente amenaza haitiana y habiendo sido liquidado el liberalismo, es obvio que se imponía la unidad de esta clase. Pero la pugna de sus dirigentes por el poder lo impidió. Además, no había frente a ella otra clase social que la hostilizara. Bien visto el punto, la lucha tuvo un fondo sociológico. Se ha dicho, en virtud de que el fenómeno se produjo en todo el continente, que su naturaleza es específicamente americana. Nos oponemos a este criterio. Dondequiera que los señores feudales del Medioevo no se vieron obligados a someterse a un poder superior, su ambición dio origen a pugnas, que culminaron frecuentemente en guerras privadas. Para entonces, no existían en el país señorías feudales; pero sí existía —como hemos visto— el hombre local prominente, el *cacique*, deseoso de extender su mando y sus dominios, y que contaba con la fidelidad de aquellos que se hallaban bajo su influencia. Este deseo chocaba con el del cacique vecino o lejano. Pues bien: el caudillismo fue un reflejo de estas rivalidades. Fue un producto de este choque, en escala mayor y en el elevado nivel de la actividad política. Choque que se produjo dentro de condiciones sociológicas harto propicias, derivadas de las estructuras coloniales. Y como estas

estructuras reposaban en la antigua cosmovisión, es en esta donde encontramos la raíz primaria del fenómeno.

No es necesario decir que la lucha caudillista pugnaba con el institucionalismo democrático y que culminó casi siempre en regímenes de fuerza, cuya expresión más frecuente fue la tiranía. Así aconteció, especialmente, bajo los diversos gobiernos de Santana. Pero Báez no se quedó a la zaga. Ambos instauraron regímenes típicamente absolutistas. Y si esta forma de gobierno pudo perdurar fue en razón de que el pueblo no podía, dada su incultura, formarse una *noción abstracta* del poder: le era imposible concebirlo fundado en la ley y en el consentimiento mayoritario. Para él, el gobierno tenía que ser forzosamente el de un *hombre*, el de un *jefe* providencial. Hombre o jefe providencial que era el caudillo.

3. Divorcio entre la realidad legal y la realidad sociológica

Pero el gobierno debía presentar una apariencia de legalidad. Es más. Estaba en la obligación de crear un orden jurídico. Para alcanzar lo uno y lo otro se recurrió al institucionalismo democrático y republicano. Vivióse así bajo la contradicción nacida de la adopción de este institucionalismo y de una realidad sociológica que lo rechazaba. Es obvio que el institucionalismo democrático solo puede cobrar vigencia cuando la *nación* existe. Y cierto era que, pese a que se había creado el nuevo Estado, la *nación* no existía. Pues aun cuando la comunidad hablaba una misma lengua, y se hallaba dentro de un territorio cuyas fronteras —menos en el oeste— eran litorales, obedecía en mayor o menor grado a la cosmovisión colonial, y acusaba desintegración social, una cultura precaria y ausencia de un sistema económico desarrollado y coherente. El liberalismo no se dio cuenta de eso. No captó que era un absurdo político pretender que floreciera allí la democracia. El destino de

la pretensión, si lograba materializarse, era, pues, previsible. Se producirían desajustes notorios y una permanente burla a las esencias y la mecánica del sistema.

La Primera República reveló esos desajustes y burlas. Y el fenómeno se ha extendido hasta hoy.

No tardó mucho en aparecer. Santana hizo votar una Constitución democrática, cuyo artículo 210 daba un mentís a todos los principios en ella consignados. La burla se inició, por tanto, con la propia Constitución* y casi en todo momento, la actuación gubernamental la puso de manifiesto. El absolutismo invalidó la división de poderes, que el pueblo, naturalmente, no comprendía. Sin embargo, el gobernante de turno acostumbraba a presentarse ante el Congreso. Y exaltaba en sus discursos el principio de la libertad, sin tener reparos en hacer referencia a sus supuestos afanes de bien público. Hay algo más. La violación de los postulados democráticos fue siempre la bandera utilizada por el caudillo opositor para atacar al gobierno. Recurriendo a estos postulados, se encubría el afán desorbitado de poder. ¿No revelaba todo eso una monstruosa superchería? ¡Sí! Superchería de la cual el pueblo no era actor, sino testigo inconsciente. En el fondo de su ser, amaba la libertad; pero no sabía lo que eran aquellos postulados y

* El artículo 210 expresaba que «durante la guerra actual y mientras no esté firmada la paz, el Presidente de la República puede libremente organizar el ejército y la armada, movilizar las guardias nacionales y tomar todas las medidas que crea oportunas para la defensa y la seguridad de la nación; pudiendo, en consecuencia, dar todas las órdenes, providencias y decretos que convengan, *sin estar sujeto a responsabilidad alguna*». Como se comprenderá, este artículo —que se votó a unanimidad— ponía todo el poder en manos de Santana. ¡Fue un duro golpe para el liberalismo! Es más: ha habido quienes, aún en épocas recientes, han sostenido la tesis de que los males ulteriores nacieron de dicho artículo, que cerró el camino a la democracia representativa. La verdad es otra: no existían las condiciones socioeconómicas para que este tipo de democracia cobrara vigencia. En su notable Tratado sobre *Instituciones Políticas y Derecho Constitucional*, (edición francesa, p. 389), el Prof. Duverger expresa que ninguno de los grandes sistemas políticos occidentales puede ser aplicado con éxito en los países subdesarrollados, que «requieren instituciones políticas propias, especialmente adaptadas», cuya estructura comienza ahora a «desprenderse de la evolución en curso».

mucho menos las instituciones creadas para darle vigencia. Consustanciaba el concepto del poder —de todo el poder— con el caudillo.

Nació así un orden institucional y jurídico en pugna con las realidades sociológicas y la propia armazón gubernamental. Orden que era, a las claras, una superestructura manejada por el gobernante.

En el nacimiento del hecho influyó la necesidad de una legalidad, aunque solo fuera aparente. Influyó, además, el afán —por parte de los liberales, sobre todo— de dar al país la estructuración jurídico-política vigente en los Estados Unidos o en los países europeos más avanzados. Obraron, muchos de estos liberales, de buena fe. Creían sinceramente en la democracia y en la posibilidad de su aplicación en el país. Veían el problema dominicano con ojos extranjeros. No comprendían que para dar vigencia allí a la democracia precisaba liquidar con anterioridad las antiguas estructuras y la cosmovisión teológico-feudal en que reposaban. Por otra parte: muchos de ellos no fueron siempre leales al ideario. Hombres como Sánchez y Mella brindaron su colaboración, en determinados momentos, a Santana o a Báez. Pese a ello, siguen gozando de los honores de la proceridad. Y gozarán mientras no se destruya la mitología creada por la mentalidad colonialista sustentada por la burguesía.

4. Auge gradual del anexionismo

La Primera República fue, en el fondo, un natimuerto. Nació llevando en su seno los gérmenes de su propia destrucción. Vimos ya que casi todos los liberales fueron proteccionistas. Y que al surgir el nuevo Estado, la burguesía —con mayor razón—, también lo fue. ¿Desapareció esta postura luego? No. Por el contrario. Evolucionó, sobre todo en esta última clase, hacia

el anexionismo. Creyó ella, en determinado momento, que no bastaba la protección de una potencia: era imprescindible su dominio completo. Era imprescindible, para decirlo mejor, el retorno al coloniaje total. ¿Por qué? No es fácil brindar una respuesta categórica. Tenemos que permanecer en el campo de las hipótesis. Estimamos que la de mayor peso es la siguiente: llegó dicha clase a considerar que la simple protección extranjera no ofrecía una garantía plenaria a sus bienes y privilegios. Una importante invasión haitiana podía triunfar en el curso de dos o tres semanas, tiempo insuficiente para la llegada de la ayuda exterior.

Asombra comprobar cómo los dos caudillos de entonces rivalizaron en el nefando reclamo de la anexión, indudable meta cardinal de sus actividades. Con ellos se solidarizó, naturalmente, casi toda la burguesía. Y contó esta, en ciertos momentos, con el apoyo de algunas figuras destacadas de la clase media, que hasta entonces habían sustentado el credo liberal. Sin cuidado tenía a aquella burguesía la nación bajo cuya tutela debía caer el nuevo Estado. Se entablaron negociaciones con Francia, España, Inglaterra, los Estados Unidos... Negociaciones casi siempre secretas, ya que hacerlas de modo público era ofrecer un succulento manjar propagandístico al enemigo, que no tardaría en lanzar la acusación de traición a la Patria. Acusación, claro está, insincera. Pues tan anexista [sic] era el uno como el otro. Se trataba en el fondo de una competencia egoísta, de baja naturaleza. Báez y Santana querían, cada cual para sí, exclusivamente, la *gloria* de producir el hecho y el goce de sus derivaciones.

Pero el secreto de las últimas negociaciones fue violado. En el exilio, Báez y sus adláteres tuvieron noticias de lo que se tramaba... E informaron a Sánchez quien, pese a su proteccionismo inicial y a su reciente «baecismo», era considerado como uno de los exponentes máximos del sentimiento nacionalista.

Este se movilizó de inmediato. Hizo una denuncia pública del propósito. Y dio un paso hábil: solicitó del Presidente de Haití, a la sazón Geffrard, toda la cooperación necesaria para hacer abortar el proyecto, mediante una invasión de exilados dominicanos, desatada desde territorio haitiano. Ello hacía ver que en su pensamiento se había producido un viraje. A raíz de la creación de la República, requirió —como hemos visto— la protección de Francia, por temor a Haití. Ahora, Haití no era ya para él un peligro. El peligro era el retorno al sistema colonial bajo el dominio de una potencia extranjera. Es claro que el viraje demostraba un progreso ideológico. Pero este aparecía desmentido por su solidaridad con el «baecismo», corriente que era tan anexionista como el «santanismo». De los «baecistas» se sirvió entonces para preparar la invasión, dándose el caso increíble de que uno de los más destacados representantes de esta corriente —el señor Manuel María Gautier, empinado miembro de la burguesía— apareciera en un documento público como defensor fervoroso de los principios independentistas y de las razones sociológicas en que la República se fundamentaba. Ello revela que a pesar del progreso ideológico que se había operado en Sánchez, no se había dado cuenta de que aquellos acontecimientos eran un producto del entreguismo de la burguesía y que, en consecuencia, no se justificaba ningún contubernio político con esta clase, por parte de un nacionalista auténtico.

La Anexión se produjo... Cayó el país, una vez más, en marzo de 1861, bajo el dominio español. En la Catedral de la Ciudad Primada se celebró un tedeum en el cual uno de los clérigos más ilustres —Padre Moreno del Cristo— hizo el panegírico del acontecimiento. Y Santana tuvo la desfachatez de declarar que había procedido así obedeciendo a la voluntad del pueblo... Surge, evidentemente, esta pregunta: ¿de qué pueblo? Pues el suceso fue una sorpresa para todos. Desgraciada-

mente, apenas produjo manifestaciones de protesta. Fue, pues, momentáneamente aceptado. Y la aceptación pone de relieve algo ya dicho: no había aún nacido en las clases situadas por debajo de la burguesía, la conciencia de la dominicanidad. La prueba más notoria de esto la ofreció el Ejército. Se inclinó, pese a que su función primordial y casi exclusiva era, naturalmente, la defensa de la Patria, ante el hecho. Demostraba con ello que su lealtad a la bandera era una solemne mentira. *¡Su lealtad se circunscribía al caudillo!*

Los cuatro puntos expuestos brindan la esencia de la vida política de aquel período histórico. Tal esencia delata que el espíritu y los modos de expresión política del coloniaje permanecieron vivos y determinaron los sucesos. Evidentemente, la presencia de la realidad colonial acusó ciertas variaciones formales; pero el contenido siguió siendo el mismo. En efecto, la burguesía quedó con el poder; y si antes este estuvo representado por una oligarquía, ahora —cosa peor— tradujo absolutismo. El caudillismo cae dentro de las variaciones formales; pero fue —como hemos visto— expresión política de la vieja lucha de los grandes potentados por ampliar y consolidar su dominio, o sea un nítido reflejo —en un nivel superior— de un hecho colonial. Por otra parte, tal como aconteció bajo la antigua colonia, las clases inferiores a la burguesía permanecieron, pese a su indudable *politización*, al margen de los sucesivos gobiernos, que fueron dirigidos y controlados por la voluntad del caudillo de turno; y no dieron pruebas de obedecer a un auténtico patriotismo.

Es obvio que existiendo todo eso, el proceso político condujera forzosamente al coloniaje total.



C A P Í T U L O Q U I N T O

La Anexión a España acarrió el retorno a la substancia y modalidades políticas del antiguo sistema colonial, con las modificaciones a que obligaban los nuevos tiempos y circunstancias. Se abstuvo la vieja metrópoli, entre otras cosas, de restaurar la esclavitud.

Del absolutismo reciente pasóse a la oligarquía, con la agravante de que los miembros de esta fueron, casi todos, peninsulares. El clero, cuyo poder decreció temporalmente bajo la Primera República, por haber cometido el error de querer obligar a Santana a renunciar a algunos principios institucionales nacidos del liberalismo francés, recuperó totalmente su antigua posición, de tal modo que el régimen volvió a cobrar cierto carácter teocrático. Claro está: la misión de cristianización de idólatras ya se había cumplido. No tenía la Iglesia, por consiguiente, que desatar, como en el pasado, una violenta ofensiva de catequización. Su actitud fue entonces más bien defensiva: procuró impedir los avances del supuesto ateísmo del pensamiento revolucionario europeo y de sus proyecciones éticas y jurídicas. Dándose cuenta de que estas proyecciones habían alcanzado a la República, donde el Código Napoleónico fue declarado vigente, y el matrimonio despojado de su carácter estrictamente religioso, logró que la oligarquía gobernante revalidara

la antigua legislación, la cual propiciaba o reafirmaba su control sobre las conciencias.

Todo esto tenía, a las claras, naturaleza regresiva, que se intensificó al asumir el peninsular una posición privilegiada en el seno de la comunidad. No obstante, la burguesía criolla se adaptó, en su conjunto, a las nuevas realidades. Al igual que lo hizo bajo el régimen de Sánchez Ramírez, se conformó con ocupar cargos secundarios y con la esperanza de negocios importantes, que debían florecer a la sombra de la paz que impondría el nuevo régimen.

No fue esta la actitud de la clase media, tanto urbana como rural. Ni la del obrero urbano y el siervo de la gleba. Unos y otros veían con dolor que un grupo de hombres extraños, cuya mentalidad se diferenciaba de la suya, ejercían el poder en su beneficio, de acuerdo con la burguesía criolla. Esta visión, y el estallido de rebeldía provocado por la humillación y el vejamen, acarrearón la extensión y racionalización de aquel sentimiento que fue surgiendo al calor de la lucha contra Haití: el de que todos formaban parte de una comunidad que ofrecía *rasgos típicos y una cultura precaria, pero propia*, y que debía, en consecuencia, ser dueña de sus destinos. Pues bien: tal sentimiento se transformó en vivencia nacionalista, en impulso patriótico. Y de él brotó la *conciencia* de la dominicanidad.

Hemos dicho *conciencia*. Y en realidad lo era. No se trataba ya, en efecto, de una simple posición afectiva. Gritar entonces: ¡dominicano libre! hablaba a la razón. Pero una cosa es esta conciencia, y otra la conciencia *nacional*. Esta última no existía. Y había razones para ello. Como ya expresamos, la Primera República no ofreció las características de una nación. Y el sentido nacionalista de que los liberales de entonces dieron muchas veces prueba no puede ser confundido o identificado con la conciencia nacional. Empero, es indudable que tal sentido

es el primer paso para alcanzar esta conciencia y para luchar porque la nación nazca.

El aludido sentimiento patriótico brotó a la luz y originó la Guerra de la Restauración. Tuvo esta una naturaleza y un contenido esencialmente *populares*. A diferencia de lo que aconteció con las guerras contra Haití, que fueron dirigidas por figuras de la burguesía —y a las cuales muchos soldados fueron conducidos a la fuerza— esta se distinguió por la presencia espontánea del pueblo en el seno de los ejércitos que se fueron formando y por el origen también popular de casi todos los mandos militares. En las guerras contra Haití, Santana fue siempre la figura descollante, el astro alrededor del cual giraban unos cuantos satélites. En la otra, por el contrario, hubo múltiples figuras cimera, y si bien es cierto que Luperón cobró en ella un prestigio excepcional, no lo es menos que compartió con otros, casi siempre, la dirección militar suprema.

Todo esto traducía notorias novedades. Por primera vez se estaba en presencia de un Ejército que no era ya un instrumento de un caudillo, sino entraña del propio pueblo, entregado a una lucha titánica por asegurar su vida libre. Por primera vez hacía este, en suma, su *aparición en la historia...* Pero ¿qué es lo que entendemos por pueblo? ¿Es acaso toda la comunidad? ¡No! Pueblo eran las clases explotadas y oprimidas por la burguesía. Esta última constituía el sector antipueblo, el sector que se oponía —y se opone— a que este pueda desarrollar sin obstáculos su cultura, a la sombra de la libertad y la justicia.

Fue este pueblo quien hizo aquella guerra. Guerra que tuvo, por eso mismo, un carácter revolucionario. Aspiraba a crear una nueva realidad político-social que asegurara el goce de los derechos humanos. Se dirá que solo en algunos existía la conciencia de lo que eran estos derechos. Ello es cierto. Pero también es cierto que la lucha por la autodeterminación era, para la mentalidad ignorante de las mayorías populares, lucha

por la libertad a disponer de sí mismo, sin impedimentos extraños; luchas, en suma, por aquellos derechos.

Ahora bien: aún cuando esta lucha escondía, dado lo que había sido la vida de las clases populares, una motivación social, el patriotismo era su esencia. No se aspiraba a crear una nación, sino a restaurar la patria dentro de un marco político que garantizara el ejercicio de aquella libertad. El sentido revolucionario de la guerra quedó así circunscrito a lo *político*. Y fue el liberalismo lo que dio a esto último el contenido ideológico.

Tenía que ser así... Pues el ideario liberal era la única doctrina política que encontrándose entonces en boga en Europa, había alcanzado al continente americano. Pero no habiendo penetrado este ideario en la naturaleza de los problemas económico-sociales, era lógico que la aludida revolución no acusara una postura en relación con estos problemas. Fue, en el fondo, un movimiento que traducía un notorio sentido romántico. Fue un movimiento revolucionario que veía en la bandera no solo el símbolo de la patria, sino además, de la libertad que *debía* imperar dentro de esta. El camino para asegurar esta libertad no era objeto de atención. Como tampoco la posibilidad o imposibilidad de que ella floreciera dentro de las estructuras económico-sociales existentes.

Por otro lado, el liderato popular era de una preparación, en todos los órdenes, nula o muy reducida. Esto, y el sentido liberal-romántico del movimiento, explica en parte la colaboración de un sector de la burguesía. Aconteció entonces con esta clase algo de interés... Se escindió en tres sectores: a) el que se solidarizó por conveniencia —o sea por oportunismo— con el afán restaurador, pese a que seguía alentando, en lo íntimo, el anexionismo; b) el que siguió abrazado a España, grupo el más numeroso y de inequívoca postura reaccionaria; y c) el que brindó su apoyo total y sin reservas a la guerra restauradora. Es de señalar que de este último sector apenas surgieron

figuras militares de relieve. ¿Se debió ello a la fuerza popular del movimiento? No lo estimamos así. Se debió más bien a que la mayor preparación del grupo hizo que asumiera la dirección política.

Como se recordará, la referida escisión no se produjo cuando se gestaba la Primera República. La burguesía formaba entonces un bloque homogéneo que se adueñó del poder con el convencimiento de que el nuevo Estado no tenía posibilidades de subsistir. No alentó el liberalismo que la burguesía europea propalaba y defendía en esa misma época. Su actitud política era nítidamente reaccionaria.

Ahora nos hallábamos frente a una nueva realidad. Del seno de dicha clase brotó un grupo progresista que se enfrentó a los otros dos grupos reaccionarios. Tratábase, por tanto, de una división ideológica. Evidentemente: progresismo significó liberalismo político. Solo eso. Durante la Primera República fue un sector de la clase media —como hubimos de expresar— el que postuló esta tendencia. Pues bien: ahora la postulaba toda esta última clase, gran parte de las clases situadas en una posición inferior, y el referido grupo burgués. En suma: *el liberalismo asomó como bandera de las grandes mayorías*. Pero no hay que llamarse a engaño: salvo en reducidos círculos, existía un generalizado desconocimiento de la doctrina. Más que una conciencia liberal, lo que había era un sentimiento, que se confundía con el fervor patriótico y se expresaba en la pasión por la libertad.

La República quedó restaurada en el 1865. La guerra culminó, pues, en triunfo. Fue una lucha cruenta en la cual el heroísmo y el sacrificio alcanzaron niveles extraordinarios. En el orden social, entrañó un enorme paso de avance: *una vuelta hacia la integración*. Insistiremos, en la sección correspondiente, sobre este punto. Limitémonos por ahora a señalar que esta integración implicó la fraternización de las clases sociales.

Pero el hecho no duró mucho... Además, las viejas estructuras quedaron vigentes y con ellas, el dominio de la burguesía. Hubo, sin embargo, cambios que precisa tomar en cuenta. Entre ellos, la extensión del trasiego entre las diversas clases. Muchos hombres del pueblo que adquirieron prestigio militar pudieron, repentinamente, incorporarse a la burguesía. Y los burgueses que perdieron sus bienes se convirtieron en miembros de la clase media y, en ciertos casos, de las clases inferiores. Esto último aconteció también con numerosos pequeños comerciantes y artesanos. Se vieron de súbito sin medios de vida; y en su desesperación, se proletarizaron o se convirtieron en siervos de la gleba, mientras otros se entregaron a la actividad política intensiva, en la esperanza de resolver el drama económico a través de un cargo estatal.

La integración social y el auge del nacionalismo eran, indudablemente, realidades propias para que la Segunda República entrañara avances de importancia en todos los órdenes. Por desventura, no fue así. Aun cuando se pusieron de manifiesto ciertas novedades, la nueva etapa histórica delató, en lo esencial, las características de la Primera República. Persistió *la pugna entre el anexionismo y el liberalismo nacionalista*; pero el primero fue substituido por *el proteccionismo*. Persistió también *el caudillismo*, que acusó facetas hasta entonces inéditas; y lo mismo aconteció con *el divorcio entre la realidad legal y la realidad sociológica*. Por último, el auge del *anexionismo decreció*, en virtud de la variación anotada; y *el proteccionismo* encontró frente a él a un movimiento de relativa cohesión, nacido de la conciencia de la dominicanidad.

Estudiemos, como lo hicimos con la Primera República, cada una de estas realidades. Como su evolución abarcó varias décadas, dividiremos el estudio en dos períodos: el que se inicia con el triunfo de la Restauración y termina, al expirar el

siglo pasado, con la muerte del Presidente Heureaux; y el que parte de este último suceso y finaliza al producirse la Primera Intervención Norteamericana.

1. Pugna entre la reacción y el liberalismo

PRIMER PERÍODO (1865-1899)

Mientras se desarrollaba la guerra restauradora, la batalla entre el liberalismo nacionalista y la reacción anexionista apareció dentro de las propias jerarquías del movimiento liberador. El caso es inconcebible. Pero como todo evento histórico, tuvo razones de ser. ¿Cuáles fueron estas razones? Reduzcámoslas a una sola: *la supervivencia de formas de vida del pasado dentro de la nueva realidad*. Esta supervivencia se manifestó a través del caudillismo. Los partidarios de Santana se pusieron al lado de España. Y muchos de los prosélitos de Báez hicieron lo mismo. Pero no todos. Numerosos «baecistas» ingresaron en las filas restauradoras, más por odio a Santana que por amor a la Patria. Esta actuación, sobre todo por parte del «baecismo» burgués, tuvo serias proyecciones, debido a haber asumido el sector liberal de la burguesía la dirección política del movimiento. En algunos casos, el «baecismo» apareció subordinado al impulso patriótico. Pero es obvio que lo invalidaba. Se trataba de una contradicción irreductible. Ser «baecista» era, aun cuando no se quisiera, ser anexionista.

Dentro de esta contradicción se movieron varios dirigentes insurreccionales, tanto militares como civiles. Entre los primeros se encontraban dos figuras que cobraron un alto relieve y que la historia tradicional presenta como patriotas inmaculados: José Antonio Salcedo y José María Cabral. Pertenecientes ambos a la burguesía, su «baecismo» los enfrentó al sector liberal de esta y —claro está— a todos aquellos que, dentro de las otras clases, alentaban el liberalismo nacionalista.

Como la anterior, la nueva República llevó, pues, en su seno, los gérmenes de su propia destrucción. Y todo el período histórico a que hacemos referencia se caracterizó por un esfuerzo sobrehumano del liberalismo nacionalista, por evitar que dicha destrucción adviniera. Desgraciadamente, mientras el anexionismo era una corriente que respondía a la gran mayoría de la burguesía, cohesionada alrededor del propósito, el nacionalismo liberal, sustentado sobre todo por la clase media, aparecía inficionado por el oportunismo. Al igual que en la Primera República, no fue una tendencia cuyos sostenedores acusaran, en su totalidad, una plena lealtad al ideario. La configuración del movimiento ofrece la raíz del hecho. ¿Qué nos dice esta configuración? Que había una unidad de clases dentro de la cual el grupo burgués mencionado había asumido la dirección. Grupo que se iba a ver forzado a ceder ante la presión de la mayoría anexionista de su clase y, sobre todo, ante el sector que, en los inicios de la guerra, se puso el traje del liberalismo. Había, pues, liberales auténticos y falsos liberales, lo que, indudablemente, imposibilitaba —junto a otras causas ya vistas— el triunfo de la doctrina.

La reacción se impuso... Contribuyó a ello otro fenómeno que no puede ser desestimado. La intensificación del trasiego clasista. En efecto, muchas figuras que habían alcanzado durante la guerra un enorme prestigio militar quedaron incorporadas, pese a su origen humilde, a la burguesía. Y el disfrute del poder corrompió a un buen número de ellas. Se colocaron frente al pueblo. Exponentes, durante la guerra, del liberalismo nacionalista, dieron las espaldas a este; y se entregaron al anexionismo o al proteccionismo. Las excepciones no fueron numerosas. La más importante la brinda Gregorio Luperón, personalidad conspicua que se alza muy por encima de la de todos sus contemporáneos.

Tuvo este en sus manos la posibilidad de liquidar el anexionismo y realizar la revolución necesaria; pero hombre de su época, era un liberal convencido, lo que le imposibilitaba darse cuenta de que la tendencia anexionista o proteccionista persistiría mientras la burguesía siguiera en el dominio del poder político y económico. Su ideario le impedía ver que el camino a seguir era el establecimiento de un régimen semidictatorial de izquierda. Con un desinterés notorio, casi siempre prefirió, cuando pudo hacerse dueño del poder, que este cayera en manos de intelectuales destacados, miembros del sector liberal de la burguesía, y cuya actuación desde el gobierno abrió el camino para que la reacción volviera a dominar. Pero surge esta pregunta: ¿era acaso posible que una semidictadura de izquierda se consolidara? No. Para entonces, los términos *izquierda* y *derecha* eran allí desconocidos, como lo era el concepto de la lucha de clases. Pero cada uno de estos términos envuelven realidades. Establecer un gobierno fuerte, decidido a resolver la problemática económico-social y a llevar, por consiguiente, la justicia al pueblo, era teóricamente factible. Tal gobierno hubiera sido una semidictadura de izquierda. Pero no habría podido consolidarse debido a que no existía el equipo humano preparado y de mentalidad revolucionaria capaz de darle vida. Todo ello hace ver que el triunfo de la reacción era un fenómeno inevitable...

A pesar de que Báez había aceptado el nombramiento de Mariscal de Campo español, la supervivencia del «baecismo» lo llevó de nuevo, varias veces, al poder. Y claro está: lo utilizó para poner en práctica sus viejos propósitos anexionistas. Su concepción del problema, sin embargo, ofrecía ahora una ligera variación. Las potencias europeas aparecían marginadas. ¡Era a los Estados Unidos a quien había que anexionar el país! En una oportunidad, el propósito estuvo al borde de cristalizarse: se llegó a concertar la anexión con el gobierno de Washington.

Por ventura, el Congreso norteamericano la rechazó. Pero esto no amilanó al fatídico caudillo. Cada vez que gobernó, procuró la entrega de la República o por lo menos, su hipoteca o desmembramiento.

Desgraciadamente, en los afanes de desmembramiento —mediante la venta de la península de Samaná, casi siempre— incidieron algunos gobiernos integrados por hombres que se habían distinguido en las filas del liberalismo. Ello hace ver que la corriente anexionista o proteccionista no era una exclusividad del «baecismo», sino un anhelo sustantivo de casi toda la burguesía. Era, para decirlo mejor, la substancia de la actividad política de esta. Substancia combatida sin tregua por el liberalismo puro, bajo la dirección de Luperón.

Hubo un momento en que esta última tendencia asumió el poder y fue gradualmente encaminándose hacia la dictadura. Aconteció esto bajo el gobierno de Meriño, en el 1881. Ulises Heureaux, hombre del pueblo, de gran talento y notable energía, considerado entonces como un discípulo de Luperón, era el Ministro de la guerra. Comenzó a distinguirse en la campaña restauradora y su prestigio creció en las luchas ulteriores. Su carrera obligaba a verlo como uno de los pocos representantes militares del movimiento popular que se expresó a través de la Restauración. Su posición señera dentro de aquel gobierno aparecía, pues, como garantía de que pronto habría de iniciarse *el proceso de la revolución necesaria*. Al encauzar Meriño sus pasos hacia la dictadura —lo que a las claras entrañaba una renuncia al liberalismo— pudo pensarse que ese era el propósito. No lo fue. El sacrificio del ideario liberal no se hizo en aras del bien del pueblo. El móvil fue, única y exclusivamente, el poder. Alejado Meriño de este, Heureaux estableció a la postre un régimen absolutista, de tipo reaccionario. Se rodeó de lo más conspicuo del «baecismo» y se convirtió, de la noche a la mañana, en un fervoroso proteccionista. Traicionó

así a su origen y a su historia. Muerto en una conjura, en 1899, dejó al país hipotecado.

En suma: el anexionismo o su variante el proteccionismo dio la tónica de la actividad gubernamental durante este período. La oposición que le hizo el liberalismo nacionalista fue, en el fondo, estéril. El hecho de que la burguesía reaccionaria se mantuvo casi siempre en el poder, explica lo referido. Ahora bien: ¿cuál fue la postura del pueblo ante esto? ¿Tomó acaso partido por una de las dos corrientes? Las respuestas a estas preguntas hay que buscarlas en la naturaleza del fenómeno político-social de la época. El caudillismo sobrevivía y, a imagen de la antigua colonia, el gobierno era una superestructura que actuaba a espaldas del pueblo. Actor en la lucha política, este ignoraba su intimidad y, por consiguiente, los propósitos a menudo ocultos que los dirigentes perseguían. Como bajo la Primera República, su presencia en dicha lucha se expresaba a través del caudillismo. De esto se infiere que si Báez hubiera logrado la Anexión a los Estados Unidos, las masas «baecistas» se habrían inclinado, por lo menos en los primeros momentos, ante el hecho.

SEGUNDO PERÍODO (1900-1916)

El fracaso de Báez al rechazar el Congreso norteamericano, en 1870, la propuesta de anexión, provocó en la burguesía reaccionaria la gradual substitución de la tendencia anexionista por la proteccionista, que perduró durante todo este segundo período.

Los tres grandes caudillos del primer período —o sea Báez, Luperón y Heureaux— habían ya desaparecido. Y el ajusticiamiento de Heureaux originó un auge del liberalismo, especialmente en el seno de la burguesía. Como hemos visto, solo un sector minoritario de esta sustentó el ideario liberal en los

años comprendidos en el primer período. No puede decirse que ahora este sector fuese mayoritario; pero tenía ya las fuerzas necesarias para dar la batalla al sector opuesto, con posibilidades de triunfo.

Al iniciarse el presente siglo, dos nuevos caudillos surgieron: Juan Isidro Jimenes y Horacio Vásquez, ambos miembros de la burguesía. Los liberales prestaron su colaboración al primero; y los proteccionistas —y, por tanto, reaccionarios— al segundo. Esta fue la regla que, como toda regla, acusó excepciones.

Pero los tiempos no eran los mismos del pasado reciente. El sentimiento de la dominicanidad se había reafirmado, y había en la juventud burguesa urbana cierto afán de conocimientos que encontró un estímulo en la obra educacional de Eugenio María de Hostos. Esta juventud, aun cuando devino caudillista, mostró fervor por los principios democráticos y rindió culto a los afanes independentistas del pretérito y a sus próceres. Se fue así creando un ambiente de hostilidad contra todo cuanto significaba cercenamiento del territorio nacional o atadura de la patria a un poder extraño. Ello hizo que los defensores del proteccionismo apenas se atrevieran a exponer públicamente sus propósitos. Pero —como ya dijimos— la tendencia persistió, y se manifestó sobre todo en la política económica internacional de los partidarios del Sr. Vásquez. Debióse a estos, entre otras cosas, el acuerdo —conocido con el nombre de Convención de 1907— que entregó las aduanas del país al gobierno de los Estados Unidos, como garantía del pago de la deuda externa.

Para esa época, la política imperialista de Washington estaba en pleno apogeo. Y el gobierno norteamericano, fundamentándose en los supuestos derechos que le daba la citada Convención, intervenía constantemente en el desenvolvimiento político del país, caracterizado entonces por un encadenamiento de guerras intestinas. Este intervencionismo acusó múltiples formas. Llegó en ocasiones a materializarse en bombardeos de determinadas

zonas, y a imponer normas de actuación a los bandos en pugna. Todo esto era indudablemente insólito. Y doloroso. Mas ¿podían esos bandos y sus dirigentes asumir violentas actitudes de rechazo? Se dirá que lo patriótico hubiera sido hacerlo. Pero es obvio que ello habría entrañado males mayores, como la intervención militar y la pérdida consiguiente de la soberanía. Se estaba frente a una actuación norteamericana que obedecía en esos momentos a la política de «Destino Manifiesto» y del «garrote». Hostilizar a los Estados Unidos podía provocar su ira, y abrir la vía para perderlo todo. ¿No quedaba otro camino que hacerle concesiones! Y ofrecer, con la actuación, el ejemplo de una comunidad consciente de sus responsabilidades y en camino de un progreso global creciente.

Pero esto último no era posible... Lo vedaban la supervivencia de las viejas estructuras y la proyección de esta supervivencia en el fenómeno político. Lo vedaban, pues, la ignorancia y su derivación caudillista, la tónica pasional de la lucha entre las facciones y la permanencia de una configuración económica atrasada e injusta, cuya dislocación se había ya iniciado con la introducción del capitalismo foráneo. Realidades todas ellas dramáticas, que abrieron el camino al imperialismo estadounidense para producir, en 1916, la Primera Intervención Militar Norteamericana, que liquidó a la Segunda República. Desapareció esta, en suma, debido a la supervivencia del colonialismo y del coloniaje, de los cuales la tendencia proteccionista no era más que una expresión.

2. Permanencia del caudillismo

PRIMER PERÍODO (1865-1899)

Las esencias del caudillismo, que hubimos de señalar al estudiar la Primera República, siguieron vivas durante este período de la Segunda República. Era lógico que así fuese: la

Restauración no suprimió sus causas. Pero el fenómeno ofreció nuevas modalidades, derivadas del sentido popular y dominicanista de la guerra.

Bajo la Primera República, Santana y Báez fueron los únicos caudillos. Pues bien: ahora se produjeron cambios. Durante los primeros lustros, Báez conservó su prestigio caudillista; pero frente a él se levantó un caudillo popular, incorporado ya, por obra de sus condiciones excepcionales, a la burguesía liberal: Luperón. Ello dio al caudillismo una polaridad ideológica: aparecía ya como una expresión de la lucha entre la reacción anexionista o proteccionista, y el liberalismo nacionalista. A la sombra de estos caudillos surgieron dos facciones que, al organizarse, se autocalificaron de *partidos*: el partido «rojo», que era el anexionista o proteccionista, y el partido «azul», liberal nacionalista. Sin embargo, dentro de ambos partidos había elementos que representaban la tendencia contraria, realidad de mayor extensión en el partido «azul». Por otro lado, a pesar de que existía el citado fundamento ideológico, el pueblo no lo captaba. Volveremos sobre el punto al estudiar el desajuste entre el hecho sociológico y el mundo institucional.

En lo que sí tuvo proyección el mencionado fundamento ideológico fue en el carácter de los regímenes políticos a que dichos partidos dieron nacimiento cuando tuvieron en sus manos el poder. En efecto el partido «rojo» estableció siempre regímenes autocráticos tiránicos. El partido «azul», por el contrario, formó gobiernos que aun cuando no podían ser calificados de *democráticos*, acusaban lealtad a los postulados del liberalismo. Las tiranías se fundamentaron, evidentemente, en el apoyo de las organizaciones castrenses. Los gobiernos liberales hicieron lo opuesto: procuraron ser expresión del pueblo y colocar a las Fuerzas Armadas al servicio de este. La actitud acusaba, indudablemente, *civilismo*. Civilismo que se manifestó hasta en la selección de los gobernantes. Pero no hay

que exagerar la nota: ninguno de los gobiernos liberales representó positivamente al pueblo. Casi todos fueron regímenes oligárquicos, dirigidos por el sector liberal y nacionalista de la burguesía. Por tanto, ya sea bajo la tiranía o la pseudodemocracia, esta clase tuvo la exclusividad del poder, lo que a las claras entrañaba la persistencia de una de las más importantes modalidades del sistema colonial.

Vimos ya, además, que el liberalismo no aspiró a liquidar, bajo la Primera República, la cosmovisión antigua. Ahora sucedió lo mismo... Como se desarrolló de espaldas al fenómeno económico-social, nunca pudo captar las bases teóricas de este ni su vinculación con el hecho político. Es más: los liberales más fervorosos creían en la posibilidad de unir a todos los dominicanos en un afán de bien común. Esta creencia tuvo sus propugnadores. Entre ellos Espaillat, figura destacadísima de la burguesía liberal. Defendió este el criterio de que el camino para encauzar el país hacia el progreso era la *unidad nacional*. En consecuencia, se imponía —a su juicio— un acuerdo entre los dos partidos. Este acuerdo momentáneamente se logró. ¡Fue la fraternización de Dios y el Diablo! A nada condujo. Cosa previsible, ya que todo esfuerzo de armonización del bien y el mal desemboca fatalmente en el fracaso. Lo sorprendente es que Luperón, cuya visión acusó siempre cierto realismo, se inclinara ante el hecho. Por ventura, al romperse la unidad, el partido «azul» apareció robustecido. Y habría podido realizar una obra admirable si Heureaux, ávido de mando, no se hubiera entregado en brazos de la reacción.

Esta entrega —que fue entrega a la corriente proteccionista y, por tanto, al colonialismo— acarreó la muerte de dicho partido. Por razones distintas, lo mismo le aconteció al «rojo». Báez desapareció de la escena y —como vimos— Heureaux atrajo a su lado a lo más relevante del «baecismo». La oposición de Luperón fue, por lo demás, estéril. Se enfrentó a su

exdiscípulo y murió bajo su tiranía, con el corazón desgarrado por la frustración de su ideal. Heureaux quedó convertido en caudillo único. Tuvo, pese al carácter tiránico de su régimen, apoyo sincero de masas.

SEGUNDO PERÍODO (1900-1916)

Pero el liberalismo no había muerto. Y quienes lo alentaron vieron en Jimenes a su nuevo caudillo. Poco después de ajusticiado Heureaux, un movimiento unánime de la comunidad lo llevó a la Presidencia de la República. Como lo había hecho antes Espailat, estableció un gobierno civilista y nacionalista. Gobierno —claro está— de la burguesía. O para mejor decir: del sector liberal de esta. Contó, por lo menos durante los primeros meses, con el apoyo de casi la totalidad del pueblo y la colaboración, a regañadientes, de las fuerzas reaccionarias. Pero esta colaboración duró poco... Se transformó en oposición, que hizo del Vicepresidente de la República, Horacio Vásquez, su caudillo. No tardó este en levantarse en armas contra Jimenes y derrocarlo.

Reapareció con ello la polaridad caudillista que vimos brotar en las décadas inmediatamente posteriores a la Restauración. Es más: tuvo casi las mismas características. Los dos partidos políticos que se formaron, expresaron la vieja pugna entre el liberalismo y el conservadurismo. Con la diferencia —entre otras de menor importancia— de que mientras el conservadurismo de los primeros tiempos era anexionista, el de ahora siguió siendo proteccionista.

Lo recién dicho hace ver que la naturaleza del fenómeno político apenas varió, en su naturaleza y substancia, a lo largo de este período. *El personalismo político persistió.* Y los sucesivos gobiernos siempre estuvieron en manos de la burguesía. El de Jimenes, sin embargo, ofreció una novedad: se inclinó

constantemente ante la potestad del Poder Legislativo. No puede decirse, en consecuencia, que expresara la voluntad de una oligarquía. Pero ello no desmiente su carácter burgués. Pues burgueses eran, en su gran mayoría, quienes integraban tanto el Poder Ejecutivo como el Congreso. Lo doloroso del caso es que el sector reaccionario de esta clase se impusiera. Ciertamente es que el sector liberal desconocía la problemática social y económica y acusaba un vivo romanticismo; pero había en él un afán de bien público, y honestidad en la actuación.

Fue este período el que hemos calificado en otra oportunidad de «Etapa volcánica», debido a que no hubo un solo gobierno que no tuviera que enfrentarse a movimientos insurreccionales nacidos de «pronunciamientos» castrenses o de rebeliones de caciques o líderes secundarios que, sin ser caciques, gozaban de prestigio militar. Estos acontecimientos los ofreció también el primer período. Pero no alcanzaron entonces la frecuencia y continuidad de ahora. En el primer período, algunos gobiernos lograron imponer, durante largo tiempo, gracias a la utilización de métodos tiránicos, su mando, y con él, la paz que nace del imperio de la fuerza. Ahora no. Cada gobierno fue efímero. Surgía, y a los pocos días se producían levantamientos para derrocarlo. Se vivió, pues, en un clima de guerras intestinas y dentro de la anarquía que ello implica. Los levantamientos enarbolaban la bandera del partido opuesto al gobernante, y se hacían en nombre de su caudillo, aún cuando este no los hubiera ordenado. Ello revelaba algo nuevo: la *desintegración* del caudillismo en beneficio del caciquismo y de lo que podríamos llamar el «generalismo», término con el cual pretendemos designar la tendencia de muchos jefes de alzados a autocalificarse de *generales*. Eran estos jefes, —representantes frecuentes del caciquismo— quienes acostumbraban a levantarse en armas, arrastrando a toda su clientela.

Durante más de diez años el poder no fue ocupado por los auténticos caudillos, o sea Jimenes y Vásquez. Lo ocuparon casi siempre esos «generales». Dióse así el caso de que la tendencia conservadora o liberal de cada uno de los dos partidos dejó de aparecer. Además, todos los gobiernos de entonces, con escasísimas excepciones, tuvieron un carácter despótico. Ello entrañaba, a las claras, una nueva regresión, que traducía el desarrollo de un proceso. En la primera etapa de este se produjo la substitución del sentimiento patriótico por la pasión caudillista. Tal como lo hemos expuesto, el hecho se inició poco después de terminar la guerra restauradora. Luego —segunda etapa— el caudillismo fue parcialmente suplantado por el caciquismo y el «generalismo», lo que permitió a algunos caciques o líderes secundarios colocarse en el más alto nivel político y casi rivalizar con los caudillos.

¿Podía darse un exponente mayor de las supervivencias coloniales? ¿No remediaban esos hechos las antiguas luchas —y sus raíces— entre señores feudales? ¿No eran expresión de la ignorancia y el subdesarrollo económico? Todo aquello era, pues, puro coloniaje... Carecieron las pugnas de auténtico sentido político y mucho menos económico-social.

La Primera Intervención Militar Norteamericana puso fin momentáneo a esas realidades. Pero se acentuaron sus esencias: como ya dijimos, se volvió con ella al coloniaje plenario.

3. Desajuste entre la realidad sociológica y la ley

PRIMER PERÍODO

La Segunda República recurrió, como la primera, al institucionalismo democrático. Pero mientras en la primera pronto dejó de haber, debido a la liquidación del liberalismo, una corriente de opinión que sustentara la posibilidad de establecer una democracia, en la Segunda República el movimiento liberal,

representado por el partido «azul», cobró fuerzas y creía en esta posibilidad, que era vivamente defendida por sus dirigentes. Mas la realidad sociológica la negaba. Prodióse, por tanto, la misma contradicción que vimos aparecer en la Primera República, y de la cual la reacción fue la beneficiaria. En efecto, la falta de preparación del pueblo para la vida democrática dio un carácter estéril y efímero a los gobiernos liberales. La reacción era poderosa; y su poder se fundamentaba en esa falta de preparación, signo nítido del coloniaje imperante.

Pero los inicios de este período delataron —como hemos visto— una vigorosa extensión del sentimiento de la dominicanidad; y junto a ello, del aliento patriótico. Mas no basta el patriotismo para crear una nación. Se necesita una conjunción de factores. Y estos factores se hallaban ausentes... Los liberales permanecieron ciegos ante el hecho. Por eso hablaban con la mayor buena fe de la *nación dominicana*. Para que la nación apareciera bastaba —a su juicio— conquistar la independencia política. Naturalmente, como las realidades impedían esta aparición, tampoco podía cobrar vida la democracia. Para entonces, el país era víctima de casi toda la sintomatología del subdesarrollo. Hoy, esta sintomatología se ha completado. Trataremos el punto luego... Limitémonos por ahora a reafirmar que el liberalismo romántico, colocado frente a la reacción colonialista, fue vencido. ¿Por qué? Porque el requerimiento de la realidad sociológica no era establecer una democracia, sino liquidar a la reacción e ir preparando las condiciones para que la democracia pudiera florecer. Claro está: era imposible que este requerimiento plasmara dentro del institucionalismo democrático. Había que crear un orden jurídico de tipo revolucionario y caer, en consecuencia, dentro de un régimen que acusara los rasgos de una semidictadura de izquierda. Había, en suma, que renunciar al liberalismo.

Pero no podía pedírsele eso a hombres como Luperón y Espaillat. Para estos, el liberalismo era substancia de la propia vida.

¿Cuál fue la consecuencia de lo recientemente expuesto? La invalidez total del orden institucional que hubo de establecerse. Como bajo la Primera República, este orden fue una estructura *nacida de lo alto, situada en lo alto y constantemente violada*.

Nació de lo alto porque el pueblo no intervino para nada en su elaboración y plasmación, que fue obra de la burguesía, al igual que las modificaciones que en dicha estructura se introdujeron. ¿Elecciones generales? A juzgar por los textos históricos, se celebraron algunas. Mas ¿bajo qué normas? ¿Podía acaso desenvolverse un proceso electoral honesto y libre cuando la comunidad no acusaba una sólida organización jurídico-administrativa y la vida se movía dentro de la polaridad *tiranía-anarquía*? Existían, no obstante, Colegios Electorales nacidos de los más originales expedientes, que de vez en cuando se convocaban. Y también existía un Poder Judicial. Y un Congreso. Y una Constitución. Todo eso era, en el fondo, una cadena de ficciones. Tal fue, por lo menos, la regla. El Ejecutivo lo era todo. Y dentro de este, la voluntad de la burguesía reaccionaria, expresada por el caudillo bajo los regímenes absolutistas; o de la burguesía liberal, dentro de los regímenes liberales.

Se dirá que el partido «azul» mostró cierto respeto, desde el poder, hacia esas formas institucionales. Ello es innegable. Mas ¿quién escogía, dentro de la organización, a los candidatos a la Presidencia? Luperón, el caudillo. El partido aparecía, pues, dominado por su personalidad. Hasta el momento en que Heureaux se impuso.

El fenómeno se presentaba con mayor notoriedad en el partido opuesto. La voluntad de Báez era la suprema ley. Ello hace ver que el partidismo no respondía a las esencias y los rasgos que lo tipifican en las democracias auténticas. En estas,

dicho partidismo fue un producto de la *actividad electoral y parlamentaria*. Nacieron los partidos de los Comités Electorales, en el proceso del crecimiento democrático. En los comienzos, fueron organizaciones integradas fundamentalmente por cuadros. Pero al aparecer el socialismo, su naturaleza fue gradualmente variando, dándose entonces el caso de que en el seno de algunos partidos, los cuadros dejaron de tener la primacía: fueron substituidos por las masas que, a través de sus representantes, actuaban e imponían sus criterios. Los propios partidos reaccionarios se vieron obligados a adaptarse a esta nueva realidad.

No se dieron allí esos hechos. Lo repetimos: la actividad electoral y la parlamentaria no tuvieron nada que ver con el nacimiento del partidismo. La primera era casi inexistente; y la segunda aparecía, por lo común, subordinada a la voluntad del Ejecutivo. Es más: quienes la ejercían no representaban al pueblo. ¿Dónde, entonces, encontrar la raíz de los partidos en este período? ¿Fue acaso un producto exclusivo —como bajo la Primera República— del choque entre figuras cimeras que cobraron relieve caudillista y arrastraron, cada una de ellas, a los diversos sectores de la colectividad? Había mucho de esto. Pero junto a ello, otras cosas. Recordemos que el «baecismo», pese a su tendencia anexionista, estaba aún vivo cuando surgió la Segunda República. Y cobró nuevos bríos. Dejarlo solo en la arena política era, en el fondo, admitir la inutilidad de la guerra restauradora. Fue, pues, una necesidad histórica la aparición de un partido que tradujera el sentido patriótico que originó y expresó la guerra. El partido «azul» brotó obedeciendo a esta necesidad. Evidentemente, era obligatorio que tuviera una dirección, un jefe. Y ¿quién más indicado que Luperón? ¿No era este el más vivo exponente del patriotismo? Asumió, por tanto, dicha dirección. Y si lo hizo a través del caudillismo fue porque la realidad existente no podía brindar otra vía para la actuación

política. Tal realidad, de genuina naturaleza colonial, se manifestaba con un conjunto de hábitos, creencias, representaciones colectivas, en suma, de todo un sistema de valores nacido de la vieja cosmovisión. Sistema que de ningún modo podía originar un partidismo del tipo europeo que, a la larga, gracias a la intervención de las masas, acusara un contenido social y económico.

Las masas, sin embargo, no se hallaban ausentes del fenómeno. Expresaban fervor caudillista. E iban hasta la muerte en la defensa de sus respectivos caudillos. Pero este fervor —que era, a las claras, de tipo político— siempre tradujo un sentimiento de dependencia. A juicio de ellas, cuanto el caudillo hacía era lo conveniente, lo bueno. Caso muy distinto al que ofrecían los partidos de masas de las democracias existentes entonces.

Reiteramos, por otra parte, que el caudillismo negaba el institucionalismo democrático. Ello hace ver que su admisión por el liberalismo daba a este un mentís. Pero los dirigentes liberales no percibían el hecho. Vivían en un mundo irreal... Y fue la irrealidad de esa vida lo que, por encima de todo, *provocó su fracaso*. La reacción, por el contrario, se hallaba dentro de la realidad. Para ella, el institucionalismo democrático era una necesidad puramente formal, sin valor intrínseco alguno. Y a la sombra de este institucionalismo capitalizó, en su provecho, prolongándolas y a veces acentuándolas, todas las presencias coloniales.

PRIMERO Y SEGUNDO PERÍODOS

Al producirse, con motivo del derrocamiento del gobierno de Jimenes por Vásquez, la nueva polaridad caudillista, la caída en la «etapa volcánica» acarrió una crisis del liberalismo, que puso en evidencia una agudización del desajuste entre el institucionalismo democrático y la realidad sociológica. La expresión fundamental de la crisis fue la imposibilidad en que se encontró el partido del señor Jimenes —caudillo calificado de liberal

debido a que su trayectoria acusaba esta orientación—, de organizar, durante más de diez años, un gobierno que respondiera positivamente al liberalismo. Vimos, además, que las continuas asonadas y revueltas que obligaban a vivir en perpetua guerra intestina, originaron el auge del caciquismo y del «generalismo». Pues bien: este hecho, demostrativo de que el caudillo no tenía el pleno dominio de la organización, probaba, al revelar la decadencia del caudillismo, la acentuación del referido desajuste. Ello es obvio. Al carecer las instituciones de fuerza y validez, se fue cayendo en la desintegración política y la anarquía. ¿Era evitable esta caída? Sí. Mediante el establecimiento de una dictadura de izquierda o de derecha. Cáceres, cacique representativo de la reacción, intentó hacerlo. Inició su gobierno con medidas brutales, a las cuales parcialmente renunció luego. Pero asesinado en una conjura, volvió el país a la anarquía, de la cual las constantes rebeliones de los caciques o los líderes secundarios brindaban el síntoma sustantivo. Para estos líderes o caciques el institucionalismo democrático no solo era algo incomprendido, sino además, inexistente.

Todo ello ponía de relieve los alcances de la desintegración política nacida del aludido desajuste, terriblemente acentuado. Y como este era un producto de las estructuras coloniales y de la mentalidad colonialista supervivientes, la culpa recaía sobre estas. Tales hechos contribuyeron a abrir el camino a la Primera Intervención Militar Norteamericana.

4. Vigencia del proteccionismo

SEGUNDO PERÍODO

Es poco lo que hay que decir sobre este tema, al cual hicimos referencia bastante amplia en las consideraciones contenidas en el punto N.º 1. Basta, pues, una breve recapitulación. Y algunos enriquecimientos.

Expresamos que el anexionismo siguió vivo hasta el fracaso de las gestiones realizadas por Báez para anexar la República a los Estados Unidos; y que desde entonces la reacción sustentó el proteccionismo, y con este, el propósito de cercenar, en beneficio de una potencia extranjera, parte del territorio.

Vimos, además, que tales tendencias o fines encontraron la firme oposición del liberalismo nacionalista, lo que delataba un paso de avance sobre la Primera República, ya que casi todos los liberales de entonces fueron proteccionistas. Duarte —la figura más pura de la época—, lo mismo que Sánchez, pidieron la protección francesa; y Mella —conspicuo liberal también— la española, obedeciendo instrucciones de Santana. Actitud originada por el temor a Haití.

Bajo la Segunda República, este temor había desaparecido. Es más: Haití contribuyó, de modo notorio, al sostenimiento de la guerra restauradora. Quiere ello decir que el nuevo proteccionismo no podía tener ahora el fundamento o la explicación de antes. Más que un producto de la desconfianza en la supervivencia de la República, era —especialmente bajo los gobiernos «rojos» y el régimen de Heureaux— una corriente antipatriótica de cuya culminación concreta los gobernantes esperaban beneficios políticos y económicos.

En el segundo período, la posición reaccionaria varió. Siguió siendo proteccionista, pero con cierto recato y moderación. No pedía ya la protección abierta de una potencia extranjera, sino su ayuda. Y para conseguir esta ayuda, no se dejaba frenar por escrúpulos patrióticos.

El porvenir iba a probar que este proteccionismo moderado encubrió, generalmente, un *franco anexionismo*.

Estimamos que lo expuesto en los cuatro temas, ofrece una demostración plenaria de la subordinación de la actividad política, en las épocas estudiadas, al coloniaje y al colonialismo.



C A P Í T U L O § E X T O

No nos corresponde, dadas las limitaciones de esta obra, circunscrita al hecho socio-político-económico y espiritual dominicano, estudiar las motivaciones que indujeron a Washington a llevar a cabo la Primera Intervención Militar, en 1916. Pero no podemos silenciar que esta se efectuó en momentos en que los Estados Unidos —o para mejor decir, su gobierno— se presentaba como el máximo defensor del principio de la autodeterminación de los pueblos.

Con motivo del suceso, la ficción republicana dejó de existir en la zona este de la isla, que sirvió de base a la colonización del continente americano, por parte de la Corona española. Dejó de existir dicha ficción, aun cuando el nombre de la República siguió figurando en los documentos oficiales. La nueva realidad entrañó un retorno al coloniaje total, que ofreció presencias inéditas, derivadas de la naturaleza de la potencia conquistadora y de las características del momento en que el hecho se produjo. Estas presencias alcanzaron su mayor número y desarrollo en la esfera económico-social. Pero también encontramos algunas de ellas —por cierto, importantes— en el campo político. Para captar bien su naturaleza y rasgos conviene tomar como base aquellos que dieron tipicidad a los dos regímenes coloniales españoles del pasado siglo, o sea, a los que ofrecieron la mal llamada

Reconquista y la Anexión del 1861. Como hubimos de señalar, estos regímenes fueron dirigidos por oligarquías despóticas, y se caracterizaron por la subordinación de la burguesía criolla ante las representaciones peninsulares, y la influencia determinante de las jerarquías católicas. Pues bien: solo algunos de estos hechos aparecieron —y en forma parcial— dentro del nuevo coloniaje. Aun cuando el marino intervencionista se impuso por la fuerza, fue casi exclusivamente durante los tres primeros años cuando ejerció un positivo despotismo.

Por otra parte, es indudable que la burguesía criolla actuó como subordinada. Pero la actuación reveló novedades... Los gobernantes se vieron obligados a rodearse de un equipo de colaboradores y asesores criollos de dicha clase, cuyas opiniones eran escuchadas y muy a menudo obedecidas. Esto sucedió raras veces bajo los regímenes coloniales españoles mencionados. Sánchez Ramírez fue un mandatario sometido al arbitrio de los peninsulares. Y lo mismo sucedió con Santana: fue excepcional que se obedecieran sus criterios. Ahora acontecía lo contrario. La burguesía criolla logró una prominencia que entrañaba, en el fondo, una prolongación, parcialmente limitada, de la posición privilegiada de que disfrutó bajo la República. Evidentemente, no todos los burgueses obraron en la forma referida. El grupo o sector de la burguesía liberal, que entró en decadencia en la «etapa volcánica», apareció entonces revitalizado y enriquecido, y se lanzó a una oposición abierta contra el nuevo régimen, secundado por la casi totalidad de la clase media. Fue, pues, con elementos destacados de la burguesía reaccionaria que el nuevo gobierno constituyó su equipo asesor. Este sector burgués se solidarizó abiertamente con el marino norteamericano. Obró así obedeciendo a su mentalidad colonialista. Ello ofrecía una demostración palpable de algo que ya expresamos: el proteccionismo alentado por este sector en el segundo período de la Segunda República,

no era sincero; era un disfraz del anexionismo, que ahora pudo manifestarse sin obstáculos y al desnudo.

Hemos insistido en que el clero católico, como institución, formó siempre parte del aludido sector. Sin embargo, no compartió dicha tendencia, en la forma en que ahora se expresaba. Se sometió ante el nuevo régimen; mas su colaboración no fue intensa ni firme, razón por la cual no tuvo ascendiente en la política del gobierno. El origen de esto lo encontramos en la consubstanciación de dicho clero con la antigua cosmovisión, de *esencia hispánica*. No se trataba, por tanto, de una hostilidad hacia el *principio anexionista*, sino de un desagrado y a la vez un temor debidos al protestantismo de la nación dominadora. Procuró esta, sin embargo, dejar intocadas las creencias religiosas del pueblo, y sus representantes respetaron de tal modo la tradición, que acudían a los tedeum que se celebraban en ocasión de fechas históricas.

Indudablemente, esto último era algo asombroso. Es más: se vivía bajo la colonia extranjera, y los gobernantes no tenían reparos en propiciar y contribuir a las celebraciones de las efemérides patrióticas más importantes. Por consiguiente, si la República fue siempre una ficción, ahora lo era con una intensidad mayor. Los gobernantes justificaban su actitud afirmando que la ocupación militar era un fenómeno temporal. En efecto, lo fue. Pero ¿existía acaso la intención de esta temporalidad cuando el hecho se produjo? Nada induce a pensarlo. Más bien precisa pensar lo opuesto. A esta conclusión lleva el sentido de la política interamericana seguida por Washington en esa época. Sentido decididamente imperialista.

Hay que admitir que hubo un forzoso sometimiento de la totalidad del pueblo ante la nueva realidad. Pero este sometimiento escondía una íntima repulsa. Pese a la labor destructora de la «etapa volcánica», la conciencia de la dominicanidad no había desaparecido. Es claro que muchos no la poseían.

Y no hay que destacar que tal fue el caso de la burguesía reaccionaria. La mayor parte de la clase media y las clases inferiores sí se sentían, en cambio, *dominicanas*. En la primera, sobre todo, se mantuvo viva una protesta sorda, que se exteriorizó tan pronto la burguesía liberal inició gestiones con el fin de obtener la nueva Restauración de la República. Dicha exteriorización fue obra de los *grupos estudiantiles*. Por primera vez, el estudiantado, integrado fundamentalmente por una juventud perteneciente a la mencionada clase, hizo acto de presencia en el fenómeno político. Fue, indudablemente, el factor activo de la aludida exteriorización, a la cual se sumaron poco a poco los demás sectores de la clase media, el obrero urbano y el peón del campo.

El hecho acusaba cierta trascendencia. Se trataba —lo repetimos— de algo nuevo. En efecto, la Primera República nació de la clase media urbana *madura*, de pensamiento liberal. Nació —como lo hemos visto— de un sector reducido de ella. La Segunda República, en cambio, surgió de la clase media campesina, que arrastró al siervo de la gleba y luego, a la burguesía liberal. Pues bien: ahora fue la clase media urbana *joven*, que acudía a las escuelas secundarias o a la universidad, la que encendió la llama del movimiento. Sin su actuación, es casi seguro que los propósitos de la burguesía liberal se habrían frustrado, ya que fue un grupo minoritario de esta el que se lanzó a dar la hermosa batalla por la recuperación de la soberanía.

El movimiento fue paulatinamente creciendo. Creció de tal modo que parte de la burguesía reaccionaria dio repentinamente un viraje y se solidarizó con él. ¿Motivos? No le convenía aparecer en una actitud antipatriótica frente a un pueblo inflamado de patriotismo. Es más: el renacimiento de la República le brindaba la posibilidad de volver a hacerse dueña de todo el poder. Y esta posibilidad, ¿podía acaso ser desechada?

No. Hubo, sin embargo, quienes, miembros de ese sector burgués reaccionario, prefirieron abstenerse de dar el viraje. Y lo trágico del caso es que la Tercera República —y especialmente la tiranía de Trujillo— llevó a muchos de ellos a las más altas posiciones.

Pero la solidaridad de la burguesía reaccionaria con la burguesía liberal quedó circunscrita al propósito: no a los modos de alcanzarlo. Esta última se colocó en una actitud romántica. La otra —como siempre— acusó una postura realista. La burguesía liberal pedía la *desocupación pura y simple*; la otra, por el contrario, entró en negociaciones con Washington a fin de acordar un período de transición que viabilizara el renacimiento perseguido. Washington —claro está— se decidió por esto último. Decisión trascendental... Revelaba una crisis —o por lo menos una reconsideración— del imperialismo político. Delataba, en el fondo, el convencimiento de que para la vigencia y expansión del imperialismo económico, no era necesario servirse de procedimientos extremos, ya que el imperialismo político podía seguir proyectándose a través de las influencias y la coacción sobre los gobiernos, que durante largo tiempo debían quedar —a su juicio— en manos de la burguesía reaccionaria.

El concierto celebrado en Washington dio beligerancia a los partidos que se disputaron el poder en la época inmediatamente anterior a la intervención militar. Esta última había destruido sus organizaciones; pero el fervor caudillista *no había muerto*. Se repitió, casi integralmente, lo que había acontecido cuando nació la Segunda República. Como hubimos de señalarlo, el «baecismo» había quedado entonces vivo; y resurgió. Ahora se produjo el resurgimiento tanto del partido que dirigía Vásquez, como del que dirigió durante tres lustros Jimenes; y de otro partido, de relieve menor —producto de la decadencia del caudillismo— que apareció en la «etapa volcánica»

bajo la jefatura de Federico Velásquez. Por otra parte, muerto Jimenes, su partido cayó en manos de un líder secundario, expresión del «generalismo»: Desiderio Arias, y luego de la figura gestora del plan de desocupación: Francisco J. Peynado.

La Tercera República surgió, pues, dentro de los moldes políticos del inmediato pretérito. Y lo trágico del caso es que precisa admitir que se trataba de un acontecer inevitable. ¿Habían acaso variado las antiguas estructuras? Como veremos luego, en la esfera económica no solo quedaron vivas, sino además, dislocadas. Y en el plano espiritual, pese a que se habían producido ligeros cambios, la antigua cosmovisión supervivía. El caudillismo, además, estaba allí. Y con él, las viejas normas de vida política, agravadas por la corrupción, fenómeno que estudiaremos luego. Es necesario señalar, sin embargo, que el caciquismo y el «generalismo» entraron en mengua. Vásquez recobró la supremacía en el seno de su partido. Y Peynado, a su vez, asumió la máxima posición jerárquica en el partido que se formó antaño alrededor de Jimenes. Pero junto a estos hechos, apareció otro, hasta entonces inédito: el de la *perversión* del fervor político, especialmente en los cuadros secundarios de las diversas organizaciones. En el pretérito, este fervor acusó cierta pureza: era la expresión sentimental del caudillismo. Expresión que apenas mostraba contaminación por aspiraciones groseras. Ahora la contaminación existía. Los cuadros secundarios hacían política obedeciendo más a un afán de enriquecimiento ilícito que a la pasión por el caudillo. Tal realidad tuvo dos raíces: el marino interventor dio el ejemplo del peculado; y el desarrollo —indudablemente anómalo— del capitalismo despertó en los miembros de esos cuadros el afán de una vida de opulencia.

Nos encontramos, pues, con que la actividad política —de la cual los cuadros secundarios eran los responsables— aparecía pervertida. Esta perversión fue uno de los rasgos distintivos del primer gobierno de dicha Tercera República: el de Horacio

Vásquez. Gobierno respetuoso de las libertades individuales y sociales, pero de nítida esencia conservadora. No dio un solo paso tendiente a la trasmutación de las viejas estructuras. Mantuvo vivos el coloniaje económico, el coloniaje político y el coloniaje espiritual. Pese a su *civilismo*, estuvo en manos de una oligarquía burguesa reaccionaria, anhelosa de acrecentar su poder político y económico. Entrañó, pues, la continuidad del pasado, con la agravante de la referida perversión.

¿Hubiera podido el Sr. Peynado —que fue el candidato perdedor en la justa electoral— establecer un gobierno de otro tipo? No. Un gobierno bajo su mando habría ofrecido, a lo sumo, austeridad y eficiencia administrativa. De ningún modo una actuación revolucionaria. Pues la mentalidad de este dirigente era colonialista. Como abogado, se enriqueció al servicio de las grandes empresas económicas extranjeras, representativas del capitalismo foráneo.

La continuidad de las viejas estructuras coloniales aparecía, en consecuencia, como un fenómeno histórico inexorable. La desintegración del liberalismo nacionalista —hecho que se inició desde antes de ascender el Sr. Vásquez a la Presidencia de la República— la reafirmó. El grupo liberal que inició las gestiones por el cese de la ocupación norteamericana, quedó marginado del hecho político. Y ya no podía decirse que el partido fundado por Jimenes era un exponente de dicho liberalismo. El panorama ponía de manifiesto, por consiguiente, el auge de la reacción, cuyo proteccionismo se circunscribió a la obtención de empréstitos, con fines no reproductivos.

Por otra parte —exponentes de la supervivencia de las viejas estructuras— siguieron vivos y actuando en función determinante, el caudillismo, y el desajuste entre las instituciones y la realidad sociológica. A ello se agregó la corrupción. ¿Daba a esto un mentís el respeto a las libertades públicas? No. También

en el pasado existieron casi todos estos males y hubo regímenes respetuosos de ellas.

¿A dónde podían conducir tales realidades? ¿Era acaso posible que comenzaran a nacer los gérmenes de un movimiento auténticamente revolucionario? Respondemos a la primera pregunta diciendo que la culminación tenía que ser una descomposición mayor. Máxime —y lo que vamos a expresar atiende a la segunda pregunta— cuando no habían aún aparecido las condiciones que hicieran posible dicho movimiento. Podía tal vez afirmarse que en el plano económico ya existían. Pero aun aceptando esta tesis, es obvio que ello no bastaba para fundamentar la posibilidad. Faltaba la idea. Idea de la cual nace la mística. En realidad, nadie pensaba entonces en que se imponía una trasmutación de estructuras. Nadie tenía entonces conciencia de que se había vivido bajo una falsa cosmovisión. No la tenían ni siquiera —como hemos visto— los liberales románticos.

Siendo ello así, era obvio que el proceso del coloniaje y del colonialismo siguiera desenvolviéndose obedeciendo a sus propias fuerzas. Hasta el momento en que, víctima de la perversión y la autodegeneración, iniciara su descenso histórico. Había que esperar este descenso para que se multiplicaran los factores antagónicos y, como consecuencia de ello, la cantidad se transformara en calidad revolucionaria.

¿Advino acaso tal inicio? ¡Sí! Advino al caer el poder en manos de Rafael L. Trujillo, jefe supremo de las Fuerzas Armadas. Su régimen monstruoso tradujo la aludida descomposición. ¿Dónde estuvo la monstruosidad? En la naturaleza de dicho régimen. Para comprenderla, adentrémonos en sus raíces.

Vimos ya que bajo la Primera República, el Ejército fue una institución al servicio de los caudillos de turno, que tuvieron

siempre especial cuidado en colocar en sus cuadros a figuras de confianza. Dicho Ejército tuvo que luchar entonces en las guerras contra Haití, y la mejor prueba de su atadura al caudillismo la ofrece —como expresamos— su aceptación de la Anexión a España. Durante la Segunda República, tal realidad se mantuvo, pese a que el nuevo cuerpo se constituyó con soldados que habían peleado por la patria. Quedó así evidenciado que para estos, la obediencia al jefe inmediato seguía siendo lo primario. Ello nacía, naturalmente, de la psicología colonial, que imponía como norma obligatoria la subordinación del inferior al superior. Dicha obediencia al jefe inmediato explica la proliferación de los «pronunciamientos» militares de la época. Al asumir una actitud rebelde, el oficial insurrecto sabía que podía contar con la cooperación de las clases y los soldados. Solo las tiranías pusieron relativo coto a estos «pronunciamientos». De todos modos, su gran cuantía y la ciega sumisión al gobernante por parte de los cuadros leales, dieron a la institución un carácter *político*. Quedó así borrada la naturaleza patriótica revolucionaria del Ejército Restaurador.

Esta realidad abarca los dos períodos de la Segunda República. Y como la casi totalidad de los gobiernos de esta —y también de la primera— fueron representativos de la reacción, es obvio que el Ejército se evidenció desde entonces como un factor *antipueblo*. Era el instrumento más útil de que la reacción se servía para mantenerse en el poder.

Ese Ejército era la fuerza de choque gubernamental frente a los levantamientos armados —impropiamente llamados *Revoluciones*— del partidismo opositor. Pero muchas veces se dio el caso de que cuando «un pronunciamiento» amenazó la estabilidad del gobierno, otros líderes militares lo secundaban, convirtiendo así a casi todo el cuerpo en un factor de oposición. Aconteció, por obra de ello, que sobre los cadáveres de los soldados que morían en defensa del gobierno, pasaban

luego sus compañeros, solidarizados con quienes dieron muerte a aquellos. Realidad increíble, de la cual era culpable el coloniaje aún imperante.

La Primera Intervención Militar Norteamericana destruyó ese Ejército. Y organizó una Policía Nacional. A esta se incorporó, con el grado de Cadete, —después de haberle brindado importantes servicios al marino interventor en la persecución de «guerrillas»— Trujillo, quien pertenecía al sector más humilde de la clase media y había cometido numerosos actos delictuosos. Poco a poco fue ascendiendo. Poseía dotes de organizador y sentido de la disciplina. Era, además, un trabajador infatigable para quien los escrúpulos morales no existían. Cuando se celebraron las elecciones que llevaron a Vásquez al poder, ya ostentaba el grado de Mayor. Y como había sabido mover, con habilidad notoria, resortes importantes a favor de Vásquez, este lo premió ascendiénolo. No demoró mucho en alcanzar el generalato y la jefatura suprema de la institución, convertida por el gobierno en Ejército Nacional. Colocado en esa posición, maniobró atinadamente para derrocar a su protector. Y lo logró. A los pocos meses —a mediados del 1930— ya tenía todo el poder en sus manos.

¿Qué era el Ejército cuando se produjeron estos sucesos tan ajustados al espíritu y las modalidades de la política tradicional? Un cuerpo cohesionado y armado hasta los dientes, frente a una población desarmada. Podía, pues, imponerse con facilidad sobre esta. Trujillo así lo comprendió. Por otro lado, la integración social de dicho cuerpo era, más o menos, la misma de antes. Los soldados y las clases provenían, sobre todo, de la servidumbre de la gleba; y la oficialidad menor, de la clase media urbana. La alta oficialidad, en cambio, acusaba múltiples presencias de miembros de la burguesía. Era, pues, ese Ejército un reflejo de la estratificación social del país y del consiguiente dominio de la burguesía. El propio Trujillo

quedó incorporado a esta clase tan pronto adquirió, mediante negocios ilícitos, fortuna. Fue penetrando gradualmente en sus círculos más exclusivistas.

El Ejército brindó, por consiguiente, la raíz más importante de su poder. Pero no fue la única. También hay que considerar como raíz a los partidos opuestos al gobierno de Vásquez, que no titubearon en coadyuvar a su labor subversiva. Ello hace ver que el nacimiento de su régimen fue propiciado por un factor que tuvo su origen en la intervención militar norteamericana —o sea el tipo de ejército existente— y por los hábitos y normas políticas derivados de la vieja realidad colonial.

El régimen fue, desde los inicios, una tiranía. Tuvo, pues, todos los rasgos del absolutismo, que asomaron acentuados en razón de la constitución psíquica paranoica del tirano. Todo esto ponía a las claras en evidencia su monstruosidad.

Se dirá que como las tiranías fueron frecuentes en el pasado, la existencia de esta solo traducía una repetición de aquellas. No. Ofreció novedades. Dejemos de lado algunas expresiones formales, como lo fue la permanente utilización del crimen. Y detengámonos en lo esencial. Mientras en las tiranías del pasado el ansia de poder político estuvo siempre por encima de las aspiraciones económicas, en esta se dio el caso inverso: el poder político fue un instrumento utilizado para saciar una codicia sin límites cuya meta era monopolizar toda la riqueza del país. Monopolizarla no para beneficio de la clase social dominante, que siempre era la burguesía, sino del propio tirano y sus familiares.

Tal realidad ¿no recordaba los supuestos derechos de posesión sobre las tierras descubiertas y a descubrir, concedidos por el Papa a los Reyes Católicos? ¿No fue intención de estos cristianísimos monarcas usufructuar casi todas las riquezas del nuevo continente? La regresión acarreada por el régimen se extendía, pues, a la época del Descubrimiento. Naturalmente,

si esta regresión —evidenciada también en otras actuaciones— pudo cobrar vida, fue porque el sistema político que la expresaba encontró sólidos apoyos. Así fue, en efecto. Tuvo el más importante de ellos: el de todos los sectores de la burguesía y, especialmente, el del más conspicuo, o sea el del clero católico. La burguesía apareció, pues, solidarizada con el tirano, que llegó a ser dentro de ella, la figura determinante. Y el clero y la intelectualidad laica rivalizaron en el constante panegírico de su persona.

El gobierno no era, sin embargo, una oligarquía de la clase burguesa. Era un régimen absolutista que, contando con el respaldo del Ejército, se apoyaba en esta clase, que sufrió modificaciones en lo que respecta a su configuración. Se produjo, en efecto, un importante trasiego. Muchos miembros de la clase media, favorecidos por el tirano, se incorporaron a ella; mientras antiguos miembros de esta, al arruinarse, descendieron a la clase media. A la larga, la burguesía quedó escindida en dos sectores. El de los *viejos ricos* y el de los *nuevos ricos*. Cuando el régimen entró en el ocaso, el primero asumió una postura dual: mientras manifestaba lealtad, cooperaba secretamente con las fuerzas opositoras. El segundo, en cambio, permaneció leal. Esta división en dos sectores se proyectó, temporalmente, sobre el porvenir.

¿Qué se hicieron, mientras tanto, los viejos caudillos? ¿Y los viejos partidos? Los primeros murieron a los pocos años de establecida la tiranía. Murieron desengañados, después de contemplar el entusiasmo con que casi todos los cuadros secundarios de sus respectivas organizaciones se solidarizaron con el nuevo régimen. A la postre, estas desaparecieron. Del mismo modo que desaparecieron bajo la tiranía de Heurieux los partidos «rojo» y «azul». Heurieux, sin embargo, fue un auténtico caudillo. Arrastró hacia él el fervor de masas populares. Trujillo, en cambio, no lo fue. Surgió, de la

superestructura militar, sin el menor apoyo del pueblo. Y se impuso, mediante el terror, sobre este. La propia burguesía que le brindó su respaldo lo hizo por miedo o conveniencia. Podrá alegarse que la labor de perversión espiritual realizada por su régimen a través de la propaganda o de la actuación del magisterio y el clero, le conquistó cierto prestigio. Es indudable que bajo la influencia de esta perversión, algunos llegaron a verlo como un ser extraordinario y providencial. Pero la visión quedó circunscrita al plano racional. Solo muy pocos —los que integraban el reducidísimo sector de los favorecidos— llegaron a sentir amor por aquel monstruo, y a disponerse a ofrendar, en aras de este amor, la vida. No gozó, pues, de un positivo prestigio. Fue un líder que muchos llegaron a admirar y que todos temían. Mas no despertó nunca la emoción de la solidaridad. No fue, pues, un verdadero caudillo.

Si no lo fue, y Vásquez y Peynado habían desaparecido, es preciso llegar a la conclusión de que la tiranía acarreó la *liquidación del caudillismo*. Empero, no respondía esta liquidación a la aparición de nuevas realidades sociológicas. Los gérmenes del mal seguían presentes; y brindaban el secreto de aquella situación y sus espantosas modalidades.

La novedad y gravedad de todo eso —que asomaba como una realidad orgánica y unitaria— forzaban a la meditación del sociólogo, que veía en ello una arbitrariedad que, no obstante, tenía su razón de ser. Descubría, sobre todo, una contradicción entre su naturaleza y los requerimientos sociales. Era obvio —a su juicio— que esta contradicción condujera a la decadencia y descomposición de dicha naturaleza, que impresionaba por su aparente robustez. Esta impresión la experimentaban, sobre todo, los espíritus superficiales. El reino de la paz y el *orden* producido por el terror les daba la sensación de una armonía sociológica. Pero lo que había era lo contrario... Era una extendida desintegración social; una ruptura del equilibrio

—singularísimo— derivado de los hábitos coloniales de vida; una quiebra de la antigua configuración económica; y una degeneración del fenómeno político. Evidentemente, todas estas realidades revelaban que la clase dominadora había perdido ya su capacidad de dirección. Se encontraba aún con el timón en las manos, pero no sabía cómo manejarlo. ¿Por qué? ¿Era acaso porque el panorama circundante acusaba nuevas presencias, o porque ella misma era víctima de trasmutaciones íntimas? Por las dos cosas a la vez. En el campo político, las nuevas presencias comenzaron a asomar bajo el gobierno de Vásquez. El caciquismo y el «generalismo» quedaron liquidados, y resurgió, con una naturaleza inédita y una fuerza arrolladora, la institución castrense. El caudillismo, por otra parte, se hallaba en el ocaso, en razón de que las condiciones materiales para el surgimiento de nuevos caudillos no podían aparecer. Todo eso, y otras cosas de carácter espiritual y económico a las cuales nos referiremos más tarde, reveladoras también de novedades, inducían a la desorientación. Pero la causa más importante de la crisis se hallaba en la intimidad psíquica de la clase. La corrupción minó esta intimidad. Cada burgués se convirtió, de hecho, en el enemigo del otro. Sin importarle los medios, solo luchó por su progreso económico. Perdió así dicha clase la cohesión que imponían su ética peculiar y la coincidencia de sus miembros en los enfoques de los problemas internos y externos. Dividida en sectores, cada sector era, en el fondo, un campo de anarquía.

Al paso de los años, tales realidades se fueron acentuando hasta el máximo. La actitud de la burguesía llegó a suscitar asco. Compartía el poder con el tirano y sonreía ante sus insolencias. Y sus figuras de mayor relieve se disputaban el *honor* de recibirlo en sus hogares y colmarlo de pleitesías.

Siendo esta clase la determinante del fenómeno político, se comprende que este entrara en franca degeneración. Se trataba —y precisa insistir en ello— de una degeneración

que acusó simultaneidad con la creciente dislocación de las estructuras económicas y la disolución del viejo sistema de moralidad. ¿No revelaba todo eso que el proceso de la vida colonial había entrado en su ocaso? Sí. Las viejas estructuras no resistían ya a los nuevos tiempos. La evolución hizo crecer su contenido, que comenzó a *quebrar los moldes*. Pero la burguesía no captó el fenómeno. En realidad, su corrupción precipitó el proceso, cuya culminación triunfal advendrá forzosamente.

El ajusticiamiento del tirano pudo haber conducido rápidamente a esta culminación. No fue así. Los momentos postreros del proceso se han prolongado. Es más: la Segunda Intervención Militar Norteamericana pretende frenarlo. Pretensión baldía. Pues la revolución está ya en marcha y esta marcha es indetenible.



C A P Í T U L O S É P T I M O

El ajusticiamiento de Trujillo —suceso que tuvo efecto en mayo de 1961— se produjo en momentos en que la realidad americana ofrecía nuevas facetas, nacidas de la Revolución Científica, y de la pugna entre el bloque occidental y el bloque soviético. La más importante de estas nuevas facetas fue el establecimiento del régimen de Fidel Castro, en Cuba. El *castrismo*, que en sus inicios tuvo una fisionomía nacionalista y socialista moderada, sacudió al continente. Despertó las ansias dormidas y llevó a los pueblos de Hispanoamérica la conciencia de que era urgente destruir el imperio del coloniaje y plasmar una serie de reformas que entrañaran una revolución política y económico-social.

Dicha sacudida la experimentó el pueblo dominicano. Especialmente una gran parte de la juventud de la clase media. Y, naturalmente, los dominicanos que se encontraban en el exilio. Vieron estos en Fidel Castro al iniciador del proceso revolucionario continental. No demoraron en ponerse en contacto con él. Del contacto surgió, por parte del nuevo gobierno cubano, la colaboración al propósito de llevar al suelo dominicano tropas expedicionarias que iniciaran la lucha armada contra la tiranía de Trujillo.

El propósito cristalizó. Las primeras tropas expedicionarias llegaron por avión a la República el 14 de junio

de 1959. Otras arribaron días después, por vía marítima. Pero el movimiento desembocó en un fracaso militar. Los expedicionarios murieron en combate, o prisioneros del enemigo, fueron vilmente asesinados. La epopeya dejó un saldo de héroes y de mártires. Mas en el orden político tuvo un significado positivo: estimuló los afanes de liberación del pueblo, dando a estos cierta base ideológica. De tales afanes surgió una importante organización clandestina, que tomó el nombre de «14 de Junio», y se propuso —cosa nueva— luchar no solo contra la tiranía, sino además, contra sus raíces.

El programa del movimiento expedicionario no era extremista. Se proponía un cambio de estructuras, pero manteniendo vigente el concepto de la libertad y el de la propiedad privada. Abogaba, además, por el establecimiento de un gobierno revolucionario que al poner dicho programa en ejecución, creara las condiciones para el advenimiento de la democracia. Partía, pues, de un enfoque —a nuestro juicio acertado— de la realidad. Consciente de que las condiciones existentes en el país imposibilitaban el desarrollo de un régimen ceñido al institucionalismo democrático, y de que si este régimen se implantaba, el hecho desembocaría en un agravamiento de la problemática nacional, abogó por el mencionado gobierno, cuyos principios y metas informarían la nueva Constitución del Estado.

Washington se enteró de los preparativos del movimiento. Y cierto es que no hizo nada por impedirlo. ¿Por qué? Porque para entonces, su política frente al régimen de Trujillo había comenzado a variar. Antes, había sido una política de franco apoyo. Dejó ya de serlo. El viraje tuvo su origen en el convencimiento de que la tiranía había entrado en decadencia y de que la repercusión de la Revolución Cubana en el continente obligaba a un reajuste de su actuación frente a la América Latina.

La referida decadencia era un hecho obvio. Se traducía, entre otras cosas, en el alto nivel alcanzado por la degeneración

del fenómeno político, que se expresaba, sobre todo, en una espantosa agudización de las características despóticas del régimen. Esta agudización, y el incremento de la monopolización de la economía por el tirano, ofrecían claros indicios de que la situación haría crisis con relativa rapidez.

Washington se percató de ello. Tuvo el raro acierto de comprender que no debía seguir apuntalando aquella tiranía. Observaba, en efecto, cómo en el cuadro de los servidores más fieles de esta había comenzado a surgir un sentimiento de hostilidad hacia el tirano, que aun cuando no se expresaba en hechos concretos, ofrecía el tema de conversaciones íntimas. Este sentimiento, natural en la juventud más preparada, llegó a ser alentado por determinadas figuras del Ejército y de la burguesía de viejo cuño. Fue dentro de esta última clase donde el viraje de actitud más extensión cobró. Circunscrito, en los inicios, a la clandestinidad, se proyectó al exterior a través de una Pastoral de la alta jerarquía católica. Se dio así el caso de que el clero que, después del Ejército, había sido el puntal más robusto del régimen, apareció repentinamente en la vanguardia del movimiento opositor. No hay que decir que el hecho no podía ser motivo de sorpresa, ya que son harto conocidos la habilidad con que ha actuado siempre la Iglesia Católica en el terreno político, y sus constantes mimetismos.

Esta actuación del clero provocó en el tirano una profunda ira. Pues ¿no había acaso recibido de él, dicho clero, dádivas que sumaban muchos millones de dólares? ¿No había él firmado con el Vaticano, meses antes, un Concordato que otorgaba increíbles privilegios a la citada institución y a sus miembros? La ira lo sacó de quicio... Inició una violenta campaña contra la religión católica y se lanzó a una serie de actuaciones que delataban un franco desequilibrio mental. Urdió, entre otras cosas, un atentado contra el Presidente Betancourt, de Venezuela, que, por ventura, se frustró.

Este último hecho indignó al Continente, intensificó en Washington la política de hostilidad, y al repercutir en la Organización de Estados Americanos, desembocó en un acuerdo interamericano de sanciones políticas y económicas a la tiranía, que condujeron al ajusticiamiento del déspota y al consiguiente inicio de una situación parcialmente nueva.

En todos estos últimos acontecimientos, Washington tomó parte. Se puso en contacto con los líderes de la oposición, a fin de conocer sus opiniones respecto a las vías a seguir para dar el golpe final al régimen. Los líderes expusieron sus ideas. Era obvio que lo político y lo patriótico era aceptar la ayuda de Washington, con tal de que ello no significara un compromiso para el porvenir. Las opiniones no fueron en su conjunto, coincidentes. Hubo, sin embargo, un punto en el cual todas estuvieron de acuerdo: *la actuación debía iniciarse con la liquidación física del déspota*. Las divergencias cubrían el campo de los pasos ulteriores. Para los auténticos revolucionarios, estos pasos debían conducir a la destrucción de las estructuras trujillistas, mediante el desarrollo de un movimiento insurreccional que paralizara y dominara al Ejército. Partiendo de esta tesis, se le propuso a Washington que brindara el armamento necesario para armar a las organizaciones clandestinas juveniles, que ya eran numerosas; y se discutió el plan de acción. Pero este fue rechazado. Devino claro —para los revolucionarios— que la voluntad norteamericana era producir la muerte del tirano dejando vigente cuanto significaba la tiranía. Los hechos confirmaron este criterio. El ajusticiamiento del déspota fue el punto inicial de un plan en cuya ejecución la responsabilidad máxima hubo de corresponder al Ejército.

Pero realizado dicho ajusticiamiento, la parte ulterior del plan no pudo ejecutarse. Joaquín Balaguer, —uno de los intelectuales que más celosamente había servido al régimen y quien ocupaba, en los momentos en que se produjo el suceso, la Presidencia

nominal de la República— fue de hecho confirmado en su puesto por la alta jerarquía del Ejército, dominada por el primogénito del tirano. La configuración militar quedó, pues, *intacta*. Y con ella la tiranía... Asesinó esta a todos aquellos que, partícipes de la conjura del ajusticiamiento, cayeron en sus manos.

Fue entonces tesis socorrida en Washington brindar a Balaguer el máximo apoyo. Es más: se llegó a pensar allí en la conveniencia de que el primogénito de Trujillo conservara el mando militar. Mas era preciso, para ello, que tanto el uno como el otro mostraran cierta flexibilidad y se dispusieran a encauzar el país hacia una situación democrática. Con este fin partió hacia Santo Domingo el embajador estadounidense en la Organización de Estados Americanos, Sr. deLesseps Morrison. La pretensión era, a las claras, insólita. Pues no se concebía la posibilidad de una evolución de la tiranía a la democracia en quienes habían sido personeros representativos de la primera. Una indagación sobre la raíz de la actitud pone al descubierto que Washington se encontró frente a un problema político complejo: se veía empujado por la opinión pública continental a propiciar allí la democracia, y temía, a la vez, que esta actuación entrañara el desarrollo de un movimiento revolucionario que le fuera hostil. Pensó que evitaba esto último utilizando como instrumentos a Balaguer y al primogénito del tirano.

Durante varios meses, la política norteamericana mostró esa orientación. Pero los hechos pusieron de relieve su carácter absurdo. No obstante, entregados a ella, los dirigentes del Departamento de Estado se vieron constreñidos a dar pasos que aparentaban su voluntad de democratización y, ya en esta vía, presionaron para que se permitiera el arribo al país de una delegación de un partido político de exiliados, sin extensión ni fuerzas entonces: el Partido Revolucionario Dominicano. Naturalmente: Balaguer concedió el permiso. Y la aludida

delegación no tardó en realizar actos públicos y en crear los primeros cimientos de la organización nacional del partido. La realización de estas labores hizo ver que se había producido un aflojamiento de la naturaleza tiránica del régimen, hecho que el pueblo aprovechó para dar riendas sueltas a sus afanes de libertad y de justicia.

La pública proyección de estos afanes, más la conservación del poder por parte de los más destacados personeros de la tiranía decapitada, originaron, por otra parte, un importante movimiento popular que culminó en la creación de una organización apartidista que se llamó Unión Cívica Nacional, y cuya finalidad era liquidar los remanentes de la tiranía y encauzar el país hacia un *régimen de derecho*. Esta organización —que más tarde se transformó en partido político— desató una intensa campaña a través de toda la República, pese a la hostilidad de los cuerpos represivos del régimen. Gracias a esta campaña, la lucha política quedó en gran parte polarizada en el dilema: Libertad-Tiranía. Mientras tanto, fue asomando una división, más aparente que real en muchos aspectos, entre Unión Cívica Nacional y el Partido Revolucionario Dominicano. La primera insistía en la liquidación de todo cuanto era representativo del régimen en agonía; y el segundo, a través de su líder máximo, el Sr. Juan Bosch, abogaba por transformaciones económico-sociales, absteniéndose a atacar a las fuerzas, aún en el poder, del mencionado régimen. A su juicio, muerto Trujillo, *había quedado destruido el trujillismo*.

En el fondo, tanto la actitud de Unión Cívica Nacional como la del Partido Revolucionario Dominicano aparecían en riña con las exigencias políticas del momento. Circunscribir la lucha al dilema: Libertad-Tiranía era despojarla de su sentido económico-social, y pretender realizar reformas económico-sociales con la colaboración de quienes habían sido pilares y portavoces del «trujillato» traducía un mentís a la propia

pretensión. Naturalmente, el análisis de tales actitudes revela sus motivaciones. La dirección de Unión Cívica Nacional se hallaba en manos de representantes de la burguesía tradicional, de viejo cuño, que como hemos visto, colaboró con la tiranía hasta el momento en que se inició su decadencia y, obviamente, tenía interés en la conservación de las antiguas estructuras económicas y sociales. Partiendo de esta base, consideró que aparecer exclusivamente como abanderada de la libertad, era el camino a seguir. Obrando de este modo, estimulaba y capitalizaba a su favor el emocionalismo popular y ponía un velo sobre las raíces sociológicas de la tiranía. A su vez, el Partido Revolucionario Dominicano, consciente de que no podía contar con el apoyo de aquella burguesía, estimó que su robustecimiento y la posibilidad de alcanzar el poder estaban condicionados por el respaldo de la burguesía de nuevo cuño —que nació a la sombra de la tiranía— y por una amplia campaña de contenido socioeconómico que le captara la simpatía de las masas necesitadas.

Mientras estos hechos acontecían, Balaguer continuaba en la Presidencia de la República. Pero su gobierno fue objeto de modificaciones que alcanzaron al orden institucional político-jurídico. Y la Constitución fue modificada y el Congreso disuelto. Además, el Presidente repartió a su antojo los fondos del Partido Dominicano, única organización partidista de carácter público que existió bajo la tiranía y cuyos cuadros estaban integrados por personeros destacados de esta. Por otra parte, el Ejecutivo llevó a cabo ciertos cambios en el régimen tributario —que abarataron el costo de la vida—, y la confiscación de algunas empresas del tirano y sus acólitos. Luego, presidido por él, el Ejecutivo quedó en manos de un Consejo de Estado.

Era obvio que todas estas medidas estaban inspiradas por el afán de obtener un respaldo popular, a la vez que obedecían a la presión del ambiente. No había duda que el país se hallaba

en los inicios de un *proceso revolucionario*. Por desventura, los caminos y metas que podían conducir a la culminación de este proceso acusaron vaguedad o desvíos de la realidad histórica. Mientras Unión Cívica Nacional abogaba por el retorno rápido al institucionalismo democrático *efectivo* —ya que el que existió bajo la tiranía fue una burla cruel—, pese a que no se daban las condiciones sociológicas para ello, el Partido Revolucionario Dominicano, solidarizado con este propósito, estimulaba al pueblo a la lucha de clases, pero continuaba absteniéndose de atacar a los hombres y a las estructuras representativas del trujillismo superviviente, y no mostraba preocupación por ofrecer un ideario homogéneo, de positivas esencias revolucionarias.

Estas realidades hacían ver que el referido proceso tendría que desembocar, forzosamente, en una frustración momentánea. Su rasgo fundamental era el *emocionalismo*. Existía —ya lo dijimos— un ansia de cambios; pero esta ansia no aparecía *racionalizada*. De ahí, las rutas falsas y en especial, la insistencia en el establecimiento de un *régimen de derecho*. Insistencia que ofrecía un exponente claro de la mentalidad colonialista, una de cuyas facetas más importantes es la pasión por lo foráneo y la ceguera ante los imperativos de la realidad sociológica.

Reafirmaba la seguridad de la aludida frustración, la influencia que en los acontecimientos relatados tuvo el gobierno de Washington. Después de haber sido uno de los factores propiciatorios del ajusticiamiento del tirano y de haber apuntalado a Balaguer, dicho gobierno tomó parte activa en la integración del Consejo de Estado, y hacía acto de presencia, a veces en forma amenazadora, cada vez que la situación política cobraba gravedad. Puede afirmarse, en razón de ello, que el desarrollo de esta situación aparecía supeditado en gran parte a la voluntad norteamericana, que coincidía con Unión Cívica Nacional y el Partido Revolucionario Dominicano en la tesis de solucionar la crisis mediante el establecimiento del referido *régimen de*

derecho. No hay que decir que el origen de esta coincidencia delataba la convicción imperante en Washington de que unas elecciones libres no podían desembocar en el establecimiento de un gobierno positivamente revolucionario.

Los hechos expuestos ponían de relieve que persistía la situación de subordinación o dependencia ante el gobierno norteamericano. Persistían, además, con ligeras modificaciones, todo el armazón jurídico-institucional del pasado inmediato y las estructuras económico-sociales antiguas, cuya realidad negativa la tiranía acentuó. Es más: con un poder casi omnímodo, persistía también en la dirección de la actividad gubernamental, más o menos el mismo equipo humano que integró las jerarquías de aquella. *El coloniaje seguía, pues, vivo e imperante...* Pero frente a este, una nueva fuerza cobraba cada día mayor intensidad y extensión: el ansia revolucionaria del pueblo. Reiteramos que ella iba en camino de una frustración momentánea. Pero su triunfo ulterior aparecía históricamente asegurado.

A este triunfo se le abrieron los caminos cuando los sucesos condujeron a la liquidación del gobierno de Balaguer. Pero también entonces se cayó en el desvío. Tenía que ser así. En razón, sobre todo, de la lealtad del pueblo a dirigencias políticas que no estaban consubstanciadas con aquella ansia. El Consejo de Estado quedó reformado. Naturalmente, siguieron vivas, tanto en el orden jurídico como en el político, las antiguas estructuras. Cambió parcialmente el equipo jerárquico; pero el espíritu apenas varió. El pueblo no se dio cuenta de eso. Es más: festejó el advenimiento del nuevo gobierno —o sea del segundo Consejo de Estado— en la creencia de que el suceso traducía un triunfo del afán revolucionario sobre los remanentes del «trujillato». Poco a poco fue comprendiendo su error. Comprobó, en efecto, que el único beneficio real derivado del cambio fue la extensión, bastante generalizada, de un clima de libertades públicas y el consiguiente respeto a los derechos humanos.

El nacimiento de este clima fue posibilitado por una rebelión de los altos cuadros del Ejército contra el control que ejercían el primogénito de Trujillo y otros miembros de su familia. Al triunfar la rebelión, todos estos se vieron obligados a partir del país, en compañía de otros personeros de la tiranía. Muchos espíritus superficiales pensaron entonces que se había producido la destrujillización de las Fuerzas Armadas. Pensamiento falso. Pues el trujillismo no estaba representado exclusivamente por el déspota y sus familiares. Era algo de mucha mayor amplitud, que englobaba, dentro de la institución castrense, a la casi totalidad de sus altos cuadros, y en el campo civil, a todos los que se distinguieron en el crimen, la delación, la labor de perversión de conciencias y el enriquecimiento ilícito. Muchos de estos hombres, en vez de recibir las debidas sanciones, continuaron gozando del poder o influyendo sobre este. Ciertamente es que algunos, empujados por el oportunismo, se pusieron el traje revolucionario. Pero nadie podía llamarse a engaño: la actitud era un producto del afán de renovación que sacudía a las masas, sembrando en los reaccionarios un vivo temor.

Donde más hubo de manifestarse este temor, fue en el seno de las Fuerzas Armadas. Cedieron estas ante el pueblo. Es más: sus jerarquías comprendieron que estaban frente a realidades nuevas, que obligaban a su adaptación parcial a ellas. Aun los más manchados por el crimen dieron, del día a la noche, un viraje, y se mostraron dispuestos a cooperar al proceso de democratización. Naturalmente, esta cooperación imponía como condición el mantenimiento de los privilegios. A ello accedió el nuevo Consejo de Estado que, de acuerdo con el criterio de Washington, se trazó la misión de crear en el curso de un año, las condiciones imprescindibles para *la celebración de unas elecciones generales honestas y libres*.

Para entonces, nuevos partidos políticos hacían ya acto de presencia en el panorama nacional. El fenómeno tuvo dos

raíces: la ambición de poder de algunas figuras del exilio, y la necesidad de dar un contenido ideológico a la actividad política. Se cayó, pues, en el *multipartidismo*. Tratábase, a las claras, de una realidad artificial, ya que lo que requería el país era el *bipartidismo*, o sea la lucha frontal entre las fuerzas reaccionarias, representativas del coloniaje, y las fuerzas revolucionarias. Junto a la antigua organización clandestina denominada «14 de Junio», que se transformó en organización política de actuación pública, los otros partidos de contenido ideológico que aparecieron fueron el Partido Revolucionario Social Cristiano, el Partido Alianza Social Demócrata, y dos partidos de orientación marxista-leninista: el Partido Socialista Popular y el Movimiento Popular Democrático. Pero el multipartidismo no se circunscribió a los partidos doctrinarios. También surgieron partidos *personalistas*, alrededor de figuras de prestigio local, y otros que, sin ser *personalistas*, y pese a que abrazaban determinadas ideologías para ajustarse así al momento histórico, eran exponentes de las viejas normas políticas, razón por la cual es preciso ubicarlos dentro del campo reaccionario. Con excepción de los partidos marxista-leninistas y de la Agrupación Política 14 de Junio, todos los demás acordaron acudir a las elecciones generales propuestas. Aconteció entonces lo que era de esperarse: el multipartidismo, realidad artificial, cedió ante los requerimientos de la sociología. La lucha quedó polarizada entre Unión Cívica Nacional, exponente máximo de la reacción, y el Partido Revolucionario Dominicano que, en virtud de su campaña contra los ricos, apareció ante las mayorías populares como una auténtica fuerza revolucionaria.

De todos modos, el hecho de que surgieran partidos con fundamentos ideológicos, tradujo *una superación parcial de la degeneración del fenómeno político*. Tratábase, en efecto, de una notoria novedad. Ciertamente es, no obstante, que si exceptuamos a los partidos de extrema izquierda y al Partido Revolucionario

Social Cristiano, en los demás partidos auténticamente doctrinarios, el líder tenía mayor arrastre popular que la doctrina. El Partido Revolucionario Social Cristiano ofreció, en relación con este punto, cierta singularidad. Figuras del clero católico influyeron en su nacimiento, y sus primeros cuadros quedaron integrados por jóvenes que crecieron bajo la influencia de su doctrina. Ganados por el ideario, estos jóvenes conquistaron a otros... Y con la cooperación de la Internacional Social Cristiana —o Demócrata Cristiana— el movimiento fue gradualmente extendiéndose. Pero la ideología no alcanzó a las masas: quienes dentro de estas atendieron la llamada del proselitismo, obedecieron casi siempre a la recomendación del clérigo. El hecho era explicable. El subdesarrollo espiritual impedía que el pueblo abrazara a conciencia las ideologías políticas.

Fue esta realidad el factor que más influyó en la poca extensión que, pese a una propaganda activa, alcanzaron las organizaciones de extrema izquierda. Quedaron estas reducidas a pequeños grupos proletarios y a núcleos estudiantiles urbanos. Más que por una doctrina, las masas se sentían atraídas por *consignas y lemas que hablaban al sentimiento*. El lema de la lucha contra los «tutumpotes» —palabra con la cual el pueblo llegó a identificar a los ricos de relieve— trajo al Partido Revolucionario Dominicano una enorme cantidad de simpatizantes. A su vez, la Agrupación Política 14 de Junio logró gran número de militantes gracias a su consigna fundamental: el antiimperialismo.

Lo recién dicho obliga a la siguiente pregunta: ¿se había acaso substituido el antiguo fervor caudillista por el fervor a las consignas y los lemas? El planteamiento obliga a una indagación, que conduce a las siguientes conclusiones: en vez de desaparecer, las raíces del caudillismo aparecían aún vivas; la liquidación del mal por la tiranía fue, pues, obra de la coacción. Pero junto a aquellas raíces, la realidad social presentaba

nuevos aspectos. La tragedia económica y el imperio del crimen habían originado un extendido sentimiento de inconformidad que se expresaba en ansias de libertad y de justicia. Todo ello, y la repercusión que seguía teniendo la Revolución Cubana, propiciaban la entrega emocional a las consignas y los lemas revolucionarios. Ahora bien, dada la ignorancia, el pueblo identificaba estos lemas y consignas con los líderes de los partidos que los habían creado. Se dio así el caso de que quienes ingresaron al Partido Revolucionario Dominicano arrastrados por la consigna de la lucha contra los «tutumpotes», llegaron a sentirse más «boschistas» que militantes de la organización. Y si esto acontecía con un partido que hacía frecuente uso de dichos lemas y consignas, no puede sorprender que, salvo excepciones, la pasión por el líder explicara la fuerza —amplia o reducida— de los demás partidos. Ello prueba que aun cuando el caudillismo no asomaba abiertamente, cual lo hizo antaño, como única razón de ser del partidismo y expresión substancial del fenómeno político, *volvió a determinar, en gran parte, las proyecciones de este*. Y si tal determinación no pudo generalizarse, fue debido a las ansias de libertad y de justicia que impulsaban la actuación popular. El hecho entrañaba novedad y hacía ver que el proceso revolucionario trataba de romper el cerco creado por el subdesarrollo espiritual. Una viva prueba de esto fue que el caciquismo, que trató de renacer, no pudo lograrlo. Los esfuerzos de los caciques por arrastrar a sus clientelas por las vías escogidas por ellos, fueron generalmente infructuosos. En cambio, las recomendaciones del clero y de los amigos o parientes influyentes conservaron, especialmente en el seno de la masa campesina, cierta fuerza.

Es obvio que si el referido proceso, en vez de responder a una pura emoción, la hubiera supeditado a la conciencia de los requerimientos sociales, otros habrían sido los resultados. Pero ¿era ello posible? De ningún modo. La ignorancia colectiva

pesaba terriblemente. *Y era campo fértil para la demagogia.* También pesaban la corrupción y la miseria. Existiendo estos hechos, era un sueño la pretensión de saltar hacia un institucionalismo democrático efectivo. Ya lo hemos dicho: la democracia no se improvisa; a ella solo se llega cuando los pueblos han alcanzado un importante desarrollo económico y cultural. La convocatoria para la celebración de unas elecciones generales —y el consiguiente nacimiento de un *régimen de derecho*, a los pocos meses de ajusticiado el déspota— se evidenciaba, por tanto, como un *absurdo*. Mas ¿qué camino seguir? ¿Existían acaso posibilidades para establecer un gobierno revolucionario? No. Por otra parte, la reacción, dominada por el espíritu del trujillato, continuaba en el poder. Y permanecían en pie las viejas estructuras... El horizonte aparecía, pues, cerrado. *¡Había que entregarse al absurdo!* Y ser víctima de sus contingencias.

La polarización de la lucha electoral culminó en el triunfo, por una mayoría abrumadora, del Partido Revolucionario Dominicano. Contribuyeron a ello las fuerzas de la extrema izquierda, las de la Agrupación Política 14 de Junio, y otros factores apreciables, entre los cuales precisa señalar los siguientes: el respaldo brindado por la burguesía de nuevo cuño y los demás remanentes civiles del trujillato, y la recomendación de los veteranos y miembros de las Fuerzas Armadas a sus familiares y amigos, de votar por el mencionado partido. En suma, el triunfo fue paradójicamente, la obra de una *conjunción de fuerzas reaccionarias y revolucionarias*, que veían en Unión Cívica Nacional a su máximo enemigo.

Tal conjunción era aparentemente inconcebible. Pero acusaba allí motivaciones lógicas. Unión Cívica Nacional representaba a la burguesía de viejo cuño, de cuya actitud durante la tiranía ya hemos hablado. Pues bien: su propaganda electoral acusó un antitrujillismo violento. Esto hizo que los auténticos trujillistas —muchos de los cuales se habían incorporado al

Partido Revolucionario Dominicano— lucharan por su fracaso. Consideraban, además, que las diatribas del Sr. Bosch contra los «tutumpotes» eran un simple expediente electoral; y el programa de su partido no les inspiraba temores. Por otro lado, las masas revolucionarias que respaldaban al Sr. Bosch mostraron indiferencia ante la aludida conjunción: confiaban en que el triunfo del líder produciría la transformación económica y social anhelada.

Pero esta transformación no pudo materializarse... Aceptemos que había en el Sr. Bosch la intención de llevarla a cabo; pero las contradicciones que existían en su partido —donde los verdaderos revolucionarios fraternizaban con los oportunistas y reaccionarios—, y los errores a que estas realidades dieron origen, provocaron la frustración del propósito. A ello contribuyó, indudablemente, la oposición, integrada también por fuerzas reaccionarias y revolucionarias. Las primeras de estas fuerzas lanzaron el infundio de que el gobierno estaba entregado al movimiento comunista; las segundas le señalaban caminos y le pedían la rectificación de sus errores. Pero esta rectificación no se produjo. Y como la política gubernamental traducía una evidente desorientación y no ofrecía realizaciones que satisficieran los anhelos populares, las masas no tardaron en sentirse defraudadas.

Hubo quienes, ante esos hechos, comprendieron que el país se encaminaba hacia una nueva regresión histórica. Así lo expresaron. Llegaron a decirle públicamente al Presidente Bosch que si él no daba el necesario viraje, había grandes probabilidades de que estallara un golpe de Estado militar que conduciría, tarde o temprano, a una guerra civil. Así fue. A los siete meses de instaurado su gobierno, dicho golpe se produjo. Surgió entonces un régimen *de facto*, presidido por un Triunvirato que al cabo de tres meses fue substituido por otro —el segundo Triunvirato—; este dio luego paso al gobierno

absolutista, disfrazado de Diunvirato, del Dr. Donald Reid Cabral, cuya actuación propició su derrocamiento y la consiguiente guerra civil.

Estos últimos sucesos fueron precedidos por otros que hay que tomar en cuenta. Pese a que en el triunfo del Sr. Bosch influyeron los factores mencionados, es obvio que surgió de la voluntad mayoritaria del pueblo. Sobre esta base fue levantándose la armazón del institucionalismo democrático. Conjuntamente con el Sr. Bosch, fueron elegidos los miembros del Congreso, cuyos suplentes asumieron, mediante un artificio legalista, la función de Asamblea Constituyente. Esta Asamblea elaboró la nueva Constitución de la República, conocida con el nombre de *Constitución de 1963*. El documento no respondía, en su conjunto, a los requerimientos nacionales. Ofrecía, junto a múltiples lagunas, un singular maridaje de conceptos revolucionarios y conservadores. El propio Presidente Bosch lo calificó peyorativamente. Claro está: establecía el principio de la separación de los poderes. Pero no pudo este ser respetado. En virtud de la amplia mayoría de que disponía en el Congreso, el Ejecutivo impuso casi siempre su voluntad —a veces en forma anómala y pasando por encima de criterios correctos expresados por la minoría—; y esta voluntad, también gravitó sobre el Poder Judicial. Tal como era de esperarse, el institucionalismo democrático no funcionó. Fue como en el pasado, una superestructura cuyos basamentos teóricos y finalidades fueron frecuentemente violados, al igual que la propia Constitución.

Es claro que sobre el Presidente de la República recaía fundamentalmente, la responsabilidad de estos hechos. Pero la responsabilidad remota la hallamos en la aplicación del sistema democrático a realidades sociológicas que lo negaban. Era, para decirlo mejor, un producto de la entrega —ya referida— al *absurdo*. Ello hace ver que si el poder hubiera estado en

otras manos, tales hechos u otros similares se habrían también producido. La democracia —tal como hoy se concibe en la teoría y en la práctica— fue, pues, una ficción. Tenía forzosamente que serlo. Pero dentro de esta ficción cabía el desarrollo, por parte del gobierno, de un programa revolucionario. Se abstuvo de dar ese paso. Dejó vivas todas las viejas estructuras. Ni siquiera se atrevió, aprovechando el gran respaldo popular que tuvo en sus comienzos y la presencia de embajadores especiales en el acto de juramentación —presencia que duró varios días—, a proceder a una rápida transformación de las Fuerzas Armadas, que era el remanente más vivo y peligroso de la tiranía, y cuya existencia consumía alrededor del tercio de las erogaciones presupuestarias. Tampoco llevó a efecto la revisión de contratos onerosos para el país y lesivos a su soberanía. El Concordato quedó vigente; y persistió la entrega —hecho al cual haremos luego amplia referencia— de la riqueza minera a las compañías imperialistas. Además, la politiquería y la hipertrofia burocrática no sufrieron menguas. Las empresas estatales se convirtieron en víctimas preferidas de esta hipertrofia. Por último, firmó un contrato con una compañía comisionista suiza para la ejecución de diversas obras públicas, que otorgaba insólitos privilegios, contenía puntos oscuros y amenazaba la estabilidad fiscal futura.

Todas estas penosas realidades aparecían contrarrestadas por el respeto a los derechos humanos y por una política económica relativamente correcta en el plano internacional. Pero como este respeto y política fueron norma corriente de regímenes liberales del pasado, no podía ser estimado como algo nuevo, ni como un testimonio revolucionario. El balance del gobierno fue, en suma, *negativo*. Y esta negatividad cobra mayor fuerza cuando se recuerda que el máximo requerimiento popular de la hora era poner la revolución en marcha sobre vías previamente trazadas. Se ha dicho que no hubo tiempo para ello, y que la labor de la oposición lo impedía. Tal afirmación solo es

parcialmente correcta. Hubo tiempo para *iniciar* esa marcha, reclamada precisamente por la oposición revolucionaria; no hubiera podido la reacción hostil al régimen —dado el dominio que este ejercía en el Congreso y en todos los departamentos estatales— contrariarla con efectividad. El gobierno mantuvo, pues la *configuración colonial, y fue expresión*, por lo menos parcial, de la mentalidad colonialista. Pero no puede ser acusado de entreguismo a Washington.

La defraudación a que dio origen tuvo una consecuencia lamentable: amortiguó el desarrollo del proceso revolucionario. Votó el pueblo por Bosch confiado en que este haría la revolución. *No la hizo*. No supo o no pudo. La heterogeneidad de su gobierno explica el hecho. Esto, y otras cosas, hacían ver que junto al amortiguamiento, el proceso era víctima de un desvío que, de persistir, daría fatalmente origen a un retorno a las realidades más oscuras del pasado.

Este retorno se inició con el golpe de Estado que derrumbó al régimen. El suceso tenía todas las características de una regresión. Fue una regresión porque tradujo una imposición castrense sobre lo que había nacido de la voluntad mayoritaria. Es cierto que esta se sentía burlada. Mas ¿era acaso a los militares a quienes correspondía reclamar del Sr. Bosch la rectificación de sus errores y el cumplimiento de sus promesas? No. Era al pueblo... Pero pasaban los días y este permanecía indiferente. Lo dominaba la apatía. Apatía nacida de la defraudación. Por eso acató sin protestas el derrocamiento del gobierno.

Pudo haberse iniciado con este último acontecer, una nueva era histórica. Existía, teóricamente, la posibilidad de que la regresión que el golpe de Estado entrañaba, se convirtiera en un paso de avance mediante la ejecución, por el nuevo gobierno, de una política revolucionaria. Algunos se ilusionaron al respecto. Y esta ilusión los llevó a cooperar con el primer Triunvirato. ¡Grave error! Error nacido de una falsa estimación

de la correlación de fuerzas. El nuevo gobierno era de coalición. En él estaban representados diversos partidos, revolucionarios unos y reaccionarios otros. Y como los últimos eran más poderosos y contaban con el apoyo de las jerarquías castrenses, era obvio que a la postre se impondrían. Así sucedió... Desde entonces, el gobierno fue nítida expresión de la voluntad reaccionaria, que se manifestó desnuda y sin ningún tipo de ambages o disfraces bajo el ulterior régimen de Reid Cabral, cuyo absolutismo y cuyo entreguismo a Washington dieron la tónica de su actividad.

Tales realidades acentuaron la regresión histórica que tradujo el golpe de Estado militar. El pueblo captó esta acentuación. Pero dominado por la apatía, se abstuvo, durante más de un año, de expresar su inconformidad. ¿Por qué esta apatía? Porque se sentía desencantado de la actuación de los partidos políticos, que entraron en *franca decadencia*. Sin embargo, el afán revolucionario seguía vivo en la intimidad de los espíritus. Desgraciadamente, encontraba el horizonte cerrado. Dicho de otro modo: se sentía frustrado, confundido y a la vez impotente ante la terrible gravitación de las fuerzas hostiles.

Junto a la mencionada decadencia del partidismo, el fenómeno político ofreció entonces facetas de un notorio interés. Mientras el Dr. Reid Cabral hacía visibles esfuerzos por conservar el poder y legalizar su mando mediante unas elecciones supuestamente libres, la reacción —representada en el pasado inmediato por Unión Cívica Nacional y las fuerzas trujillistas que brindaron su respaldo a Bosch, sobre todo— se fue escindiendo en múltiples grupos u organizaciones. Surgieron así nuevos partidos reaccionarios, entre ellos uno dirigido por el Sr. Balaguer. ¿Qué probaba este hecho? La respuesta es obvia: que la declinación del movimiento reaccionario —fenómeno al que ya hemos aludido— se había intensificado. Todos los políticos burgueses aspiraban al poder; y todos se disponían

a presentarse en las elecciones anunciadas por el repudiado régimen. La oposición contra Reid Cabral, por tanto, se acrecentó. En sus filas, junto al pueblo, se hallaba, pues, el conjunto de fuerzas colonialistas cuyos partidos aparecían integrados —con excepción del que dirigía Balaguer— casi exclusivamente por equipos dirigentes. Esta multiplicación de los factores de oposición anunciaba el cercano derrumbe del régimen. Era obvio que, obedeciendo a la concepción hegeliana, la *cantidad* iba ya en camino de transformarse en *calidad* revolucionaria. Hubo quien, basándose en esta tesis, vaticinó dicho derrumbe.

Ya estaban ahí, aparentemente las condiciones necesarias para propiciar el suceso. Pero faltaban dos de las más importantes. Era imprescindible, en efecto, la obediencia a una organización y a cierta mística; y contar con los imprescindibles instrumentos de lucha. Sectores juveniles de la oficialidad de las Fuerzas Armadas ofrecieron esto último. Lo otro fue brindado por el Partido Revolucionario Dominicano. Estudiemos separadamente, dado su relieve, estas realidades...

1. El despertar popular revolucionario que se produjo a raíz del ajusticiamiento de Trujillo se extendió a todo el país. Pero donde alcanzó mayor fuerza fue —como vimos— en la juventud de la clase media urbana. El hecho revelaba un conflicto generacional. En efecto: casi todos los padres de esos jóvenes sirvieron a la tiranía. ¡Y ahora los hijos se les enfrentaban! Pues bien: gran parte de la oficialidad menor de las Fuerzas Armadas pertenecía a esa juventud. Algunos se habían graduado en instituciones militares extranjeras. Pudieron captar lo que era la vida bajo regímenes democráticos y la función que en estos desempeña el ejército. Una nueva mentalidad fue apareciendo en ellos. Nueva mentalidad que los empujó, tan pronto se inició el proceso revolucionario, a verlo con simpatía. Pero durante meses, no pudo esta aflorar a la superficie. Su existencia, no

obstante, pasó al dominio público. No se mencionaban nombres, mas por dondequiera se hablaba de la división reinante en las Fuerzas Armadas. Es más: fue una sorpresa para muchos que esta división no estallara públicamente cuando se produjo el golpe de Estado que derribó al gobierno del Sr. Bosch.

¿Por qué no advino entonces el estallido? La respuesta a la pregunta obliga a entrar a fondo en el problema, harto complejo. No solo existía la aludida división, de naturaleza ideológica: los altos cuadros mostraban también desacuerdos. En efecto, mientras algunos miembros de estos seguían añorando al déspota ajusticiado, y veían en el Sr. Balaguer al continuador potencial de su régimen, otros —al igual que lo hizo la burguesía de viejo cuño— asomaban como frenéticos antitrujillistas, sin que ello significara una renuncia a su posición reaccionaria. Y fue fácil a estos últimos imponerse desde los inicios. Claro está: las aludidas divisiones dieron origen a un creciente malestar dentro de la institución, agudizado por la ausencia de un auténtico líder; y revelaron que el germen de la desintegración socavaba ya su existencia. En suma: lo que no quiso hacer el gobierno del Sr. Bosch, estaba al borde de producirse por obra de un proceso que *bien puede ser calificado de natural*.

Cabe aseverar que el golpe de Estado contra este gobierno no sorprendió a los oficiales jóvenes solidarizados con el afán popular revolucionario. Pero la conciencia de que existía una generalizada defraudación y el hecho de que la nueva mentalidad solo cubría a reducidos círculos, aparecen como causas probables de la actitud pasiva de aquellos, cuando se produjo dicho golpe. Una actuación exitosa reposaba, a las claras, en la mayor amplitud de dichos círculos y en la maduración de la aludida mentalidad. Ahora bien: ¿qué factores podían influir en esto último? ¿Era acaso posible que surgieran del seno de la institución? No. Los factores eran de tipo político-sociológico.

Los debía brindar el gobierno mediante la intensificación de su política negativa. Esto llevaría al pueblo a un estado de desesperación. Se requería, en suma, que la crisis global existente alcanzara su clímax.

No hubo que esperar mucho tiempo para que ello ocurriera. Aceleradamente, el régimen de Reid Cabral fue *cavando, con su actuación, su sepultura*. Alcanzadas la maduración de la nueva mentalidad y la extensión de los círculos, gran parte de aquella oficialidad joven se lanzó a la rebelión, dando al traste con dicho régimen.

2. Aun cuando no se expresaba a través de manifestaciones visibles, la desesperación cubría a la casi totalidad del pueblo. Y fue capitalizada por el Partido Revolucionario Dominicano. El hecho obedeció a un proceso. La defraudación producida por el gobierno de Bosch hizo perder a este partido gran parte de su militancia. Pero la negatividad de la política de Reid Cabral —negatividad mayor en todos los órdenes que la que acusó el gobierno recién mencionado—, más la hábil propaganda realizada por el liderato de dicho partido en el curso de esos meses, levantaron de nuevo el prestigio de este y de su jefe. La rehabilitación de Bosch fue, pues, fundamentalmente, *obra de Reid Cabral*.

Para entonces, el Partido Revolucionario Dominicano había logrado reorganizarse. Su tesis fundamental era el retorno a la *Constitucionalidad*, o sea la restauración de la Constitución de 1963. Toda su propaganda tenía este *leitmotiv*. Los males existentes solo obedecían, a su juicio, al *golpe de Estado que derrocó a su gobierno*. Esta tesis creó una mística. Y como era obvio que la rebelión militar debía ser orientada y respaldada por una organización política, los jóvenes militares que la prepararon y llevaron a efecto, se concertaron con el referido partido, y aparecieron solidarizados, durante varios meses, con aquella tesis.

3. La mística se desarrolló paralelamente a la reorganización del partido. No es necesario señalar que carecía de fundamentos. Pues si bien era cierto que los males del país se habían acentuado como consecuencia del golpe de Estado militar, su auténtica raíz era el secular dominio del poder por la burguesía y la supervivencia del coloniaje. Como hemos visto, contra estos males, nada hizo el gobierno del Sr. Bosch. Pero la mística prendió. Prendió provocando una desviación del pensamiento revolucionario, consistente en substanciar la lucha en el dilema: Golpismo-Constitucionalidad, cuando el dilema real era: Reacción-Revolución. La aceptación de aquella substanciación daba, en el fondo, un mentís al aludido pensamiento, ya que toda actuación revolucionaria tiende a destruir la legalidad existente, substituyéndola por la que su triunfo crea, y en vez de mirar hacia atrás, mira hacia adelante. El legalismo —que entraña la admisión de determinado orden jurídico— y el espíritu revolucionario son cosas que no andan juntas.

Pero el subdesarrollo espiritual impedía que las masas populares captaran esta realidad. Vamos más lejos: si aceptaron la mencionada tesis fue porque la propaganda le hizo ver que el golpe de Estado, al derrocar a un gobierno que surgió del voto mayoritario, violó el derecho de todo pueblo a gobernarse a sí mismo. La propaganda fundamentó, pues, el problema sobre un principio de filosofía política: el que consagraba la autodeterminación y, por consiguiente, el respeto a la libertad que tiene cada cual de elegir su propio destino, y de escoger el gobierno y los gobernantes que estime convenientes. No es necesario decir que el pueblo no podía comprender la naturaleza y el valor de este principio; pero bastaba que le dijeran que sus libertades habían sido disminuidas o cercenadas para que se sintiera sentimentalmente arrastrado por cuanto esa afirmación envolvía. Es cierto, por otra parte, que el golpe

de Estado implicó una mengua de dichas libertades, que alcanzó su máximo nivel durante el régimen de Reid Cabral. El campo estaba, pues, preparado para la aceptación de la tesis. Naturalmente, si del golpe de Estado hubiera nacido un gobierno revolucionario, el caso habría sido distinto. No habría habido entonces posibilidad de que surgiera un sentimiento antigolpista. Por el contrario, dicho golpe habría sido objeto de una *alabanza casi unánime*.

Aspirar, por otra parte, a la restauración de la Constitución del 1963 y de las realidades gubernamentales e instituciones añejas, era visiblemente antihistórico. Los pueblos pueden dar determinados pasos hacia atrás, pero nunca se produce, cuando son arrastrados por un impulso revolucionario, el retorno a una situación ya vivida. Había en esa aspiración un sentido romántico, nacido del infantilismo político.

Junto a lo recién expuesto, es necesario señalar que también influyó en la generalizada aceptación de la tesis, el confusio-nismo a que varias veces nos hemos referido. En realidad, el movimiento revolucionario se desarrollaba en un clima de anarquía ideológica y de franco descrédito del multipartidismo. Y como se veía en la necesidad de superar estos males y de encontrar una fuerza espiritual propulsora, se dejó ganar por la mencionada propaganda. No pudo el pueblo darse cuenta de que lo imperioso era hacer tabla rasa de organizaciones e ideas condenadas por la experiencia, y abrazar un ideal ajustado a las realidades. Es más: las voces que exponían los fundamentos de este ideal casi se perdían en el desierto, debido a la pasión imperante o a que no eran comprendidas. Todo eso empujaba hacia el *pasado inmediato*. Fue en este donde las masas buscaron la substancia y tónica de su afán revolucionario.

Se llegó, por este camino, a lo inconcebible... Balaguer recobró prestigio. Muchos vieron en él a la única figura capaz de superar la crisis y de efectuar los cambios requeridos. ¿Podía

darse, acaso, una mayor prueba de confusionismo? Pues bien: al desatarse la rebelión, una parte de las masas capitaleñas se lanzó a las calles vitoreando su nombre. ¡Hasta esos extremos condujo la negatividad del régimen de Reid Cabral!

En resumen: toda una serie de razones, nacidas de la realidad sociológica y de circunstancias recientes, hicieron que el pueblo abrazara una orientación revolucionaria incorrecta, que dio la tónica a su actitud rebelde. El movimiento estalló con la consigna del retorno a la *Constitucionalidad* y la restauración del gobierno de Juan Bosch. Por todo el país, este dirigente fue visto como el *salvador*. Aquellos que, en las primeras horas, vitoreaban a Balaguer, se sintieron arrastrados por la corriente... Insistimos en que la orientación era falsa. Pero respondía a un anhelo de cambio. Indicaba que el proceso revolucionario se había puesto de nuevo en marcha. De ahí que, pese al desvío ideológico, *todo revolucionario auténtico se colocó junto a la rebelión*. Con las armas en las manos, el pueblo luchó por forjar su destino. Indudablemente, esa lucha —que alcanzó relieves de epopeya— era el hecho histórico sustantivo.

¿Cuáles fueron sus proyecciones y consecuencias inmediatas?

La proyección nacional más importante fue el despertar del sentimiento revolucionario en la totalidad del pueblo. Y la consiguiente resistencia de la burguesía. Esta resistencia tuvo sus máximos exponentes en los viejos cuadros de las Fuerzas Armadas. Y condujo a la guerra civil, pronosticada por algunos.

En el orden internacional, el movimiento fue recibido con entusiasmo por todos los pueblos de América, que vieron en él una clara expresión de hostilidad al coloniaje. Evidentemente, de inmediato fue estimado como un precipitante histórico. ¡Ahí estaba el germen de una actuación que tarde o temprano, produciría la revolución requerida por el continente! ¿Revolución comunista? ¡No! Revolución socialista respetuosa

de los derechos humanos e inspirada en un nacionalismo continental.

El entusiasmo de los pueblos de la América Latina fue compartido por los órganos más representativos de la opinión pública de los Estados Unidos. No así por su gobierno, que mostró en las primeras horas una profunda cautela, y que luego pasó a la acción directa y llevó a efecto la Segunda Intervención Militar Norteamericana. Esta actuación, violatoria del orden jurídico internacional y de la Carta de la Organización de Estados Americanos, levantó una protesta mundial casi unánime. Pero Washington no hizo caso de ella.

El acontecimiento significó para la República, una vez más, la pérdida de la soberanía y, en consecuencia, una nueva caída en el coloniaje total. ¿Cuáles fueron las razones esgrimidas para justificarlo? La intervención —se dijo en Washington— fue solicitada por el grupo militar que se oponía al movimiento rebelde; y, —segunda razón— el comunismo había asumido, de hecho, el mando de la insurrección, e iba en camino de transformar al país en una nueva Cuba. La primera razón era correcta. Tan pronto la reacción cobró conciencia de que tenía la batalla perdida, requirió el envío de las tropas estadounidenses, pretextando que no podía garantizar la vida de los súbditos extranjeros. La actitud se ajustaba a su pasado. La reacción —lo hemos dicho y repetido— fue siempre proteccionista o anexionista. En consecuencia, la solicitud referida no podía sorprender. Mas, ¿era acaso necesario enviar cerca de 30,000 hombres para la protección de dichos súbditos? El argumento no respondía a los hechos. Se trataba, en el fondo, de una falsa justificación del acto intervencionista. Esta falacia fue luego puesta al desnudo por dicho gobierno. Expresó, en efecto, que la auténtica razón fue la segunda. Razón carente también de validez. Pues si bien es cierto que los comunistas se habían solidarizado con el movimiento, el supremo mando de este no

estaba en sus manos, y dada la reducida extensión de las organizaciones comunistas en el país, era un absurdo pensar que este pudiera transformarse, del día a la noche, en una nueva Cuba. Como ya hemos dicho, el comunismo no había ganado al campesinado ni tampoco había podido captar al proletariado urbano. Es más: la mayor parte de los que se decían comunistas desconocían el contenido de la doctrina marxista-leninista. Su postura armonizaba más bien con el anarquismo. Y las consignas emanadas de los dirigentes delataban frecuentemente un origen romántico.

De todos modos, esa fue la justificación constantemente esgrimida. Problemas extraños al pueblo dominicano, —como lo era la pugna entre el mundo occidental y el mundo comunista— volvían, pues, a influir en su destino. Recuérdese que bajo la colonia española, este destino estuvo atado, durante décadas y décadas, a las luchas internacionales de entonces. La atadura luego se rompió. Durante un tiempo, bajo la Segunda República, los Estados Unidos y las demás potencias extranjeras mostraron desinterés por el país. Más tarde, la expansión del imperialismo económico norteamericano hizo variar la actitud de Washington. La República volvió indudablemente a significar algo ante sus ojos. Pero liquidada la Primera Intervención Militar, se conformó con influir, por lo común discretamente, en la actividad política. La discreción se transformó en injerencia visible a raíz del ajusticiamiento de Trujillo. Injerencia que desembocó en la Segunda Intervención Militar.

Este trágico acontecimiento ha hecho del pueblo dominicano una doble víctima. Víctima, en primer término, de la voluntad de Washington, que es el responsable de la mayor parte de la sangre derramada en la reciente guerra civil; y víctima, en segundo lugar, de la mencionada pugna entre los dos grandes bloques internacionales.

Tales realidades constituyen una seria advertencia para toda América; y no hay duda de que influirán en el futuro inmediato de la República. ¿Quiere ello decir que el destino del pueblo dominicano ha quedado definitivamente supeditado a la voluntad de Washington? ¡No! Pese a la gravitación de esta voluntad, el proceso revolucionario continuará su marcha. Pues se trata de una lucha entre la vida y la muerte. La persistencia del coloniaje es la desintegración, el aniquilamiento. Es el hundimiento en el subdesarrollo. ¡Y la vida se impone siempre sobre todos los obstáculos!

Pero la tragedia provocada por el injustificable suceso continúa conmoviendo al mundo. Siguen allí vivas y dominantes las estructuras coloniales. Aun cuando la intervención militar norteamericana, disfrazada de intervención multilateral, desaparezca, persistirá por un tiempo el coloniaje integral, y la soberanía de la República será una ficción. Directamente, o a través de la Organización de Estados Americanos, Washington moverá, al menos por un tiempo, los hilos del fenómeno político dominicano. Procurará, naturalmente, que la burguesía siga en el poder; y que la colonia se mantenga... Pero vivimos en una época caracterizada por la precipitación del desarrollo histórico. Es casi seguro que las naciones hoy satélites del gobierno norteamericano dejarán de actuar como tales bien pronto. El proceso revolucionario, ya en franca expansión en todo el continente, irá alcanzando con rapidez una meta tras otra; Y con la misma rapidez, en los propios Estados Unidos advendrán los cambios que conducirán a la superación del capitalismo y, por consiguiente, a la liquidación del imperialismo político y económico. Todo ello coadyuvará al triunfo definitivo de la revolución dominicana en marcha. Triunfo que implicará, entre otras cosas, la liquidación de las formas de vida política coloniales.



II. LA EXPRESIÓN ECONÓMICO-SOCIAL



C A P Í T U L O ◊ O C T A V O ◊

Vimos ya que la producción bajo la colonia española estuvo basada en el trabajo esclavo y que benefició, fundamentalmente, a la pseudoaristocracia agraria —que hemos llamado *burguesía atípica*— ubicada en el país, y a la Corona. Vimos, además, cómo se fueron constituyendo, en el curso de la colonización, las diversas clases sociales. Y vimos, por último, que para entonces la estratificación clasista reveló una sociedad desintegrada.

Dentro de esta desintegración se desarrollaron las diversas estructuras coloniales. Ahora bien: ¿cuál fue el sistema económico que presidió estas estructuras? La respuesta la hallamos en el tipo de producción. Al principio, el interés fundamental de la Corona y del colonizador fue la obtención de metales preciosos. En su búsqueda y explotación, y por obra de maltrato, se extinguió la raza indígena. Al agotarse el mineral se pasó a la producción agrícola basada en el trabajo del negro esclavo. Mientras tanto, algunas ciudades, especialmente la de Santo Domingo de Guzmán, comenzaron a florecer y a actuar como centros de intercambio, lo que dio a la actividad económica muchos rasgos típicos de la economía urbana artesanal. Sin embargo, sería incorrecto decir que este tipo de economía era el predominante. Lo cierto es que existían simultáneamente, manifestaciones de diversos sistemas económicos.

En gran parte del campo, sobre todo en el que se encontraba lejos de las ciudades, prevaleció una forma atrasada de la economía patrimonial agrícola, que se servía del trabajo esclavo. Y en las ciudades, la economía urbana artesanal —que no acusó todas las características de la europea— apareció orientada, desde los primeros momentos, hacia actividades mercantiles.

Por otra parte, junto a los tipos de economía mencionados, cobró auge otro que en Europa les había históricamente precedido: el de la economía doméstica pastoral. En suma: todo ello hace ver que la vida económica tradujo la *coexistencia de varios sistemas*, lo que tendía indudablemente a anarquizarla. Tratábase, a las claras, de una situación particularísima, derivada de factores múltiples, como lo eran la adaptación del peninsular a la nueva realidad geográfica, su afán de independencia y de lucro, la proyección de los propósitos económicos de la Corona —propósitos de naturaleza mercantilista—, y la vigencia de un orden jurídico de difícil aplicación.

El tipo de economía que mayor desenvolvimiento alcanzó fue el doméstico pastoral. La crianza del ganado vacuno y caballar ofreció rápidamente cifras impresionantes. En segundo lugar aparecía la economía patrimonial agrícola que, al dar primacía al cultivo de la caña de azúcar, brindó la base de una industria rudimentaria cuyo producto —el dulce— era consumido por el mercado interno y exportado a la metrópoli. Pero el auge de esta industria —primer asomo del capitalismo y exponente, entre otros, de la mentalidad burguesa de la pseudoaristocracia agraria— no duró mucho. Fue víctima del gradual desinterés de la Corona por la isla, hecho que tuvo su origen —como vimos— en las mayores riquezas de las tierras continentales recién descubiertas. El tráfico marítimo se redujo de tal modo, que llegó a vivirse dentro de una economía *casi cerrada*.

Este era el caso, por otra parte, de numerosos centros campesinos, muy alejados de las ciudades.

A los cien años del Descubrimiento, la economía era fundamentalmente agrícola y ganadera. Los esclavos trabajaban en función de fuerzas productivas. También trabajaban los artesanos y los comerciantes. Pero estos últimos no intervenían en la producción. El gran hacendado llevaba generalmente una vida ociosa. Tenía mayorales y esclavos, y prefería residir en las ciudades. Algunos, sin embargo, permanecían en los campos; y los que alcanzaron más éxito llegaron a controlar la economía local.

Las ciudades del interior tuvieron, ante todo, el carácter de centros comerciales. En cambio, las costeras fueron, fundamentalmente, bastiones militares y centros religiosos. En estas últimas residía lo más granado de la burguesía; y fue en su seno donde también cobró mayor desarrollo el artesanado. La Ciudad Primada —o sea Santo Domingo de Guzmán— floreció con rapidez, debido a que era puerto de escala casi obligado de las expediciones que sin cesar partían de la península hacia el continente. Allí se aprovisionaban los barcos. Y funcionarios, clero y comerciantes hacían negocios. Pero a pesar de lo dicho, su actividad mercantil nunca tuvo gran intensidad. Esto, y la escasez de oro, explican la emigración de muchos peninsulares a otras tierras, después de permanecer varios años en la isla. Lo hicieron, sobre todo, los enamorados de la aventura y los más codiciosos: no los que habían fundado hatos en los campos.

Monopolizado el comercio por la metrópoli, el gran comerciante actuó como intermediario entre esta y los hacendados y dueños de ingenios azucareros. También ejercían esta función, en forma abierta o velada, funcionarios y clérigos. Las relaciones de producción estuvieron, pues, casi circunscritas a esos sectores. El esclavo no contaba: era una mercancía más

y una máquina humana. No hay que decir que el máximo beneficiario lo fue casi siempre la Corona.

Pero como los beneficios eran escasos, fue decreciendo el interés de esta por la isla. Y obviamente, la producción languideció. En esto intervino la pugna —ya señalada— entre el «para sí» y el «para ellos». Tanto el hacendado rico como el pobre —miembro, este último, de la clase media—, y los demás «medianos» no veían con buenos ojos que la Corona, los funcionarios, el alto comercio y el clero monopolizaran la mayor parte de las ganancias producidas por la explotación insular.

El caso del artesano, sobre todo, era dramático. Con su oficio no podía alcanzar rango o prominencia económica. Su número, sin embargo, era elevado. Lo delata la proliferación de bellos templos e importantes mansiones. Bajo sus órdenes trabajaron en estas edificaciones los esclavos. Con el sudor de estos —y a menudo con su sangre— se levantaron los templos o «casas de Dios».

El hacendado insular había sido en España un campesino humilde. Al llegar a la isla se vio libre de todo tipo de trabas feudales y procuró crearse una economía sólida. Si se convertía en dueño de esclavos, generalmente lo lograba. Comenzaba apropiándose de tierras fértiles, aptas sobre todo para la ganadería. Y a medida que se iba enriqueciendo, extendía la propiedad. Una Ordenanza Real validó luego su actuación al reconocerle el derecho a poseer tierras de «una legua por contorno». Naturalmente, hay que presumir que muchos no se conformaron con esta limitación. Pero es indudable que la ordenanza, al dar reconocimiento a las posesiones existentes y futuras, estimuló la fijación del hacendado en el agro. *Nació así el latifundismo*. Un latifundismo que tenía más semejanza con el de la antigüedad que con el de los señores feudales del Medioevo europeo. Un latifundismo que, al producirse el descenso del tráfico mercantil, acarreó la conversión de cada

latifundio en una zona aislada, de economía cerrada, donde el terrateniente era la fuente de vida y la ley.

Es obvio que este aspiraba a mejorar. Lo mismo que el comerciante y el artesano. Pero unos y otros se encontraban frente a una situación de derecho y otra de hecho, que casi invalidaban esta aspiración. La situación de derecho era el monopolio comercial decretado por la Corona y los privilegios de que gozaban los funcionarios y el clero; y la de hecho era que, para la isla, aquel monopolio no tenía ya razón de ser, puesto que el tráfico mercantil apenas existía.

Así las cosas, llegó un momento en que se presentó una realidad nueva, a la que ya hemos hecho referencia: pese a su lejanía de Europa, la isla se convirtió en campo de las pugnas internacionales; y el fenómeno de la piratería, nacido de estas, se proyectó sobre ella. Piratería con patente de corso y piratería particular. La primera fue obra de las escuadras enemigas; y la segunda, de grupos de europeos hostiles a España, que rompiendo la ligazón con sus respectivas metrópolis, se lanzaron a la actuación independiente en los mares del Nuevo Mundo. Algunos de estos grupos —los cuales fueron denominados filibusteros y bucaneros—, ocuparon la pequeña isla La Tortuga, situada al norte de la zona occidental de La Española, y desde allí se dedicaron a realizar incursiones sobre las regiones habitadas de la gran isla.

Los textos históricos hablan de estos hombres en forma despectiva y condenatoria. Tal criterio debe ser objeto de revisión... ¿Cuál era el propósito fundamental que movía a estos piratas «libres»? Hacer negocios... Negocios al margen del orden jurídico colonial. En suma: el *contrabando*. Pues bien: a estos negocios se entregó la clase media y parte de la burguesía —sobre todo el sector de los hacendados y comerciantes—. Ya hicimos referencia a ello. Pero puesto que se trata de una actividad económica, nos corresponde ampliar ahora lo dicho...

De inicio señalamos que dado el aislamiento de la isla, la circulación monetaria era en esa época casi nula. Ello obligó a realizar las operaciones contrabandísticas sobre la base del trueque. Los cueros y los demás productos insulares eran canjeados por telas y otros artículos que los piratas traían en sus embarcaciones. Entre estos artículos figuraban —como hemos visto— los esclavos. El fenómeno, conocido en la historia tradicional con el nombre de «rescate», alcanzó gran extensión y tuvo como centros de actividad a los puertos de la zona norte. Hasta ahora, su trascendental significación no ha sido señalada. Dijimos ya que fue una manifestación de la pugna entre el «para sí» y el «para ellos». Es más: podría afirmarse que reveló parcialmente y en un alto nivel el *antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción*. En efecto, si marginamos la labor del esclavo —que constituía la más importante fuerza productiva— y consideramos al hacendado como productor, precisa concluir en que tanto este como el artesano eran víctimas de las relaciones *oficiales* de producción, y aspiraban, en razón de ello, a quebrarlas.

Es obvio que esta aspiración dio a sus actividades contrabandísticas un carácter nuevo. Ocasionaron la *primera rebelión pacífica* de la clase media y de parte de la burguesía criolla contra las normas económicas legales. Fue eso y *nada más*. Pues no tuvo dicha rebelión un contenido *social*. No solo dejó en pie la esclavitud, sino que incluso la extendió, al ser considerado el esclavo como mercancía canjeable. A pesar de lo dicho, entrañó un *avance*: tradujo un afán de liberación, indudablemente discreto, de la férula colonial. ¿Pensarían algunos de sus actores que el camino a seguir era el de la liberación plenaria y la consiguiente creación de un Estado —o esbozo de Estado— esclavista independiente? No hay datos que permitan responder a esta pregunta. Los tiempos, sin embargo, no eran propicios para tal suceso. Lo demostró

el caso de los bucaneros establecidos en la isla La Tortuga. Y también el de los filibusteros que se ubicaron en la zona occidental de la gran isla. Ni los unos ni los otros lograron crear una entidad política.

Ahora bien: ¿es justa la leyenda negra que originaron sus actividades? Indaguemos... Los datos históricos indican que las diferencias entre los bucaneros y los filibusteros eran escasas. Al parecer, los primeros se dedicaron más a los golpes de mano contra los barcos y puertos de la Corona española que al tráfico mercantil ilegal con las poblaciones insulares. Mostraron, además, una menor tendencia al nomadismo. Pero filibusteros fueron, sin embargo, los que se establecieron en la isla La Tortuga, dando origen a los bucaneros. Se ha escrito que unos y otros llevaban una vida salvaje y que eran extremadamente crueles. Hay que admitirlo. Vivían al margen de toda ley y coacción oficiales. Se alejaron de las fuentes que presidían entonces el orden social considerado como *civilizado*. Sus normas de convivencia se las dieron, pues, ellos mismos. Era obvio, por consiguiente, que acusaran crueldad. Se ha insistido sobre este punto. Mas ¿no fueron también crueles los conquistadores y la mayoría de los colonizadores? ¿Hubo acaso mayor crueldad que la que demostraron los funcionarios peninsulares en la liquidación del mencionado contrabando, bajo la égida del gobernador Osorio?

Hay algo, no obstante, que precisa tomar muy en cuenta y a lo cual ya nos hemos referido... Quienes destacan el salvajismo de esas gentes señalan que gracias a sus incursiones comenzaron a difundirse en la isla las ideas de la Reforma religiosa, y que las Biblias traídas pasaban de mano en mano. ¿No cabe inferir de esto que si hubo salvajismo se debió a las circunstancias ya expuestas?

Vimos ya que hubo, con seguridad, quienes se dejaron conquistar por los nuevos dogmas. Se comprende que así fuera.

Pues mientras las altas jerarquías católicas aceptaban en esa época el concepto de que el trabajo material era indigno de la clase superior, el «reformismo» sostenía la tesis contraria, que armonizaba con las aspiraciones de la clase media y, sobre todo, del hacendado pobre. Como no hay datos al respecto, es imposible saber cuántos filibusteros y bucaneros fueron calvinistas o luteranos. Pero el hecho de que el clero viera en ellos una amenaza contra la religión establecida, da a entender que su número era crecido.

De lo recién dicho se colige que el fenómeno tuvo un carácter *revolucionario*. Reaccionarios fueron quienes procuraron exterminarlo; quienes a sangre y fuego quisieron cegar sus fuentes. Hay algo más: fue también revolucionario por haber logrado sus protagonistas liberarse de las férulas políticas coloniales. Visto dentro de una amplia perspectiva histórica, el filibusterismo privado —no el amparado por patentes de corso— aparece como un *precursor del movimiento de la emancipación política* que se produjo en el continente a principios del siglo XIX. Precursor en los hechos; no en las ideas.

Tal vez la Corona intuyó lo que acabamos de afirmar. Pues hizo cuanto estuvo a su alcance por liquidar el fenómeno. Evidentemente, Francia e Inglaterra lo estimularon. Y a la postre, sometieron al filibusterismo privado bajo su dominio. Fue, en efecto, el establecimiento de los filibusteros privados franceses en la zona occidental de la isla lo que brindó a Francia el pretexto para adueñarse de dicha zona. El hecho, de naturaleza política, se proyectó sobre la economía. Y provocó un viraje de la historia insular.

Expusimos ya el aspecto político del viaje. Es obvio que los fines económicos perseguidos por el dominio político pasaron, ante la imperiosidad de consolidar este último, a un segundo plano. Por desventura, esto se produjo cuando, por obra del contrabando, las bases de la actividad económica habían

sufrido ciertos cambios, de indudable signo positivo. En efecto, el trueque de mercaderías por esclavos provocó en el este el enriquecimiento de muchos hacendados pobres y el consiguiente desarrollo de nuevos latifundios. Por otra parte, el tipo de economía cerrada a que dio origen la reducción del tráfico marítimo oficial, fue substituido por una economía relativamente abierta que, pese a su carácter ilegal, estimuló la producción. Volvióse, pues, a una actividad mercantil *sui-generis*, cuya expresión era el *trueque en gran escala*. Actividad que entrañaba una victoria de los afanes del «para sí», y revelaba al mismo tiempo que el hombre pasa siempre por encima de la ley cuando esta coarta su desarrollo.

De todos modos, los cambios referidos se proyectaron poco sobre las estructuras económico-sociales. La vieja configuración clasista quedó intocada. Pero se produjo una ampliación de la burguesía gracias al aumento numérico de los grandes hacendados, ya que muchos hacendados pobres se vieron repentinamente poderosos y ricos. Quedó parcialmente roto, además, el aislamiento de los latifundios, que integraban —como hemos visto— núcleos independientes de vida. Sabemos ya que a esto contribuyó la necesidad de *defenderse contra el francés*. Bajo la égida del poder político, los grandes hacendados alcanzaron, pues, cierta unidad. Unidad de base política, que arrastró a toda la clase media rural, del mismo modo que la de los funcionarios y el clero arrastró a la clase media urbana. Es más: hasta el propio esclavo fue víctima, en parte, de este arrastre. Lo fundamental era la lucha contra el francés. La zona oriental quedó *militarizada*. A la postre, de zona productiva en relativo auge, se transformó en bastión guerrero. Y la economía sufrió un serio colapso.

Todo ello era explicable. Expresamos ya que el francés era una amenaza contra los bienes y la vida. Alejar o suprimir esta amenaza constituía, por tanto, una necesidad primaria, que

enarboló la bandera del patriotismo. Para entonces, peninsulares y criollos se sentían españoles y eran movidos por la antigua cosmovisión. Terminó así momentáneamente la pugna entre el «para sí» y el «para ellos». La comunidad quedó fatalmente controlada por el poder político. Las propias fuerzas productivas quedaron en gran parte convertidas en tropas activas o reservas militares. Y la economía devino [en] una economía de subsistencia.



C A P Í T U L O N O V E N O

Ya dijimos que la pugna internacional culminó en la cesión a Francia de la parte occidental de la isla; y luego de su totalidad. El primero de estos acontecimientos hizo desaparecer el clima bélico que existió hasta entonces, lo que repercutió de inmediato sobre la economía. Los dueños de tierras tomaron de nuevo interés en la producción, que fue estimulada por la supresión del monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla. La paz, por otra parte, acarreó un auge de la corriente inmigratoria. Ello llenó parcialmente los huecos demográficos provocados por el languidecimiento económico y las emigraciones.

Pero no puede afirmarse que el renuevo del interés por la producción fuera obra del poder político. No tomó este una sola medida positiva en dicho sentido. En vez de elaborar y ejecutar un plan para el fomento de la riqueza, siguió enfocando el problema insular de acuerdo con las perspectivas derivadas de la pugna internacional. Prueba de ello es que organizara el corso de los barcos de banderas enemigas: se pillaban sus mercancías, que luego eran vendidas en la isla. Actuación que trajo a esta última a numerosos aventureros de diversas nacionalidades, y que estimuló el incremento de la producción. Naturalmente, para poder comprar la mercancía pillada, era preciso poseer numerario y este solo podía obtenerse

vendiendo lo producido. Pero persistía la crisis monetaria, que obligaba a seguir recurriendo al trueque. Y no hay que decir que al corsario y a sus protectores legales más les interesaba vender que comprar. ¿Cómo, entonces, conseguir dinero? En primer término, intensificando el comercio con la metrópoli; y en segundo lugar, mediante el tráfico —aun cuando fuese ilegal— con otros países. El más indicado de estos últimos era, a las claras, la colonia francesa vecina, cuya producción fue acrecentándose rápidamente hasta alcanzar, a fines del siglo XVIII, cifras impresionantes.

Así se hizo. Se estableció un comercio permanente con la mencionada colonia, lo que repercutió favorablemente en la producción. Sucedió, pues, que si en el orden político el establecimiento de los franceses en el oeste significó para España un fracaso, fue gracias a haberse efectuado, que pudo la economía oriental revitalizarse, acentuando su transformación de economía cerrada y de subsistencia, en economía abierta. De lo dicho se infiere que el corso contribuyó a esta transformación. Casi circunscrito al territorio insular, volvió a desarrollarse, en consecuencia, el movimiento mercantil. Gracias a ello, el sector comercial de la burguesía creció de nuevo, y adquirieron extensión y potencia económica las ciudades que actuaron en función de centros de tráfico, como lo eran las del interior. Los puertos, en cambio, languidecieron, con la excepción de Monte Cristi y la capital, favorecidos por el corso.

Es obvio que los mayores beneficios del auge económico —indudablemente muy inferior al de la vecina colonia— los obtuvo la burguesía. Especialmente su sector comercial y su sector ganadero. Pero también se aprovechó de ellos la clase media, tanto rural como urbana. Es más: el artesano encontró mayor demanda para sus productos; y muchos pequeños propietarios de tierras pudieron dar, al enriquecerse

—fenómeno al cual recientemente nos referimos— el salto hacia la burguesía. Dato interesante: no parece que el comercio de esclavos se intensificara. Ello despierta la idea de que los hacendados se conformaban con el aumento derivado del fuerte índice de natalidad del africano, relativamente *españolizado*. En el fondo, el punto tiene relevancia. Demostraba que aquella burguesía, atada a la vieja cosmovisión, era incapaz de esfuerzos importantes conducentes a su propio progreso. Su tendencia a la ociosidad contrastaba con el sentido de organización, la eficiencia administrativa y la consagración al trabajo en funciones jerárquicas, que ponía de manifiesto la burguesía francesa de la zona oeste. ¿Precisaba imputar a la biología este contraste? No. Su origen era psicológico. Lo ofrecía la diferencia de mentalidades. Mientras la burguesía criolla fue psicológicamente estereotipada por la cosmovisión teológico-feudal católica, en la del oeste, sujeta desde su nacimiento a otras influencias ideológicas —entre ellas la calvinista— no pudieron crearse los aludidos estereotipos.

La vida económica mantuvo el perfil expuesto hasta el momento en que se produjo la invasión de Louverture. Hay que presumir, sin embargo, que tan pronto se iniciaron en la zona occidental las rebeliones de esclavos, el hecho repercutió sobre la economía oriental, ya que volvió a cobrar fuerza la tendencia a su militarización. Pero tal repercusión fue, al parecer, débil. No entrañó los cambios trascendentales nacidos de la invasión triunfal de Louverture. Al referirnos a esta en la sección correspondiente a la Expresión Política, expusimos sus derivaciones políticas y, para una mejor comprensión, dijimos algo sobre su proyección en las estructuras sociales y económicas. Expresamos entre otras cosas, que el nuevo régimen fue el primer esfuerzo serio de *descolonización* efectuado hasta entonces en la zona española. Vamos ahora a insistir sobre este punto, circunscribiéndonos a lo económico y lo social.

Como ya dijimos, quedó abolida, por primera vez, la esclavitud. El antiguo esclavo se vio repentinamente rehabilitado, dueño de sí mismo. Es claro que en el orden social el hecho era revolucionario. Igualaba aquel ser humano, considerado hasta entonces como una mercancía, con el amo. Las crónicas de esa época revelan la reacción indignada de la burguesía ante el suceso. Era algo para ella inconcebible, a pesar de que se decía católica y de que el catolicismo propugnaba, en teoría, el principio cristiano de la igualdad y la fraternidad. Era algo de tal modo inconcebible que los burgueses que pudieron hacerlo, abandonaron sus bienes y emigraron. Esto entrañó una disminución numérica de la clase. Louverture confiscó dichos bienes.

Hemos visto, por otra parte, que la clase media también *era esclavista*. Lo era a pesar de que no todos sus miembros poseían esclavos. Lo era porque obedecía a la antigua cosmovisión y siempre alentó el afán de incorporarse a la burguesía. Pero no manifestó descontento al producirse el hecho referido. Cosa comprensible... Pues ¿no era ella también una clase preterida? Intuyó, tal vez, el carácter revolucionario de la nueva realidad que, sin el menor esfuerzo suyo, la colocaba de hecho, en plano de igualdad social frente a la burguesía. Por otra parte, la abolición de la esclavitud no acarrea al conjunto de la clase perjuicios económicos. La burguesía, en cambio, sí se vio terriblemente perjudicada. Del brazo esclavo había brotado su riqueza y en gran parte, su prominencia. Sin ese brazo, ¿qué iba a ser de ella? Carecía del hábito del trabajo, consideraba que las labores manuales eran indignas y que había nacido exclusivamente para mandar, para la vida intelectual o ejercer los oficios pertinentes a las altas jerarquías administrativas. Era católica y, sin embargo, se sentía al respecto atada, hasta cierto punto, a la concepción social platónica. La abolición de la esclavitud y la integración social implicaban, pues, la *destrucción de su mundo*.

Pero hay algo más. Pongamos la mirada en la repercusión del acontecimiento en el campo estrictamente económico. De un régimen esclavista se pasó a un régimen de economía *relativamente libre*. ¿Cuál fue el significado de esto? Para comprenderlo, reiteramos algo ya dicho: el esclavo era la principal fuerza productiva. Pero en el fondo, se hallaba fuera de las relaciones de producción. Al adquirir la libertad, dejó de ser eso. O para decirlo mejor: siguió siendo una fuerza productiva, pero dentro de nuevas normas. El punto es sumamente importante. Louverture no se entregó al *liberalismo económico*, que ya se vislumbraba en Europa. Por el contrario, anticipándose al porvenir, quiso organizar la economía *desde arriba*, estableciendo una legislación que entrañaba una reglamentación del trabajo y lo hacía obligatorio. Abrazó, pues, el principio de la *economía planificada*, dentro de las circunstancias específicas del ambiente y de la época. Dio tierras a los antiguos esclavos; y los constriñó a la labor, al igual que lo hizo de modo indirecto, con la clase media y la burguesía. A esta última no le quedó otro camino que recurrir al régimen de salarios —hecho en el cual encontramos la raíz de la futura servidumbre de la gleba— en las haciendas que conservó. Es más: cosa para ella intolerable, dicha burguesía se vio obligada a ocuparse *directamente* de la producción.

El carácter revolucionario de todas estas nuevas realidades salta a la vista. Se inició, en suma, una vida económica sobre bases hasta entonces inéditas, que cobraron fuerza gracias a la integración social nacida de la destrucción de las antiguas estructuras. El país quedó, en este orden de cosas, *descolonizado*. Se impuso el igualitarismo. Cesó la ociosidad. Y por primera vez el ingreso social tradujo una repartición relativamente equitativa, comparada con la que imperaba antes. Todo ello, y la apertura del tráfico comercial con los Estados Unidos y otros países, provocó un auge fantástico de la economía, que

las crónicas de la época, pese a haber sido escritas por plumas colonialistas, se vieron en la necesidad de reconocer. Suprimidas las fronteras raciales y sociales, el enriquecimiento de la población fue global.

Casi todas estas realidades desaparecieron bajo el régimen ulterior de Ferrand. Si —como hemos visto— este régimen trajo una regresión histórica en el campo político, cabe decir lo mismo respecto a lo económico-social.

Insistamos sobre este punto...

Volvióse a la esclavitud y con ella, a la desintegración de la sociedad. La burguesía recobró su antigua primacía económica. Y resurgieron las viejas estructuras económico-sociales. Retornóse, en suma, al coloniaje plenario, aun cuando el nuevo gobierno no expresó la totalidad de los fundamentos teóricos contenidos en la antigua cosmovisión, que sirvieron de base al sistema antaño.

Hubo, sin embargo dentro del retorno a lo viejo, algo nuevo, que expusimos ya someramente: tanto el gobierno como los inmigrantes franceses obedecieron a la tendencia *progresista* que había caracterizado a la burguesía de la colonia vecina y que era en esos momentos substancia de la burguesía francesa metropolitana. Pero este *progresismo* encontró en su marcha las dificultades nacidas de la ruina provocada por la invasión de Dessalines, y de la oposición, al principio velada, de la burguesía criolla. Pese a la intención, las realizaciones fueron casi nulas. Mas es de justicia reconocer que dicha intención se encaminó por vías científicas. No solo procedió el régimen a promulgar una legislación tributaria que favorecía el incremento de la producción; atendió, además, los problemas de la infraestructura económica, como el de la construcción de caminos vecinales; y quiso asegurar en Estados Unidos —como lo había hecho Louverture— un mercado para los productos insulares. Estas actuaciones revelaban la existencia de un sentido

administrativo, cosa que nunca existió bajo la colonia española. Mas como el desarrollo de toda esa política y sus beneficios, reposaban en la vigencia de las antiguas estructuras y aprovechaban casi exclusivamente a la clase burguesa privilegiada, es obvio que no desmienten el carácter *regresivo* del régimen en el plano *económico-social*. Por otra parte, —como ya hubimos de señalarlo— el auge de la producción no alcanzó entonces los altos niveles a que dio origen la política económica de Louverture. Además, mientras este de hecho constriñó a todos al trabajo, tal compulsión quedó ahora circunscrita a la clase esclava.

Al producirse, gracias al movimiento desatado por Sánchez Ramírez, la restauración del poder colonial español, el coloniaje se desenvolvió —como vimos— dentro de la totalidad de las normas antiguas. Los colonos franceses emigraron y se efectuó la confiscación de sus bienes. Naturalmente, cesó el *progresismo* gubernamental. Imposibilitada España de atender a la colonia, esta languideció de nuevo. Es más: puede afirmarse que de economía mercantil sobre base esclavista —y por tanto, de economía abierta— se regresó otra vez a la economía cerrada. Las exportaciones quedaron reducidas a una cuantía ínfima, lo que desanimaba al hacendado. Sin mercado exterior, sus cosechas se perdían. El movimiento de numerario se fue gradualmente reduciendo. La gravedad de la situación llegó a tales extremos que el propio gobierno tuvo que recurrir, para levantar fondos, —como hubimos de expresar—, al abominable expediente de vender esclavos. Es claro que no podía obrar en forma más antieconómica, ya que el esclavo era la fuerza productiva fundamental.

Algunos han afirmado que todo ello condujo a una equiparación de la burguesía y la clase media. Tal apreciación nos parece falsa. La burguesía siguió conservando su prominencia, pese a que el sector peninsular, en cuyas manos estaba el poder

político, ejerció una auténtica supremacía sobre los demás sectores de dicha clase. Es cierto que la crisis económica repercutió en su seno, obligándola, —como lo expusimos— a la burocratización. Pero continuó siendo dueña de casas y tierras y gozando del viejo prestigio. De ahí que surgiera como directora del movimiento que condujo a la «Independencia Efímera».

Este movimiento demostró que la *descolonización* producida por el régimen de Louverture no penetró en la conciencia de la clase media. Pues si hubiera penetrado, el referido prestigio burgués se habría desvanecido bajo el régimen de Ferrand, desbordado por las derivaciones de aquella conciencia. Puesto que esto no tuvo lugar, el hombre «mediano» siguió viendo en la burguesía a una clase situada, por su mayor cultura y viejo poder, por encima de la suya. Tal visión era un producto de su formación psicológica. Tratábase de un estereotipo provocado por la gravitación del ambiente dentro del cual él hubo de desarrollarse, y cuyas realidades obedecían a la antigua cosmovisión.

La historia confirma este criterio. Nos dice que los hechos revolucionarios difícilmente modifican la naturaleza y proyecciones de una mentalidad ya formada. Lo contrario es excepcional, y solo se produce cuando tales hechos acarrear, para el poseedor de la mentalidad, importantes beneficios. Como se sabe, este fue el caso del esclavo. No el de la clase media.

En suma: también en el plano económico-social, lo que se ha llamado «Reconquista» agudizó la regresión provocada por el gobierno francés. Las realidades y normas coloniales de vida se mostraron entonces en su expresión más nítida. Y su negatividad llegó a tal extremo que, aun en el seno de quienes aparecían responsabilizados en mayor grado con ellas, brotó la necesidad de un cambio. La «Independencia Efímera» fue, —como vimos—, un producto de esta necesidad.



C A P Í T U L O D É C I M O

Si bien es cierto que el espíritu de la *descolonización* provocada por Louverture no ganó a la clase media, no puede afirmarse que esta lo hostilizara, como lo hizo —casi siempre a escondidas— la burguesía. Es más: el movimiento contra el dominio francés demostró que contrariamente a lo que estaba aconteciendo en el seno de la burguesía criolla del resto de América, la de allí no se dejó influir, ni siquiera levemente, por el ideario de la Revolución Francesa.

El hecho llama la atención. Máxime cuando se recuerda la profunda repercusión que el trascendental acontecimiento tuvo en la parte occidental de la isla. ¿Lo explica, acaso, el carácter violento de esta repercusión? Pensamos que sí. En vez de abrazarse a aquel ideario, la aludida clase le cogió miedo. Vio en él a su enemigo máximo. Consideró que aspiraba a la liquidación de su poder y, por ende, a su aniquilamiento.

Pero la historia no se detiene. Todo retroceso es casi siempre obra de una coacción y revela un artificio. Y a veces obliga a sus autores a volver sobre sus pasos. Así aconteció... Aquella burguesía que entregó de nuevo el país a la Corona española, dio, doce años después, un notorio viraje. Bajo la dirección del Lic. Núñez de Cáceres, abogó por la independencia. No solicitó la anexión a Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Ni siquiera

solicitó la protección de estas naciones. Se dejó arrastrar, al parecer, por la tónica americanista del momento histórico, e incorporó el nuevo Estado a la Gran Colombia. Pero ya vimos que no produjo la abolición de la esclavitud. Es cierto que el Artículo 9 del Acta Constitutiva del nuevo Estado la anunciaba. Mas ¿bastaba el anuncio? No. Se imponía la declaración formal. Y si no dio ese paso fue porque dicha burguesía no quiso atentar contra sus propios intereses. Reiteramos, pues, que en el orden económico-social, el movimiento careció de contenido revolucionario. No se preocupó por trasmutar las viejas estructuras, puestas en vigor por Ferrand y acentuadas por el régimen recién derrocado. En el campo político reveló una tendencia a la emancipación de todo yugo metropolitano. Mas ¿quién iba a beneficiarse de esta emancipación? Solo la burguesía, interesada en conservar como base de su poder, la estratificación social y las demás realidades coloniales existentes. Actuó ella, por tanto, obedeciendo a las mismas orientaciones, más o menos, que empujaron a la burguesía continental a desatar la guerra contra la metrópoli. Nadie ignora, en efecto, que por obra de esta guerra, la América Latina devino políticamente independiente, mas conservó las estructuras y las formas de vida coloniales.

Haití impidió que la «Independencia Efímera» se consolidara. Como vimos, toda la zona oriental cayó bajo su dominio. Pusimos de relieve los rasgos políticos del hecho. Entremos ahora a fondo en sus derivaciones económico-sociales.

Es indudable que la trasmutación más importante fue la abolición —segunda vez— de la esclavitud. ¿A cuántos alcanzó la medida? No se sabe. Es más: no existen datos confiables sobre el nivel demográfico de la población entonces. Pero hay varios hechos que precisa tomar en consideración. Entre ellos los siguientes: a) la política inmigratoria del reciente régimen español no pudo llenar los vacíos provocados por las

emigraciones y las guerras anteriores; b) bajo dicho régimen, el número de esclavos permaneció casi estacionario en razón de que si hubo compras —que fueron con seguridad pocas, dada la ruina de la economía— también se produjeron ventas. A lo sumo, pudo efectuarse un aumento reducido, producto del exceso de natalidad; y c) siendo la economía de la época esencialmente agrícola y ganadera, hay que presumir que en los campos la cantidad de esclavos sobrepasaba a la de los hombres libres, especialmente en las zonas del este y del sur.

En resumen: teniendo en cuenta la superioridad numérica de los hombres libres en las ciudades y que lo existente entonces *servió de base demográfica* a lo que existió a fines del pasado siglo, precisa llegar a la conclusión de que el porcentaje de esclavos en esos años oscilaba alrededor del 30 % de la población total. Si este porcentaje fuera incorrecto, *no tendría explicación la cifra de mulatos y negros que arroja hoy allí la demografía*, máximo cuando la emigración blanca cesó desde entonces.

Ahora bien: ¿qué hizo el gobierno haitiano con esos ex-esclavos? ¿Los entregó a su propio albedrío? No. Les dio —como también lo hizo Louverture— tierras. Tierras que fueron confiscadas a los emigrados —entre los cuales el número de hacendados era indudablemente imponente—, y también al clero. Realizó, por tanto, el nuevo régimen, una reforma agraria de tipo primitivo que, de hecho, casi liquidó el fenómeno del latifundismo. El carácter revolucionario de esta liquidación es obvio. Se colocó el país, gracias a este suceso, en un plano mucho más avanzado que los demás países de nuestra América. Se trataba, a las claras, de un importantísimo paso de *descolonización*.

El paso fue acompañado por la aplicación del Código Rural, que hacía el trabajo obligatorio. La medida era sin duda coactiva. Pero sus implicaciones económicas tuvieron trascendencia: dieron vida y auge a una producción prácticamente inexistente,

de la cual, como aconteció bajo el régimen de Louverture, se beneficiaron todos. ¿Quiénes fueron los máximos beneficiarios? Naturalmente, los miembros de la burguesía. Tanto los de la burguesía criolla como los de la recién formada burguesía haitiana, en la cual el factor castrense era numeroso. Fue fundamentalmente este hecho lo que hubo de explicar la solidaridad del burgués criollo con el nuevo régimen. Para dicho burgués era muy duro sacrificar viejos privilegios y muchos costados de su cosmovisión: ¡solo tal ventaja podía justificar el sacrificio!

El reverso de la medalla lo brindan la desorganización financiera y las legislaciones que se promulgaron en relación con el comercio internacional. Lo primero dio origen a la inflación monetaria, y lo segundo puso relativo coto a las exportaciones. Contrariamente a lo que hizo Louverture, el nuevo régimen casi cerró las puertas al comercio con los Estados Unidos y las naciones europeas, excepto Francia. Lo llevó a ello un nacionalismo absurdo.

Es obvio, sin embargo, que la abolición de la esclavitud y la política igualitaria promovieron de nuevo la integración social. Los textos históricos afirman que a esto se llegó sobre la base de la supremacía del negro. Ya hemos dicho que había algo de ello. Pero no tanto como dichos textos expresan. De haber sido así, ¿cómo explicar las altas posiciones que alcanzó la burguesía criolla en los cuadros administrativos? Más aún: ¿cómo explicar que su solidaridad con el régimen la llevara a disentir del grupo liberal de la clase media que se lanzó, desde el clandestinaje, a fomentar la idea separatista? Si el gobernante mostraba un acendrado racismo, lo lógico era que dicha clase alentara, en sentido contrario, la misma tendencia, lo que hacía imposible la aludida solidaridad. El hecho tuvo, pues, poco relieve. Apenas se proyectó sobre la vida económica y política. Pero no puede negarse que acusaba una naturaleza contrarrevolucionaria y, en consecuencia, negativa.

Puede afirmarse que a pocos años de establecido el régimen, dicha realidad había desaparecido. Y que se vivía dentro de un clima de igualdad de razas, que delataba la intensidad alcanzada por la integración social. Pese a las diferencias de idioma y cultura, floreció una auténtica convivencia, probada por las relaciones estrechas que mantenían, al margen de todo prejuicio racial, los grupos afines. Como se sabe, el movimiento *reformista* haitiano, de inspiración liberal, encontró el apoyo del liberalismo naciente en la zona este, y ambos concertaron acciones conjuntas. Los textos históricos relatan estos hechos, pero no señalan sus esencias y relieves sociológicos. Por el contrario, presentan con tonalidades oscuras cuanto la dominación haitiana —que en el orden político fue, como dijimos, hartamente blanda— hubo de realizar. Pasan en silencio que a la aludida integración se debió *la desaparición del prejuicio racial en el país* y que, en consecuencia, la República naciera sin esa espantosa lacra que aún hoy pone notas de abominación en el desarrollo de comunidades civilizadas, como los Estados Unidos.

Resumiendo diremos que la abolición de la esclavitud, la liquidación del latifundismo y la integración social —con la consiguiente desaparición del prejuicio racial— fueron las más importantes manifestaciones de *descolonización* producidas por el aludido régimen en el plano económico-social. Dado su relieve, vale la pena insistir un poco más en los dos últimos puntos.

1. Se ha dicho constantemente que la colonia española se desarrolló sobre la base del feudalismo. La tesis es científicamente incorrecta. El feudalismo fue un fenómeno estrictamente europeo. Marx lo demostró con toda claridad. Hizo ver que la economía de los países atrasados del Asia no respondía a las normas feudales auténticas. Lo mismo cabe decir de nuestra América, y muy especialmente de la isla que estudiamos, donde el régimen económico se fundamentó en la

esclavitud. El fenómeno del latifundismo insular acusó, pues, mayores semejanzas con el latifundismo de la antigüedad —como hemos expresado— que con el feudal europeo. Su implantación en nuestro continente implicó, en consecuencia, un retroceso de muchos siglos. Pues bien: fue ese latifundismo anacrónico el que destruyó primero Louverture y luego, en virtud de su resurgimiento bajo la dominación francesa y española, Boyer.

Pero quedaron remanentes. Todos los grandes hatos y haciendas no fueron liquidados. Y personajes del régimen haitiano establecieron, al amparo del poder político, algunos nuevos. No obstante, esto último apenas contrarió la realidad recién surgida. Hay algo más: el hatero o hacendado se vio constreñido a aceptar el régimen de salarios, lo que revelaba un salto sobre el sistema feudal europeo. Fue frecuente, sin embargo, que el antiguo esclavo prefiriera trabajar para sí, aun cuando ello significara someterse a las coacciones gubernamentales, que convertirse en asalariado del hacendado o el hatero. Si esta realidad no alcanzó extensión fue por razones psicológicas: lo impedían el amor al terruño y a la vieja convivencia, en relación de subordinación, con el superior, a quien se le siguió reconociendo jerarquía.

Yendo más lejos, podemos afirmar que el auténtico feudalismo nunca ha existido en el país. En realidad, del *latifundismo esclavista se pasó al latifundismo capitalista*. Pero como habremos de ver, hubo un período intermedio, que se inició con la Primera República y terminó con el desarrollo de la industria azucarera. Fue merced a esta última que el latifundismo capitalista comenzó a adquirir extensión.

Se dirá que si el feudalismo no existió, no tenemos razón en calificar a la antigua cosmovisión de *teológico-feudal*. Nos oponemos a este criterio. Pues una cosa fue el régimen económico que nació de dicha cosmovisión, y otra ella misma.

Esta última surge al calor de concepciones estrictamente europeas, que al ser aplicadas a nuestra América, originaron realidades acorde con su espíritu, pero más atrasadas en la forma, en lo que respecta a lo económico-social, y parcialmente más adelantadas en lo referente a lo político. La esclavitud, que cae dentro de lo primero, no aparece en dicha cosmovisión, pese a su admisión por Tomás de Aquino; lo mismo cabe decir de la oligarquía, realidad política que hubo de dominar, y cuya substancia revelaba un avance sobre el absolutismo monárquico. Todo ello revela que la cosmovisión, siendo estática, no pudo evitar que la realidad la obligara a asumir rasgos nacidos de las peculiaridades del caso.

Desgraciadamente, la liquidación del latifundismo esclavista, a pesar del avance que entrañaba, no significó la destrucción del poder de la burguesía como clase. Aun cuando dio origen a una distribución más equitativa del ingreso social, e incorporó el antiguo esclavo a la convivencia, indudablemente la citada clase, que ofreció entonces variaciones en su contenido, siguió ejerciendo el primado dentro de la comunidad. Demás está decir que los máximos exponentes de este primado eran los auténticos dueños del poder político: integraban los altos cuadros gobernantes, en cuyo seno las jerarquías castrenses se encontraban en el más alto nivel. Pero ¿podía pedírsele a aquella revolución que produjera allí también la liquidación de la burguesía? Es obvio que no... Máxime cuando casi toda esta clase se inclinó ante el nuevo régimen y cuando las condiciones morales e intelectuales de los actores revolucionarios no estaban —como era el caso— a la altura de las transformaciones que el movimiento había realizado. Además, el frenesí de la rebelión pertenecía ya al pretérito lejano.

2. La integración social fue un hecho revolucionario que no tuvo como base una concepción ética. No se fue a ella obedeciendo al criterio de que la desintegración iba en contra de

principios humanitarios y entrañaba una injusticia, que era preciso suprimir. Se fue a ella bajo el impulso de la pasión. Por eso el empeño fue deslustrado, en sus inicios, por el racismo. No hay que insistir sobre los orígenes de este: fue un producto de la secular opresión del negro por el blanco. Al rebelarse el primero, desató su contenida venganza. Tratábase, pues, de una actitud estrictamente afectiva, que paulatinamente se fue atenuando. Cuando Louverture invadió la zona este, la atenuación ya era casi un hecho. Mas sufrió luego altibajos. Con Dessalines, desapareció. En los finales de su gobierno, Boyer la expresó de nuevo. La expresó de tal modo que el factor pasional, representado por el racismo, quedó casi desvanecido por dicha atenuación.

El hecho sociológico acusó, pues, en sus inicios, orígenes emotivos que acarrearón actuaciones bárbaras. Pero pasado el temporal, advino lo que reclamaban la razón y la ética, o sea el reconocimiento de la dignidad del hombre, sin distingos de raza.

Por desventura, la integración no pudo ser total. Las *diferencias económicas entre las clases lo impedían*. Aun cuando para la teoría estas diferencias eran inexistentes, la realidad social las delataba. La integración quedó, pues, casi circunscrita al plano racial. No pudo irse más lejos. Pero el paso de avance era obvio. Y directa o indirectamente provocó modificaciones en la configuración clasista. ¿Cuáles? Expongámolos a continuación...

Ya señalamos los cambios que sufrió la burguesía. Fue enriquecida por la incorporación de nuevos ricos blancos, mulatos o negros. De esa época —y también de la invasión de Leclerc—, datan unos cuantos apellidos de origen francés, que aún hoy ofrece allí dicha clase. Hubo, además, cambios en lo que respecta al nivel jerárquico de sus sectores. El clero, víctima de la persecución, perdió su antigua supremacía. Algo similar aconteció con el gran hacendado que, liquidado el latifundismo, asomó como un remanente de las viejas estructuras. El alto comercio, en cambio, siguió gozando de poder. Lo mismo que

el grupo de los altos funcionarios. Pero quien tuvo la auténtica jerarquía fue el sector castrense. Esto era algo nuevo. Revelaba —cosa que no existió bajo la colonia española o francesa— el predominio social y político de una fuerza que estuvo siempre al servicio de la oligarquía gobernante, sin confundirse con ella. Ahora, por el contrario, aparecía confundida. Y en un nivel superior. La lacra del militarismo y de la politicidad del militar no nace con la República. *Nace entonces.*

En la clase media también hubo enriquecimientos de contenido. Enriquecimientos que se acentuaron a medida que se intensificó la convivencia entre las razas. El mulato procuró dedicarse a la artesanía y a los oficios independientes. Muchos antiguos esclavos también se hicieron artesanos; pero fue más frecuente que continuaran atados a la tierra, dedicados a labores agrícolas. Es claro que el hecho de que la mayor parte de ellos trabajaban para sí —y no en calidad de asalariados— bastaba para que quedasen ubicados dentro de la clase media. En suma: cuando terminó la dominación haitiana, esta última clase acusaba una extensión numérica superior a la que mostraba la burguesía. Era, en el fondo, la clase más extendida, dato trascendental sobre el cual volveremos luego.

¿Y el proletariado? Bajo la antigua colonia no existió: la clase esclava realizaba sus labores. Ahora comenzó a nacer. Pero no pudo alcanzar amplitud, debido a la inexistencia casi total de industrias.

No fue esta última la única clase que surgió entonces. Surgió además otra, cuya riqueza numérica iría gradualmente creciendo: la *servidumbre de la gleba*. Acusó esta diferencia con la servidumbre de la gleba de la Europa feudal. Pero muchos rasgos la acercaban a ella. Constituyó el sector social que bajo la República se ha llamado: *peonía del campo*. La integraron, por consiguiente, los trabajadores asalariados que trabajaban, por *un salario de hambre*, en las diversas haciendas. Fue frecuente que

se estableciera la clásica relación de dependencia entre ellos y el dueño. Permitía este al *peón* construir una choza en su finca, y habitar en ella. A veces lo autorizaba a cultivar una porción de terreno «a medias», lo que convertía al trabajador en precarista.

Bajo el régimen haitiano —que le dio nacimiento— la cuantía numérica de esta clase fue escasa. Como ya dijimos, el antiguo esclavo prefirió trabajar «para sí», en el trozo de tierra que el gobierno hubo de darle o en aquel del cual había tomado posesión. Pero gradualmente, fue creciendo. Más tarde expon-dremos la evolución del fenómeno. Cosa importante: esta clase desarrolló una psicología típica, diferente de la del prole-tariado urbano.

Tales fueron los factores que constituyeron la configuración social sobre la cual se levantó la Primera República. Ofrecían los gérmenes de una evolución prometedora y *espontánea* hacia el capitalismo, lo que a la larga habría entrañado una mayor *descolonización*. Pero —como veremos— el desarrollo económico-social tomó otro rumbo. Y si, tal como creemos haberlo demostrado, la Primera República tuvo en el orden político un significado regresivo, también lo tuvo en lo social y lo económico, pese a que encontró una situación propicia para un progreso continuado.

Es claro que esta situación reveló atraso en muchos órdenes. Pero varios factores del subdesarrollo económico-social se hallaban aún ausentes. Entre ellos: la insuficiencia alimenticia, la total subordinación económica a una potencia extranjera, la hipertrofia comercial, el desempleo y el desajuste entre la producción y el índice demográfico. También se hallaba ausente la precariedad de la clase media que, por el contrario, era —como vimos— la más numerosa y subvenía a sus necesidades vitales.

Serías trasmutaciones —casi todas de signo negativo— aguardaban a esas realidades.



C A P Í T U L O U N D É C I M O

La Primera República nace sobre las bases económico-sociales ya descritas. Nace, en medio de una pugna entre el *colonialismo* y la *descolonización*. Ello obliga a la siguiente pregunta: ¿qué quedó de la colonia? Respondemos: quedaron, sobre todo, a) la antigua cosmovisión; b) la ignorancia; c) el primado de la burguesía; d) la indiferencia de esta frente a las necesidades de la comunidad; y e) el sistema económico antiguo, de base agraria, junto al atraso técnico.

Pasemos revista, siquiera someramente, a cada una de estas realidades.

a) Fue en el seno de la burguesía criolla donde la antigua cosmovisión se mantuvo más viva. Esto explica, en gran parte, la lucha de esa clase contra Haití, a raíz de la Independencia. Es cierto que colaboró con Boyer. Pero se sentía inconforme. Añoraba el pasado. Seguía obedeciendo a la mentalidad colonialista.

Esta obediencia la acusaron también muchos sectores de la clase media. El propio sector liberal mostró lealtad —como hemos visto— a determinados aspectos de la citada cosmovisión. Su rebelión contra ella se circunscribió a lo político y, con menor extensión, a lo social.

En suma: en ambas clases el enfoque de la problemática vital fue más o menos el del pretérito. Pese a

la persecución del clero por Boyer, el catolicismo mantuvo parcialmente sus antiguos agarres.

b) No hizo nada el régimen haitiano por combatir la ignorancia. El analfabetismo no sufrió la menor atenuación. Lo afectivo siguió imperando, por tanto, sobre lo racional. De este imperio —y de algo más— brotó —como expresamos— el caudillismo.

c) A pesar de los cambios que se produjeron en su seno, la burguesía conservó la primacía política y la económica. La primera casi la monopolizó el sector haitiano; la otra, en cambio, fue compartida por este con el sector criollo. La Independencia produjo una variación en la perspectiva. El burgués haitiano retornó a occidente y dejó a los burgueses criollos con ambas primacías.

d) Para la clase burguesa, el poder político era la máxima garantía de su poder económico. Y como bajo el dominio haitiano gozaba parcialmente de este último poder, se abstuvo de colaborar con los liberales independentistas de la clase media. Ante los males de la comunidad, su postura fue la indiferencia. Podría pensarse que esto se debió a que le era imposible desenvolver una actuación social fecunda. La historia niega este criterio. Durante la colonia española y la francesa, tanto la burguesía peninsular como la criolla mostraron esa indiferencia. Hubo, pues, continuidad en la postura.

e) La base agrícola de la economía persistió; pero la liquidación del latifundio hizo que desapareciera lo que quedaba del sistema *pastoral doméstico* y dio un nuevo carácter al sistema patrimonial agrario, que ya no reposaba en la esclavitud. Lo histórico hubiera sido que dicha economía evolucionara hacia el sistema urbano artesanal, donde junto a la agricultura, aparecen actividades industriales y comerciales y comienza a funcionar, tímidamente, el crédito. Pues bien: no aconteció eso. No hubo el menor auge industrial y las actividades comerciales

decaeron. A su vez, el crédito era casi inexistente. Claro está: el comercio no desapareció, y el tráfico internacional, pese a su reducción, se mantuvo. Pero dejaron de ser actividades señeras, como lo fueron bajo el régimen de Louverture. Es más: decayó el artesanado, cuya producción tuvo que ajustarse a la decreciente demanda interna. Volvióse, pues, a una economía casi cerrada, que en virtud del trabajo obligatorio, arrojó con seguridad excedentes en el campo de la producción y, —consecuencia de esto—, provocó una deflación que culminó —debido a la política monetaria negativa— en la *anarquía económica*, de la cual la burguesía supo sacar provecho. En síntesis: desapareció la economía doméstica pastoral, y la patrimonial agraria acusó nuevas manifestaciones, pero la base económica siguió siendo la agricultura. Es más: no cobró incremento la economía urbana artesanal. El hecho rompía, pues, los moldes clásicos.

Podría pensarse que en virtud de que el mercado dejó casi de actuar como factor determinante de la actividad, mientras el trabajo devino obligatorio, el nuevo tipo de economía acusaba rasgos *colectivistas*. Tal pensamiento sería falso. Pues se mantuvo la propiedad privada.

De lo dicho se infiere que persistió el atraso técnico. Y que por tanto, la obediencia a la tradición fue la norma en los métodos de cultivo.

Hay algo más... Toda revolución destruye, y sobre las ruinas de lo destruido, construye. Desgraciadamente, los hechos demuestran que la actuación renovadora, iniciada por Louverture y continuada por Boyer, *se detuvo* después de cubierta la etapa destructiva. *No supo cómo seguir hacia adelante*. Al liquidar muchas viejas estructuras, socavó otras. Pero no substituyó las liquidadas con estructuras nuevas. Ampliemos el punto: las proporciones y relaciones de la estructura económica colonial reposaban, entre otras cosas, en el latifundio esclavista. Al ser este destruido, surgieron nuevas relaciones y proporciones,

dependientes de la desintegración de lo antiguo y de la epifanía de lo nuevo. Vaya un ejemplo. Antes, el dueño de la hacienda esclavista era quien vendía sus productos al comerciante o al consumidor. El comerciante los exportaba o los revendía en el mercado. Hubo, pues, una relación directa entre el hacendado, por un lado, y el comerciante y el consumidor, por el otro. La relación entre el hacendado y el consumidor tenía lugar, sobre todo, en los mercados de las ciudades. Se agregaba a ella la existente entre el comerciante y el pueblo, al través de los establecimientos poseídos por el primero. Naturalmente, los beneficios quedaban siempre repartidos entre el hacendado y el comerciante. Ahora la situación varió. Al convertirse en dueño de tierras y cultivarlas, el antiguo esclavo devino hacendado y entró en competencia con quien hasta ese momento lo era. Pero como carecía de medios económicos para sus labranzas, se veía en la necesidad de recurrir al *refaccionista*, que adquiría la cosecha y la revendía en el mercado interno o externo con ganancias jugosas. Los refaccionistas actuaban, en consecuencia, como *intermediarios forzosos*, y llegaron a constituir un sector de la actividad económica desconocido hasta entonces que, a la larga, controló casi todo el movimiento mercantil.

Variaron, pues, las proporciones y relaciones. Y la causa de esta variación fue, —como hemos visto— la abolición de la esclavitud y la consiguiente liquidación del latifundio esclavista. Podía afirmarse que el país se encontraba frente a una nueva estructura económica. Había algo de ello. Pero el desarrollo conveniente de esta estructura no fue atendido. Quedó sujeto como en el capitalismo liberal, a la voluntad del intermediario y a los vaivenes del mercado. Vaivenes dependientes del movimiento económico internacional, la política monetaria del gobierno, y factores estacionarios, políticos y climatológicos.

Frente al caso, la actuación del régimen haitiano fue nula o negativa. Pese a la disminución del tráfico internacional, los

intermediarios se enriquecían. Casi todos los antiguos esclavos trabajaban para ellos. Por eso, muchos prefirieron, a la larga, abandonar sus tierras y convertirse en peones del hacendado modesto o rico. Gradualmente, la servidumbre de la gleba fue así aumentando.

En suma: la liquidación del latifundismo esclavista —medida indudablemente revolucionaria— devino a la postre inválida, por falta de atención y planificación de sus derivaciones. El hecho perdió casi totalmente su *significación económica*, quedando reducido a su *significación social*: la transformación del antiguo esclavo en hombre libre. Pero aún esta significación se desvanecía ante las realidades, en virtud de que quedó viva la relación de dependencia de este antiguo esclavo frente al hacendado, que ya no era, por lo común, latifundista, pero seguía poseyendo porciones amplias de tierra, en virtud de que la liquidación del latifundio no entrañó la de la mediana propiedad, ni alcanzó una total generalización. Las relaciones de producción variaron indudablemente; pero su esencia —o sea la explotación del hombre por el hombre— quedó intocada.

De lo expuesto se colige que la revolución económico-social *se frustró*. Se frustró por *no cubrir su etapa constructiva*. Pese a ello, precisa insistir en que fue un paso de avance, una clara manifestación de *descolonización* que incorporó a la sociedad —y al circuito monetario— a un vasto sector considerado hasta entonces como simple mercancía humana, ofreciéndole posibilidades —indudablemente pobres— para el desarrollo de sus iniciativas.

Doloroso fue que esta frustración implicara el robustecimiento del poder económico de la burguesía, clase a la cual se fueron incorporando muchos hacendados pertenecientes, hasta entonces, a la clase media. Es más: también implicó la anarquía de la producción, ya que esta quedó sujeta a un mercado dependiente del intermediario y de múltiples contingencias.

Todo esto acusaba un carácter *colonial*. Carácter que el sentido revolucionario de la trasmutación producida, no pudo anular. En realidad, se crearon las *bases de una nueva estructura*; pero *no se levantó el edificio*. Ello la condenaba a la esterilidad y a su destrucción ulterior, bajo la gravitación de las demás presencias del coloniaje.

Bajo la Primera República muchos de estos males se intensificaron. En vez de velar por el bien del pueblo, la burguesía en el poder veló exclusivamente por su propio bien. Y como este solo podía ser garantizado, a su juicio, por la subordinación del nuevo Estado a una potencia extranjera, procuró esta subordinación. Sin embargo, respetó casi todas las realizaciones revolucionarias del régimen anterior. ¿Lo haría consciente de la infecundidad parcial de ellas? ¡Tal vez! Veamos el caso de la esclavitud. Las nuevas circunstancias la hacían antieconómica. Y antipolítica. Volver a ella era estimular, en el nuevo esclavo, la tendencia a la rebelión y la añoranza del dominio haitiano. Era preferible, por lo demás, pagar salarios de hambre que atender a la subsistencia de las familias esclavizadas.

Se inclinó también la Primera República ante la nueva configuración social. Pero siguieron produciéndose variaciones en su contenido. En efecto: continuó la incorporación de medianos hacendados a la burguesía así como la extensión de la servidumbre de la gleba. Estos hechos aparecieron —y así lo expresamos— bajo el régimen anterior; pero ahora cobraron mayor amplitud, en razón de las causas ya señaladas, a las cuales se agregó —entre otras— la siguiente: *la abolición del Código Rural*, que consignaba la obligatoriedad del trabajo. Tal medida tuvo importantes consecuencias, como lo fue el éxodo de muchos campesinos hacia las ciudades, en busca de mejor vida.

Es indudable, sin embargo, que el factor de mayor relieve en lo que respecta a dichas variaciones —así como a los vaivenes de la producción— fue la guerra casi permanente contra Haití.

Entremos en el estudio de cuanto esta implicó en el campo económico social.

Respondamos, ante todo, a la siguiente pregunta: ¿quién fue el actor principal de ese trascendental acontecer? *El pueblo*. Lo fueron, por consiguiente, las clases situadas por debajo de la burguesía. Pero ya sabemos que esta dirigió el movimiento. Aun cuando del pueblo surgieron figuras que, al descollar, ascendieron hasta el generalato, las supremas jerarquías estuvieron compuestas por miembros de la referida clase. El ejemplo más típico lo brindó Santana. Es este quien forma, con su clientela de llaneros, el primer grupo de soldados; y quien procede a organizar el Ejército, que gradualmente fue ensanchando. Ahora bien: ¿cuáles fueron los factores que posibilitaron esta organización? Marginemos el patriotismo: todavía no había nacido el sentimiento de la dominicanidad. ¿Qué queda, entonces? La influencia directa del líder sobre la masa, la acción coactiva del gobierno y el espíritu aventurero. *Los tres factores actuaron*. En efecto, los dirigentes eran hombres de relieve social, obedecidos por el pueblo. También acusaban este relieve, en sus propias zonas, los caciques que se incorporaron al movimiento. Cuando la obediencia no se produjo, se recurrió a la leva, expresión de coacción gubernamental. Pero esto último fue apenas necesario: el espíritu aventurero, estimulado por la mística bélica —que produce siempre un contagio colectivo— brindó soldados a granel.

Cada guerra obligaba a ingentes esfuerzos del gobierno y del pueblo, que repercutían sobre la economía. ¿Quiénes formaban bajo el régimen haitiano el sector más importante de las fuerzas productivas? En gran parte, los soldados de ahora. En consecuencia, el sector quedó debilitado. Terminada cada guerra, muchos preferían el licenciamiento. Pero otros procuraban permanecer en el Ejército, y lo lograban con facilidad. Entre los primeros, algunos decidieron fijarse en las ciudades y

buscar allí medios de vida, que raras veces encontraban: caían a menudo en la indigencia. *Integraron estos el primer núcleo de desempleados*. Desempleados no porque la realidad económica los constreñía a ello, sino porque esa vida era considerada más cómoda que la del trabajo en los campos, sin ningún tipo de respaldo gubernamental.

La caída parcial de la producción fue, pues, un saldo forzoso de las guerras. Pero como el escenario de estas fue casi siempre la zona sur —desde la indefinida frontera hasta las cercanías de la capital— se presentó, en lo que respecta a dicha producción, un contraste geográfico. En la zona norte o *cibaëña*, tuvo siempre tendencia a aumentar, en razón de que se mantuvo generalmente la paz, y de que ofrecía un número mayor de haciendas medianas que las otras regiones del país. Se realizaban allí anualmente cosechas de tabaco, que producían a veces buenas entradas de divisas. El referido contraste, destacado por viajeros alertas, tuvo una proyección social y espiritual. En el sur, la proyección tradujo una acentuación de la integración y, en consecuencia, de las relaciones interraciales. En el norte, por el contrario, la realidad social permaneció más o menos estática. Existió la integración; pero la burguesía criolla local procuró mucho más que la de la otra zona, mantenerse alejada de las clases inferiores, obedeciendo al orgullo de su supuesta sangre *pura*. Orgullo que ponía de relieve su profunda lealtad a la antigua cosmovisión.

Pese al mencionado contraste, no cabe sostener la tesis de que durante la Primera República la producción acusó —como algunos afirman— un gradual florecimiento. No hay estadísticas fidedignas al respecto. Hubo años buenos, seguidos de años malos. Es más: hechos políticos impidieron a menudo que los buenos produjeran una auténtica prosperidad. Por otra parte, las razones expuestas dan un mentís a la aludida tesis. La producción, en su conjunto, fue —pese a que estuvo

sujeta a vaivenes— decreciente y a ello contribuyeron no solo las guerras, sino además, las ejecutorias de los dos principales caudillos, o sea, Báez y Santana, cuyos afanes de poder hacían naufragar, casi siempre en aguas turbias, los propósitos de establecer una sana política económica. En su ausencia total de escrúpulos, Báez monopolizó para su provecho, los beneficios de la cosecha de tabaco de un año bueno. Y Santana permitió que el Congreso le concediera los más escandalosos privilegios. Todo esto desalentaba, forzosamente, al productor.

Tal actuación de los caudillos ofrecía una viva prueba de que el absolutismo imperante obedecía a las mismas normas *inmorales* que caracterizaron a la antigua oligarquía, y ponía de manifiesto la presencia, en función determinante, de uno de los costados —de tipo espiritual, pero de proyecciones sociales y económicas— del coloniaje. Consideramos conveniente exponer exhaustivamente estas proyecciones, lo que nos obliga a adentrarnos en la evolución de lo que encontró, en este orden de cosas, la Primera República. Como ya hubimos de señalar lo más importante de este encuentro, estudiemos ahora la evolución de dichas proyecciones, poniendo de lado el tema de la cosmovisión antigua, que será tratado a fondo en la sección dedicada a la expresión espiritual del coloniaje.

a) Ignorancia

Este drama persistió. Se dirá que su existencia cae dentro del campo de las realidades espirituales. Ello es cierto. Pero sus derivaciones sociales y económicas no pueden ser menospreciadas. La Primera República ¿hizo algo para superar dicho drama? No. Sus pasos al respecto fueron tímidos, carentes de bases realistas y mal orientados. En vez de dedicar al propósito una importante asignación presupuestaria, las sumas consignadas fueron irrisorias. Bajo uno de los gobiernos de

Santana se promulgó una ley, que creaba en cada común una escuela primaria. Pero la ley no pudo ponerse en práctica. No solo faltaban los fondos, sino además, los maestros. Se obró, pues, con sentido irrealista. Mas ¿no hubiera podido obtener el gobierno —para el efecto— la cooperación de determinadas instituciones? Sí. Dueño de todo el poder, hubiera bastado una sugerencia de su parte para lograr esta cooperación y desarrollar por lo menos un plan de alfabetización. El clero católico podía brindar gran parte de los elementos humanos imprescindibles, y obtener de la burguesía letrada una importante ayuda. Pero tampoco estaba esta institución interesada en eso. Su interés fundamental era mantener sus privilegios y dejar vivo el mal, base —en gran parte— del imperio de la antigua cosmovisión. Este interés la parcializó en la lucha caudillista. Vimos ya que se opuso a Santana porque veía en él a un jacobino. Se colocó, en consecuencia, al lado de Báez, con quien llegó a un acuerdo que debía desembocar en la firma de un Concordato. No se dio este paso. Pero la actitud revelaba lealtad a lo que la institución había sido al través de la historia insular: un pilar del coloniaje.

b) Reafirmación del poder burgués

Ya expusimos que al surgir la República, la burguesía criolla siguió en el mando. Señalamos, además, las implicaciones del hecho en el campo político y cómo, a la postre, condujo a la Anexión a España. Pues bien: en el plano económico-social, su expresión máxima fue la consolidación del coloniaje. Se manifestó esta en la subordinación total del pueblo a las directivas de la aludida clase, por obra del *nacimiento y auge del caudillismo*. Bajo la colonia extranjera, esta subordinación existió, pero tuvo otro origen: la coacción derivada del orden político-jurídico y la fidelidad a la cosmovisión imperante. Ahora, la cosmovisión

siguió siendo una causa, mas la coacción fue substituida por la espontaneidad; pues nada obligaba al fervor caudillista. Ello implicó, obviamente, una *notoria atenuación* de la lucha de clases. El sentimiento clasista persistió; pero fue desbordado y dominado por la pasión hacia el caudillo. El significado del hecho era terriblemente regresivo: acusaba la desaparición de la antigua pugna entre el «para sí» y el «para ellos», así como la intensificación notoria de la «enajenación». Se trataba, en el fondo, de una solidaridad total e inconsciente con el coloniaje. Solidaridad que solo se manifestó en el pasado cuando la mística patriótica cohesionó a la burguesía y la clase media en la defensa de la colonia amenazada. Naturalmente, el hecho era un producto del colonialismo de la clase burguesa, secularmente dominadora.

Lo dicho corresponde a lo social. Pasemos ahora al estudio de lo económico.

c) Consolidación del coloniaje económico

Sabemos que no podía esperarse que el poder burgués atendiera los problemas económicos de la comunidad. Su meta exclusiva —hay que repetirlo mil veces— era la conservación y el crecimiento de su primacía y sus privilegios. El origen de esta postura ha sido ya expuesto. La mentalidad burguesa era un reflejo de la cosmovisión antigua. Esta consagraba el primado de la clase y obligaba a las otras a rendirle más que respeto, sumisión. Todo ello creó en su psicología los estereotipos correspondientes, que fueron substancia de su propio ser. No podía concebir que el ingreso nacional se repartiera equitativamente; y que cada cual usufructuara los beneficios de su trabajo. No. Los bienes nacidos de la actividad económica solo debían servir para su enriquecimiento. Bajo la colonia española, tuvo que repartirlos: se veía obligada a darle su

parte a la Corona. Ahora, esta repartición no era ya necesaria. Se cayó, pues, en una situación que delataba, en la práctica, la vigencia del coloniaje en su máxima intensidad. Dicho de otro modo: se cayó bajo el imperio de cierto *extremismo colonial*.

Por otra parte, la economía siguió ofreciendo una mezcla de sistemas. Y algunos cambios. Mostró, además, —como vimos— características propias en cada zona. Su base siguió siendo agrícola y ganadera. Pero el sistema doméstico-pastoral, que había desaparecido, volvió a hacer asomos, especialmente en las zonas sur y este del país, donde la ganadería superó siempre a la agricultura, y después de una breve decadencia, cobró de nuevo ímpetu. No puede decirse que esos asomos obedecieran a la reaparición del latifundio. Fueron más bien un producto del auge de la hacienda mediana, de la consiguiente extensión de la servidumbre de la gleba, y de la disminución del tráfico internacional. El peón se consideró atado al dueño de la hacienda quien, pese a que lo explotaba, calificaba a veces su actuación de «paternalista». Evidentemente: en cada zona, el hacendado mediano de mayor relieve, en vías ya de devenir latifundista, se convirtió en cacique. Era la figura dominante dentro de su sector económico, y a sus orientaciones políticas obedecía, por lo común, la clientela de los demás hacendados.

En la zona norte se dio también el fenómeno, pero con menor extensión. En las regiones dedicadas al cultivo del tabaco y de frutos menores, apenas apareció. Pues este cultivo no requería el trabajo del peón. Lo realizaban el dueño de la parcela y sus familiares. En determinados casos, los vecinos prestaban ayuda, obedeciendo a un cooperativismo primitivo. Todos se *juntaban* para cooperar con el agricultor necesitado. De ahí el término de «junta» con que se calificó a esta actuación. En las zonas cafetaleras y cacaoteras, en cambio, el aludido fenómeno logró extenderse.

Tales realidades tuvieron una importante repercusión social: en las zonas tabacaleras se constituyó una *clase media campesina mayoritaria y vigorosa*. En las otras, en cambio, la servidumbre de la gleba superó en número a la clase media.

Puede afirmarse que donde esta última pudo desarrollarse, casi siempre tuvo lugar un incremento de la producción. Por el contrario, allí donde la economía volvió a acusar características doméstico-pastorales, dicha producción se mantuvo estática o reveló descensos. Pero el aludido incremento, aun cuando originaba una repartición de beneficios crecientes entre muchos productores, a quien más favorecía era al alto comercio, y dentro de este a los intermediarios. El mayor beneficiario era, pues, un sector de la burguesía. Vendía este en el mercado externo el tabaco, y con las divisas obtenidas, compraba mercancías elaboradas que, a su vez revendía al pueblo. En esta función de compraventa, el alto comercio no dedicado al «intermediarismo» le hacía competencia. Naturalmente: ambos sectores se fueron gradualmente enriqueciendo. Todo esto hacía ver que en las mencionadas zonas, el tráfico interno y el externo alcanzaron desarrollo, lo que debió haber tenido una repercusión favorable sobre la economía urbana artesanal. Pero no fue así. Dicho con mayor claridad: *no se evolucionó hacia el industrialismo*. Se permaneció dentro de la economía agraria, y ganadera, sujeta a los sistemas económicos señalados. El movimiento comercial giró alrededor de la exportación de productos en bruto —o sea materia prima— y de la importación de artículos industriales, fenómeno que también expresaba la continuidad del coloniaje.

De todos modos, en esas regiones la economía dejó de ser cerrada, como casi lo era en las demás. Mientras en los puertos del norte había un tráfico marítimo regular, a los del sur apenas llegaban barcos.

No hay que insistir en que el incremento productivo que se observó en la zona norte quedó sujeto a los vaivenes del mercado, las consecuencias de las guerras contra Haití y el juego de la política. Influyó de modo especial y negativo la política monetaria falsa. Las emisiones de billetes eran frecuentes y daban a menudo origen a negocios espurios, en los cuales intervenían tanto los altos funcionarios gubernamentales o el propio gobernante, como ciertos agentes extranjeros. Por otra parte, no se dieron pasos hacia la creación de un sistema bancario nacional ni hubo la menor planificación del desarrollo de la riqueza. La economía quedó entregada a su propia espontaneidad y a la influencia de los factores que hemos señalado. En términos generales, permanecieron —pero con una tendencia a la regresión en las zonas este y sur— las estructuras dejadas por el régimen anterior. Como nada se hizo por desarrollarlas, fueron víctimas del estancamiento, que se convirtió rápidamente en decadencia, por obra de las gravitaciones negativas.

En síntesis, la Primera República fue en el plano económico-social, un exponente del coloniaje. Fue, por tanto, una ficción. También fue eso —ya lo sabemos— en la esfera política. Pero la historia delata un desarrollo dialéctico. Cada realidad da nacimiento a fuerzas opuestas. Así sucedió en este caso. En el seno de aquella negatividad fue germinando un factor positivo de tipo espiritual que, al proyectarse sobre lo político, determinó el curso del futuro casi inmediato: el sentimiento de la dominicanidad y la consiguiente reafirmación, desgraciadamente transitoria, de la integración social.



CAPÍTULO DUODÉCIMO

La Anexión a España acentuó las características coloniales de la realidad económico-social recién descrita. La máxima prueba de esta acentuación la daba la subordinación *total* de la comunidad a un poder extraño. *Total* en virtud de que la propia burguesía criolla se vio obligada a someterse al funcionario peninsular, cuyas actuaciones se desarrollaron con el respaldo de las altas jerarquías del clero católico.

Se presentó, pues, en el campo social, el mismo fenómeno a que dio origen la mal llamada «Reconquista»: la división de la burguesía en dos sectores, uno peninsular y otro criollo. El primero estuvo representado por los grupos ya referidos —funcionarios y clero— y, además, por los españoles que acudieron a explotar la economía a través del alto comercio.

En la clase media se efectuó también una división. Las clases y los soldados que integraron el nuevo ejército, así como muchos civiles recién llegados que se dedicaron de inmediato a pequeños negocios, formaron un sector separado del de la clase media criolla. Sector que estuvo, naturalmente, al servicio o en solidaridad con la superestructura gubernamental.

La existencia de dichos funcionarios y soldados entrañó una hipertrofia burocrática, para cuyo sostenimiento fue imprescindible aumentar los impuestos. Pero este

aumento no se produjo simultáneamente con un auge de la actividad económica. Por el contrario, esta decayó en razón del retorno a la vieja política monopolística a favor de la metrópoli. Se presentó, en consecuencia, un desajuste perjudicial para la burguesía criolla. Y este desajuste contribuyó al resurgimiento del sector liberal de ella, fenómeno ya tratado en la sección correspondiente. Pero este sector —lo reiteramos— fue minoritario. Pues pese a que se sentían preteridos, la mayor parte de los burgueses criollos se manifestaron en solidaridad con el nuevo régimen que, naturalmente, tampoco se atrevió a restaurar la esclavitud.

Lo expuesto revela que la Anexión acarreó una ligera modificación de la configuración clasista. Esto repercutió sobre la integración social, que quedó rota. El sector burgués peninsular ocupó una posición prominente, y se alejó de la burguesía criolla y las demás clases sociales. La comunidad se vio, pues, escindida. Fue más tarde, a través de la guerra restauradora, cuando la integración, estimulada por el sentimiento de la dominicanidad, cristalizó de nuevo.

Pero en el campo económico, la situación permaneció relativamente estática. La intervención del peninsular en la economía y la aludida política monopolística no entrañaron cambios de la estructura. Lo único que cambió —y de modo parcial— fue el contenido y la orientación de las actividades. Cambió el contenido en razón de la presencia de dicho peninsular, en función determinante; y cambió la orientación debido al mencionado monopolio y la consiguiente reducción del mercado externo. El régimen de propiedad, entregado a su espontáneo desarrollo, siguió en vigor. Es más: dicho régimen tuvo, desde épocas anteriores, un carácter abierto. Podía cualquier campesino devenir propietario al cercar una parcela situada en terrenos llamados *comuneros*. Esta posibilidad, consagrada por los hechos, cobró fuerza legal al entrar de nuevo en vigencia la legislación española.

Quedó, pues, en pie la estructura económica que imperaba con anterioridad y que, como hemos visto, revelaba un maridaje de economía doméstica pastoral, economía patrimonial agrícola —con nuevos aspectos— y economía urbana artesanal. Sabemos que la primera sufrió un rudo golpe cuando se abolió la esclavitud y desapareció el latifundismo; y que en los últimos dos lustros del dominio haitiano y bajo la Primera República recobró bríos. Pues bien: el nuevo régimen nada hizo por superar la aludida realidad. Representativo de lo más típico del coloniaje, era lógico que obrara así. Y cierto es que aún cuando hubiera intentado dicha superación, le habría faltado el tiempo para llevar a cabo el propósito, en virtud de que la guerra restauradora no demoró en desatarse.

Acarreó esta guerra una importante caída de la producción. Caída infinitamente mayor a la que provocaron las guerras contra Haití. Mientras duró la contienda, la economía quedó anarquizada. Ni siquiera fue una economía de subsistencia. Se vivió de lo que la tierra casi espontáneamente ofrecía.

Al triunfar la insurrección, la República restaurada encontró esa anarquía. Y un robustecimiento de la integración social. Estudiemos, separadamente, ambas realidades...

a) Anarquía económica

Delataba esta la quiebra de la estructura existente. El régimen de propiedad agraria fue sacudido y dislocado por el alud bélico. Contribuyeron a ello, sobre todo, los siguientes factores: 1. La muerte de millares de campesinos dueños de predios; 2. La subordinación de la vida a los requerimientos militares; y 3. La ausencia de una sujeción legal. El momento era, pues, sumamente propicio para producir una nueva organización económica, que bien hubiera podido acusar los rasgos del colectivismo. Pero si las condiciones materiales

existían, faltaban las espirituales. ¿Cómo ir hacia el colectivismo cuando esta palabra ni siquiera era conocida y, por obra de la cosmovisión imperante, la propiedad privada era considerada un derecho natural? La nueva organización tenía, por tanto, que fundamentarse en esta última. Se volvió a la situación anterior. No fue necesario legislar al respecto. El pueblo, de por sí, tomó ese camino. Al quedar licenciados, numerosos soldados retornaron a sus antiguos predios, mientras otros se adueñaron de parcelas vírgenes. Por ventura, el latifundismo no pudo florecer. Ni siquiera el ganadero, en razón de que la guerra disminuyó considerablemente el número de cabezas de ganado. Lo que floreció otra vez fue la mediana propiedad. Y también la pequeña. Todo esto obedeció a un imperativo histórico. Ahora bien: pese a que se trataba de un retorno a una realidad ya vivida, el hecho no podía ser calificado de regresivo. Y mucho menos de revolucionario. Sin embargo, ofrecía las bases para una renovación importante, que hubiera podido acusar este carácter. Habría bastado que los gobiernos se hubieran ocupado del desarrollo de dicha estructura. Pero no procedieron así. Y la realidad —o sea la estructura— volvió a caer en el estancamiento, evolucionando de nuevo hacia la decadencia. Sus características coloniales —ya señaladas— se intensificaron con el tiempo. Entraremos luego en el estudio de este proceso.

b) Integración social

Si en el orden económico las consecuencias inmediatas de la Restauración fueron las recién descritas, en el orden social acusaron otra naturaleza. Ya dijimos que se produjo un robustecimiento de la integración. ¿Cuál fue el origen de ello? El carácter popular de la insurrección y el nivelamiento consiguiente de las clases sociales. Salvo excepciones, el viejo

burgués quedó arruinado. Y el miembro de la clase media perdió también lo poco que tenía. Todo ello acarreó el nivelamiento. Pero gradualmente, una realidad contraria fue surgiendo de su seno, sin oposición por parte de las clases inferiores. En efecto, la paz tuvo que organizarse obedeciendo —como la guerra— a jerarquías. Y ¿quiénes estaban más llamados a ocupar las posiciones de mando que aquellos —militares y civiles— que se distinguieron en la contienda? El gobierno —y en consecuencia, la dirección de la sociedad— cayó momentáneamente en manos de ellos. Muchos eran hijos del pueblo. No eran ni por su origen ni por su educación, burgueses. Otros, en cambio —sobre todo la mayoría de los civiles— sí lo eran. Perteneían casi todos al sector liberal de la burguesía.

El hecho repercutió de inmediato en la integración. En el plano político, el caudillismo mantuvo la unidad social. Pero en el económico, lo que existió fue la desigualdad: la clase media, la servidumbre de la gleba y el escaso proletariado volvieron a ser clases económicamente subordinadas.

¿Cuál fue el proceso revelado por esos acontecimientos? Estudiémoslo de inmediato, dividiendo —como lo hicimos en el caso de la Expresión política— la etapa cubierta por esta Segunda República, en dos períodos: el correspondiente al pasado siglo, y el que cubre el inicio de la centuria actual, hasta el nacimiento de la Tercera República. Como lo social y lo económico aparecen íntimamente vinculados, procederemos a un análisis conjunto.

PRIMER PERÍODO

a) La realidad económico-social tradujo, en los comienzos, lo ya dicho. Pero su desarrollo apareció subordinado a la realidad política. Y ¿qué era esta sino un reflejo de la cultura imperante? Obedeció, en consecuencia, a todas las derivaciones de la

cosmovisión vigente. Si, aceptando el criterio marxista, vemos en el tipo de economía la base estructural, lo político asomó como una superestructura que actuó en forma determinante sobre la base. No cabe, sin embargo, la aplicación de esta tesis. Pues —como hubimos de señalarlo— lo económico fue en este caso una consecuencia de la cosmovisión colonial. Esta —y no lo otro— ofreció la auténtica base.

Expusimos ya los rasgos políticos más importantes y hubimos de insistir en sus características coloniales. Pues bien: estas características las expresó también la evolución —que en ciertos casos fue involución— del fenómeno económico-social. Se retornó a la estructura económica anterior que cayó —como vimos— en el estancamiento, y luego en la decadencia. La burguesía volvió a adueñarse del poder y el rasgo fundamental del período fue la pugna entre sus dos sectores: el reaccionario y el liberal. Es claro que del primero no podía esperarse el menor impulso hacia el progreso. Del segundo, en cambio, sí; pero su visión de la realidad era —lo reiteramos— falsa. Por eso sus esfuerzos fracasaron. Hubo, sin embargo, una excepción. La ofrece el breve gobierno de Luperón. No produjo este gobierno —que fue provisional— modificaciones estructurales; pero junto al ansia de progreso, mostró realismo. Reveló que su máximo dirigente había en gran parte captado la naturaleza y el origen colonial de los males existentes. Hizo un vivo esfuerzo por combatir la ignorancia y promover, sobre nuevas bases, el auge agrícola. De Luperón no cabe decir, pues, que fue un liberal romántico. Fue, pese a la contradicción que ello entraña, un liberal *realista*. Esta contradicción explica que no pudiera poner en práctica, desde el poder, la revolución necesaria. Pero es indudable que estuvo muy por encima de su época. Siendo un patriota integérrimo, fue, además, un americanista. E intuyó como pocos entonces, el problema del imperialismo norteamericano, ya en los comienzos de su desarrollo.

La pugna entre los dos sectores de la burguesía —pugna que, como sabemos, arrastraba al pueblo— se tradujo en dos hechos fundamentales: la frecuencia de las guerras intestinas y el establecimiento de tiranías reaccionarias. Solo mediante estas últimas se ponía coto a aquella frecuencia. Desgraciadamente, la política monopolizaba casi toda la actividad vital. Y esto provocó un notorio desinterés por el quehacer económico. Había momentos en que se comprobaba un ligero despertar de la producción. Pero pronto volvía esta al estancamiento. Es más: sonaba el clarín guerrero, tocado por un cacique, y tanto los siervos de la gleba como los pequeños propietarios de la zona, abandonaban sus trabajos y tomaban el fusil. ¿Por qué esta actuación? Porque la imponía la naturaleza de la estructura. El pequeño o mediano propietario era, en lo que respecta a las utilidades que proporcionaba su labor, un subordinado del intermediario refaccionista. Ya produjera para la exportación o para el mercado interno, tenía que aceptar los precios que este indicaba y que, evidentemente, casi nunca reflejaban los del mercado nacional o internacional. Víctimas, pues, de una constante explotación, dichos agricultores fueron perdiendo toda iniciativa progresista. Pese a ello, acusaban conformidad. Y esta se traducían en apatía y en un afán de compensaciones espirituales o desvíos de rumbos que la actividad política y su derivación bélica proporcionaban. Como de la misma explotación —aunque revelaba otras formas— era víctima el siervo de la gleba, se comprende que tanto este como los otros acudieran con entusiasmo a las empresas guerreras, llevando el nombre del caudillo en los labios. En suma: la estructura económica entró en decadencia debido, en gran parte, a la intensificación de su naturaleza colonial y a la presión ejercida por el fenómeno político, que acusaba la misma naturaleza.

Influyó también en ello otro factor: el apoyo que el orden jurídico existente daba a la burguesía comercial. Esta se desarrolló

sin frenos legales, obedeciendo a la concepción liberal del *laissez-faire*.

Por otra parte, la persistencia de las guerras intestinas hizo que la decadencia de la economía ofreciera rasgos anárquicos. Pese a que se volvió al régimen de propiedad anterior, ni el pequeño agricultor ni el hacendado mediano consideraban sus bienes seguros. Ello contribuía también a frenar sus iniciativas y los empujaba a abrazar la aventura bélica. En realidad, cuando las huestes gubernamentales o insurrectas entraban en sus predios, respetaban el hogar, pero disponían del ganado y las mercancías. Cuanto tomaban era generalmente reconocido en un documento: el vale firmado por el jefe. Vale de problemático cobro ulterior. Se ha dicho que estas actuaciones revelaban barbarie. La afirmación es aceptable. Pero ¿no fueron y siguen siendo comunes a todas las guerras?

A las causas de decadencia económica mencionadas se agregaba —como durante la Primera República— la política monetaria gubernamental, que fue casi siempre un producto de la corrupción y la incompetencia. Constantemente se recurrió —como en la época recién señalada— a emisiones de billetes sin garantía y a negocios fraudulentos sobre la base de estas emisiones.

En resumen: la estructura estuvo *continuamente en crisis*. Pero la crisis tuvo un costado positivo: impidió que durante la mayor parte de este período se produjera una *regresión al latifundismo*. En efecto, la inseguridad de la propiedad agraria no inducía al mediano agricultor ni al capitalista urbano a adquirir grandes extensiones de tierra. Máxime cuando tanto el uno como el otro actuaban casi siempre en política y estaban expuestos, por tanto, a ser atacados en su propiedad si el partido opuesto ocupaba el poder.

La crisis no se detuvo. Sin embargo, bajo el régimen de Heureaux alcanzó cierta estabilización. La estructura cayó de

nuevo en el estancamiento. Y como hubo paz —la paz nacida de la tiranía— el espíritu de iniciativa despertó de nuevo, y la producción cobró relativo auge. Esto repercutió, fundamentalmente, sobre el comercio, y originó dos fenómenos de indudable importancia: el florecimiento de la industria azucarera sobre la base del latifundismo extranjero, que se fue desarrollando en la zona este del país; y el enriquecimiento de comerciantes también extranjeros, recién llegados. Fenómenos ambos de franca naturaleza colonial.

b) Si bien el burgués criollo, salvo excepciones, se abstuvo, por las razones ya dichas, de hacerse dueño de latifundios, algunos extranjeros ricos se lanzaron por ese camino, especialmente en la zona recién mencionada, al finalizar el siglo. ¡Se sentían garantizados por su extranjería! Comenzaron a fomentar ingenios azucareros que abrieron el camino a la voracidad de las empresas monopolísticas norteamericanas. En los primeros años, el hecho apenas tuvo repercusión sobre la estructura, debido a que las regiones utilizadas para el cultivo de la caña se hallaban abandonadas o en manos de hacendados medianos o latifundistas dedicados a la ganadería. Eran, en el fondo, regiones de actividad económica sumamente pobre que, en razón de esto, contrastaban con las de la zona norte. Pese a que casi todos los dueños de estas tierras gradualmente las vendieron a las firmas extranjeras o fueron despojadas de ellas por estas, el hecho quedó localizado, y la estructura económica existente resistió su impacto. Pero esta resistencia poco a poco se fue amortiguando, y a la postre cesó, cuando comenzaron a desarrollarse, sobre bases coloniales, las formas capitalistas de producción que —como veremos— dieron un nuevo tono a la actividad económica global.

c) La inmigración de extranjeros «emprendedores» tuvo lugar, sobre todo, en las dos últimas décadas del siglo. Los italianos, españoles y libaneses casi coparon dicha inmigración. La mayor

parte de ellos se ubicaron en las ciudades y se dedicaron a actividades comerciales. Tuvieron cuidado en no intervenir directamente en la política, y esto y su indiscutible dedicación al ansia de *hacer fortuna* dieron origen a un hecho económico de importancia que, pese a que tampoco repercutió de inmediato sobre la estructura, tuvo un notorio significado colonial. Nos referimos a la monopolización por dichos extranjeros, del alto comercio, sobre todo en la capital y en la naciente ciudad de San Pedro de Macorís, que fue desarrollándose gracias al auge azucarero. Se dio así el caso de que el sector de la burguesía criolla que se dedicaba a esa actividad, se vio prácticamente *desplazado*.

Contribuyeron a enriquecer a dichos extranjeros las negociaciones que acostumbraban hacer con el gobierno. Claro está: los tenía sin cuidado la naturaleza de este. Fue norma del gobierno de Heureaux realizar tales negociaciones, que recuerdan las de la Corona española con los comerciantes judíos. La creciente prosperidad de estos recién llegados, unida al desarrollo de la industria azucarera, dio *extensión al crédito*, lo que hizo necesario el *establecimiento de instituciones bancarias*. Todo ello se produjo simultáneamente con la intensificación, por parte de Heureaux, de la política de empréstitos iniciada por Báez, y que culminó ahora en la primera hipoteca de la economía estatal. Evidentemente: como el alto comercio y la banca privada se hallaban en manos extranjeras, y tanto el uno como la otra eran los factores determinantes del movimiento económico, el burgués criollo y las fuerzas productivas nacionales quedaron condenadas a la *dependencia de los intereses foráneos*. El mismo fenómeno se produjo con la economía del Estado; también quedó bajo la tutela extranjera.

Fue a través de la industria azucarera que el capitalismo hizo sus primeros asomos importantes. Era un capitalismo venido desde el exterior: *no el que brota de la propia evolución de un sistema económico atrasado*. Pero sería un error afirmar que la

transformación de esos asomos en presencia relativamente extendida, así como la generalización de algunas de sus modalidades, significara la substitución de la estructura existente hasta entonces por una estructura capitalista. Se siguió viviendo, en el fondo, dentro de la mezcla de sistemas a la cual nos hemos referido varias veces, enriquecida ahora por la presencia del capitalismo.

Mientras todo lo dicho acontecía en el plano económico, en el orden social la situación continuó siendo la misma. El hecho político, dominado por el caudillismo, mantuvo la relativa integración, que desapareció casi totalmente unas cuantas décadas después.

Por último, precisa recalcar que el primado político de la burguesía reaccionaria tuvo a fines de siglo su máxima expresión económica en la entrega a la política de empréstitos, desarrollada con el propósito de consolidar su poder. Como en la Primera República, esta burguesía fue más proimperialista que el propio imperialismo.

SEGUNDO PERÍODO

Al asumir el gobierno, en 1899, Jimenes encontró las realidades socioeconómicas descritas. Y estimando que lo fundamental para la superación de los males nacionales era alcanzar la *independencia* económica, dedicó sus máximos empeños a este propósito. Procedió, sin embargo, en forma unilateral. No captó —como era lo propio de los liberales de la época— la trascendencia negativa del desarrollo del capitalismo foráneo. El análisis de este punto nos obliga a volver un poco hacia atrás. La actuación de Heureaux en lo que respecta a la economía pública fue totalmente entreguista. Dijimos que hipotecó al extranjero la economía estatal. Pues bien: las gestiones relacionadas con esta hipoteca culminaron

en la compra, por parte de una firma norteamericana —la San Domingo Improvement Company— de todos los derechos y obligaciones de la firma europea que aparecía entonces como único acreedor de la República. Luego el tirano obtuvo de la primera créditos importantes, con la garantía de la totalidad de las entradas aduaneras y de otras propiedades del gobierno. Para entonces, su gobierno había ya creado el Banco Nacional, de cuyas arcas obtenía recursos a su antojo.

Casi todas estas actuaciones hallaron el repudio de la burguesía liberal y de aquellos que, miembros de las otras clases sociales, alentaban sentimientos patrióticos y tenían conciencia del problema. Prueba de este repudio fue la protesta que se produjo cuando se filtraron las noticias de las gestiones que dicho gobierno hacía a fin de arrendar a los Estados Unidos la Bahía y la península de Samaná. Gestiones que casi llegaron a su culminación triunfal. Se proponía Washington establecer allí una estación carbonífera y una base militar que sirviera de resguardo al proyectado Canal de Panamá. Para esa época, el imperialismo norteamericano, en pugna con los imperialismos europeos, hacía más hincapié en lo económico que en lo político. Sus medidas políticas tenían más bien un carácter preventivo. El cuadro internacional entonces era el siguiente: Inglaterra había llegado a la conclusión de que era preferible a sus intereses dejar manos sueltas a los Estados Unidos en las cuestiones del continente, lo que implicaba la convalidación, por su parte, de la Doctrina de Monroe; España ya apenas contaba en la arena interimperialista y dejaría de contar definitivamente al terminar la guerra de Independencia de Cuba; pero Francia era aún poderosa; y comenzaba a levantarse en el horizonte la estrella de la Alemania imperial. Casi todas estas potencias presentaron frecuentemente al gobierno de Heureaux —y lo hizo también el gobierno italiano— serias reclamaciones, que a veces fueron apoyadas

por amenazas militares. Pero seguro del respaldo estadounidense, el tirano nunca se amilanó. Tenía razón. Washington acudía en su socorro cada vez que uno de estos problemas cobraba gravedad. El resultado final del proceso fue el dominio casi exclusivo de la economía gubernamental por el imperia-lismo norteamericano.

A este resultado contribuyó, naturalmente, la burguesía reac-cionaria criolla, atada a Heureaux. Y fue luego esta burguesía el factor que impidió la solución nacionalista que al caso de la San Domingo Improvement Company quiso dar el gobierno de Jimenes. Derrocado este, la evolución del fenómeno econó-mico siguió acusando los dos rasgos fundamentales que vimos aparecer en las últimas dos décadas del pasado siglo —o sea la creciente extensión del capitalismo foráneo y el dominio del alto comercio por firmas extranjeras—, a lo cual se agregó una novedad importantísima: *el inicio de la dislocación de la estruc-tura económica existente*. A su vez, en el orden social, volvió a cobrar fuerza la tendencia desintegradora.

Pasemos revista a cada uno de estos puntos, que aparecen íntimamente relacionados...

En las naciones hoy desarrolladas, el sistema capitalista fue un producto de la acumulación de capitales y del alto desa-rrollo comercial y financiero. Pues bien: cuando el capitalismo comienza a establecerse en el país, esto último no existía. Lo que existía era la economía polifacética de base agraria, a la cual hemos hecho ya referencia. El fenómeno asomó, por tanto, como algo extraño a la vida económica nacional. Fue algo que se le *impuso a la comunidad desde afuera*, y ante lo cual ella se inclinó. Sábese, además, que la base jurídica del sistema es el lucro. Y ¿dónde podía este obtenerse con mayor facilidad y cuantía que en regiones donde era posible pagar, sin protestas obreras, salarios de hambre, y donde el desenvolvimiento del negocio podía desarrollarse libre de obstáculos legales?

Llegaron, pues, allí los capitalistas extranjeros, conscientes de que sus inversiones redundarían en beneficios óptimos. Mediante los métodos más inmorales —entre los cuales figuró el despojo— se adueñaron de vastas extensiones de tierra y, apoyados por la burguesía reaccionaria que actuó en función de cómplice, se dedicaron al fomento de la industria azucarera y convirtieron a sus ingenios y zonas en pequeños Estados dentro del Estado nacional. De la tierra criolla salía el jugo de la caña; pero los beneficios partían, casi en su totalidad, hacia el extranjero. En síntesis: se establecieron en el este compañías absentistas que respondían al capitalismo imperialista, mientras la extendida estructura económica a que hemos estado haciendo referencia, indudablemente atrasada, siguió vigente en el resto del país.

Es indudable que la decadencia de esta última se acentuó en los inicios del siglo. La acentuación tuvo su origen en el *volcanismo político* de este período. Por obra de ello, creció la inseguridad respecto a la propiedad y la vida. Los niveles de producción descendieron y toda la actividad parecía monopolizada por la pasión caudillista. El resultado fue la intensificación de la anarquía de dicha estructura. Se daba el caso de que parte del campesinado de mayor pobreza rehusaba trabajar en el corte de la caña en razón del salario irrisorio que ofrecía la empresa azucarera. ¡Prefería levantar plantaciones o «conucos» en terrenos comuneros o entregarse al *volcanismo político*! Además, dentro de los minúsculos Estados de las compañías azucareras, la mayor parte de las erogaciones en pago de salarios regresaban a las arcas de estas, gracias a los establecimientos comerciales establecidos por ellas desde los inicios. Y fue frecuente que las empresas pagaran en vales, que se canjeaban con descuentos. Toda la actividad económica de los pequeños Estados cayó, pues, en dependencia de dichas empresas. No podía darse, en suma, un exponente mayor de explotación y afán de lucro.

Es obvio que todo ello traducía una agudización del coloniaje. Vimos ya que bajo la colonia española, los beneficios del movimiento económico se repartían entre la Corona y la burguesía insular. Pues bien: ahora la situación era peor: gran parte de estos beneficios ingresaban, casi exclusivamente, en los bolsillos de los accionistas norteamericanos, cómodamente instalados en los Estados Unidos. Se dirá que la burguesía criolla recibía algo. No. Quienes recibían algo eran algunos miembros de esta clase: los políticos que protegían a la empresa, las firmas de abogados que la defendían, los escasos colonos y los grandes comerciantes que, ubicados en las ciudades cercanas a ella, se veían favorecidos por negocios colaterales, que también beneficiaban a pequeños grupos de la clase media. Algunos de estos lograron posiciones relativamente estables al obtener cargos en las aludidas empresas.

No hay que recalcar que estas eran representativas del imperialismo económico norteamericano. Del capitalismo en *su manifestación imperialista*. Es imperioso insistir sobre este punto. El tipo de capitalismo que se desarrolló allí no acusó las características que el sistema ofrecía en los países originarios. Era, en efecto, un capitalismo de tipo *liberal* que, por consiguiente, hacía y deshacía a su antojo, sin la menor gravitación estatal. Más aún: gracias a los políticos, el Estado quedó convertido en un factor de colaboración, y pese al liberalismo, que envuelve el concepto de la libre empresa y competencia, las compañías se orientaron hacia el monopolio. Toda la industria azucarera quedó a la postre en sus manos. Luego, bajo la tiranía de Trujillo, se produjo un cambio de dueño. Pero el monopolio persistió. Sin embargo, todos los ingenios no eran propiedad de una sola compañía. El negocio quedó circunscrito a tres o cuatro firmas, entre las cuales figuraban dos criollas, de origen extranjero. Por otra parte, como la conversión de cada empresa en un pequeño Estado les permitió controlar la actividad económica de sus

respectivas zonas, el carácter monopolístico del negocio devino más evidente. Durante años y años, dichas entidades industriales apenas tuvieron que pagar impuestos. Para entonces no existía una tributación sobre la renta, y el régimen impositivo era anti-científico e inequitativo, ya que reposaba casi exclusivamente en el impuesto indirecto. Como la burguesía reaccionaria veía en el capitalismo foráneo una manifestación de progreso, era lógico que sus gobiernos no promulgaran una legislación que, inspirada en el nacionalismo económico, obligara a dichas empresas a compartir con el Estado sus escandalosos beneficios.

¿Cuáles fueron las consecuencias económicas inmediatas de estos hechos? Ya señalamos algunas. Pero conviene volver sobre ellas, agregar otras, y presentarlas —para resaltar la unidad del conjunto— en un solo cuerpo. Fueron las siguientes: a) el renacimiento del latifundismo; b) la dualidad de estructuras, que a la postre desembocó en la dislocación de la antigua; c) el incremento de la actividad mercantil; d) el auge de la circulación monetaria, del sistema bancario y, por consiguiente, del crédito; e) la hipertrofia comercial, y f) la introducción de modalidades capitalistas estrictamente *formales* tanto en el intercambio mercantil como en el campo de la producción. Estudiemos cada una de ellas.

a) El renacimiento del latifundio

El renacimiento del latifundismo significó una doble regresión histórica. Tuvo este significado porque, en primer término, entrañó el retorno a un tipo de propiedad agraria ya superado, y porque, en segundo lugar, puso las tierras cubiertas por el retorno, en manos extranjeras. Por ventura, el hecho se circunscribió a la zona del este —o para mejor decir: del sureste—, extendiéndose luego un poco a la del suroeste. Se desarrolló, pues, en las regiones económicamente más atrasadas, donde la

estructura prevaleciente hasta entonces había acusado —como hubimos de señalar— importantes deficiencias. La naturaleza *colonial* de dicho fenómeno era evidente. El propietario que vendió sus tierras o que fue despojado de ellas quedó, a la postre, arruinado y fue frecuente su conversión en un obrero de la empresa capitalista, lo que implicaba, a las claras, un crecimiento de la proletarización.

La aludida vuelta al latifundismo obedeció a un proceso. Las empresas extranjeras no se adueñaron de inmediato de la totalidad de las tierras. Algunos miembros de la burguesía criolla, convertidos en colonos, compartieron al principio la posesión. Pero al advenir la crisis azucarera, casi todos tuvieron que entregar sus predios a dichas empresas o a los bancos refaccionistas. El fenómeno tuvo lugar, sobre todo, bajo la Primera Intervención Militar Norteamericana y se prolongó durante los comienzos de la Tercera República.

b) La dualidad de estructuras

Mientras el sistema capitalista importado cobraba fuerzas en las mencionadas zonas, desalojando de ellas a la ganadería —que era su principal expresión económica—, en el resto del país la antigua estructura se mantuvo viva, pese —como ya dijimos— a su anarquía. *Los dos tipos de estructura económica coexistieron, pues, independientemente.* La antigua siguió circunscrita a la explotación maderera, la ganadería en pequeña escala, y el cultivo de cacao, café, tabaco y frutos menores. No variaron en ella las relaciones de producción. Y su anarquía era compensada parcialmente por la confianza que daba la circulación del dólar norteamericano.

Es claro que aun cuando la burguesía era la máxima beneficiaria de la estructura, casi todas las ganancias proporcionadas por la producción quedaban en el país, repartidas inequitativamente

entre las diversas clases sociales. Insistimos en que dicha estructura era de tipo colonial: lo probaba la existencia de la servidumbre de la gleba, la ausencia de una legislación que favoreciera a esta última y estimulara a la vez a los propietarios, y la explotación de que eran víctimas los pequeños y medianos hacendados por parte de la aludida burguesía. No obstante, expresaba —en el orden económico-social— una realidad *superior a la otra*, ya que entrañaba una mejor repartición del ingreso y la casi total permanencia de los beneficios en la República.

En suma: mientras una de las estructuras se desarrollaba sobre bases nacionales, el desarrollo de la otra dependió de lo foráneo y favoreció casi exclusivamente al capitalista extranjero. En el fondo, más que una estructura, era *una superestructura succionadora*, en riña con los intereses del país, de espaldas a este y terriblemente coactiva. Tratábase, pues, de dos realidades de esencia y naturaleza antagónicas, que llenaban de confusión la perspectiva.

c) El incremento de la actividad mercantil

Era lógico que el desarrollo de la producción azucarera implicara un aumento del tráfico mercantil internacional. La economía cerrada fue poco a poco desapareciendo. A la postre, solo quedaron algunos remanentes. Y el azúcar devino el principal renglón de exportación. La balanza comercial acusó, por lo común, cifras favorables. A veces *notablemente* favorables. La razón era obvia: mientras las exportaciones de azúcar aumentaban, las importaciones se mantenían en un nivel casi estático, con tendencia a un ligero aumento. Estas importaciones —salvo las que realizaban las empresas azucareras— se pagaban generalmente con las divisas que proporcionaba la producción de la vieja estructura. Ello hace ver que la expansión mercantil fue

un fenómeno ajeno a la economía nacional. Era también, en suma, algo superestructural.

d) El auge de la circulación monetaria, los bancos y el crédito

Al iniciar sus actividades, las empresas capitalistas se vieron obligadas a hacer inversiones o gastos que repercutieron favorablemente en la circulación del numerario. Estudiemos el caso. Marginemos, naturalmente, las erogaciones correspondientes a maquinarias y otros productos elaborados, que dichas empresas pagaban *directamente* en el exterior. Circunscribámonos, pues, a las que hacían en el país. Alcanzaron cifras importantes, ya que no solo cubrían el pago de las tierras, sino además, su acondicionamiento, la compra de madera y materiales necesarios para las construcciones, y los salarios a obreros especializados. Se produjo, pues, un aflujo de dólares que de inmediato repercutió en la extensión y el enriquecimiento del alto comercio. Esto último, y en general, las aludidas erogaciones dieron origen al auge bancario y al desarrollo del crédito. Sin embargo, tanto lo uno como lo otro fueron realidades que por un buen tiempo permanecieron en relación casi exclusiva con dicho comercio y —claro está— con las mencionadas empresas. No se interesaron entonces los bancos —salvo en casos excepcionales— en extender sus líneas de créditos al mediano agricultor, que trabajaba dentro de la antigua estructura. Pero hacían negocios pingües con los gobiernos. A la postre, las mencionadas erogaciones quedaron en *manos de dichos bancos y del alto comercio*. Como dijimos, el agricultor que al vender sus tierras se consideró momentáneamente rico, se vio al final arruinado. En suma: los hechos expuestos solo sirvieron para enriquecer a un sector de la burguesía y contribuir al empobrecimiento del pueblo. Obedeciendo a las normas capitalistas, los bancos actuaron en forma despiadada con

aquellos que, sin formar parte del alto comercio, recibieron sus aparentes favores.

Hay que anotar, sin embargo, que con motivo de las realidades recién señaladas, se dio el caso interesantísimo de que junto a la economía de tipo capitalista que se desarrollaba dentro del pequeño Estado azucarero y en las ciudades donde esta economía gravitaba, imponiendo sus normas, en las demás ciudades era la economía urbana artesanal el tipo de economía prevaleciente. No ofrecía esta, obviamente, todas las características que acusó en Europa, en los finales del Medioevo; pero mostró muchas de sus facetas que, pese a la incorporación de modalidades capitalistas, persistieron por un buen tiempo.

e) La hipertrofia comercial

La hipertrofia comercial fue en gran parte un producto de las aludidas erogaciones de las compañías azucareras y de los negocios colaterales derivados de la industria. Ello explica que fuese en las ciudades aledañas a las zonas de las empresas imperialistas donde el fenómeno brotó y alcanzó mayor intensidad. En cambio, allí donde la antigua estructura económica supervivió, apenas se produjo. Es más: el *volcanismo* político, al repercutir negativamente en la producción, acarreó un descenso de la actividad comercial en esas regiones.

Es comprensible que la citada hipertrofia entrañara una acumulación de capitales. Desgraciadamente, se dio un fenómeno inverso al que ofrecieron las naciones hoy desarrolladas, cuando se inició en ellas el capitalismo. En efecto, mientras en estas, dicha acumulación propició el nacimiento de nuevas industrias y el desarrollo de las viejas, aquí solo sirvió para aumentar los depósitos bancarios nacionales y extranjeros de dicho comercio. Los capitales se acumularon en función de *ahorros improductivos*. Tratábase, a las claras, de una realidad

de tipo regresivo, —típica del subdesarrollo—, que cobró notoria extensión bajo la Primera Intervención Militar Norteamericana y la Tercera República.

f) La introducción del formalismo capitalista

La actividad bancaria y el crédito fueron perfilándose como los instrumentos básicos —o las vías imprescindibles— de la vida económica. Expresaban las *formas financieras* del capitalismo. A la postre, toda la economía tuvo que amoldarse a estas formas. Pero como el amoldamiento no se produjo paralelamente con la superación de la base económica agropecuaria y el desarrollo de industrias múltiples, el hecho culminó en la *dislocación* de la antigua estructura, cuya anarquía, evidentemente, asomó intensificada. Tal *dislocación* se inició en este período; pero fue más tarde cuando alcanzó sus rasgos más definidos. Debido a esto, expondremos dichos rasgos en el capítulo siguiente.

Hay un hecho, no obstante, que es forzoso señalar ahora. La aludida *dislocación* tuvo proyecciones psicológicas en quienes dependían de la vieja estructura. Se perdió el sentido de la solidaridad y la ayuda recíproca entre los miembros de la clase media, para la cual, desde entonces, el afán de lucro devino la única razón de ser de la vida.

En síntesis: la introducción del capitalismo foráneo fue un mal espantoso que intensificó —y naturalmente, reafirmó— las *características coloniales de la vida económica*.

Esos fueron los hechos...

Era obvio, sin embargo, que la antigua estructura debía ser superada. Y como no existían las condiciones para ir hacia el colectivismo, dada la supervivencia de la antigua cosmovisión, el camino a seguir era el desarrollo de un capitalismo de nuevo estilo. Para decirlo con mayor claridad: de un capitalismo *reglamentado*, acorde con las realidades existentes. Lo necesario,

por tanto, era completar la revolución iniciada en este campo por el régimen haitiano. Como sabemos, esta revolución se detuvo, frustrándose. Pues bien: lo indicado era ponerla de nuevo en marcha. Bastaba para ello suprimir a los intermediarios, brindar al pequeño y al mediano agricultor los máximos respaldos y orientar la evolución económica del país de acuerdo con los lineamientos de un plan global destinado a superar los males existentes. Por desventura, nada de eso podía hacerse... Lo impedían el *volcanismo* político, la actitud entreguista de la burguesía reaccionaria, las concepciones erradas de la burguesía liberal y el permanente ejercicio, por parte de esta clase social, del poder político y económico. Era, pues, destino del pueblo, la intensificación de su drama en ese período. Y como todos los factores recién citados nacían del coloniaje y del colonialismo, sobre estos recaía la responsabilidad real de dicho drama.

Lo económico se proyectó, naturalmente, en lo social. Anarquizada la antigua estructura, ayudado por factores políticos se extendió el desempleo. Pero la raíz más honda de este mal fue la introducción del capitalismo foráneo. Creemos haberlo demostrado... Originó este, además, otras realidades. Veámoslas. Aun cuando pocos dominicanos se dedicaron a cortar caña, el desenvolvimiento de la industria azucarera acarreó la formación de un proletariado rural cuyas formas de vida y mentalidad no eran —como ya expresamos— las mismas del siervo de la gleba. Creció —por otra parte— el sector de empleados de «cuello y corbata» de la clase media, que eran pocos antes de la introducción del capitalismo foráneo y de la consiguiente hipertrofia del comercio. A su vez, algunos burgueses criollos, desplazados de su función de primacía por los extranjeros en cuyas manos se encontraba el sector más importante de dicho comercio, perdieron parte de sus bienes —o la totalidad de estos— descendiendo con ello de nivel social. No hay que decir que donde mayor extensión acusaron estos hechos fue en la zona dependiente

del Estado azucarero. En la zona norte apenas se produjeron. Su caso fue distinto. Muchos o medianos terratenientes abandonaron o perdieron sus tierras, por obra de la anarquía de la estructura y de la pasión política. Otras veces las hipotecaron, lo que significó casi siempre perderlas. Los beneficiarios fueron la burguesía y los bancos extranjeros. La regla fue que estas tierras cayeran en la improductividad. De rareza, el hacendado rico se interesó en ellas. Lo hizo, sin embargo, a veces. De ahí que renaciera en determinados sitios el latifundismo criollo.

La consecuencia social de ese proceso fue la reducción numérica de clase media y el consiguiente aumento del proletariado y de la servidumbre de la gleba. No olvidemos, por otra parte, que muchos «medianos» arruinados se orientaron hacia la política y alcanzaron posiciones en los cuadros secundarios de los partidos. El fenómeno dio origen al político profesional de poca monta, al servicio del caudillo o del cacique. Tratábase, a las claras, de una *excrecencia clasista*.

Otra repercusión de importancia fue la creciente desintegración social que, por ventura, careció de contenido racial, y se vio frenada por la solidaridad de clases a que obligaba la lucha política. Esto asomó como algo nuevo. ¿Por qué esta novedad? Sus causas las hallamos en las realidades económicas relatadas. Los pobres comenzaron a ver en el rico al enemigo, y viceversa. No nació una conciencia de clase; pero sí un sentimiento. Sentimiento muy vivo en la burguesía y en el desvalido. La clase media, en cambio, apenas lo alentó.

En resumen: la agudización del coloniaje en esta etapa de la vida republicana no se circunscribió a lo político: también alcanzó lo económico-social. Puede, pues, afirmarse que el país se hallaba en franco proceso regresivo. Había razones para pensar que la culminación lógica de este proceso fuera la desaparición de la República. Así aconteció de nuevo, al producirse la Primera Intervención Militar Norteamericana.



CAPÍTULO DECIMOTERCERO

¿Quién duda que en la época en que se produjo la Primera Intervención Militar Norteamericana los gobiernos de Washington, pese a que surgían de la voluntad del pueblo se hallaban al servicio del capital financiero? Pues bien: esto explica el apoyo de dichos gobiernos a la expansión imperialista, tanto política como económica.

En lo que respecta a la fenecida República, el dominio político bajo el marino interventor estuvo subordinado al interés económico. Quiere ello decir que bajo dicha intervención, el capitalismo recién introducido siguió gozando de una intensa luz verde, mientras nada hizo el gobierno por superar la estructura económica que encontró al establecerse y que —como hemos visto— ofrecía una notoria heterogeneidad. Dicho en otras palabras: obedeciendo a la naturaleza colonial del régimen, Washington consideró que el país era una posesión probablemente definitiva y dio las espaldas a lo criollo y favoreció lo suyo... El imperialismo, pues, apretó la garra.

Ello se tradujo en un agravamiento de los males que hubimos de señalar en el capítulo anterior, y además, en algo nuevo: la acentuación de la *dislocación* de la vieja estructura.

Recordemos, antes de entrar en este último tema, algunos hechos históricos...

1. La intervención norteamericana creó impuestos de exportación sobre los principales productos nacionales, entre ellos el café y el cacao, mientras mantuvo al azúcar exento de esta tributación.

2. Quedó promulgada una Ley Arancelaria que abrió las puertas a la competencia desleal a la pequeña industria y al artesano criollos.

3. Continuó el régimen —intensificándola ostensiblemente— la política de empréstitos de la mayor parte de los gobiernos anteriores.

4. Ampliando una disposición tomada por el gobierno entreguista de Cáceres, quedaron libres de derechos de importación las maquinarias y los equipos de las empresas azucareras.

5. Se puso en ejecución un importante plan de obras públicas, que dio primacía a los problemas de la infraestructura económica. Y,

6. El tráfico mercantil creció considerablemente, lo que se reflejó en el ascenso progresivo de la balanza comercial.

Todos estos hechos guardan una íntima relación con los temas que expusimos y estudiamos al finalizar el capítulo anterior. Pero ofrecieron novedades. Expongámoslas.

a) Incremento del latifundio

El latifundismo se siguió extendiendo. No solo en virtud de que las compañías imperialistas ya establecidas ampliaron mediante el despojo o la compra, sus posesiones agrarias, sino además, porque nuevas compañías se establecieron. El robo de tierras estuvo a la orden del día. Por otra parte, frecuentemente tenían lugar, amparados en la fuerza pública, desalojos de centenares de pequeños propietarios. A la postre, toda la zona aledaña de San Pedro de Macorís y La Romana se convirtió en propiedad de las aludidas compañías y de algunos colonos. Señalamos ya

que al estallar la crisis azucarera del 1921, estos últimos perdieron sus tierras, que pasaron a dichas compañías y los bancos refaccionistas. Se extendió así el traspaso de la propiedad agraria a empresas extranjeras. En la zona norte, el número de latifundios también creció. Pero casi todos quedaron en manos criollas. Los orígenes del fenómeno fueron ya expuestos.

Conviene reiterar que el auge del latifundismo extranjero se vio estimulado por la legislación. Esta no contenía preceptos que favorecieran a la clase trabajadora o que obligaran a las compañías imperialistas a dar al fisco una parte de sus beneficios.

b) Dualidad de estructuras

La dualidad de estructuras persistió. Pero siguió acentuándose la *dislocación* de la antigua. Ahora bien: siendo este hecho una consecuencia del conjunto de realidades provocadas por la introducción del capitalismo foráneo y el apoyo que este recibió de la intervención norteamericana, se impone el estudio previo de dichas realidades. Continuemos, pues...

c) El mito de la balanza comercial favorable

La creciente producción azucarera acarreó el gradual aumento de la cifra de exportaciones, que en el año 1920 alcanzó la fantástica suma de \$58,731,241. Esta cifra tuvo su origen, evidentemente, en los altos precios del azúcar. No hay que decir que más de la mitad de la que arrojaba el renglón ingresaba en los depósitos bancarios de los accionistas, en el exterior. Se dio el caso, sin embargo, de que también las importaciones aumentaron entonces considerablemente. Ello despierta la idea de que los ingresos producidos por la exportación proporcionaban las divisas para el pago de las importaciones. No fue así. Las importaciones ascendieron en virtud, sobre todo, de las

nuevas erogaciones que realizaban las empresas capitalistas, de la *circulación de los dineros de los empréstitos* y de la *decadencia* del artesanado y de las pequeñas industrias nacionales.

Las erogaciones de las empresas imperialistas ofrecían dos facetas: parte de ellas entraba en circulación en el país; y otra parte —la correspondiente a la compra de maquinarias e implementos conexos— permanecía en el exterior. Sin embargo, al efectuarse la importación del artículo, su costo aparecía en el renglón correspondiente a la balanza comercial. Es claro que quien se llevaba de las cifras, sin adentrarse en la raíz y la naturaleza de las operaciones envueltas, llegaba forzosamente a la conclusión de que se había iniciado una era de fantástica prosperidad. Criterio falso. La prosperidad se fundamenta en la distribución equitativa de un ingreso nacional creciente. ¡Y ya vemos la equidad que reinaba en la distribución de ese ingreso entonces! Sin tomar en consideración los vaivenes de los precios azucareros, el país se encaminaba fatalmente hacia la ruina en virtud de la arbitrariedad e injusticia de aquellas realidades. El auge del mercantilismo reposó, en suma, en *lo artificial*. Y la supuesta prosperidad fue un mito: solo la hubo para el alto comercio vinculado directa o indirectamente con las empresas azucareras. Para el pueblo lo que hubo fue *una mayor miseria*.

d) La circulación monetaria

Era de esperarse que las erogaciones del capital imperialista y los empréstitos provocaran un auge de la circulación monetaria. Y, por consiguiente, de la actividad bancaria y del crédito. Detengámonos en el punto... Las empresas imperialistas compraban algún material criollo —sobre todo maderas— y pagaban salarios raquíuticos a los obreros encargados de levantar las construcciones y acondicionar la propiedad para la producción. Todo esto entrañaba egresos que, al final de cuentas, caían

en manos del alto comercio, ya sea directamente o a través del detallista. Pero parte de tales egresos volvía a la empresa. Sucedió esto cuando el obrero compraba en el «batey», como lo hacía a diario el cortador de cañas. Los salarios de hambre que este percibía retornaban así, por lo menos parcialmente, a la firma extranjera, lo que reducía el costo de producción.

Pasemos ahora al caso de los empréstitos. Sus dineros eran invertidos, fundamentalmente, en obras públicas. Por consiguiente, si marginamos lo que se destinaba a la compra de materiales, todo el resto era percibido por los trabajadores que realizaban dichas obras. No demoraban estos en gastar en el comercio lo que percibían.

En suma: el aumento del numerario circulante tuvo su origen en dos hechos que debemos calificar de *artificiales*. Pero contribuyó a la expansión bancaria y del crédito. Los bancos compartieron con el alto comercio y las compañías imperialistas los beneficios derivados de la nueva situación.

e) La hipertrofia comercial

La hipertrofia comercial siguió creciendo. A las razones que hubimos de exponer en el capítulo anterior se agregaron otras. Entre ellas el aumento de compras derivado de la inversión de los empréstitos y de las legislaciones que favorecían la competencia de los productos extranjeros. Pongamos algunos ejemplos... La disminución del arancel sobre el calzado foráneo arruinó a la pequeña industria de calzado nacional. Es más: tales legislaciones *casi liquidaron la actividad artesanal*. La burguesía y la clase media, obedeciendo a un *extranjerismo* de que hacían gala —sobre todo la primera— preferían los artículos «made in U.S.A.» o «made in Germany» aun cuando sus precios fueran ligeramente superiores a los de los criollos. Por obra de ello, muchos talleres —especialmente

de ebanistas— tuvieron que cerrar. Naturalmente, la cifra de las importaciones fue gradualmente subiendo. Y el proceso de acumulación de capital siguió su curso, sin que ello se proyectara —como tampoco se proyectó en el pasado— en una política de inversiones reproductivas.

f) Extensión del formalismo capitalista

Las modalidades capitalistas, tanto en el intercambio como en el campo productivo, continuaron extendiéndose. Se convirtieron en cauce ineludible de la actividad económica. Tratábase de algo estrictamente *formal*, que no era acompañado de las *manifestaciones substanciales* del capitalismo. Sábese, en efecto, que en el orden *jurídico*, este sistema económico se caracteriza por la propiedad privada de los medios de producción y, a la vez, por la repartición de los beneficios entre todos los colaboradores, incluyendo a los obreros, que reciben sus salarios; y que el ingreso de dichos colaboradores aparece determinado por los precios a que se venden los productos en el mercado. Se caracteriza, además, en el plano *técnico*, por métodos de producción muy perfeccionados. Solo *algunas de estas características estuvieron allí presentes*. Los salarios que percibían los obreros nunca guardaron proporción con los precios de venta del producto. Y no puede tampoco decirse que la producción obedeciera a métodos perfeccionados. Tratábase, pues, de un capitalismo *sui generis*, que si no reñía con su esencia fundamental, que es el lucro, mostraba particularidades atípicas, contrarias a las que expresaba en los países donde entonces había alcanzado desarrollo. Tratábase, lo repetimos, del capitalismo calificado de *imperialista*, que explota a los pueblos coloniales y cuando establece en estos industrias, produce casi exclusivamente para el mercado externo. Sus *formas operacionales* siempre se extienden, por

lo demás, más allá de la limitada zona donde actúa. Tal fue el caso allí. En virtud de ello se acentuó la *dislocación* de la vieja estructura. Pero intervinieron en esto factores demográficos y políticos sobre los cuales precisa decir algo.

La expresión esencial de los primeros fue el aumento de la población, al cual parcialmente contribuyó la política sanitaria del régimen foráneo. Este aumento obligó a la repartición de medianas y pequeñas haciendas entre herederos, con lo cual se fue extendiendo el minifundio que, al resultar antieconómico, obligaba al dueño a abandonar el precio y a buscar su sustento en otras actividades. Creció así la servidumbre de la gleba, y consecuencia de ello, el sector de los desocupados. El gobierno no puso atención a este problema, pese a que sus derivaciones eran ya, de por sí, exponentes de la dislocación ya mencionada.

Tal desatención tenía, a las claras, naturaleza política. Hubo algo más... Basta recordar cómo la legislación, a la vez que propició el latifundismo, contribuyó a arruinar al artesanado y a la reducida industria nacional, y puso obstáculos, a través del régimen tributario, a la exportación de los productos nacionales. Era un hecho indudable —sobre el cual ya hemos hablado— que el impuesto que gravaba la exportación del café y el cacao, no lo pagaba el exportador, sino el productor, lo que, al disminuir los beneficios de este, reducía su iniciativa y lo obligaba a vender el predio, que caía entonces en manos de un gran hacendado o de un hacendado mediano con aspiraciones a latifundista.

Las realidades expuestas nos permiten entrar de lleno en el problema de la *dislocación de la vieja estructura*. Pero se impone un paso previo, como lo es el resumen de ciertas cuestiones fundamentales, y reiterar que, de acuerdo con la definición de Perroux, una estructura revela «las proporciones y relaciones que caracterizan a un conjunto económico localizado en el

espacio y en el tiempo». Para la mejor comprensión del caso, daremos a dicho resumen un carácter histórico.

1. La introducción del capitalismo foráneo

Esta introducción provoca:

a) el renacimiento y la extensión del latifundio en las zonas este y sur donde pese a que algunos latifundios ganaderos habían logrado desarrollarse con anterioridad, su cuantía era ínfima, razón por la cual imperaban la pequeña y la mediana propiedad, como en el resto del país. Este tipo de propiedad ofreció la base de la estructura agraria, y condicionó sus proporciones y relaciones. Tratábase de una unidad económica cuya substancia era la producción de determinados productos agrícolas que se vendían directamente en el mercado interno o caían en manos de intermediarios. Esta unidad económica —bien localizada en «el espacio y el tiempo», se *desarrolló al margen de la actividad bancaria*, y los beneficios de la producción eran percibidos por los miembros de la unidad, guardándose el intermediario la parte del león, mientras el siervo de la gleba, poco numeroso al principio, solo percibía una parte ínfima.

b) el aumento de la circulación del numerario, con motivo de importantes erogaciones por parte de las compañías foráneas, sobre todo. Estas erogaciones y sus consecuencias dieron origen al establecimiento de bancos extranjeros, al auge del crédito y a la hipertrofia comercial. Gradualmente, la presencia y el crédito bancarios se extendieron a la totalidad del país. Los bancos se convirtieron, a la postre, en el *centro rector* de la circulación de dinero,

c) la producción azucarera, en constante crecimiento, provocó un alza notable del renglón de las exportaciones. Pero los beneficios devengados por los accionistas extranjeros quedaban en

el exterior, o hacia allí iban. La tierra dominicana *producía azúcar en cuantía, mas lo que recibía en cambio era ínfimo.*

2. Política económica antinacional

La introducción del capitalismo foráneo fue ampliamente favorecida por el gobierno interventor, a través de privilegios legales y medidas discriminatorias de la economía dependiente de la vieja estructura. Dicho gobierno intensificó, por otra parte, la política de empréstitos, que de inmediato repercutió artificialmente en la circulación del numerario, de cuya alza se beneficiaron, sobre todo, el alto comercio y los bancos. Las medidas discriminatorias mencionadas se tradujeron en el aumento de las importaciones de productos elaborados, cuya competencia arruinó al artesano y a la pequeña industria nacional. La política económica del régimen interventor mostró, en suma, un franco *carácter antipueblo*. Su naturaleza nítidamente colonial se evidenció en el apoyo permanente al desarrollo del capitalismo imperialista.

3. Alza del nivel demográfico

Simultáneamente con las realidades descritas se produjo un ascenso impresionante del nivel demográfico. Ello acarreó la extensión del minifundio y un aumento numérico de la servidumbre de la gleba y del proletariado. Pero muchos de los nuevos proletarios cayeron en el desempleo o por lo menos solo encontraron trabajos temporales, especialmente en obras públicas. El gobierno y el capitalismo imperialista asumieron frente a estos hechos una actitud de indiferencia. Para entonces, las modalidades de la actividad capitalista cubrían casi todo el desarrollo comercial. Y la economía aparecía subordinada al capital bancario.

Tal fue el proceso. Señalemos ahora cómo se manifestó la *dislocación* de la vieja estructura. Para mayor claridad, estudiemos separadamente los síntomas de esta *dislocación*, cuya importancia es trascendental.

4. Dislocación de la vieja estructura

a) El primer síntoma del fenómeno —síntoma que es a la vez causa— lo ofrece la aparición del latifundismo extranjero y su consiguiente extensión bajo el gobierno interventor. Allí donde estos hechos tuvieron lugar, la base de la antigua estructura, que era la mediana y la pequeña propiedad agraria, fue destruida. Pero como esta base se mantuvo viva en el resto del país, advino la *coexistencia de las dos estructuras*. La vieja, sin embargo, quedó resentida y mermada.

b) El segundo síntoma lo ofrece la ruptura de las *relaciones y proporciones* de la vieja estructura, debido a la gravitación de la otra y, fundamentalmente, a la generalización de las modalidades *formales* del capitalismo, a través de la actividad bancaria y del crédito. La vieja estructura tuvo que adaptarse a estas modalidades, pese a que su naturaleza reñía con ellas. Esto dio origen al nacimiento de nuevas *relaciones y proporciones*, indudablemente arbitrarias, y cuya realidad era un exponente de la mencionada *dislocación*.

c) El tercer síntoma lo fue la decadencia y ruina de la pequeña industria y del artesanado. La una y el otro eran formas de expresión económica en armonía con la vieja estructura, y guardaban, a su vez, una íntima relación con las otras expresiones de esta. El hecho, y los mencionados en los dos puntos anteriores, produjeron realidades nuevas, que desembocaron en un aumento de la servidumbre de la gleba y del número de proletarios que, al no encontrar trabajo, enriquecieron el

reducido sector de los desocupados. Todo esto y sus consecuencias traducían también la *dislocación*.

d) El cuarto síntoma lo encontramos en la extensión del minifundio y el desarrollo del latifundio criollo. Dentro de la antigua estructura, la pequeña propiedad desmerecía el calificativo de minifundista. Era entonces económicamente solvente. Dejó de serlo cuando se produjo la división entre herederos y al tener que ajustar la actividad —dentro de las parcelas divididas— a las modalidades formales del capitalismo. Aparece en ese momento, el *auténtico minifundio*, que socava la base de la antigua estructura y propicia, entre otras cosas, el auge del latifundismo criollo, que asoma también como un factor de dislocación.

e) Por último, el quinto síntoma lo brinda la modificación de la configuración clasista. Dentro de la antigua estructura, el número de siervos era, por las razones ya expuestas, relativamente pobre. Ahora *creció desmesuradamente*. Casi lo mismo aconteció con el proletariado. Naturalmente, al escasear el trabajo, también creció el número de desempleados. *El hambre colectiva hizo su aparición*.

La dislocación de la antigua estructura fue, pues, un hecho. Hecho producido, fundamentalmente, por la introducción del capitalismo imperialista. ¿Cuáles fueron sus consecuencias inmediatas? Señalemos las dos más importantes: la acentuación de la anarquía económica y la aparición o extensión de nuevos factores del subdesarrollo, tales como la hipertrofia comercial, el desempleo y la insuficiencia alimenticia. Frente a esta realidad, la burguesía, el capitalismo imperialista y el gobierno que lo estimulaba, representaba o apoyaba, permanecieron impasibles. Claro está: lo indicado era substituir la vieja estructura dislocada por una estructura nueva, acorde con la realidad socioeconómica. No se hizo. No se hizo entonces ni luego. Razón por la cual a medida que pasaron los años, la *dislocación*

se fue acentuando hasta culminar en una situación gravísima, que acarreó la caída del país en el subdesarrollo global.

El síntoma quinto de la dislocación tenía, a las claras, naturaleza social. Es obvio que influyó negativamente en el fenómeno de la integración. Dicho en forma más clara: robusteció los *factores desintegradores*. Sin que la clase media desapareciera, surgió un vivo contraste entre el rico y el pobre, que se proyectó en el nacimiento de organizaciones obreras. Esto hizo ver que se estaba frente a un despertar de la lucha de clases. Despertar que no cobró fuerza en razón de que todavía gravitaba sobre el ánimo colectivo la pasión política y su expresión máxima: el caudillismo, a lo cual se añadía entonces el renacimiento del sentimiento patriótico. Con excepción del sector reaccionario de la burguesía —que no alentaba este sentimiento aun cuando fingía alentarlos— todo el resto de la comunidad se sintió dominada por él. Tuvo tal fuerza que llegó a cubrir la pasión política. Por eso, los factores desintegradores no encontraron un campo propicio para su trabajo. Pero indudablemente, estaban allí. Y amenazaban, robustecidos...

El cese de la intervención militar norteamericana brindó amplias posibilidades para que la Tercera República se iniciara con un viraje revolucionario que, al liquidar las realidades mencionadas, suprimiera a la vez sus causas: *el coloniaje y el colonialismo*. Estas posibilidades las brindaba el despertar del mencionado sentimiento patriótico. Desgraciadamente, si en el campo político no fueron aprovechadas, tampoco lo fueron en la esfera que nos ocupa —o sea la económico-social—. La razón la encontramos en el hecho siguiente: dicha Tercera República no ofreció cambios en lo que respecta a las fuerzas políticas en lucha y a sus manifestaciones. Como vimos, siguió vivo el caudillismo, y la burguesía volvió a adueñarse de todo el poder. El sector reaccionario de esta última clase no solo mostró indiferencia ante la gravedad de las nuevas realidades, sino que

las interpretaba favorablemente. Por desventura, esta indiferencia era compartida por el sector liberal, que al manifestarse hostil al capitalismo imperialista lo hacía empujado, casi exclusivamente, por su lealtad al nacionalismo. En realidad, no vio la dislocación de la vieja estructura y sus implicaciones trágicas; no captó que se había ya iniciado la caída en el subdesarrollo global. Pero no podía manifestarse de otro modo: seguía ignorando la naturaleza del coloniaje y continuaba atado a la antigua cosmovisión. Los dos sectores aparecían, pues, coincidentes en múltiples posturas. Y como en manos de ellos —sobre todo del reaccionario— quedó la orientación de la actividad pública, es comprensible que no pudiera producir el aludido viraje.

El interés del punto obliga a la insistencia... La burguesía reaccionaria no renunció al proteccionismo. No lo hicieron ni el burgués criollo ni el extranjero, dueño —como hemos visto— del alto comercio. El primero comprobó el enriquecimiento del otro a la sombra del capitalismo imperialista; y consideró, con razón, que a él debía tocarle su parte. ¡Y le tocó! Había, pues, un interés material notorio —como lo hubo antes— en la raíz de su proteccionismo. Por su lado, el burgués liberal era nacionalista. Y *solo eso*. Pese a que se dejó influir por el positivismo hostosiano, no pudo romper con la totalidad de la antigua cosmovisión. Es más: obedeciendo a este positivismo, veía en la presencia del capitalismo imperialista *un factor de progreso*. En suma: para que la revolución anticolonial hubiera podido realizarse, habría sido necesario, que el poder hubiera caído en manos de una clase consciente de su necesidad. Pero esta conciencia no la tenía la clase media; y mucho menos las clases situadas en niveles inferiores. La persistencia del coloniaje era, pues, un *fenómeno inevitable*. Un trágico imperativo histórico.

Lo más doloroso del caso fue que, a medida que el gobierno de Vásquez fue desarrollando su labor, la burguesía liberal se sintió en gran parte arrastrada por la corrupción que

manifestaba la burguesía reaccionaria en el poder; y por el apetito de mando. Ciertamente era, no obstante, que en el poder solo se encontraba un grupo del sector reaccionario. Pues bien: otros grupos se le opusieron. Y la burguesía liberal se dividió: brindó su apoyo al uno y a los otros. En el fondo, el hecho de que existiera una oposición burguesa al gobierno burgués, era intrascendente. Pues la una y el otro obedecían a los mismos impulsos y perseguían la misma meta, o sea el dominio de la cosa pública para su propio beneficio. En el campo de la burguesía, las diferencias entre oposición y gobierno, como entre reacción y liberalismo, se reducían a matices.

Naturalmente, estando el gobierno en manos de un grupo reaccionario, es obvio que reincidiera en la política de empréstitos de los gobiernos nacionales anexionistas o proteccionistas y del régimen interventor. Este último ofreció la contradicción de que mientras contribuía al auge del capitalismo imperialista y a la consiguiente dislocación de la vieja estructura, puso atención a la educación pública y al problema sanitario. Vásquez no obró así. En cambio, se preocupó en extender el burocratismo innecesario y en seguir propiciando el auge del aludido capitalismo.

Claro está: tales realidades ponían de manifiesto —en el plano económico— negatividades que reafirmaban el coloniaje: aumento de la deuda externa, acentuación de la dislocación de la vieja estructura, crecimiento y consolidación de las empresas imperialistas, incremento de la hipertrofia comercial y del desempleo. En suma: el proceso colonial siguió desarrollándose frente a la imposibilidad o con el respaldo abierto del poder.

Lo mismo sucedió en el campo social. Contribuyó a ello el índice creciente de la natalidad y la ceguera del gobierno ante su significado. Pero se produjo un hecho nuevo: *augmentó la desintegración*. Los factores desintegradores se encontraron con el campo libre: no existía ya el valladar del sentimiento patriótico,

y el fenómeno político se hallaba en franca degeneración. El caudillismo parecía haber entrado en su ocaso.

Todos estos hechos se produjeron a la par que el gobierno reafirmaba su colonialismo, mostrando una subordinación plenaria a la voluntad de Washington. Más aún: hubo momentos en que la burguesía dirigente tuvo menos celo en defender los intereses nacionales que el propio imperialismo. Sabía esta burguesía que eran muy escasas las probabilidades de que adviniera entonces una nueva intervención militar norteamericana; y tal como lo hizo en el pasado, siguió traicionando al pueblo...

La República fue restaurada. Pero la colonia supervivió, ofreciendo en el costado económico-social mayor robustez que antes de la desgracia de la intervención.



CAPÍTULO DECIMOCUARTO

La monstruosidad revelada por la tiranía de Trujillo en el campo político la encontramos también en el económico-social. Sabemos que el poder fue para el tirano no un fin en sí, sino un medio: el instrumento para alcanzar el máximo enriquecimiento. Pues bien: el Estado quedó subordinado a este propósito, que no demoró en asomar a la luz pública.

Desde los primeros momentos se hizo evidente que el déspota encaminaba sus pasos hacia la monopolización total de la economía. Monopolización que tenía que agudizar, forzosamente, el drama del pueblo, y cuya culminación no podía ser otra que la caída en el subdesarrollo global.

Así aconteció.

Firmemente cimentado en el Ejército, el régimen fue desarrollando sus siniestros designios. Sin pérdida de tiempo, se lanzó a la creación de monopolios para beneficio del supremo «jefe», lo que entrañaba, a las claras, un ataque a la libre empresa. Al principio, este ataque dejó de lado a las compañías imperialistas. Pero luego se extendió a ellas. El caso ofreció importantes contradicciones que no serían comprensibles sin el conocimiento de los cambios de que fue objeto, desde los inicios, la configuración social. El punto ha sido ya tratado

brevemente, en la sección correspondiente a la Expresión política. Pero requiere algunas ampliaciones.

a) El caso de la burguesía

Salvo excepciones que no debilitan la afirmación, la burguesía brindó durante más de las dos primeras décadas, amplio apoyo al régimen. Lo mismo hicieron las empresas imperialistas. Este apoyo se robusteció en la época de la Segunda Guerra Mundial, en razón de los buenos precios que entonces alcanzaron los productos nacionales. Evidentemente, quienes más se beneficiaron de estos precios fueron el tirano y sus colaboradores más íntimos. Pero la burguesía, en su conjunto, también obtuvo beneficios. Le bastaba eso. Le dolía que el tirano le limitara sus posibilidades de enriquecimiento; pero se inclinaba ante el hecho.

Dijimos ya que esta clase acusó —como las demás clases sociales— cambios en su contextura. En efecto, algunos de sus miembros se arruinaron, al ser perjudicados por los monopolios. Esto motivó su descenso de nivel social: quedaron ubicados dentro de la clase media. A su vez, varios integrantes de esta clase, favorecidos por la tiranía, saltaron hacia el plano burgués. Se produjo así una división en el seno de la burguesía —división a la cual ya hemos hecho referencia— de serias repercusiones ulteriores. En efecto, de un lado, aparecía el sector de los *nuevos ricos*; y del otro el de los *ricos tradicionales*, sector del cual formaban parte los extranjeros en cuyas manos se hallaba el alto comercio. Fue norma que los hijos de estos se adaptaran a las costumbres criollas, *dominicanizándose*.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial y producirse la caída de los precios, este último sector, sobre el cual gravitaba ya la política monopolística, se sintió amenazado en sus bienes y posibilidades. Ya vimos que esto lo empujó a la actividad

oposicionista secreta. El otro sector, en cambio, permaneció leal al tirano.

Lo dicho revela que la actitud antigubernamental del sector tradicional —o de viejo cuño— fue un producto del curso de la realidad económica: no obedeció nunca a principios ni ideales. Ahora bien: ¿cuál fue el primero de sus integrantes en dar el viraje hacia la oposición? Puede afirmarse que el grupo comercial y el latifundista lo hicieron simultáneamente. El último en obrar así fue el clero católico, cuya colaboración a la tiranía culminó en la firma del Concordato, ya mencionado. Su viraje tuvo lugar cuando se acercó el derrumbe del régimen. En una Pastoral que alcanzó difusión, y a la cual nos hemos referido, se presentó, ante el asombro de todos, como defensor de los valores morales.

b) El caso de la clase media

La clase media fue la víctima mayor de la monopolización de la economía. Sobre todo la clase media rural. Obligada, bajo la amenaza del despojo, a ventas forzadas a precios irrisorios, u objeto de dicho despojo, fue gradualmente perdiendo la mayor parte de sus posesiones agrarias, que pasaron a manos del tirano. Ello la obligó a seguirse proletarizando o a buscar medios de vida en la burocracia gubernamental o en el comercio. Pese al crecimiento demográfico, el número de sus miembros, por consiguiente, disminuyó. Muchos de estos cayeron en el desempleo temporal o crónico. Su debilitamiento contrastaba con su anterior fortaleza.

Fue sobre todo el pequeño propietario de tierras el más perjudicado. Su falta de preparación le vedaba el ingreso a la burocracia o a la actividad comercial. De ahí que recurriera, frecuentemente, al enganche en las Fuerzas Armadas. Con su aporte y con el de la servidumbre de la gleba, estas ensancharon

sus cuerpos de clases y soldados. Pero muchos no lograban el enganche; y al no obtener trabajo en las industrias del tirano, o en el comercio al margen de su control, engrosaban las filas de los desocupados. Cada despojo o venta forzosa de tierras provocaba, por tanto, un aumento del número de estos. Alcanzó así proporciones inverosímiles este integrante del subdesarrollo.

c) El caso de la servidumbre de la gleba

La pérdida de sus tierras por parte de tantos pequeños y medianos propietarios extendió la cuantía de siervos de la gleba. Pero en razón del éxodo del campesino sin medios de vida, hacia la ciudad, la extensión no alcanzó cifras importantes. Ahora bien: el nuevo siervo de la gleba se vio casi siempre obligado a trabajar en condiciones esclavistas, en las haciendas del tirano y sus favorecidos. El que partió hacia la ciudad se convirtió en obrero, entró en el Ejército o cayó en la desocupación crónica o temporal. A la mayor parte le tocó este último destino. De su seno brotó un auténtico lumpenproletario.

d) El caso del proletariado

La clase obrera se expandió algo debido a la creación de nuevas industrias por el tirano y sus acólitos. Industrias —claro está— monopolísticas. Por otra parte, el hambre forzó a muchos desocupados a cortar caña, en las épocas de zafra. Pero se siguieron introduciendo, desde Haití, miles de braceros.

Cuanto hemos dicho hace ver que todas las clases sociales experimentaron trasmutaciones. Y que el origen de estas fue la monopolización de la economía por el tirano. Esta monopolización asoma, por consiguiente, como un *factor precipitante* de la *dislocación* de la vieja estructura económica, iniciada años antes y que ofreció ahora nuevos síntomas, para cuya mejor

comprensión es imprescindible entrar en el estudio del desarrollo del capitalismo bajo la tiranía.

Hagámoslo de inmediato.

Durante los primeros lustros, el capitalismo imperialista permaneció circunscrito a sus pequeños Estados y gozando, más o menos, de los privilegios de antes. Pero al cabo de un tiempo, se extendió más hacia el suroeste, interesado en las minas de bauxita; y también lo hizo hacia el centro y hacia el norte. En el centro monopolizó las minas de hierro; y en el norte fomentó una importante plantación bananera. La tiranía propició la extensión, que se realizó, como era de costumbre en esa época, sobre la base del despojo o de las ventas forzadas. En virtud de ello, la riqueza minera del país quedó casi totalmente en manos foráneas. Los contratos que se firmaron con las empresas imperialistas fueron claros *exponentes de entreguismo*. El tirano se interesó, además, en el establecimiento de determinadas industrias. La materia prima de algunas de estas —como la de aceite de maní, era criolla. En otros casos era extranjera. Casi todas quedaron ubicadas en la capital y las zonas aledañas.

No hay que decir que estas creaciones industriales despertaban la idea de que se avanzaba hacia un capitalismo criollo. En realidad, como apenas se extendieron a otras ciudades y no reposaban en el principio de la libre competencia, revelaron una *forma anómala* del capitalismo. Era un capitalismo que, pese a sus técnicas relativamente perfeccionadas, se negaba a sí mismo, ya que no constituía la expresión de la vida económica del país. Para mayor claridad, tratábase de una realidad económica que existió simultáneamente con el capitalismo imperialista foráneo y con la mezcla de sistemas que expresaba la vieja estructura dislocada, en franca regresión, pero *parcialmente superviviente*. Fue, en el fondo, un tipo de economía capitalista que obedeció al propósito de utilizar, para la obtención del máximo beneficio, las técnicas contemporáneas,

dentro de una organización socioeconómica de espíritu feudal. Bien visto el punto, el capitalismo foráneo revelaba la misma naturaleza, puesto que reposó en el latifundismo y la explotación inmisericorde del trabajador, acusó la tendencia monopolística y no propició las condiciones para la generalización espontánea del sistema. Ello hace ver que no hubo diferencias, en lo substancial, entre este y el que desarrolló el tirano. El uno y el otro ofrecieron particularidades en gran parte similares a las que el capitalismo mostró en su juventud, en los países hoy desarrollados.

El punto es de un enorme interés. Pues lo dicho demuestra que pese al carácter criollo del capitalismo *trujillista*, era un capitalismo *imperialista*. Reafirma este criterio el hecho de que la mayor parte de los beneficios iban también a parar a los bancos extranjeros. Las diferencias existentes tenían naturaleza *formal*. Señalemos dos: mientras el capitalismo foráneo beneficiaba a un grupo de accionistas, el criollo beneficiaba casi exclusivamente al tirano; y mientras el primero se desarrolló en zonas que se transformaron en pequeños Estados, el segundo se desarrolló en zonas abiertas, pero dentro del gran Estado que el tirano regía y administraba a su voluntad.

Si el capitalismo foráneo fue, por consiguiente, una superestructura que *actuó criminalmente* frente a la comunidad, el otro acusó la misma consistencia. *Ninguno brotó de la evolución natural del proceso económico* del país. Y claro está: conjuntamente con la monopolización económica, el segundo —cuya finalidad era esta monopolización— *contribuyó a agudizar los males originados por el primero*. ¿Cómo se expresó esta agudización? La pregunta es trascendental. Respondámosla adentrándonos de inmediato en la evolución de dichos males.

a) Consecuencias de la monopolización económica

La política de monopolización económica se extendió a todas las esferas. Dondequiera que se presentaba un negocio ampliamente lucrativo, el tirano tendía a este su garra. Pero fue en el campo de la propiedad agrícola donde dicha monopolización alcanzó mayor extensión y provocó los máximos daños. Motivó la *difusión del latifundismo*. La regresión histórica no podía ser más evidente. Tratábase de una vuelta a la colonia española con la agravante de que el tirano quedó convertido en el gran señor del latifundio. Se calcula, en efecto, que más del 50 % de las tierras aptas para cultivos o explotación maderera —con excepción de las que habían caído en manos de las empresas imperialistas foráneas— devino propiedad suya y de sus familiares e íntimos. No hay que decir cómo ello contribuyó a agudizar la dislocación de la vieja estructura. Esta solo quedó en pie en determinadas regiones, especialmente en la zona norte. Pero lo que no hizo allí el latifundismo trujillista, lo hizo en parte la empresa imperialista bananera. En resumen: la vieja estructura, basada en la pequeña y la mediana propiedad agraria, quedó reducida a límites exiguos.

Ya señalamos las resonancias sociales del hecho. Reiteramos que desembocó en la esclavización de millares de familias campesinas y en un auge notorio del desempleo, con todas sus fatídicas consecuencias: desamparo, desnudez, hambre...

Lo que quedó de la vieja estructura tuvo que inclinarse ante la nueva que —insistamos en ello— era una superestructura y acusaba dos facetas: una arcaica —el retorno al latifundismo, amparado por el poder tiránico—; y otra contemporánea —las modalidades formales del capitalismo—. Es obvio que apenas pudo haber adaptación entre ambas. Las relaciones y proporciones de la primera —o sea de la vieja estructura— perdieron sus fundamentos. A todo esto contribuyó el factor político,

que obligaba a una total sumisión. La nueva estructura gravitó sobre todas las actividades y su fin exclusivo era la multiplicación de los caudales del tirano. Si este consideraba que para el desarrollo de sus latifundios era imprescindible la construcción de carreteras, obligaba al mediano agricultor y al siervo de la gleba a brindar su trabajo mediante el abominable método de los «prestatarios», que los constreñía a diez y doce horas diarias de labor sin la menor remuneración. Muchos caminos y carreteras se hicieron utilizando este expediente esclavista. Y tuvieron el mencionado objetivo.

El proceso de la monopolización económica impidió, por otra parte, que la burguesía tradicional extendiera sus actividades comerciales y creara industrias. Esta fue la regla. Pero acusó excepciones. A veces, el tirano autorizaba la creación de industrias particulares: lo hacía si entraba como socio o percibía indirectamente beneficios. ¿Disminuyó, en razón de lo antedicho, la hipertrofia comercial? No. Lo que sucedió fue que él también devino partícipe de ella. En realidad, el auge industrial se circunscribió a algunos renglones. Y como reposaba en el monopolio, impidió la *generalización del capitalismo*. Ahora bien: resta por saber si esta generalización se habría efectuado en el caso de que hubiera imperado la libre empresa. No nos sentimos inclinados a afirmarlo, dada la mentalidad anacrónica de la burguesía extranjera y criolla.

Hay algo más. Como la meta de la monopolización económica era el lucro rápido, no se interesó el tirano en la conservación de las fuentes de riqueza del país. Por el contrario, creó un vasto monopolio que explotó, sin el menor sentido previsor, los extensos pinares de la Cordillera Central. Dicho monopolio se levantó, naturalmente, sobre el despojo y, dada su extensión, fue uno de los factores que más influyó en el éxodo del campesinado hacia las ciudades, donde adquirieron alarmante amplitud los barrios de indigentes. Vivían estos infelices en

condiciones infrahumanas. Para subsistir, recurrían a menudo a los hijos pequeños, a quienes forzaban a dedicarse a oficios azarosos y menores, como los de limpiabotas o billetteros, o a la mendicidad.

b) Extensión del formalismo capitalista

Las *modalidades formales* del capitalismo se convirtieron en normas obligatorias de toda transacción. En efecto, pese a las limitaciones que pesaban sobre el comercio privado, la actividad bancaria y el crédito se siguieron difundiendo. Ello era una consecuencia del vasto emporio económico del tirano, de las nuevas erogaciones realizadas por el capitalismo foráneo y del gradual aumento de las asignaciones presupuestarias. Este aumento, que alcanzó cifras impresionantes, tuvo su origen en un régimen impositivo inhumano, basado en la primacía de la tributación indirecta. La consecuencia de esto fue una creciente inflación, no solo de los productos importados, sino también de los nacionales. Artículos de consumo popular diario alcanzaron precios tales que imposibilitaban su adquisición aun por el sector de la clase media que disfrutaba de un trabajo más o menos seguro. No hay que decir que el hecho repercutió sobre el pequeño comercio, cuyas ventas se fueron gradualmente reduciendo o por lo menos, permanecieron a un mismo nivel. En síntesis, la extensión del formalismo capitalista solo cubrió la parte económicamente activa de la población. La otra —que constituía alrededor de un 30 % de esta última— quedó, de hecho, al margen del circuito monetario.

c) El caso del agro

Los medianos y pequeños propietarios de tierras —remanentes de la vieja estructura— se fueron gradualmente empobreciendo.

A la postre, su producción devino antieconómica. El fenómeno tuvo varias causas... Dichos propietarios tuvieron que dedicarse a los cultivos que no habían sido monopolizados por el tirano. ¿Cuáles eran estos cultivos? Fundamentalmente el maní, el cacao, el café, el tabaco, el maíz y en general, los frutos considerados como menores. Pues bien: su venta, con excepción de la de los últimos, estuvo siempre sujeta, de un modo o de otro, a la voluntad gubernamental o a gravámenes legales o ilegales. Particularicemos... La producción de maní dependió de las necesidades de la industria manicera, monopolio del cual el tirano obtenía importantes beneficios. Esta industria regulaba los precios. A su vez, la compra del café quedó a merced de un consorcio establecido por la tiranía, que monopolizó, de hecho, la exportación del producto. El cacao, en cambio, pudo conservar la libertad de exportación. Esta era realizada por las casas refaccionistas que actuaban en función de intermediarios y que cubrían al efectuar la exportación, los gravámenes legales o ilegales, cuyo montante cargaban, naturalmente, al productor. Era este, al final de cuentas, el perjudicado por dichos gravámenes. El caso del tabaco se diferenció de los anteriores. La compra la realizaban las agencias de compañías extranjeras o algunos intermediarios que vendían a estas. Dichas compañías fijaban los precios, previo acuerdo con el tirano, que monopolizó la producción de cigarrillos. Por último, el cultivo de frutos menores no brindaba incentivos. Su venta directa al consumidor en los mercados locales tenía que realizarse a precios ínfimos.

Todos esos hechos culminaron en la ruina del mediano y del pequeño productor. Y esta ruina los empujó a veces a vender sus predios, que cayeron así en manos del tirano, del gran productor latifundista, de los bancos o de determinados miembros de la burguesía urbana. Dentro de esta última fue el sector de los *nuevos ricos* el que más se interesó en realizar las

compras. Y como este sector estaba integrado, fundamentalmente, por personeros militares o civiles de la tiranía, muchos de estos se convirtieron, de la noche a la mañana, en terratenientes. Hubo, sin embargo, pequeños productores que se abstuvieron de vender sus tierras. Las dedicaron, por lo común, a pequeños cultivos y a crianzas de aves y ganado, que traducían una economía de subsistencia.

Coadyuvó, por otra parte, a la ruina del mediano y del pequeño productor, el precipitado auge del minifundismo que —como vimos— estuvo relacionado con el crecimiento demográfico. Obedeciendo a una de las leyes del subdesarrollo, tal crecimiento mostró entonces un ritmo precipitado. Claro está: como las actuaciones económicas de la tiranía acentuaron el desequilibrio existente en la repartición del ingreso nacional, los beneficios de la producción quedaban en manos del tirano, sus acólitos más favorecidos y, en términos generales, de la burguesía. Reiteramos que el sector de los desempleados —que fue rápidamente ensanchándose por los motivos ya anotados—, se mantuvo, naturalmente, al margen del circuito monetario. Pero el crecimiento demográfico siguió contribuyendo a su expansión. Cada año era mayor la cantidad de jóvenes aptos para el trabajo que, dadas las características exageradamente coloniales de la organización económica, no encontraban empleos o posibilidades de desarrollar independientemente sus iniciativas. Caían, por tanto, en la desocupación crónica o temporal.

d) La absorción de las empresas foráneas

La monopolización de la economía por el tirano culminó en la absorción de casi todas las empresas azucareras de capital foráneo y de otras empresas, también extranjerías, en cuyas manos se hallaban diversos servicios públicos. Tal actuación

delataba, *en apariencia*, nacionalismo. En realidad, obedecía al espíritu de aquella monopolización. Molestaba al tirano que otros compartieran con él los grandes negocios existentes en el país. Consideraba que era en sus propias cuentas bancarias donde los ingresos de estos negocios debían quedar depositados. Por lo demás, tan imperialista era él —y lo hemos demostrado— como las compañías foráneas. Su actividad en este campo ofreció, sin embargo, una contradicción: no tocó a las empresas mineras ni a la compañía bananera. Se conformó el *gran señor* de la economía con las sumas que estas empresas le abonaron para obtener las respectivas concesiones, los pagos anuales que le hacían y la seguridad de que le sería fácil obtener de ellas, en el porvenir, cuanto él quisiera.

Sinteticemos los conceptos expuestos. En el plano económico, la tiranía significó:

1. La acentuación de la dislocación de la antigua estructura, que quedó reducida a su mínima expresión, debido a la difusión del latifundismo y a otras derivaciones de la política de monopolización económica.

2. La nueva estructura no fue en realidad *nueva*. Por el contrario, reveló la esencia de la estructura vigente bajo el régimen colonial español; pero esta esencia —monopolista y esclavista— se exteriorizó ahora en pleno ajuste con las modalidades formales del capitalismo. No se produjo, por consiguiente, la substitución de la vieja estructura por otra que acusara una substancia y rasgos superiores, y que a la vez armonizara con la realidad socioeconómica del país.

3. El auge industrial obedeció a un capitalismo *aparentemente criollo*. En realidad, este ofreció todas las características del capitalismo imperialista, lo que impidió su difusión. La hipertrofia comercial siguió viva: algunos negocios del tirano fueron claros exponentes de ella.

4. La política monopolística no tuvo en cuenta la necesidad de preservar las fuentes de riqueza. Inmisericordemente, se extendió a las extensas zonas madereras, que explotó sin preocuparse de la reproducción o siembra del árbol y de los efectos hidrográficos de la actuación.

5. La extensión del latifundismo, basada fundamentalmente en el despojo, dio origen a la esclavización, en las haciendas del tirano, de muchos de los campesinos despojados, y al éxodo de otros hacia las ciudades, donde si no podían ingresar en el Ejército o encontrar otros empleos, caían en la desocupación. Puesto que la mayor parte de estos campesinos eran pequeños propietarios, —miembros por tanto, de la clase media— el fenómeno se tradujo en la proletarización y la esclavización de esta clase. Además, la desocupación hizo que el proletario se convirtiera frecuentemente en un lumpenproletario.

6. Las modalidades formales del capitalismo se extendieron, sin que esta extensión significara la del sistema. Coexistían con este —cuyo desarrollo quedó circunscrito a determinadas zonas— el conjunto de tipos de economía que ofrecía la vieja estructura parcialmente superviviente, y el sistema arcaico, basado en el trabajo esclavista.

7. Factores demográficos y la extensión del latifundio produjeron el empobrecimiento y la ruina de casi todos los remanentes humanos de la vieja estructura. Ayudaron a ello las expresiones políticas del régimen y algunas otras derivaciones del proceso de monopolización económica. La economía de esta vieja estructura se redujo de hecho, a una economía de subsistencia. Es más: como antes de su dislocación, esta estructura producía en armonía con el mercado interno, su ruina orientó este mercado hacia la producción extranjera. Por otra parte, el régimen tributario en vigor y muchas de las realidades recién mencionadas, originaron una inflación constante, que

imposibilitaba el consumo de muchos artículos por la mayoría de la población.

8. El crecimiento demográfico cobró mayor fuerza en los sectores carentes de medios de subsistencia. Y como, mientras tanto, el ingreso nacional era absorbido casi en su totalidad por el tirano, sus cómplices y la burguesía colaboradora, se produjo, a la postre, un violento contraste económico entre estos y el pueblo. Contribuyeron a este contraste la reducción numérica y el empobrecimiento de la clase media. En síntesis, la intensificación y extensión de la monopolización económica escindió a la comunidad en dos ramas: una minoritaria, integrada por los pocos ricos —o sea la burguesía—; y otra *ampliamente mayoritaria*, compuesta de la empobrecida clase media, la servidumbre de la gleba, el proletariado industrial, el esclavo de las haciendas del tirano y sus secuaces, y el crecido —y en constante aumento— sector de los desocupados.

9. La absorción de las empresas azucareras y de servicios públicos foráneos por el tirano reforzó y amplió el poderío económico de este. Puede decirse que desde esos momentos, el 70 % de la economía privada del país cayó en sus manos. Como lo estaba, naturalmente, la economía pública. Solo quedaron fuera de sus dominios un sector industrial pequeño, otro, un poco más extenso, del alto comercio, el representado por los escasos latifundistas criollos, y los remanentes del imperialismo extranjero. Se dirá que la misma suerte cupo al pequeño comercio y a diversas haciendas de mediana extensión. Ello es cierto. Pero no debe olvidarse que tanto el uno como las otras fueron languideciendo. Es más: sobre estos grupos o sectores gravitó permanentemente la influencia de la tiranía. Bastaba una orden de Trujillo para que el comercio diera de baja a un empleado y lo substituyera por otro. Era a él —y solo a él— *a quien había que recurrir para obtener un trabajo relativamente estable*.

Las conclusiones a que obliga lo expuesto en los puntos que anteceden pueden ser reducidas a la siguiente: las *expresiones económicas coloniales* alcanzaron bajo la tiranía su máximo nivel. Y se dio *la paradoja de que el capitalismo y sus técnicas* estuvieran al servicio de estas expresiones.

Podrá alegarse que la afirmación anterior es desmentida por los resultados de la política económica internacional del régimen. Se sabe, en efecto, que este pagó la deuda externa, lo que permitió a la República hacerse de nuevo cargo de las aduanas. Tal medida tuvo, sin duda, un carácter aparentemente nacionalista. Pero el auténtico nacionalismo no se reduce al afán de independizar a un país de todo tipo de subordinación extranjera, sino que aboga también por el desarrollo de una economía estrictamente nacional, en la cual la comunidad encuentre las fuentes de su subsistencia y su progreso. Si esto último no existe, el pregonado sentido nacionalista de cualquier medida despierta forzosamente sospecha. Tal es el caso. No podía haber sinceridad nacionalista cuando, mientras se hacía ese pago, se ponía en manos del capital extranjero la riqueza minera del país, se desarrollaba un tipo de capitalismo francamente imperialista y se producía la monopolización de la economía. Las raíces de dicho pago hay que buscarlas, por tanto, en la meta económica del régimen. Esta meta era, como hemos señalado, la aludida monopolización: pretendía el tirano convertir a la República en un feudo personal suyo; y como esto no podía lograrse de modo total mientras las aduanas estuvieran en manos de un gobierno extranjero, dio el aludido paso. Al darlo, se quitó de encima una realidad extraña que intervenía en lo que él consideraba suyo y que, dado el hecho de que se hallaba amparada por una gran potencia, podía convertirse en una amenaza para su poder. En suma: la medida no obedeció a un auténtico sentido nacionalista y, por consiguiente, *no desmiente la naturaleza colonial* de las expresiones económicas del régimen.

Esta naturaleza la encontramos también en el costado social. Los cambios y trasiegos en la configuración clasista la revelaron. Hemos ya tratado el tema. Pero requiere consideraciones más amplias.

De los cambios señalados, el más importante fue la proletarianización de la clase media y la consiguiente extensión del sector de los desocupados, que al finalizar la tiranía alcanzaba, dentro de una población calculada en tres millones, la fantástica cifra de medio millón. ¡Algo indudablemente increíble! Algo cuya realidad y repercusiones sobre el futuro eran de una gravedad espantosa. Por obra de ello, un extenso sector de la población quedó al margen de la civilización, condenado —como hubimos de expresar— a una vida infrahumana. Vivió, en efecto, dentro del desamparo, la desnudez, el hambre, el desvalimiento...

No vamos a entrar en las expresiones espirituales del hecho. Lo haremos en la sección correspondiente. Nos circunscribiremos ahora a las biológicas y a las que debemos calificar de estrictamente sociales. Pues bien: tales males redujeron la capacidad de trabajo del adulto; y provocaron el desarrollo insuficiente y precario de la niñez. Hoy palpamos las consecuencias de este drama. La tiranía dio origen, en el campo biológico, a un *tipo inferior de humanidad*. ¿Puede acaso darse un hecho más desolador e inquietante? Lo más pavoroso del caso es que la insuficiencia alimenticia no se circunscribió al sector mencionado. En grado menor, la sufrió también la clase media. Se trata, pues, de un fenómeno de amplia extensión, típico del subdesarrollo. Fenómeno que pese a que comenzó a aparecer en la época de la intervención militar norteamericana, fue entonces cuando más se perfiló y cobró auge. En el pasado inmediatamente anterior, la vieja estructura *brindó siempre a todos* —o por lo menos a casi todos— los indispensables medios de subsistencia. La dieta era relativamente equilibrada. En la casa del campesino más pobre había una vaca o una chiva

que regularmente se ordeñaba; y se comía carne y huevos varias veces por semana. Todo eso había ahora desaparecido. El campesino y sus hijos pasaban hambre.*

Trátase de un problema económico-social de un profundo dramatismo, que —tal como lo veremos— se ha intensificado, y solo podrá resolverse mediante medidas revolucionarias. Basta su existencia para lanzar diarios anatemas contra la referida tiranía. Pero no fue ese su único *gran maleficio*. Agreguemos la *desintegración social*. Iniciada bajo los gobiernos inmediatamente anteriores, fue entonces cuando —como ocurrió con el desempleo— alcanzó su máxima expresión. Ya habían desaparecido los factores que podían frenarla. El sentimiento patriótico se había desvanecido y el caudillismo había aparentemente muerto. ¿Cuál fue su causa? *La desigualdad económica*. Esta escindió a la sociedad en las dos ramas a que hicimos referencia.

Cuando el déspota fue ajusticiado, la aludida desintegración había alcanzado una gravedad impresionante. Por obra de ello, la lucha de clases, que se mantuvo durante más de un siglo en la sombra debido a la pasión caudillista, la coacción de los regímenes de fuerza y el imperio de la vieja cosmovisión, brotó a la superficie. ¡Fue uno de los signos indicadores de que el proceso revolucionario estaba ya en marcha!

* El dominicano de hoy solo consume de 14 a 17 libras de carne, por año, según estimados hechos por «International Development Services, Inc.», 1962.



CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Lo expuesto en el capítulo anterior hizo ver la tragedia que significó para el país la tiranía de Trujillo, en el campo económico-social. Dos conceptos íntimamente relacionados resumen esa tragedia: *el incremento del coloniaje y la caída en el subdesarrollo global*. Pues bien: casi todos los males acarreados por lo uno y lo otro cobraron mayor intensidad en el período que parte del ajusticiamiento del tirano hasta la Segunda Intervención Militar Norteamericana. La razón más importante de este agravamiento fue la subordinación de la actividad nacional al fenómeno político.

Pero hubo causas accesorias. La superación de la mencionada tragedia obligaba a la realización de una revolución, y —como bien se sabe— esta solo la pueden llevar a cabo los revolucionarios dueños de la necesaria preparación intelectual y con disposición permanente al sacrificio. Desgraciadamente, este tipo de revolucionario apenas existía allí en esos momentos. Y los pocos que había nada pudieron hacer: rodeados de realidades negativas, sus esfuerzos desembocaron en la esterilidad. Fueron víctimas de las condiciones sociológicas prevaecientes y de determinadas contingencias que se agregaron a ellas.

Analicemos el caso...

La ignorancia impedía que el pueblo cobrara conciencia de las necesidades que planteaba la problemática.

Lo urgente en aquella hora no era la práctica del institucionalismo democrático, sino crear un gobierno que, respetuoso de los derechos humanos, estuviera integrado por hombres honestos, poseedores de aquella conciencia. No se pudo dar ese paso. Los motivos eran visibles:

a) El ajusticiamiento del déspota dejó en el poder a muchos de sus colaboradores más destacados; y quedaron vigentes el orden institucional jurídico imperante bajo la tiranía y las estructuras existentes entonces.

b) Hasta el momento en que tuvo efecto el evento electoral que llevó al Sr. Bosch a la Presidencia de la República, los cambios que se produjeron en la jerarquía gubernamental se realizaron a espaldas del pueblo, obedeciendo, en gran parte, a dictámenes de Washington.

c) El salto de la tiranía a un clima de libertad provocó la «politización» de las grandes mayorías.

Hagamos un estudio pormenorizado de cada uno de estos puntos.

a) Expusimos someramente, en el capítulo final correspondiente a la «Expresión política», lo relacionado con la continuación del trujillato después de la muerte del déspota, en el campo de esa *expresión*. E hicimos ver que la partida de los familiares y allegados de este no entrañó un cambio substancial de realidades, a pesar de que se promulgaron algunas leyes populares y de que se gozó de libertad. Estos dos últimos hechos revelaron, indudablemente, novedades. Pero la armazón gubernamental, los hombres responsabilizados con esta y el espíritu del régimen, siguieron siendo los mismos. Pese a que el primogénito del tirano renunció a la alta jerarquía que ostentaba en las Fuerzas Armadas, estas conservaron todo su antiguo poder y naturaleza, así como los altos cuadros de antes. Por otra parte, la burguesía quedó con las riendas del gobierno en las manos. En los comienzos fue el sector trujillista de esta clase

quien ejerció el mando. Luego —al producirse el éxodo de los familiares del tirano— la situación varió: dicho sector compartió el mando con representantes de la burguesía tradicional, de viejo cuño. Y más tarde —al caer Balaguer— este último sector marginó al otro. Claro está: ni la *nueva* burguesía ni la burguesía *tradicional* tenían interés en efectuar cambios institucionales y de estructuras. A lo que cada una aspiraba era a la monopolización, con las concesiones a que obligaba el momento, de los beneficios que da el poder, y de los cuales Trujillo disfrutó casi con exclusividad. La tragedia económico-social era algo ante lo cual ambas permanecían indiferentes. Tales realidades negaban toda posibilidad de transformación revolucionaria.

b) El pueblo no intervino en la formación del primer Consejo de Estado, dirigido por Balaguer. Ni tampoco en la del segundo, cuya Presidencia cayó en manos del Lic. Rafael F. Bonnelly. Durante toda esa época, Washington —como hubimos de exponer— gravitó terriblemente sobre el fenómeno político del país, y los hombres que se escogieron para integrar dichos gobiernos fueron propuestos por sus representantes o contaron con su aprobación. Ello explica, en gran parte, las selecciones que se hicieron: casi todos los elegidos habían sido colaboradores —algunos de ellos, destacados— de la tiranía. Desgraciadamente, el hecho asomó como inevitable. *No podía el pueblo influir en las aludidas selecciones.* Y si hubiera podido, nada garantiza que su actuación habría reflejado aciertos. En suma: el hecho estuvo en gran parte subordinado a la voluntad de Washington, cuyo interés máximo era el establecimiento de un orden político que asegurara el dominio del poder por la reacción.

c) El salto de la tiranía a un clima de libertad hizo que aflorara a la superficie la pasión política, hasta entonces latente. Influyó en ello la supervivencia de las viejas estructuras y, sobre todo la continuación en el mando de muchos de los hombres responsabilizados con dicha tiranía. El pueblo exigía que estos

hombres fueran *sancionados*. Y llevado por una cortedad de visión, desató sus furias contra figuras sin relieve que actuaron como delatores o torturadores, desinteresándose de los *verdaderos culpables*, o sea del clero, de los intelectuales corrompidos y de los miembros más prominentes del Ejército y de la burguesía. Para entonces, ya se habían organizado Unión Cívica Nacional y el Partido Revolucionario Dominicano. Al surgir luego los demás partidos, se inició la lucha por el poder y la consiguiente incorporación del pueblo a ellos. La propaganda creó un estado de tensión colectiva, que era atizado por la pasión que despertaba la aludida lucha. La política devino así, repentinamente, la *actividad popular más importante*. Pero los que con mayor fervor se entregaron a ella no lo hacían —salvo escasas excepciones— empujados por el deseo de que se solucionara la tragedia económico-social existente, sino por el afán de resolver, a través de un cargo público o de una sinecura, sus personalísimos problemas, derivados de dicha tragedia. ¿Era esta la actitud de la gran masa del pueblo? No. La gran masa del pueblo anhelaba trabajo, medios decorosos de vida, anhelaba —para decirlo mejor— *justicia social*. Era en ella, por tanto, donde latía el verdadero aliento revolucionario. Desgraciadamente, en los cuadros de los partidos se hallaban, por lo común, los otros. Existía, en consecuencia, un antagonismo de propósitos y actitudes entre estos y la militancia. Para los primeros lo fundamental era lograr el poder por el poder mismo. Para la otra, el poder era el camino que conducía a las transformaciones que iban a asegurar la felicidad colectiva. Naturalmente, las medidas a tomar en aras de este propósito, le eran desconocidas. Y este desconocimiento lo compensaba la pasión por el partido o su líder. El caudillismo volvió, pues, a surgir. Pero con otra base: no revelaba ya un fervor por el hombre en sí, sino por *las ideas que expresaba*. Claro está: como los propios líderes reaccionarios hablaban de la necesidad de

transformaciones, se explica que también ellos hallaran prosélitos en las masas populares. Hubo algo más: se impuso la tesis ya expuesta de que estas transformaciones solo podían advenir dentro del *institucionalismo democrático*. Se invirtió, por tanto, el orden histórico al respecto. Siendo el institucionalismo democrático *una consecuencia de los progresos económico-sociales y culturales, allí apareció como su fundamento*.

Se tomaron, pues, rumbos falsos. La problemática económico-social tuvo, por tanto, que agravarse. Estudiemos las manifestaciones de este agravamiento.

1. La expansión del capitalismo

Se sabe que el capitalismo contemporáneo aparece íntimamente relacionado con el auge industrial. Pues bien: todavía estaba Balaguer en el poder cuando comenzó a hablarse con insistencia de la necesidad de industrializar el país. Para muchos, la industrialización era la panacea de los males reinantes. A ella debía contribuir —se decía— tanto el capital privado nacional como el extranjero. La aceptación gubernamental de la tesis se tradujo en una legislación favorecedora de las inversiones de este último. Pero tal legislación no fue acompañada de medidas tributarias de tipo nacionalista, ni tomó en cuenta el carácter reproductivo o no de la inversión. Es más: no reflejó la menor preocupación por la creación de un *amplio mercado interno* sobre la base de un desarrollo agrícola intensivo.

Uno de los gobiernos —el segundo Consejo de Estado— promulgó, no obstante, una Ley de Reforma Agraria y fundó el departamento correspondiente. Pero la labor de este entonces, como bajo los gobiernos ulteriores, *fue prácticamente nula*. No se dieron los pasos necesarios para resolver el problema de los minifundios y el de los latifundios. Quedó en pie, por tanto, la estructura agraria dislocada y heterogénea, dejada

por la tiranía, frente a un capitalismo superestructural en ligera expansión e incapaz de absorber el desempleo, que, evidentemente, siguió creciendo.

Pero las industrias de Trujillo fueron nacionalizadas. Se dio así el caso de que frente al capitalismo foráneo y al capitalismo privado nacional hartos reducidos, surgió un *capitalismo estatal*, que se ajustó a veces al principio de la *empresa mixta*. Desgraciadamente, como las nacionalizaciones, en vez de obedecer a un plan global para la superación del subdesarrollo económico, revelaron una actuación unilateral, y las empresas, a menudo mal administradas, se convirtieron —bajo los sucesivos gobiernos— en fuentes de sinecuras y en víctimas de reclamos de aumentos de salarios por parte de la clase obrera, los resultados de la medida, a las claras imprescindible, no respondieron a lo que debía esperarse de ella. Las condiciones de vida de un reducido sector del proletariado mejoraron; mas no tuvo dicha medida una repercusión en la economía general del país.

Este capitalismo estatal no se expandió. Y evidentemente, no interesaba a los gobiernos expandirlo. Más aún: hubo frecuentes intentos —que por ventura se frustraron— de vender al capital privado las empresas nacionalizadas, especialmente aquellas que arrojaban buenos beneficios. Balaguer fue el primero en hablar de la necesidad o conveniencia de realizar dicha venta. La tesis de la burguesía en el poder era repartirse lo que Trujillo había dejado. Por otra parte, mientras los otros dos tipos de capitalismo acusaban una naturaleza imperialista en razón, sobre todo, de que sus utilidades partían hacia el exterior, el estatal era, por el contrario, nacionalista. Pero la existencia de cada uno de ellos seguía siendo históricamente algo extraño, en virtud de que —como hemos dicho— no surgió del desarrollo espontáneo de la actividad económica nacional. Dado el hecho de que el capitalismo estatal fue una necesidad impuesta por las circunstancias, lo indicado era que el gobierno diera los pasos

necesarios para producir su desarrollo sobre la base del ajuste entre su existencia y el desenvolvimiento agrícola. Es más: se imponía ir hacia una economía de Estado. Pero ninguno de los gobiernos que se sucedieron dio este paso.

Por otro lado, conjuntamente con la reducida expansión del capitalismo foráneo y del privado nacional, cobraron nuevas fuerzas las *formas exteriores del sistema*. Por tanto, la política bancaria y la política de créditos siguieron desarrollándose, lo mismo que las instituciones añejas, con las consecuencias negativas señaladas en el capítulo anterior. Ello hizo que la *dislocación* de las antiguas estructuras alcanzara sus máximos niveles. A esta *dislocación* contribuyeron, naturalmente, la ruina casi total del minifundio y el agotamiento de la riqueza forestal.

En suma: el mal de la expansión capitalista —dependiente de un capitalismo obsoleto— no solo siguió en pie, sino que se agravó, sin que los gobiernos tomaran medidas para remediarlo. Más bien hicieron lo opuesto.

2. Las estructuras agrarias

Es obvio que uno de los primeros pasos para solucionar la tragedia económico-social era la realización de una reforma agraria científica. Pero esta obligaba, obviamente, a una modificación del sistema de tenencia de tierras, a una política intensiva de regadío y a otras cosas más, cuyas posibilidades de ejecución reposaban en la obtención de fondos importantes. Como el Estado carecía de estos fondos, era imprescindible solicitarlos a instituciones financieras internacionales y gobiernos amigos. Pero el paso previo era elaborar el plan. Pues bien: ninguno de los gobiernos obró de ese modo. Cuanto se hizo al respecto tuvo un carácter *parcial y anárquico*.

Estudiemos, someramente, los aspectos más importantes del problema.

a) La nacionalización de las tierras de Trujillo y sus acólitos propiciaba la realización de la aludida reforma. Podía contarse, además, con otras tierras estatales y con aquellas obtenibles gracias al desarrollo de una política antilatifundista. Existía, pues, una buena base para la elaboración del plan. Pero no fue aprovechada. Más que a una reforma agraria científica, a lo que se procedió fue al asentamiento de unos centenares de familias campesinas en determinadas tierras. Familias que, por lo común, no recibieron respaldos técnicos, crediticios, sanitarios y educacionales. Lo ínfimo realizado tuvo, por tanto, un carácter baldío y reveló demagogia. En esta demagogia cayó el gobierno de Bosch. Pero el de Reid Cabral llegó más lejos: hizo asentamientos irreales de familias campesinas a las cuales entregaba papeles que no eran títulos de propiedad.

b) Lo dicho en el capítulo anterior puso de relieve el aspecto inequitativo y antieconómico del sistema de tenencias de tierras. Frente a una enorme masa campesina que carecía de estas, se daba el caso de que la mayor cuantía estaba en manos de un grupo minoritario, al cual se agregó —cuando se efectuaron las confiscaciones de las haciendas de Trujillo y sus adláteres— el Estado. Pero —dato importante— las posesiones obtenidas por este mediante dicho expediente, disminuyeron —sobre todo en el curso de los dos primeros años— debido a que fue forzoso atender reclamaciones de personas que fueron despojadas por la tiranía, y a que los gobiernos de Balaguer, Bonnelly y Reid Cabral, especialmente, consintieran en que muchos jefes de las Fuerzas Armadas y otras figuras políticas echaran mano a parte de las propiedades agrarias de Trujillo. Gracias a eso, el grupo minoritario referido se expandió algo... Pero siguió siendo minoritario.

Mientras lo antedicho acontecía, el proceso de liquidación de la clase media campesina continuó, lo que benefició a más intermediarios, los bancos y la burguesía urbana y rural. El hecho,

sin embargo, se desarrolló con lentitud, en virtud de la política relativamente positiva desarrollada por el Banco Agrícola, que atendía a demandas de préstamos. Infortunadamente, las demandas —y las concesiones correspondientes— del grupo minoritario burgués fueron siempre mayores que las de la clase media campesina. Muchos fueron los casos de agricultores ricos que recibieron importantes créditos.

El minifundio, a su vez, siguió desintegrándose. Las herencias obligaban a sucesivas divisiones. Y como los favorecidos no podían obtener de sus pequeños predios lo necesario para la subsistencia, el éxodo hacia las ciudades y la proletarización consiguiente aumentaron.

Una parte importante de quienes se vieron obligados a este éxodo lo constituyó el campesinado que explotaba en las montañas la riqueza forestal. Arruinado por el monopolio que estableció Trujillo, dicho campesinado fue abandonando, desde temprano, aquella zona. Solo unos pocos —los que obtuvieron trabajo en aserraderos particulares— permanecieron allí.

Por último, precisa señalar que la Constitución del 1963 consignó la prohibición del latifundio; pero dejó a una ley adjetiva su definición. Esta ley no fue promulgada. Y, en consecuencia, el cánón constitucional no pudo cumplirse.

c) La política de regadío fue objeto de atención gubernamental, tanto por parte del segundo Consejo de Estado como del gobierno del Sr. Bosch, especialmente. Ambos entablaron negociaciones para la construcción de importantes represas y la correspondiente obtención de fondos. Las gestiones culminaron, bajo este último gobierno, en el acuerdo —ya mencionado— con una compañía comisionista suiza, que traspasó sus derechos a la General Electric Company, de Inglaterra. Sin entrar en el meollo de este asunto, importa señalar la unilateralidad de los pasos dados al respecto por ambos gobiernos. Ello es obvio. El problema del regadío es uno de los integrantes

de la problemática económica del país y su solución tiene que ir aparejada con la de los demás problemas que envuelve el subdesarrollo. Si no se procede de ese modo, el fisco queda con una carga encima —la de la deuda contraída para la ejecución de las represas— mientras sus ingresos permanecen estáticos. El resultado es una acentuación del drama económico. Por ventura, el mencionado acuerdo —cuya ejecución se inició—, fue abrogado luego.

En resumen: lo expuesto en los puntos que anteceden revelan la continuidad —y casi siempre el agravamiento— de los problemas tratados en ellos. Las estructuras agrarias dejadas por la tiranía siguieron vigentes sin que ninguno de los gobiernos de la época tomara medidas tendientes a su superación.

3. La producción nacional y el alza demográfica

El alza demográfica mantuvo su ritmo creciente. Y como la producción nacional mostraba caídas o estancamientos y era víctima, muy a menudo, de bajos precios en el mercado mundial, *el desajuste entre el uno y la otra alcanzó proporciones dramáticas.*

Dada su importancia, es imperioso entrar a fondo en el tema.

a) Producción con fines de exportación

La más importante de esta producción era la azucarera. Recordamos que devino, desde hacía décadas, en la columna vertebral de la economía. Siendo esto, sus beneficios engrosaban desde antaño las cuentas bancarias de los inversionistas extranjeros. Luego, Trujillo se adueñó de casi todo el negocio. Y al advenir la nacionalización de las empresas de este, dichos beneficios, cuando existían, ingresaban, en su mayor parte, en las arcas del fisco. Por desventura, tal existencia no era un

hecho corriente: dependía, sobre todo, del precio del producto en el mercado internacional. Y como por lo común este precio estuvo por debajo del costo de producción, el negocio era incosteable: a menudo arrojaba déficits. Para sostenerlo fue preciso, a veces, recurrir a empréstitos que lo gravaban. Hoy, estos empréstitos penden como una amenaza trágica sobre el destino de la industria.

También estuvieron a merced de los precios del mercado mundial las producciones de café, cacao y tabaco. Con la diferencia de que estas, en razón de provenir totalmente de la propiedad privada, eran casi siempre compradas por los intermediarios, o los agentes de corporaciones extranjeras. Urgido por la necesidad, el productor se veía constreñido a vender. Y frecuentemente la venta no cubría los gastos de producción. Hubo cosechas —de tabaco sobre todo— que arrojaron importantes pérdidas, dejando hipotecados a los productores, carentes —desde antaño— de toda clase de protección estatal.

La producción bananera estuvo monopolizada al principio por la United Fruit Company. Fue entonces expresión típica del capitalismo imperialista. Luego intervinieron también en la producción algunos miembros de la burguesía y de la clase media, que quedaron, sin embargo, sujetos a las decisiones de la empresa monopolística. Al cabo de pocos años, esta se desinteresó del negocio, creando al principio una especie de colonato con monopolio de compra, al cual luego renunció parcialmente, lo que dio origen a una grave crisis laboral en la zona, sin que ello empujara a una actuación gubernamental que resolviera, para bien de los perjudicados, el problema.

Finalicemos el punto con una referencia a la producción minera. La única de verdadera importancia era la de bauxita, en manos de otra compañía imperialista que creó en la zona de Pedernales, como lo hicieron las empresas azucareras, un pequeño Estado. Todos los beneficios tomaban rumbo,

evidentemente, hacia el exterior. La concesión, sin duda monstruosa, conserva aún vigencia.

b) Producción con fines de venta en el mercado interno

La integran sobre todo el arroz, los frutos considerados como menores, la ganadería y sus derivados, la producción avícola, la de algunas industrias pequeñas y la del reducido artesanado.

Pasemos revista a estos renglones.

El arroz, cuya cosecha dejaba, en años anteriores, excedentes, sufrió una merma productiva que hizo obligatoria la importación anual de determinadas cantidades. Lo mismo, más o menos, aconteció a menudo con el maíz, los frijoles, las cebollas y el ajo. Se ha dicho que este drama tuvo su origen en el aumento de la capacidad adquisitiva del pueblo, producida por el alza de los salarios. La tesis es solo parcialmente aceptable. Tal aumento solo contribuyó al fenómeno. Hubo —cierto es— una mayor demanda, especialmente bajo los gobiernos de Bonnelly y de Bosch. Pero el auténtico origen del mal fue la *ruina de la clase media campesina*, provocada por las causas ya anotadas. Frente a este hecho, los gobiernos mostraron una total desatención.

El caso de la ganadería es distinto. En el pasado inmediato, la producción del ganado vacuno estuvo casi monopolizada por el tirano y sus familiares. Al producirse el ajusticiamiento de este, masas campesinas y jefes de las Fuerzas Armadas se adueñaron de muchos ejemplares, que fueron sacrificados indiscriminadamente o sirvieron de base a hatos fundados entonces por dichos jefes. Lo primero motivó un serio descenso de la producción. Por momentos, no hubo carne suficiente para satisfacer la demanda. La actuación de los gobiernos frente al hecho fue prácticamente nula. En cambio,

la del Banco Agrícola, institución autónoma, tuvo un carácter positivo: utilizó créditos internacionales para el incremento de la crianza. Pero los resultados de esta política apenas se han hecho sentir.

También fue este Banco la institución que se ocupó de incrementar la crianza avícola y la consiguiente producción de huevos. Gracias a ello, la demanda del mercado interno quedó parcialmente satisfecha.

El capital extranjero y en parte el nacional se interesaron en la creación de ciertas pequeñas industrias. Algunas —y de modo especial aquellas cuyos productos constituían antes renglones de importación— alcanzaron algún desarrollo. Lo mismo aconteció con el artesanado. Pero este desarrollo, así como el que alcanzaron otras actividades productivas, se vieron detenidos luego por la grave crisis económica originada por la evolución de aquella economía artificial y heterogénea y por las actuaciones del gobierno de Reid Cabral.

Pasemos ahora al problema demográfico.

Dado lo dicho sobre la producción, es obvio que su gravedad se intensificara. La intensificó —claro está— la ausencia de una política tendiente a solucionar el drama del agro y a fomentar inversiones reproductivas. La impasibilidad de los gobiernos frente al hecho fue total. Demás está decir que no se dio un solo paso tendiente a controlar la natalidad.

4. Hipertrofia comercial

Este fenómeno siguió su curso, estimulado por la caída de la producción que, naturalmente, acarreó un importante aumento de las importaciones. Aumento que repercutió de *modo negativo en la balanza de pagos*, y acrecentó los beneficios de la burguesía comercial. Reid Cabral llevó a la economía nacional casi al colapso. Su política dio manos libres al contrabando,

que fue monopolizado por las Fuerzas Armadas y cuyos artículos hacían una competencia ruinosa a la aludida burguesía comercial. Ante la gravedad de la crisis, Reid Cabral legisló poniendo coto parcial a las importaciones. Actuación estéril y contraproducente: las Fuerzas Armadas burlaban la ley y el fisco dejaba de percibir importantes ingresos arancelarios.

No hay que decir que la burguesía comercial apenas se interesó en invertir sus beneficios en negocios reproductivos. Los casos de quienes lo hicieron fueron excepcionales. Por el contrario, la anarquía económica y la incertidumbre consiguiente la empujaron a acentuar un viejo hábito: la exportación de capitales. Bosch se enfrentó a este hábito. Bajo su gobierno, la compra de divisas quedó sometida a un serio control, lo que —pese a que no se tomaron medidas contra la bolsa negra— permitió un gradual aumento de sus reservas en el Banco Central. Esta situación persistió durante el primer Triunvirato, comenzó a variar bajo el segundo y se convirtió en su opuesto a las pocas semanas de tomar el poder el Dr. Reid Cabral. Fue entonces, indudablemente, cuando la crisis precipitó su evolución hasta alcanzar su máximo nivel. Se expresó en una inflación importante y en la disminución de la capacidad adquisitiva del pueblo. Lo uno y lo otro, junto al contrabando, provocaron una seria reducción de las ventas comerciales, reduciendo, por tanto, la citada hipertrofia.

5. El desempleo

Puesto que los diversos gobiernos no hicieron nada con el fin de liquidar las viejas estructuras y poner en marcha un capitalismo reglamentado, dependiente de una economía de Estado, era lógico que el fenómeno del desempleo se agudizara. Las causas más importantes del hecho fueron: el crecimiento demográfico, la ausencia de toda clase de ayuda

gubernamental a la agricultura y la ruina de la clase media rural. Aumentó el éxodo del campesino sin tierras hacia las ciudades, donde como antes no encontraba trabajo.

El nivel que alcanzó el fenómeno es increíble. Sumando la población total del país unos tres millones, se calcula que la mitad de las personas aptas para el trabajo se encontraban desocupadas, al finalizar el período estudiado. Y esta cifra fue gradualmente creciendo... Para remediar el mal, el segundo Consejo de Estado puso en vigor lo que llamó un plan de emergencia: utilizó a unos cuantos miles de desempleados en labores de obras públicas. Pero el alivio que ello acarreó fue ínfimo. Ninguno de los sucesivos gobiernos se enfrentó a las causas del problema.

6. Política fiscal

En este campo tampoco puede decirse que se produjo un cambio positivo, sino más bien una agravación: los presupuestos del «trujillato» asignaban a veces hasta más de un 40 % en inversiones reproductivas, de las cuales el tirano esperaba beneficiarse; y bajo el gobierno de Reid Cabral la asignación descendió a menos del 10 %. Por otra parte, las Fuerzas Armadas siguieron contando con la máxima asignación, mientras las correspondientes a Agricultura, Educación y Salud Pública asombraban por la ridiculez de sus cifras. El gobierno de Bosch procuró hacer podas presupuestarias, inspiradas —según expresó— en el principio de la austeridad. Suprimió algunos cargos —especialmente en el servicio diplomático—, y rebajó, además, algunos altos sueldos. Pero la creación de nuevos cargos hizo que el montante total de los egresos siguiera siendo más o menos el mismo; solo descendió un millón. Reid Cabral quiso seguir, al respecto, las huellas de Bosch. Pero su

«austeridad» fue discriminatoria: se limitó a los sectores de más bajos ingresos.

El régimen tributario fue objeto, bajo el segundo Consejo de Estado, de algunas modificaciones. Mas el impuesto indirecto conservó la primacía. También en este campo, por consiguiente, se respetó la orientación del pasado.

7. Política económica internacional

Desde temprano comenzaron a recibirse ayudas de instituciones financieras internacionales, encaminadas a cooperar al desarrollo económico del país. El Consejo de Estado presidido por el Lic. Bonnelly obtuvo varios millones de dólares de la «Alianza para el Progreso». Pero no se vio dónde se realizaron las inversiones correspondientes.* ¿Influyó la erogación de esas ayudas en la hipertrofia comercial? Es probable... Y, sin duda, contribuyó a la fuga de divisas, que llegó a gravitar terriblemente sobre la marcha de la economía. Advino un momento en que las reservas de dichas divisas disminuyó [sic] de tal modo que obligó al aplazamiento casi indefinido de los pagos al exterior por concepto de importaciones. Claro está: coadyuvaron al hecho la caída de la producción y el descenso de los precios de los productos nacionales en el mercado mundial. Expresamos ya que frente a ello, el gobierno de Bosch —que recibió ayudas económicas internacionales de importancia— tomó medidas bastante correctas. Concertó el oneroso y referido acuerdo con la compañía suiza, pero no se lanzó de lleno a la política de empréstitos. Pero el segundo Triunvirato y el régimen de

* Basta estudiar el *Boletín del Banco Central* de noviembre de 1963, para captar que se «evaporaron» más de 28 millones en divisas, que aparecen bajo la rúbrica: *Errores y omisiones*.

Reid Cabral no siguieron esta norma. El último, sobre todo, se entregó plenamente a dicha política. *Concertó un empréstito tras otro, mientras el gobernante consagraba sus máximos esfuerzos a la labor preparatoria de su campaña electoral y permanecía indiferente ante la agudización de la crisis económica imperante.* El resultado fue trágico: la economía del país quedó hipotecada. Es más: la merma de las reservas internacionales forzó a la acumulación de pesos dominicanos en los bancos comerciales. Este dinero estaba destinado —y la cantidad ascendía a más de 61 millones— al pago de las cobranzas. Pues bien: los bancos, ilegal e inmoralmemente, prestaron dicho dinero a los propios comerciantes, acentuando con ello la inflación.

Todo esto aparecía en contradicción con la política desarrollada al respecto por la tiranía de Trujillo. Si bien conocemos las razones que empujaron a esta a liquidar la deuda externa, el suceso se produjo. Ahora nos encontrábamos, por el contrario, con una deuda externa elevadísima, que sin cesar crecía, mientras los demás factores del subdesarrollo económico aparecían agravados. Tal fenómeno implicaba, visiblemente, un paso hacia atrás, que se traducía en una mayor dependencia nacional de entidades extranjeras y, por consiguiente, en un *incremento del coloniaje*. Denunciaba, además, la sumisión de Reid Cabral a la corriente entreguista. Claro está: representante, como él era, de un sector de la burguesía, el hecho inducía a pensar que este sector había renunciado al proteccionismo, en beneficio del anexionismo, lo que revelaba un retorno a la postura asumida por la burguesía reaccionaria en un pasado no muy lejano.

8. La economía popular

Al extenderse el desempleo, se extendieron sus implicaciones. El hambre, la desnudez, el desvalimiento alcanzaron un nivel alarmante, y originaron un estado de desesperación

colectiva y el incremento de determinados delitos, como el robo. A veces, el desocupado encontraba un trabajo temporal. Pero ello apenas remediaba su drama. Le era imposible, por otra parte, obtener, debido a su miseria, numerosos productos de primera necesidad. Indudablemente, estos hechos no fueron provocados por los gobiernos a que aludimos. Pero dado lo recién dicho, se comprenderá que sus actuaciones —especialmente las del régimen de Reid Cabral— los intensificaron.

Contrastaba con el drama del desocupado la situación en que se encontraba el proletariado que disfrutaba de un trabajo permanente. Gracias a la presión ejercida por las organizaciones sindicales que surgieron al advenir el clima de libertad, dicho proletariado obtuvo graduales aumentos de salarios, lo que permitió a sus miembros llevar mejor vida que antes. Se dio entonces un caso doloroso: este sector social entró en lucha con los miles de desocupados, que aspiraban a los empleos desempeñados por aquellos. La clase trabajadora quedó así de hecho *dividida*. Mientras tanto, la miseria y el hambre siguieron haciendo sus característicos estragos, especialmente en la generación infantil. En las pocas escuelas rurales y en las primarias urbanas, los niños iban a las clases semidesnudos, y sin desayuno. Constreñidos por la debilidad, muchos inclinaban sus cabezas soñolientas sobre los pupitres. Su desarrollo físico y mental hubo, naturalmente, de resentirse. El fenómeno no era reciente; pero cobró ahora mayor amplitud.

9. El movimiento sindical libre

La aparición de este movimiento fue una novedad. Era obvio, en efecto, que bajo el trujillato solo existiera un sindicalismo oficial, al servicio exclusivo de la tiranía. Hubo un momento, sin embargo, en que bajo la dirección de Mauricio Báez, líder obrero de relieve, quiso asomar un sindicalismo libre. Pero fue

ahogado en sangre, y su líder, figura inolvidable, pagó con la vida la intención.

El nuevo movimiento fue adquiriendo fuerzas. A la postre, quedaron en pie tres organizaciones rivales: la FOUPSA, la CONATRAL y la CASC. La primera tuvo un carácter estrictamente nacional, y en el orden político se inclinó hacia el Partido Revolucionario Dominicano. La segunda apareció, desde los inicios, como una filial de la American Federation of Labor-CIO. La tercera fue el brazo obrero del Partido Revolucionario Social Cristiano, y en consecuencia, de la Internacional Demócrata Cristiana. Estas tres organizaciones agruparon en sus respectivos senos a los diversos sindicatos. Algunos, sin embargo, —como el de los empleados públicos y el de los maestros— conservaron su independencia de actuación.

Lo expuesto revela dos cosas: que —como hemos ya expresado— el movimiento comunista no pudo penetrar a fondo en la clase obrera; y que el sindicalismo nació en gran parte tarado por la subordinación a fuerzas internacionales que, de un modo o de otro, sostenían la concepción colonialista. Pese a esto último, es incontrovertible que la aparición del movimiento tradujo un paso progresista, en contradicción con la mayor parte de los datos por los sucesivos gobiernos. Era una expresión del afán de cambios que alentaba el pueblo, y de la necesidad de crear, para estos cambios, instrumentos de lucha. Ahora bien: tal como había que presumirlo, el sindicalismo, defensor celoso del proletariado, antepuso a veces esta defensa a los intereses generales del país. Pero no dejaba de tener una justificación: veía cómo, al amparo del poder, la burguesía seguía enriqueciéndose y actuando casi siempre en contra de esos intereses.

10. La lucha de clases

Ya dijimos que esta brotó a la superficie tan pronto el tirano fue ajusticiado. Sin embargo, en los primeros momentos, tuvo un carácter singular: fue una lucha de las clases inferiores contra *la burguesía de nuevo cuño y sus figuras aún en el poder*. Es claro que acusaba naturaleza económica; pero aparecía desbordada por lo político. Luego —por obra, sobre todo, de la prédica de Bosch contra los «tutumpotes»— lo económico tomó primacía, sin que ello significara una merma de lo político. Esto quedó evidenciado por el amplio respaldo popular que llevó al triunfo al Partido Revolucionario Dominicano. Hubo —como vimos— factores accesorios que contribuyeron a ese triunfo; pero no puede negarse que dicha campaña fue el esencial. El término «tutumpote» prendió en el ánimo público, mientras la denuncia constante que a través de una campaña doctrinaria hacían otros partidos —como Alianza Social Demócrata— del poder secular de la burguesía, era apenas comprendida.

El hecho de que la referida lucha estallara y cobrara entonces intensidad era previsible... Como hubimos de expresar, la tiranía acarrió una aguda escisión entre ricos y pobres. La concentración de la riqueza en pocas manos —sobre todo, en las de Trujillo y sus familiares— era algo tan indignante e intolerable para los últimos, que llevaba a muchos a la meditación sobre los orígenes de tal realidad y, en consecuencia, sobre el sistema económico que la consagraba. Intuitivamente, las mayorías captaron que precisaba modificar este sistema, destruir el orden de cosas vigente y dar paso a la justicia social. Se dieron cuenta, a la vez, de que esto *solo podría lograrse mediante la actuación política*. La ignorancia, sin embargo, impidió la generalización del fenómeno. Se dio así el caso de que muchos pobres se colocaran junto a la reacción. En ello influyó, sobre todo, el clero católico.

Fue en las zonas más dominadas por este donde Unión Cívica Nacional obtuvo triunfos electorales.

Pese a que el fenómeno no pudo generalizarse, su trascendencia era obvia. Revelaba una postura espiritual *completamente nueva*, que ponía de manifiesto, entre otras cosas, el *nacimiento del proceso revolucionario*. Obedeciendo a la ley dialéctica de la historia, el pueblo se colocó frente a la burguesía y sus gobiernos. Se colocó, en suma, frente al coloniaje. Claro está: a medida que la reacción fue acentuando su corrupción y decadencia, la postura cobraba mayores ímpetus. Y como el régimen de Reid Cabral fue el máximo exponente de esta acentuación, la escisión entre ricos y pobres alcanzó entonces su agudización mayor. Agudización que contribuyó al derrumbe de dicho régimen.

Conclusiones

Los diez puntos que anteceden revelan tres hechos fundamentales:

a. La persistencia de las estructuras económico-sociales dejadas por la tiranía de Trujillo;

b. El agravamiento gradual de la problemática social y económica, provocado por la aludida persistencia; y

c. La aparición y el desarrollo de la lucha popular por superar las mencionadas estructuras. Procuremos, a continuación, ofrecer lo esencial de estos hechos, junto a algunas consideraciones anejas.

a) Como hemos visto, la persistencia de las estructuras dejadas por la tiranía provocó un desajuste de la realidad económico-social. Síntomas importantes de este desajuste fueron la ruina de la clase media, el creciente desempleo, la caída o el estancamiento de la producción, el alza del índice demográfico, la monopolización casi total del ingreso nacional por

la burguesía, y la extensión de las modalidades externas del capitalismo. *La indiferencia gubernamental frente a estos males desembocó en su agravamiento.* Surgió a la postre la crisis. Para remediarla, se recurrió al expediente más peligroso: la política de los empréstitos. Gracias a esta política, que *se desarrolló junto a aquella indiferencia*, se tapaban huecos, pero se abría más y más el mayor de todos: la subordinación de la economía estatal a instituciones foráneas, y al gobierno de Washington.

No es necesario decir que las aludidas estructuras económicas se hallaban convalidadas por el viejo orden jurídico y administrativo que, pese a la Constitución del 1963, apenas sufrió modificaciones. A su vez, las estructuras sociales y las relaciones y proporciones consiguientes tampoco acusaron cambios fundamentales. La única variación fue la mayor intensidad de los antagonismos, reflejada por la agudización de la lucha de clases.

Sabemos ya que aquellas estructuras —y el orden jurídico y administrativo que las consagraba— obedecían al espíritu de la antigua cosmovisión, de la cual la burguesía siguió siendo el depositario sustantivo y el portavoz máximo. Se presentó entonces algo de un notorio interés: surgió una seria pugna entre aquel espíritu y el que animaba —desde el ajusticiamiento del tirano— a la clase media y a las clases inferiores. El hecho revelaba un importante avance. Pues este espíritu estuvo también atado, en el pretérito, a la antigua cosmovisión. *La atadura aparecía ahora rota.* Sin conocer la naturaleza íntima del coloniaje, las referidas clases se lanzaron a una batalla frontal contra sus expresiones.

b) La actitud negativa de los sucesivos gobiernos frente a la persistencia de las estructuras económico-sociales anteriores implicó la evolución *espontánea* de estas. Pero tal espontaneidad era aparente. Gravitaron sobre dicha evolución el poder político y económico de la burguesía y el libre desarrollo de

la superestructura capitalista. Por obra de ello, el desajuste mencionado en el punto anterior fue paulatinamente ahondándose. ¡A la postre dio origen a una nueva realidad! Dio origen, en efecto, a las fuerzas que, al aspirar al nacimiento de una configuración económico-social justiciera, se rebelaron contra el régimen de Reid Cabral y provocaron su caída.

Toda esta evolución reveló un proceso que, pese a sus altibajos, mostró continuidad. En términos generales, puede decirse que *la línea fue ascendente*. Cada gobierno se encontró con una situación más grave que la que hubo de encontrar el gobierno que lo había precedido, cosa comprensible, ya que la citada evolución no había sido frenada por una política tendiente a superar las viejas estructuras. Pongamos un ejemplo: el desempleo ofreció en cada gobierno cifras superiores a las que había ofrecido en el gobierno anterior, en razón de que cada mes miles de jóvenes devenían aptos para el trabajo, y se veían en la imposibilidad de ejercer esta aptitud por no haber habido interés en elaborar y ejecutar un plan para la superación del subdesarrollo económico.

Si el proceso desembocó en la crisis fue, en el fondo, debido a este desinterés. La burguesía en el poder no podía permitirse el lujo de realizar una transformación de estructuras. Ni tenía el equipo de hombres *capaces y a la vez honestos* que pudiera elaborar el plan correspondiente, y ejecutarlo. Era una clase en la cual la corrupción había alcanzado sus máximos niveles.

c) La aparición y el desarrollo de la lucha popular por liquidar las estructuras económico-sociales existentes fue el hecho más relevante —desde el punto de vista histórico— del período. Desgraciadamente, dicha lucha ofreció, junto a la pureza de la intención, facetas negativas. Entre ellas, la primacía del emocionalismo. El movimiento se escindió en múltiples ramas, pese a que la unidad era lo indicado. No pudo alcanzar cohesión ni concretar sus aspiraciones en un *programa mínimo*.

Casi siempre estas se expresaron en forma nebulosa y pusieron de manifiesto las divergencias existentes entre los diversos sectores. Todo ello explica los frecuentes desvíos. Y las metas y consignas falsas.

Pero dentro de esas negatividades brillaba, como punto de coincidencia, el anhelo de realizar el referido cambio de estructuras. A pesar de que no existía una visión clara y mucho menos unánime de la naturaleza de las nuevas.

Fue ese anhelo lo que dio origen —como hemos visto— al movimiento popular que derrocó al gobierno absolutista de Reid Cabral. Y lo que la Segunda Intervención Militar Norteamericana ha pretendido suprimir ¡Pretensión forzosamente baldía! Las antiguas estructuras están ya condenadas a la desaparición. Washington procurará indudablemente apuntalarlas. Con este fin, brindará dólares y dólares... Pero la historia es ruta hacia el futuro. Y todo futuro brinda un panorama nuevo. Hacia ese panorama va el país. La sangre recientemente derramada —sangre que es espíritu— impulsa la marcha. Marcha —como hemos ya dicho— indetenible...



III. LA EXPRESIÓN ESPIRITUAL



CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Siendo el hombre un ser biopsicosocial, las expresiones espirituales de un pueblo son un producto de las características biopsicológicas que este acusa y de la influencia que sobre el psiquismo —expresión la más alta de la biología— ejerce el ambiente social. Este moldea los elementos genotípicos de dicho psiquismo y le incorpora esencias extrañas que desvían, por lo común, el desarrollo de su tipicidad. Estas esencias producen los *estereotipos*.

En la primera centuria de la vida colonial en Santo Domingo, la diversidad de razas dio origen a expresiones psicológicas disímiles. Y esta disimilitud se mantuvo intacta hasta el momento en que se plasmó la integración social. No desapareció totalmente entonces. Pero comenzó a desvanecerse.

Es un hecho, por otra parte, que la referida disimilitud no alcanzó gran notoriedad durante el dominio colonial español, en virtud de que la cosmovisión teológico-feudal trasplantada de España a América, la atenuaba. Hemos dicho ya que esta cosmovisión, pese a que constituía un cuerpo ideológico unitario, ofreció varios costados: uno religioso —que hemos calificado a veces de teórico—, otro político y otro económico-social. Había entre los tres una relación íntima, pero cada uno cubría aspectos particulares de la realidad. La substancia del religioso era

la concepción del mundo y de la vida que el catolicismo pregonaba entonces. A su vez, el político y el económico-social, consubstanciados con dicha concepción, revelaban una solidaridad plenaria con los propósitos y las actuaciones de la Corona española en esos campos. Como tales propósitos traducían una mentalidad colonialista y presidieron y orientaron las realidades insulares, la Española cayó en el coloniaje, del cual la aludida cosmovisión fue sustentador y portavoz.

No hay que reiterar que el factor básico en la difusión de esta cosmovisión fue el clero católico. Dado el carácter confesional del régimen metropolitano, este compartía frecuentemente con la nobleza de la península, las funciones del gobierno y orientaba la política. Pues bien: tal prominencia la tuvo también en la nueva colonia. Cuando el gobernador no era clérigo, el clérigo estaba a su lado y lo asesoraba. Algunos de estos clérigos —como Frey Nicolás de Ovando— contribuyeron al exterminio de los aborígenes; otros respaldaron abiertamente la política de introducción de esclavos africanos, como lo hizo el defensor de los indígenas, Fray Bartolomé de Las Casas. La enseñanza quedó en manos de dicho clero. La primera universidad de América —la de Santo Tomás de Aquino— fue una universidad *Pontificia*. En la Ciudad Primada, como en las demás ciudades importantes del continente, proliferaron los templos... Españoles y criollos se desarrollaron, por tanto, bajo la influencia del costado religioso de la cosmovisión.

Sin embargo, las jerarquías católicas que se establecieron, se distinguieron más por su definida postura política que por su religiosidad. Mostraron, indudablemente, una obediencia *parcial* al dogma; pero la sumisión al rey y a las realidades coloniales la desbordaban y cubrían. Mayor interés mostraban en requerir de los demás esta sumisión que en exaltar y poner en práctica las recomendaciones evangélicas.

Hemos dicho ya algo sobre su misión educacional. Pero la importancia del tema nos obliga a insistir. Repetimos que la labor se circunscribió a pequeños grupos burgueses, residentes en las ciudades. El analfabetismo fue, pues, durante siglos, una realidad ampliamente generalizada. No hubo allí, por tanto, lo que hoy se entiende por *actividad educadora*. En cambio, sí hubo y cobró creciente fuerza, una amplia campaña de catequización, que al alcanzar al esclavo negro, hizo que su religiosidad ofreciera una singular simbiosis de magia y preceptos católicos. Se dio así el caso de que viejos cultos fetichistas aparecieran en forma de adoración a santos, cuyo supuesto poder se invocaba a menudo siguiendo rituales primitivos.

Esta campaña tenía, obviamente, su costado político: Dios, la cruz y el rey formaban una trilogía inseparable. Y cuanto el rey hacía debía ser objeto de un acatamiento absoluto. Así aconteció... La catequización logró, pues, su propósito. Y como la colonia era obra del rey, fue apareciendo ante los ojos de todos como una realidad *natural*, casi brotaba de un mandato divino. Obedecer al rey equivalía a obedecer a Dios.

El fenómeno ofreció manifestaciones peculiares en cada clase social. Expongámoslas. Comencemos con la burguesía.

Formada espiritualmente por el clero, esta clase, a la vez que con su actuación negaba la humildad y la fraternidad cristianas, cumplía con los ritos y era el exponente social más vivo de la cosmovisión imperante, cosa explicable, ya que el clero era el sector de mayor influencia en su seno. Acusó, pues, una fidelidad a lo que ofrecía el dogma católico de la época, con la agravante de que esta fidelidad entrañó, por lo común, fanatismo: el fanatismo típico del pueblo español. Era sin duda en dicha clase donde la religión aparecía más consubstanciada con la política. Naturalmente, como la política convalidaba su dominio sobre el resto de la comunidad, y tenía como meta

su enriquecimiento —y también el de la Corona—, sus miembros se entregaron al culto de lo terrenal. Procuraban, por todos los medios, la adquisición de riquezas y no tenían reparos en mantener bajo su yugo al negro esclavo. Consideraban que ofrecían suficientes pruebas de su fe religiosa asistiendo a misa y cumpliendo con otros ritos. Naturalmente, en su espíritu, lo español se confundía con lo católico; y esto último era visto como expresión substancial de lo otro. Estimaban que tenían el deber de coadyuvar a imponer el catolicismo en el Nuevo Mundo. Sin embargo, más que una forma de vida, su religiosidad revelaba una posición ante lo sobrenatural. No era las dos cosas a la vez. Lo imperioso para ellos no era obedecer los principios evangélicos, sino tener fe en Cristo-Dios y someterse a las regulaciones que la Iglesia imponía.

La mayor prueba de lo recién expresado la ofrece la referida pasión por lo terrenal y la vida ociosa que la clase, en su conjunto, llevaba. No tenía a mal servirse del trabajo esclavo y ser cruel, injusta, violenta, opresiva. Aparecía, en suma, *inhumana*. Por otra parte, fue norma de sus varones adultos buscar regocijos y deleites fuera del hogar. Ello explica que, contrariamente a lo que aconteció con el burgués norteamericano, no se privaran de la relación sexual con las esclavas. La mujer, en cambio, era hogareña. Cada sexo tenía, pues, su ética y costumbres. No obstante, puede afirmarse que la clase reveló una tipicidad psicológica, caracterizada por el orgullo de la raíz hispánica y de su posición social encumbrada, la tendencia al ocio, el tipo de religiosidad ya descrito y la pasión por la riqueza. Todo esto aparecía convalidado por la cosmovisión, de la cual su mentalidad era un producto y un instrumento difusor.

Esta relación íntima de la cosmovisión y la mentalidad delataba su «enajenación», por lo menos en el plano teórico. No en el de las cosas concretas, ya que apenas encontraba obstáculos para materializar sus deseos.

Pasemos ahora a la clase media.

Como ya hemos señalado, esta estuvo integrada en las primeras décadas, casi exclusivamente por criollos, o sea por los hijos de españoles nacidos en la isla. Luego se incorporaron a ella muchos mestizos, que fraternizaron, en razón de la identidad de posición social, con los otros. A la larga, el término *criollo* cubrió a todos los nacidos allí. Es más: con el tiempo, también se incorporaron a ella algunos descendientes de esclavos que alcanzaron la libertad. Y claro está: de la heterogeneidad racial surgió una débil heterogeneidad psicológica a la cual daba una relativa unidad la entrega del conjunto a la cosmovisión burguesa.

También ofreció esta clase una psicología propia. Junto a los factores raciales anotados, en su formación intervinieron diversas presiones económicas, como la imperiosidad del trabajo y la silenciosa protesta contra el monopolio de la riqueza por la clase dominadora. Ya sabemos que esta protesta empujó a la lucha por el «para sí».

Dedicada a la agricultura, la crianza en pequeña escala, la artesanía, los oficios menores y el comercio al detalle, la necesidad del trabajo le dio cierta cohesión y la endureció para la lucha diaria. Desarrolló así cierto sentido práctico y el sentimiento de la responsabilidad. Mientras en la burguesía lo *inhumano* predominaba, en esta había una equiparación de lo *humano* y lo *inhumano*. Es más: su entrega a la cosmovisión teológico-feudal no acusó los rasgos fanáticos que hubimos de señalar en la otra clase. El hecho se explica: la mayor parte de ella vivía en los campos y a estas zonas no llegaba a menudo el clérigo. Por eso, su actitud ante lo sobrenatural delataba a menudo la superstición y el fetichismo nacidos de su vinculación diaria con el esclavo. Era, además, analfabeta, lo que le impedía el acceso a muchos bienes culturales.

Es de interés indagar hasta dónde su entrega a la cosmovisión imperante significó solidaridad con las estructuras sociales y económicas de la colonia. La indagación nos lleva a las siguientes conclusiones: más que una solidaridad, lo que existió fue una aceptación de dichas estructuras. Tenía que ser así. Pues se sentía discriminada por la burguesía, y pese a que las leyes la igualaban en derechos con esta, los hechos desmentían la igualdad. Prueba de ello es que, aun cuando el peninsular no veía en ella una clase indigna, su posición por lo común encumbrada lo inducía a tratarla con relativo desprecio y arrogancia.

Otra prueba la brinda su frecuente actuación ilegal, especialmente en el campo económico. Fue esta clase media, indudablemente, la que más prohió el contrabando y en general, las relaciones con los piratas privados. Hemos expuesto ya los orígenes de la actitud y su significado político-económico. Destaquemos ahora sus implicaciones espirituales, insistiendo en que las aludidas relaciones coincidieron con el auge del protestantismo en Europa. Muchos piratas libres y casi todos los corsarios eran protestantes. Ya hemos dicho que el contacto con ellos provocó conversiones; y que esto hizo que el clero católico pusiera el grito en el cielo... Pero no pudo el fenómeno alcanzar extensión. Lo impedía el analfabetismo, la ausencia de un liderato propulsor de las nuevas ideas y el dominio ejercido por las autoridades católicas. De todos modos, quedó demostrado que había un *campo propicio* para dichas conversiones y, a la vez, una identificación total de la Iglesia con las realidades coloniales.

Es obvio que la clase revelaba también «enajenación». Se hablaba «enajenada» tanto en el plano ideológico como en el de las realidades concretas. Era víctima, en efecto, de las estructuras coloniales y de la cosmovisión que las presidía. Pero procuraba romper las limitaciones derivadas del costado económico de esta. Lo que hacía ver que la «enajenación» no era total.

Pasemos ahora el caso de la clase esclava.

A pesar de la gravitación católica, la mentalidad de esta clase siguió acusando esencias y rasgos primitivos. La influencia de la cosmovisión no fue, pues, vigorosa. Y tradujo variaciones de intensidad dependientes de los campos de catequización. El mayor desarrollo de esta en las ciudades hizo que la aludida gravitación influyera más sobre el esclavo urbano que sobre el rural. Mas se impone esta pregunta: ¿hasta dónde contribuyeron los dueños de hatos y sus mujeres, a dicha catequización? Es imposible dar una respuesta precisa. No obstante, precisa aceptar que la intervención femenina, en los casos de mujeres peninsulares o hijas de peninsulares, fue importante. Por eso la aludida gravitación pudo generalizarse. Sin embargo, no implicó una auténtica conversión al catolicismo. Lo que sucedió fue lo siguiente: los antiguos cultos africanos se fueron *paulatinamente cristianizando*; o para mejor decir, algunos dogmas comprensibles por la mentalidad de la clase asomaron con un basamento mágico. Se dio así el caso de que, junto al fetichismo y la idolatría a determinados santos, cumplía dicha clase con ciertos ritos —como el del bautismo— sin que esto significara el abandono de muchas supersticiones y del culto a la brujería. En el fondo, aun dentro de lo católico, lo mágico aparecía dominante.

Por otra parte, pese a que la historia registra rebeliones de esclavos, la sumisión a las realidades coloniales fue, por esa clase, ley y norma. Se ha dicho que esta sumisión nació de la benignidad y dulzura de los amos. Ya hemos tratado este punto. Reiteramos nuestra conclusión al respecto: *la actitud fue obra de la crueldad*.

El hombre se acostumbra a todo: hasta a la esclavitud. Pero la constancia de determinado género de vida lo empuja a la variación, a buscar compensaciones y desvíos. Pues bien: esa clase compensaba su desgracia con la momentánea entrega a ciertas aficiones como la de la música. Los ritmos africanos y

su instrumental típico se extendieron, ganaron al criollo de la clase media y llegaron a ser bailados y cantados por los miembros de la burguesía. ¡La cultura del oprimido se vengaba así del dominio del opresor! Claro: esos ritmos recibieron el impacto de la música española, que se mezcló a ellos. De la mezcla surgió el folklore musical típico de la comunidad. Casi circunscritos a este arte, los bienes artísticos fueron, pues, expresión de varios factores. La población aparecía subordinada a las estructuras coloniales y sus fundamentos teóricos; pero dentro de esta subordinación cada grupo social daba, en el referido campo, lo *biológicamente suyo*. Y fue en la música donde se logró la síntesis.

Era obvio que esta clase esclava fuese *víctima total* de la «enajenación». Pese a las citadas compensaciones y desvíos, aparecía *deshumanizada*, entregada a las fuerzas «enajenadoras».

Cuanto hemos expuesto sobre el psiquismo de las clases sociales pone de relieve la profunda desintegración social que hubo de imperar entonces. No hubo más que un auténtico factor unitario: *la cosmovisión*. Factor terriblemente «enajenador». Puede sostenerse que la música, al producir la referida síntesis, contribuía también a unificar. Pero la unidad era, en el fondo, *arbitraria*. Era una imposición venida de lo alto.

Cabe preguntar si coadyuvó a ella la literatura. La respuesta es negativa. Toda la creación literaria de la época fue estrictamente española y, en consecuencia, expresión de la cosmovisión vigente. Como solo algunos burgueses sabían leer y escribir, tal creación quedó circunscrita a esta clase. La Ciudad Primada atrajo escritores, algunos de positivo relieve. En ella vivió Tirso de Molina. Llegó a llamársele *Atenas del Nuevo Mundo*. Pedro Henríquez Ureña dice al respecto: «¡Qué extraña concepción del ideal ateniense: una Atenas militar en parte, en parte conventual! ¿En qué se fundaba el pomposo título?». Pregunta a la cual él mismo responde: «En la enseñanza universitaria, desde luego; en

el saber de los Conventos, del Palacio Arzobispal, de la Real Audiencia después». Palabras esclarecedoras... Demuestran que la sabiduría era un privilegio de reducidos círculos de la ciudad, y ofrecía una sola substancia: la católica.

Tal era la realidad al respecto. Pese a ello, los textos históricos —y aún algunos escritores actuales— elogian la supuesta difusión de la enseñanza efectuada por los clérigos, y las creaciones del ínfimo grupo de hombres de letras que estuvo en la isla e hicieron a veces referencia a esta, en sus trabajos. Insistimos en que *no hubo tal difusión*. Se trata de un mito fraguado y propagado por la mentalidad colonialista de casi todos los historiadores. Como dijimos, la enseñanza no alcanzó a la clase media; y el esclavo permaneció al margen de ella. ¿Puede darse una traición mayor del clero a una de sus más importantes responsabilidades? El problema de la ignorancia colectiva no le preocupó. Su preocupación fue la catequización, el culto dentro de las ciudades y el enriquecimiento de sus miembros y sus órdenes. Hubo, claro está, excepciones. Pero lo dicho fue la norma.

Era obvio que la ética de la comunidad reflejara la cosmovisión imperante y el dominio de la clerecía. Fue una ética múltiple. Podemos más bien decir que hubo varias éticas. La burguesa era la *ética típica del dominador*. Ética inhumana, fundamentada en el principio del odio al prójimo y la exacerbación de los sentimientos egoístas. Como lo prueba su aceptación de la esclavitud. Es más: empujada por esa ética, dicha clase dio las espaldas a la virtud teológica de la caridad. Más que de virtudes, fue un exponente de valores morales negativos.

Esta última afirmación no puede ser aplicada a la clase media. Como ya hemos dicho, obedecía esta a un conjunto de principios humanos e inhumanos. Le tomó amor al trabajo. Ello le dio cohesión. Pero careció del sentido de la solidaridad social. De ahí su esclavismo...

¿Y la moral del esclavo? Fue la del sometido. Con todas sus deficiencias y lacras...

Ahora bien: reiteramos que la substancia religiosa de la cosmovisión gravitaba sobre la diversidad de esas éticas, dándoles una aparente unidad. El concepto del deber nació de dicha substancia. Se cumplía con lo que se estimaba un deber no porque la razón obligaba a ello, sino porque Dios lo mandaba. Y como el clérigo era el representante de Dios, su consejo era siempre considerado *bueno*. La moral fue así un instrumento dúctil al servicio de la clerecía. Según el interés de esta, cambiaba de esencias y de formas. Reconocía, naturalmente, el concepto del deber; y también el del derecho. Pero ambos —sobre todo este último— eran de una aplicación acomodaticia. Es más: para el clérigo, los derechos, salvo los de la burguesía, quedaron siempre circunscritos al plano teórico. Ni siquiera se reflejaron en la organización jurídica, que consagraba la injusticia de las estructuras vigentes.

Un análisis de esta organización demuestra que se inspiró en las concepciones católicas de la época. Obedeció a las tesis tomistas, que sostenían el derecho de la Iglesia a brindar las bases del orden social y de la convivencia. La institución del matrimonio quedó, pues, bajo la responsabilidad exclusiva de dicha Iglesia; mas ¿qué alcances tuvo esta institución allí? No hay estadísticas al respecto. Pero el aumento del mestizaje y la ubicación de la clerecía en las ciudades demuestra que fueron bien reducidos. No solo imperó el concubinato: lo corriente, especialmente dentro de la burguesía, era que el varón adulto, soltero o casado, tuviera a la vez varias queridas. Y numerosos fueron los clérigos con barraganas. Por otra parte, todos estos insistían en la prédica de deberes que tenían un fundamento inhumano. Era un deber del esclavo la sumisión ante el amo; y un deber de la comunidad la aceptación de las estructuras existentes. Claro está: dadas estas realidades

¿podía acaso sostenerse que aquella ética obedecía al principio del bien? No. Lo que la impulsaba era el interés de la burguesía. Bien visto el punto, la cosmovisión daba un carácter casi divino a este interés. De ahí que la defensa del rey y de las mencionadas estructuras fuera un imperativo sagrado. Como lo era amar a Dios sobre todas las cosas... Ello da el secreto de la unidad social que surgió cuando, al tomar fuerza las pugnas internacionales, los ingleses primero, y luego los franceses, atacaron la colonia. ¿Qué fue entonces el patriotismo? Un sentimiento al servicio del interés burgués. Pero ni siquiera el mestizo lo comprendió así: ¡la cosmovisión lo dominaba! En cuanto a los esclavos también eran víctimas de esta cosmovisión. Estaban «enajenados». ¡Y se dejaron arrastrar! Pese a que *ignoraban* lo que era el francés o el inglés.

Todo lo dicho hace ver que junto a la desintegración social, existía una generalizada solidaridad —impuesta desde arriba— con el coloniaje. El alma de cada cual —aun del esclavo más oprimido— veía en este la única perspectiva de vida. El colonialismo fue, pues, esencia del espíritu. Lo fue hasta el momento en que se produjo la invasión de Louverture.

Sin embargo, ello no desmiente el desarrollo dialéctico de la historia. La «enajenación» dio origen a su contrario, que se expresó en la tímida protesta de la clase media contra el costado económico de la cosmovisión. Protesta que, como hemos visto, la empujó al contrabando en gran escala.



CAPÍTULO DECIMOSEPTIMO

Sabemos ya que la rebelión de los esclavos en el oeste y la ulterior invasión de Louverture produjeron un viraje histórico. ¿Cuáles fueron su repercusiones en el campo del espíritu? Hemos anticipado algo sobre el tema. Entremos ahora de lleno en él.

Lo primero que precisa decir es que cada clase social reaccionó a su modo frente a los mencionados acontecimientos.

¿Cuál fue la reacción de la burguesía? Ya hubimos de señalarlo: la indignación. Dados sus estereotipos mentales, todo aquello le pareció de tan insólito, incomprendible. Y acarreó una reafirmación apasionada de su colonialismo. En los primeros tiempos —o sea antes de que se produjera la invasión de Louverture— la nota fundamental de esta reafirmación fue la exacerbación patriótica. Más que en el esclavo sublevado, dicha clase vio en la República francesa el peligro mayor. Había motivos para ello. Su hostilidad hacia Francia era vieja; y con su característica miopía, estimó que la rebelión de los negros era un fenómeno transitorio y más bien capitalizable. Esta actitud la condujo a aceptar como colaboradores militares a tropas y jefes negros sublevados. ¿No combatían estos a Francia? ¿Por qué, entonces, no verlos como aliados? Entre estos jefes se hallaba Toussaint Louverture. Claro está: también este

necesitaba para su lucha, aliados; y no tuvo reparos en celebrar un concierto con el gobernante español, que —como sabemos— violó más tarde. Evidentemente: el paso obedeció a una necesidad política. Las circunstancias exigían tal concierto. Ya desaparecidas, no había razón para mantenerlo, puesto que tan esclavista era el régimen español como el francés. La burguesía no captó eso. Y cuando el jefe negro rompió el acuerdo, se mostró consternada. Casi todos los textos históricos reflejan esta consternación.

No hay nada que indique que la postura patriótica de la burguesía encontró oposición en la clase media. Obedecía esta, con muy ligeras variantes, a los mismos estereotipos mentales de la otra. Se solidarizó, pues, con ella. Y aportó hombres a las fuerzas castrenses en lucha contra el poder francés, que se apoyaba en los colonos. Esta lucha tuvo, naturalmente, el estímulo del clero, para el cual la Francia de la revolución era un terrible enemigo. El humanismo cristiano debió haberlo empujado a simpatizar con los esclavos insurrectos. Pero no fue así... La historia no consigna un solo pronunciamiento suyo a favor de aquella gesta libertadora que, pese a sus desorbitaciones, dio un nuevo impulso a la marcha de la historia.

¿Y la clase esclava del este? ¿Cómo reaccionó frente a la insurrección? No hay noticias al respecto. Los datos que se tienen y de los cuales podría inferirse algo, son de fuentes burguesas. Tenemos, en consecuencia, que entregarnos a la conjetura, orientados por conceptos histórico-sociológicos.

Lo primero que precisa admitir es que las noticias de la rebelión y su marcha fueron llegando al esclavo oriental de modo fragmentario, gradual y probablemente adulterado. No existían entonces comunicaciones frecuentes entre el este y el oeste de la isla, y quienes recibían informaciones pertenecían —cosa obvia— a la clase dirigente. Por otra parte, la zona rural

era la más rica en esclavos, y como las haciendas estaban diseminadas, no podía haber una relación constante entre ellos. Es obligatorio pensar, además, que los amos se cuidaban de mantenerlos en la ignorancia de todo lo que podía originar fermentos de insurrección. La conclusión que estas realidades imponen es la siguiente: solo en una minoría, que debemos calificar de ínfima, la rebelión pudo provocar reacciones espirituales en los inicios de su desarrollo. Pero tan pronto cobró fuerzas y obligó al gobierno a intensificar sus medidas bélicas, fue forzoso que la noticia del suceso se difundiera en dicha clase, y que esta difusión alcanzara su máxima intensidad cuando se incorporaron tropas y jefes sublevados a las fuerzas orientales.

Hay, sin embargo, algo que llama la atención: los esclavos del este no respondieron a la noticia, rebelándose. Solo lo hicieron algunos grupos situados en la zona fronteriza. ¿Qué interpretación cabe dar al hecho? Marginemos la tesis del buen trato que dichos esclavos recibían, y busquemos otras causas... Recurramos, para ello, a la ciencia demográfica y la economía. Y apliquemos algunos de sus preceptos... Pues bien: contrariamente a lo que sucedía en la zona occidental, la oriental se encontraba entonces poco poblada. Como ya dijimos, sus haciendas estaban diseminadas, lo que daba al esclavo una *ilusión de libertad*. No se veía obligado a la tarea diaria *agotadora*. La economía era de subsistencia. Y casi cerrada. En el oeste, por el contrario, era intensiva y abierta. ¿Qué necesidad tenía él, existiendo estas circunstancias y su característica sumisión, de arriesgar la vida rebelándose? Hay algo más: una rebelión no se produce sin jefes. Y el jefe no surgió...

¿Varió acaso la mentalidad de la clase cuando tuvo las primeras noticias del acontecimiento? Es preciso responder afirmativamente, aún cuando no demos a esta afirmación un carácter categórico. Hay que presumir, en efecto, que se le

abrieron a esos pobres hombres nuevos horizontes espirituales. Comprendieron con seguridad que era falsa la tesis de la inexorable permanencia de sus condiciones de vida. De por sí, esto entrañaba una revolución íntima que los llevaba a *dudar de la supuesta verdad de su cosmovisión*. Revolución con seguridad atenuada por el respaldo que Louverture y otros jefes negros hubieron de brindar al poder español. Este respaldo tuvo que originar en sus mentes un hondo confusionismo.

Pero con el paso del tiempo, las implicaciones de la insurrección se multiplicaron. Y tuvo esta nuevas repercusiones en el seno de cada clase social. El factor precipitante fue la invasión de Louverture. Ya hemos dicho que para la burguesía, tal suceso fue un desastre. Advino, sin embargo, lo increíble: los burgueses que permanecieron en el país colaboraron —como vimos— con el gobierno del invasor. ¿Quería ello decir que habían renunciado a su cosmovisión? ¿Habían acaso dejado de ser esclavistas? No. La burguesía siguió siendo lo que había sido... Pero aparentó lo contrario, seducida por el auge económico que se produjo, y del cual ella fue beneficiaria.

Sabemos que también lo fue la clase media. Surge, sin embargo, esta pregunta: ¿cambió acaso la mentalidad de esta clase con motivo de la invasión y del gobierno de Louverture? No es fácil responder. Pero hechos ulteriores y algunos documentos permiten formular y sostener ciertos criterios. Por lo pronto, no hay ningún dato que revele la *oposición abierta de dicha clase al nuevo régimen*. No obstante, la colaboración que brindó luego al gobierno de Ferrand hace pensar que tampoco ofreció una *solidaridad entusiasta*. Claro está: nada de esto revela un *cambio total de espíritu*. No obstante, es forzoso presumir que dada su composición —en la cual el elemento mestizo era probablemente el más extenso—, por lo menos algunos de sus sectores se sintieron ganados por las ideas de igualdad que alentaba aquel régimen revolucionario.

Basándonos en esta presunción, hemos expresado la opinión de que se dividió en dos grupos: el de los que sinceramente se identificaron con el nuevo régimen, y el de quienes, pese a que fingían esta actitud, seguían atados a las viejas concepciones.

La clase esclava no ofreció esta división. Puesto que obtuvo la libertad, se entregó de corazón al nuevo gobierno. La revolución íntima —ya referida— creció en su espíritu. Frente a esta realidad —a nuestro juicio incontrovertible— se estrellan los argumentos contrarios esgrimidos por los historiadores colonialistas. A pesar de la diferencia de lenguas surgió, pues, la fraternización de los antiguos esclavos del este y del oeste. Fraternización que seguramente se acentuó al producirse el florecimiento económico y ser también ellos sus beneficiarios.

Nos encontramos, en consecuencia, ante realidades espirituales nuevas. Coincidieron estas novedades con la liquidación casi total de las estructuras económico-sociales imperantes hasta entonces y con el socavamiento de la cosmovisión en que reposaban. Quedaron destruidas, en suma, *las bases de lo que hasta entonces había sido la historia*. El socavamiento de la cosmovisión culminó en su ruina parcial y momentánea. Algunas de sus facetas fueron substituidas por otras, que dieron nacimiento en determinados sectores, a una nueva mentalidad. Esto se produjo, evidentemente, allí donde los antiguos estereotipos no eran parte substancial del alma, o donde los cambios efectuados por el régimen implicaron —tal el caso del esclavo— la epifanía de una vida positivamente *humana*.

Pero insistimos en que el fenómeno fue parcial; y en que la burguesía quedó como depositaria de lo antiguo. Por otro lado, si bien desaparecieron viejas estructuras que mostraban una íntima conexión con la cosmovisión hasta entonces vigente, no puede afirmarse que esta sufriera, en las proyecciones de su costado teórico, un serio deterioro. La religiosidad siguió manifestándose a través de la vía católica o mágico-católica, y aun

cuando el invasor dio evidencia de actitudes hostiles al clero, este mantuvo su primacía espiritual, especialmente sobre la burguesía y la clase media. Fueron, pues, el costado político y el económico-social de la cosmovisión los que sufrieron el máximo deterioro que, al proyectarse sobre la comunidad, la dividió en dos campos: el conservador y el revolucionario, remedo de la antigua división entre el «para sí» y el «para ellos». Por desventura, el hecho apenas se hizo sentir: ¡tal era la influencia secular de las concepciones deterioradas! Pero también influyó en ello el clima de violencias y extralimitaciones dentro del cual se vivía. Esto último implicaba desorientación, confusionismo, imperio de lo afectivo, factores a las claras obstaculizadores de la racionalización —y la consiguiente expresión definitiva— del ideal revolucionario.

No obstante, aun informe, este ideal brotó también allí. ¿Fue espontáneo el brote? No. Hallamos su raíz en las trasmutaciones socioeconómicas. Abrieron estas risueñas perspectivas. Ahora bien: ¿aspiró ese ideal a la *liquidación definitiva* de las estructuras y formas de vida coloniales? ¿Alentaban los que promovían los cambios, el afán de liberarse de todo poder extraño? Más aún: ¿Era considerado el dominio de Louverture como una nueva sujeción a lo foráneo? ¿Hubo acaso entonces quienes pensaron que el camino a seguir era crear una nacionalidad independiente no solo de Europa, sino también de Haití? Las respuestas a estas preguntas son, en su conjunto, negativas. El ideal revolucionario acusó timidez e imprecisión; y se colige que habiendo nacido de las realidades provocadas por la invasión de Louverture, no viera en el gobierno de este —pese a la diferencia de lenguas— un dominio extraño. Ello explica que no germinara *la idea de una nacionalidad propia*. Fue, en suma, un ideal brotado del nuevo régimen, que a la vez le daba su sentido.

Su timidez e imprecisión brindan el secreto de la actitud asumida por los miembros de la clase media durante el ulterior dominio francés. Toda la clase se inclinó —ya lo sabemos— ante este dominio. Algunos se dieron cuenta, indudablemente, de que entrañaba un paso hacia atrás, una regresión histórica. Pero fueron pocos. Es más: ¿por qué dudar de que los revolucionarios «medianos» dieron las espaldas a dicho ideal en razón de las posibilidades económicas que el retorno de la esclavitud abría para ellos? Es probable que así fuera... Conviene señalar, al respecto, que no se conoce un solo asomo de rebelión contra el poder francés por parte de la aludida clase, que fue luego arrastrada por la burguesía a la empresa de la mal llamada «Reconquista».

¿Cuál fue entonces el destino de aquel ideal? Su efímera desaparición. La burguesía nunca lo sustentó, se desvaneció momentáneamente en el seno de los que lo alentaban dentro de la clase media, y los antiguos esclavos —en quienes indudablemente había prendido— acompañaron a Louverture en su retirada a occidente. La vieja cosmovisión se impuso, pues, de nuevo, en su integralidad. La historia dio un paso hacia atrás. Y quedó preparado el clima espiritual para el retorno a la colonia española.

Pero Louverture había realizado una siembra. Y no pudo este retorno esterilizar todas las semillas. Los hechos probaron que en reducidos grupos de la clase media el ideal solo dormía... A los pocos años despertó, provocando la «Revolución de los Italianos», cuya importancia histórica ya destacamos. Luego se siguió extendiendo. Y aun cuando sufrió adulteraciones y desvíos, propició, a la postre, la liquidación del yugo español. Liquidación a la cual —como vimos— la burguesía brindó la fuerza orientadora y sustantiva.

¿Qué demostraba esto último? ¿Acaso que esta clase, portavoz y depositaria de la vieja cosmovisión, había cambiado

de mentalidad? No... La interrogante, de extraordinario interés, obliga a algunas consideraciones previas.

La marcha de la historia no se detuvo. Se había dado un paso hacia atrás: el régimen de Ferrand. Luego otro: el retorno a la colonia española. Pero el camino para dar varios pasos hacia adelante quedó abierto. Desde hacía tiempo, la Corona había puesto fin a su labor de catequización del Nuevo Mundo. Y en aquellas horas, el ocaso de su poder se había ya iniciado. Tales realidades se reflejaron en el costado político de la cosmovisión, *modificándolo*. Dejó esta de estar integrada por la trilogía: Dios, la Cruz y el Rey. Quedó circunscrita a las dos primeras entidades. El rey fue marginado. Pero los costados teórico-religioso y económico-social siguieron, al menos por un tiempo, intactos. Quiere ello decir que la burguesía siguió considerándose una clase privilegiada y con el derecho de monopolizar las riquezas del país y de explotar a las clases inferiores.

En síntesis: la burguesía siguió atada a todo cuanto significaba entonces el catolicismo. Abandonó al rey. Pero como gravitaba sobre ella el pasado de lealtad al espíritu de las viejas estructuras, el negro continuó siendo, ante sus ojos, una mercancía humana. Era intolerable —a su juicio— que este y los mulatos compartieran con ella el mando y disfrutaran de sus condiciones de vida. Por eso persistió en considerar al antiguo esclavo del oeste como una amenaza a su poder y privilegios. Todo ello explica la naturaleza de la «Independencia Efímera». Directora del movimiento, si esta clase hubiera sido revolucionaria, le habría dado un contenido económico-social y habría extendido una invitación a Boyer para concertar un acuerdo que a la vez que entrañara la unidad con la República haitiana, significara la incorporación de toda la isla a la Gran Colombia. Claro está: el dirigente haitiano le habría negado su apoyo a tal propósito. Pero la historia lo habría recogido con elogios, ya

que habría revelado la conciencia de la necesidad en que estaba la América Latina de ir hacia la Patria Grande.

Expusimos ya las proyecciones y consecuencias del dominio haitiano en el plano político y en la esfera económico-social. Expongamos ahora las que se observaron en el campo del espíritu...

Sabemos que la burguesía se vio obligada a renunciar a la esclavitud y a adaptarse a las nuevas realidades. Sabemos que, al igual que lo hizo con Louverture, le brindó su apoyo al nuevo régimen. Y que se plegó ante sus instituciones. Ahora bien: tal actitud no entrañó una renuncia a los aspectos intocados de su cosmovisión. Fue —como vimos— un producto del oportunismo y de la necesidad de conservar, al menos parcialmente, su primacía sobre la sociedad. Es más: el caso reveló que si bien había renunciado al rey, estaba dispuesta a sustituirlo por cualquier otro gran jerarca, *aun cuando fuese haitiano*. Pero si podía evitar esto último, mejor... Pues no dejaba de darse cuenta de que la revolución haitiana había disminuido su poder y destruido casi todos sus privilegios. La actitud puso de relieve, pues, su amoralidad característica.

La clase media ofreció otro panorama. Su élite substituyó el costado político de la cosmovisión por el credo liberal que dio origen a las guerras de Independencia suramericanas. Ello hace ver que el nuevo credo no se extendió a todo el país. Debe recordarse al respecto, que para entonces, ni un 10 % de la población sabía leer y escribir. ¿No hace esto pensar que fueron los beneficios acarreados por las nuevas estructuras jurídicas, económicas y sociales lo que explica que una parte de las masas siguiera a los grupos liberales? Así lo estimamos... De todos modos, la relativa difusión que alcanzó el aludido ideario encontró el campo abonado por la *integración social*. Brindaba esta una base sólida al desarrollo del sentimiento dominicanista. No debe olvidarse, por otra parte, que aquellas

estructuras ofrecían algunas contradicciones. Encubrían una pugna entre el afán de poder y los principios que daban validez y justificación a este poder. El punto ha sido tratado. Por tanto, no vale la pena insistir. Pero sí es preciso recalcar que tal afán de poder —que culminó, desde los inicios, en un despotismo *blando*— propició el auge de dicho ideario. Bastaba este despotismo para que los hombres enamorados de la libertad repudiaran al régimen. Ya vimos que este repudio se extendió gradualmente. La emoción liberal fue dando así sentido a la vida espiritual de muchos. Y si ello tenía trascendencia política, ponía al descubierto, a su vez, una realidad espiritual nueva que, pese al origen europeo del liberalismo, brotaba de la intimidad del ser.

No tenemos que repetir que el nuevo credo brindó substancia y campo al desarrollo del *separatismo*. El tronco de este era hispánico; y el movimiento reivindicaba mucho de lo más representativo de España, como su raza, su religión y su lengua. Diríase, en razón de ello, que tuvo un *carácter regresivo*. Sin embargo, había también en él mucho de *progresista*. Más que de lo otro. La desventura estuvo en la naturaleza del liberalismo, teoría bellísima, pero —como lo hemos dicho y repetido— en pugna con aquellas realidades.

Las implicaciones políticas del movimiento han sido ya estudiadas. Lo que precisa ahora destacar es que, pese a sus deficiencias, *significó para el país, en el plano espiritual, un avance*. Reveló, en efecto, la epifanía de un nuevo humanismo, —contrario al postulado por la parte teórica de la antigua cosmovisión— que se traducía en un afán de libertad y de justicia. Asomó este humanismo *limitado por el nacionalismo*. La idea separatista brotó de esta limitación. Al concretarse, originó la República independiente, que si no supo enfrentarse a la raíz y las manifestaciones del coloniaje fue en virtud, precisamente, de su *inspiración liberal*.

De todos modos, las fallas no desmedran cuanto el movimiento implicó de positivo en el campo espiritual. Puso de manifiesto, junto al citado humanismo, un *nuevo estado de conciencia*. La vieja corriente conservadora, típica de la mentalidad colonial, encontró frente a ella una fuerza combativa, que a pesar de que no hizo tabla rasa de algunos de los viejos fundamentos ideológicos, constituía una novedad prometedora.

Siendo esas las realidades, cabe preguntar: ¿hasta dónde la antigua cosmovisión siguió dominante dentro del liberalismo? No es difícil responder... Siguió dominante en cuanto concernía al costado teórico-religioso; no en lo que respecta al político. En realidad, este *fue el único que ofreció cambios*. El económico-social siguió también dominante, a pesar de que este dominio quedó cubierto por una actitud de apatía nacida de la generalizada ignorancia, y se inclinó ante la abolición de la esclavitud.

Desgraciadamente, la caída de la Primera República en manos de la burguesía y la destrucción casi total —por esta— de la corriente liberal, tradujeron un retroceso en el campo del espíritu, que tuvo su exponente máximo en el anexionismo y, por tanto, en la restauración plenaria de la antigua cosmovisión. Sin embargo, del seno de esta regresión fueron brotando manifestaciones que indicaron nuevos avances. El más importante de estos fue la aparición del sentimiento de la dominicanidad. Ya hicimos ver que la Anexión a España fracasó por obra de este.



CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Mientras el sentimiento de la dominicanidad germinaba y crecía ¿qué otras expresiones ofrecía la vida del espíritu? Cabe decir, en términos generales, que las mismas del período anterior.

Se ha afirmado que el régimen haitiano produjo una disolución de las costumbres; y que, en consecuencia, se cayó dentro de una anarquía ética. ¿Es eso cierto? ¿Qué reflejaba la ética secular? Fundamentalmente, *la injusticia*. Injusticia cuyo exponente máximo era la esclavitud. Reflejaba, además, el absoluto dominio de la burguesía sobre las demás clases sociales. Pues bien: a pesar de que el régimen haitiano hizo uso de los métodos violentos característicos de los regímenes coloniales, liquidó casi totalmente dicha injusticia. Dio paso a una forma limitada de justicia social, que culminó en la integración. Entrañó, en consecuencia, un avance ético.

Esta nueva realidad fue proyectándose poco a poco sobre las costumbres. El antiguo esclavo y los miembros de la clase media siguieron viendo en la burguesía a una clase superior; pero actuaban frente a ella con mayor libertad y desenfado. Las fronteras no desaparecieron totalmente; mas eran fácilmente violadas. ¡Y la burguesía tuvo que adaptarse ante lo nuevo! Perdió mucho de lo que tenía de sentido de casta.

No abandonó, naturalmente, sus viejas costumbres. Sus varones adultos siguieron rindiéndole culto al concubinato múltiple; y sus mujeres persistieron en la vida hogareña. Pero ya no podían estas contribuir, como lo hacían antaño, a los trabajos del clero, que fue objeto de persecución y confiscación de bienes. Paso —este último— de notoria importancia, ya que implicó la supresión casi total del factor colonialista por excelencia. Fue lógico que los clérigos no lo aceptaron de buen grado. De ahí que el precursor del movimiento independentista surgiera de ellos: Gaspar Hernández. Se ha dicho que este obró impulsado por ideales liberales. Afirmación —a nuestro juicio— falsa. Obró porque consideró que solo la Independencia podía restituir a la institución su antiguo poder y dar de nuevo vida a los viejos valores hispánicos. Obró, pues, obedeciendo más o menos a los mismos criterios que provocaron la solidaridad de la Iglesia con el movimiento retrógrado de Sánchez Ramírez contra Ferrand.

En suma: la burguesía siguió siendo un exponente de su antigua moral... Moral típica del explotador y del hipócrita; del que se inclinaba en los templos ante Dios y luego azotaba a sus esclavos. Tal fue la regla... Pero hubo —claro está— excepciones. Tanto algunos clérigos como muchas mujeres de la aludida clase, supieron ser verdaderos cristianos. Algunas de estas, sobre todo, imprimieron a sus actuaciones un sello de santidad. Pero era una santidad en gran parte pasiva. Pues se inclinaban ante las normas de la clase. Y toleraban, en silencio, sus injusticias.

Mientras la burguesía actuaba de ese modo, la integración social, al abrir el camino hacia una convivencia armónica, impulsó a la clase media y a las inferiores, a la solidaridad colectiva y al servicio recíproco. Es obvio que sus viejos sentimientos no desaparecieron del día a la noche. Pero la generosidad, así como el altruismo dentro de la pobreza, fueron

virtudes que alcanzaron en dichas clases altos niveles. Lo mismo que la de la lealtad. El caudillismo, que en el orden político constituía un factor negativo, la expresaba.

Hubo, pues, dos éticas: la de la clase dominadora y la de las otras. Y ambas se proyectaron dentro de la anarquía provocada por las pugnas políticas y las guerras contra Haití. No hay que decir que el analfabetismo siguió ofreciendo los mismos niveles de antes. Dominada por el afán anexionista, la burguesía no procuró incorporar el pueblo a la cultura. Y la religiosidad de este no varió de substancia: continuó siendo un exponente de la simbiosis del dogma católico y los cultos mágicos.

Esos tipos de ética los encontró el peninsular cuando advino la Anexión a España. Por ventura, el sentimiento de la dominicanidad se impuso sobre las demás proyecciones anímicas. Y empujó —como vimos— a la guerra y al sacrificio. De por sí, este sentimiento revelaba una esencia moral, ya que respondía al concepto de que el pueblo, al fin integrado, revelaba una unidad espiritual por cuyo desarrollo era preciso luchar sin tregua. Pues bien: a esa esencia se agregó otra que, siendo jurídica, pertenecía también al mundo de la ética: la del derecho a la libre determinación, a la vida independiente. De ahí el relieve —en el campo del espíritu— de la guerra restauradora.

¿Influyó en esta guerra la difusión del ideario liberal? No. El movimiento tuvo un carácter esencialmente patriótico. El auténtico liberalismo solo asomó en las élites de la clase media y de un sector de la burguesía. Élites que se sintieron arrastradas por el pueblo... Ello demostraba que este obedecía a una nueva visión sociopolítica, cuya substancia ofrecía un carácter revolucionario. Se sentía —para decirlo mejor— sacudido por una revolución espiritual, que dio a la contienda un contenido francamente anticolonialista y, en consecuencia, antiimperialista. No fue esta contienda, únicamente, una lucha a muerte por la liberación de un yugo extraño. Fue algo

más... Fue una guerra civil, una guerra contra el coloniaje y el colonialismo, de los cuales la burguesía reaccionaria era la abanderada.

Por desventura, esta volvió a imponerse. Se repitió, pues, lo acontecido cuando nació la Primera República. Es más: tal como lo hemos expresado, el atraso general dio de nuevo pábulo al caudillismo, y los afanes de poder degeneraron en terribles contiendas intestinas. Poseía el pueblo una bandera, instituciones republicanas, códigos avanzados. Pero *nada de esto respondía a la existencia de una nación*. Más bien revelaba una superestructura engañosa. En el fondo, las formas coloniales de vida siguieron vigentes. Lo mismo que la mentalidad colonialista. No se produjo, a raíz del triunfo del pueblo en la guerra, la imprescindible *emancipación mental*. Y cierto era que no podía producirse: lo vedaba el generalizado atraso. Atraso del cual era responsable la antigua colonia y, por consiguiente, la cosmovisión que la consagraba. Se vivía dentro de un círculo vicioso: el atraso explicaba la postura de solidaridad de la clase media y la clase trabajadora con la burguesía dirigente; y el hecho de que esta fuera dueña del poder acentuaba o por lo menos mantenía el aludido atraso.

Se manifestaba este en todos los costados de la vida. Ya vimos sus expresiones políticas y económico-sociales. En lo que respecta a lo espiritual, persistió la ignorancia; y en los centros directores —salvo excepciones— la mentalidad colonialista. Pero había, dentro de esa perspectiva oscura, algo prometedor: la integración social y sus derivaciones. Estas dieron origen, entre otras cosas, a cierta unidad de las dos éticas a que hemos hecho referencia. Unidad que quedó concretada en *un sistema de moralidad colectiva*. Pero este sistema no progresó. Dada la diversidad y endeblez de sus fundamentos, tuvo un *carácter heterogéneo y precario*. La ausencia de los principios que presiden las normas de conducta civilizada

y el hecho de que —reflejo de la cosmovisión antigua— no acusara racionalidad, ponían de relieve su naturaleza precaria. El concepto del matrimonio, en cuya práctica se basa toda sociedad culta, siguió siendo casi ignorado, razón por la cual el sentido de la paternidad, apenas existente, era una expresión estrictamente afectiva. A su vez, la familia, viciada por los concubinatos múltiples, no respondía al concepto ético-jurídico en que debía reposar. Sobre estas bases no podía desarrollarse un sistema de moralidad coherente y rico. Era obvio que el existente, ofreciera, por tanto, manifestaciones disímiles. Su heterogeneidad nació de la estratificación social, que a su vez la mantenía. Pero sobre esta heterogeneidad gravitaron, en función unitaria, las concepciones del costado teórico de la cosmovisión.

Dijimos ya que la burguesía acusó en el pasado la moral del dominador. Pues bien: *siguió acusándola*. Era la moral no del que domina por sus condiciones relevantes, sino del que goza de este dominio porque así lo dispuso la herencia o la configuración social y política existente. Moral fundamentada en el insólito concepto de la *naturalidad de la injusticia*. Por otra parte, al considerar degradante el trabajo manual, estimulaba al vicio. Fue, en suma, una *moral negativa*, carente de virtudes sociales y pobre en virtudes individuales. Pruebas de esta pobreza la ofrecía la aceptación del lucro obtenido en cualquier forma y la convalidación de la hipocresía.

La moral del hombre «mediano» acusaba, junto a otras, algunas de estas características. Antaño, no se consideraba a sí mismo un dominador, aun cuando poseyera esclavos. Su actitud social era la del *subordinado*. Claro está: de esta subordinación y del afán por superarla nacieron forzosamente determinadas tendencias éticas. Se veía, además, en la necesidad de trabajar, y esto le impedía entregarse a los vicios que engendra la molicie. Su anhelo máximo era llegar a

ser burgués. Y para alcanzarlo ¿no tenía acaso que aguzar el entendimiento, desarrollar la astucia y violar a veces normas y leyes? ¿No explicaba esto último, en gran parte, sus actividades contrabandísticas de entonces? Fue, hasta cierto punto, *un rebelde*. Pero esta rebeldía era amortiguada por la cosmovisión reinante, que lo empujaba a inclinarse ante el clérigo y a ver en el rey y sus funcionarios, la suprema jerarquía. Su espíritu se desarrolló así dentro de una pugna: comprendía que las normas coloniales obstaculizaban su anhelo de progreso; pero se rendía ante ellas... Analfabeto, buscaba solaz en las mismas fuentes donde lo hallaba el esclavo. Es más: como muchos de ellos eran libertos, su moral ofreció frecuentemente algunos aspectos típicos del sistema propio a la clase originaria, que se reflejaron en sus costumbres. Por desventura, casi todos esos rasgos, con las modificaciones y nuevas presencias brindadas por las recientes circunstancias, *supervivieron*.

Lo mismo aconteció con los que habían dado su tipicidad ética a la servidumbre de la gleba y al escaso proletariado urbano. En el fondo, estas clases —al igual que la burguesa— vivieron *al margen de los auténticos principios éticos*. No obstante, mostraron virtudes que cobraron gradual relieve como lo eran la lealtad, el desinterés material —en indudable riña con el afán de progreso económico—, y la tendencia a la ayuda al prójimo.

Mas lo repetimos: sobre todas esas éticas siguió gravitando la cosmovisión imperante. Era algo así como un común denominador: era lo que les daba una relativa coherencia; lo que permitía, en suma, afirmar que existía un *sistema de moralidad colectiva*, a cuya formación contribuyó, como vimos, la integración social. La cosmovisión actuaba a través, sobre todo, de su contenido teórico; pero también influía mediante su costado económico-social. Para mayor precisión, ampliemos algo ya dicho: la gravitación teórica nunca significó, como hubo de significarlo en la sociedad occidental europea del Medioevo,

una *consustanciación* con los principales preceptos del dogma católico. Sábese que fue esta consustanciación lo que originó, en Europa, el aliento místico que empujó a las peregrinaciones y a las Cruzadas. El catolicismo aparecía allí como una entidad coherente, sin mezclas ni desvíos. Aquí no... Desde temprano ofreció adaptaciones al magismo de la clase esclava; y aun cuando fue creando su mitología, con una impresionante riqueza en vírgenes y santos —mitología en cuyo Olimpo la Virgen María reinaba en la forma dual de Virgen de las Mercedes y Virgen de la Altagracia— y de esta mitología brotaron cultos que originaron procesiones y *promesas*, de ningún modo puede afirmarse que provocó una *actitud mística colectiva*. Más aún: salvo raros casos, los clérigos, en vez de incitar con sus actividades al misticismo, ofrecían, con su entrega a lo mundano, indicios o pruebas de repudiarlo. De ahí la falsedad de la afirmación —sostenida por muchos— de que aquella colectividad fue ayer y es hoy católica. Lo cierto es que fue y sigue siendo más bien supersticiosa.

De todos modos, la entrega a dicha cosmovisión fue el factor esencial de la unidad —harto relativa— de aquel sistema de moralidad heterogéneo y precario. El conjunto del sistema obedeció, portanto, a una imposición externa. No brotó, espontáneamente, del desarrollo espiritual colectivo. No surgió de la naturaleza de la convivencia. Reflejó, por el contrario, la orientación de la clase dirigente. Fue, en suma, una expresión más de la «enajenación».

Pudo haberse esperado que el liberalismo motivara cambios en su contenido. No fue así. Pese a la difusión de este ideario en las capas letradas, las formas de conducta derivadas de la antigua cosmovisión permanecieron intactas. Ciego ante las raíces del coloniaje, el liberalismo no captó la función determinante de este en el nacimiento y desarrollo de la colonia. Y la prédica de la libertad y del nacionalismo no bastaron para

modificar las normas de vida y las costumbres. Es obvio que para lograr esta modificación, hubiera sido necesario atacar los fundamentos, tanto teóricos como concretos, del aludido coloniaje, y dar nueva vida a la revolución económico-social que, iniciada por Louverture, culminó en la frustración. Pero nada de esto se hizo. Por consiguiente, la moral siguió en dependencia de lo mágico-religioso y del cuerpo conceptual que lo sustentaba. Ya hemos visto que esta dependencia fue en gran parte responsable de la solidaridad hasta cierto punto voluntaria de las clases inferiores con la burguesía dirigente. Al ser una expresión de conducta colectiva, la actitud hacía ver que dichas clases no habían cobrado aún conciencia de sí mismas.

¿Cuál fue, entonces, en el campo espiritual, el significado del nacionalismo? Reiteramos que reveló un avance. Es más: puesto que sostenía el principio de la autodeterminación, tuvo un sentido ético. Lo doloroso fue que este sentido no provocara el mencionado cambio de conducta y la consiguiente superación del sistema de moralidad imperante. Como este reposaba en lo arbitrario y lo afectivo, parte del pueblo —que se sentía en la intimidación nacionalista— apoyó sin objeciones a los caudillos burgueses representativos del anexionismo o el proteccionismo.

No obstante, la corriente nacionalista despertó en las mayorías el sentimiento de que gozaban de libertad, de que eran dueñas de sí. Y este sentimiento dio origen a cierta conciencia de la propia dignidad, que se reflejó en la fidelidad a los compromisos —nueva forma de la lealtad— y en un impulso hacia la superación ética personal. Infortunadamente, la intensidad de las pugnas políticas y su culminación frecuente en guerras intestinas y gobiernos despóticos, pusieron un valladar casi infranqueable a su desarrollo. Tal intensidad *impidió, a las claras, todo progreso*. Más aún: en el orden moral tuvo efectos disolventes, ya que arrancaba al padre del seno de la familia

—cuando esta existía— y provocaba en su ánimo la germinación de un culto bárbaro: *el de la violencia*. En efecto, devino frecuente que cualquier discusión se zanjara a tiros. Y como las discusiones eran hechos diarios y los enemigos políticos eran muchos, cada cual llevaba siempre consigo un arma blanca o de fuego, que utilizaba sin reparos cuando el decoro se sentía herido. Nació así un *sentimiento falso de la hombría*. Ser hombre —según la estimación común— no era cumplir con los deberes para consigo mismo, la familia y la sociedad, sino sentirse capaz de batirse con otro por cualquier minucia. Todo esto revelaba —junto a otras cosas ya señaladas— la precariedad de la moral. Es más: revelaba la existencia en esta de *contenidos bárbaros*. El respeto por la vida humana hallábase ausente, como también el debido a las normas institucionales que —lo hemos dicho varias veces— constituían una ficción.

Por ventura, algunas luces rompían las tinieblas de ese panorama. Sabemos que latían, sobre todo, en la clase media y las clases inferiores, virtudes inequívocas, como la lealtad a la palabra dada, la generosidad y la mutua ayuda. Virtudes que brotaban casi siempre de un sentimiento de solidaridad humana. *Había, pues, dentro de aquella barbarie, cierto humanismo*. Pero no pudo este contrarrestar los desvíos o vicios anotados ni servir de base para un salto hacia una vida espiritual racional y elevada. En realidad, tales vicios o desvíos eran un producto de la libertad moral: no existían normas éticas colectivas a las cuales era imperioso ajustar la vida. Lo que existía era lo contrario: el desenfreno instintivo provocado por las guerras y el ejemplo del crimen y la abominación dado por los gobiernos despóticos. Lo que existía, en suma, era la amoralidad y la desorganización derivadas de *una cosmovisión que convalidaba la injusticia*. Lo injusto parecía lo natural. Vivíase, pues, dentro de una inversión de valores que alcanzó luego niveles de espanto.

El movimiento liberal nacionalista se encontró frente a esa realidad y al interés que indirectamente mostraba la burguesía reaccionaria en mantenerla. Y nada pudo hacer. Como hemos expresado, los gobiernos liberales tuvieron una duración efímera. ¡Y triste fue que a sus caídas contribuyera, con su entrega al caudillismo, parte del pueblo! No comprendía este que al obrar de ese modo, asumía la defensa de su enemigo. ¡Actitud suicida!

¿Y la vida intelectual? ¿Cabía, dentro de ese sistema de moralidad, el culto a la inteligencia? Sí... Pero fue un culto urbano y de poco aliento. Casi idéntico, en el fondo, al que existió bajo la colonia extranjera. Presentó, sin embargo, una nueva forma. Antaño, la vida intelectual estuvo circunscrita al clero. Ahora, en cambio, se extendía a los demás sectores de la burguesía y a reducidos círculos de la clase media urbana. Algunos intelectuales abrazaron el liberalismo. Otros, tal vez los más, mantuvieron el credo reaccionario. Casi todos eran autodidactas y se dedicaron con preferencia a la literatura. Naturalmente, el intelectual burgués obedeció a la mentalidad típica de su clase: fue anexionista o proteccionista y se puso al servicio de los regímenes despóticos. Manuel María Gautier y Félix María Delmonte constituyeron claros ejemplos. El de la clase media, por el contrario, se manifestó casi siempre en solidaridad con el liberalismo nacionalista. Tal el caso de Salomé Ureña.

A través del intelectual, el romanticismo cobró fuerza en el seno del movimiento liberal. La literatura fue la expresión más señera de esta corriente. Poetas y prosistas se entregaron a lo emocional, a la expresión de lo íntimo, a la apología de las supuestas o reales glorias pretéritas. Cuando no cantaban al amor, los poetas cantaban a la *raza hispánica* o a la Madre Patria. Y también al indígena desaparecido y a la patria de entonces, a la cual veían en marcha firme hacia el progreso.

El romanticismo condujo, pues, con gran frecuencia, a un mundo de falsía y de ficción; y se desarrolló dentro de la cosmovisión antigua, adaptada a los nuevos tiempos. Acusó fervor por la libertad, pero —al igual que el liberalismo, con el cual aparecía fraternalmente unido— permaneció ciego ante las realidades económico-sociales. Apenas encontramos uno solo de sus voceros o exponentes en quien vibrara el dolor de aquella vida dentro del atraso y la injusticia. Es más: al exaltar las *glorias* coloniales y mostrar a la vez pasión por la República, ofreció una contradicción notoria. Puso de manifiesto, por otra parte, una esencia foránea: no daban los románticos la sensación de vivir junto al pueblo. Sus voces, típicamente europeas, expresaban emociones ajenas a la dominicanidad, aun cuando cantaran las glorias nacionales. El movimiento reveló, por consiguiente, una supervivencia del espíritu antiguo. O para decirlo mejor: una proyección débil y a veces inconsciente del colonialismo.

Es claro: su fraternización con la corriente liberal motivó en esta la primacía del ensueño. Ya hemos insistido en el tema. Reiteremos que, de espaldas al hecho sociológico, los liberales se entregaron a la teoría, y como su aplicación en Europa había sido favorable, pensaron que también debía serlo allí. Por eso fracasaron.

El fracaso cubrió todo el pasado siglo. Y también lo que llevamos del presente. Pero este ofreció, en sus comienzos, un hecho de importancia: mientras la reacción permanecía atada a la totalidad de las viejas concepciones, un grupo de jóvenes liberales se orientó hacia el positivismo. Hostos fue el maestro de esta doctrina. No puede negarse que su obra educacional reflejara nuevas ideas. Fue el creador de la enseñanza científica. Procuró destruir el costado teórico de la vieja cosmovisión. Comprendió, entre otras cosas, la negatividad secular de la labor del clero, y fundamentó su enseñanza en el culto de

la razón. Todo aquello era, indudablemente, algo nuevo. Podía ser interpretado como un paso de avance en el camino de la *emancipación mental*. Pero las fallas de la doctrina condujeron a culminaciones parcialmente opuestas. El culto por la ciencia y el progreso degeneró en una desorbitada admiración hacia los países que se habían levantado impulsados por dicho culto. Y esta admiración condujo al concepto de que solo imitando a esos países u obedeciendo a sus dictados, podía la República superar sus debilidades tradicionales. Ello hacía ver que la doctrina *no rompió con la mentalidad colonialista*. Se circunscribió a marginar el contenido religioso de la cosmovisión. Y si bien, a diferencia del liberalismo, se preocupó de lo económico, *erró totalmente* en los enfoques del problema. Esto es incontrovertible. Aceptó, dándolas como buenas, las estructuras económico-sociales imperantes y permaneció indiferente ante la función negativa de la burguesía a través de la historia. Es más: fue en el seno de esta burguesía donde captó el mayor número de prosélitos, a quienes dio un material falso para justificar el anexionismo o el proteccionismo. No produjo, pues, dicha doctrina, una auténtica *emancipación mental*. Lo que provocó fue una nueva orientación del colonialismo, ajustándolo a las realidades de la época. Es cierto que destruyó la esencia religiosa de la antigua cosmovisión; pero la substituyó por un laicismo que dejó vivos los otros integrantes del coloniaje, ante los cuales se inclinó indirectamente, *racionalizándolos*.

Es innecesario decir que su proyección solo alcanzó a una escasa minoría. Las mayorías conservaron su lealtad a la antigua cosmovisión, *renovada por la modificación de su costado político*. Continuaron, pues, dominadas por concepciones mágico-religiosas.

La aludida doctrina no pudo, por otro lado, imponer sus propósitos *progresistas* y el culto de la ciencia. La vida, dominada por la pasión política, lo impedía. Sabemos que este

dominio no fue óbice para que el capitalismo foráneo se introdujera, con los dramáticos resultados conocidos. Pues bien: a esta introducción contribuyeron, debido a su falsa visión de la realidad económico-social, los positivistas. La llegada de aquel capitalismo extraño era para ellos un síntoma de progreso... Coincidían en esto con los reaccionarios clericales. Lo doloroso del caso fue la indiferencia del pueblo ante todo eso... ¡Es que su mundo era el de la antigua cosmovisión!

Este mundo siguió expresándose con la diversidad de tonos a que obligaba la configuración clasista. Tonos que asomaban ahora enriquecidos por la gravitación de las nuevas corrientes. Enriquecidos y anarquizados. Se dio el caso, naturalmente, de que dentro de la burguesía hubo positivistas y católicos militantes. Y falsos católicos. Como los positivistas constituían la minoría, los otros dominaron, lo que implicó la primacía de la vieja cosmovisión y, por consiguiente, del clero. Es claro que ello revelaba una postura contraria a la asumida entonces por la burguesía europea y norteamericana que, como bien se sabe, fue el factor básico del progreso en sus respectivos países. Tal postura —totalmente colonialista— le impedía estimular el desarrollo y promover la incorporación del pueblo a la civilización de la época.

También la clase media siguió viviendo dentro de sus viejas normas. Y al dejarse arrastrar por la pasión política asomó como responsable indirecta del mantenimiento del *statu-quo*. Lo mismo aconteció con la clase trabajadora de campos y ciudades. Se mantuvo dentro de su mundo tradicional, mágico-religioso, y viendo con relativa naturalidad su subordinación al hacendado o al patrón capitalista de mentalidad feudal. El primero, convertido frecuentemente en cacique, empujaba a sus miembros a las guerras intestinas. La pasión caudillista ocupó en su ánimo el sitio correspondiente al ansia de superación.

La negatividad de todo eso no fue óbice, sin embargo, para la creación artística. Del seno de estas últimas clases siguió brotando la música vernácula y surgió una poesía típica, cuyo enriquecimiento culminó en la integración de una poética folklórica, que se difundió ampliamente. Su vehículo formal fue la décima. Pero los altos círculos intelectuales tendían a menospreciar esta poética. Continuaban de rodillas ante lo foráneo. En verdad, el poeta popular se contentaba generalmente con la referencia a lo anecdótico: apenas se adentraba en la dimensión humana y sus angustias. Correspondió al máximo poeta dominicano de hoy, Domingo Moreno Jimenes, realizar este adentramiento.

La Primera Intervención Militar Norteamericana encontró, pues, la vieja espiritualidad casi intacta. Producto del subdesarrollo, la mayor parte de sus facetas reflejaban la *naturaleza colonial* de lo existente.



CAPÍTULO DECIMONOVENO

La máxima derivación espiritual de la Primera Intervención Militar Norteamericana fue el despertar del sentimiento patriótico. El hecho tuvo una extraordinaria importancia. Aparece relacionado con las ejecutorias del gobierno foráneo en el plano político y en la esfera intelectual y ética. Conviene, pues, iniciar su estudio dando prioridad a esto último.

La sola presencia del marino extranjero provocaba en el ánimo popular un sentimiento de repudio que el despotismo de los primeros años forzosamente intensificó. Con rapidez notoria, este sentimiento se fue extendiendo y cohesionando. Mientras tanto, el gobierno procuraba combatir la ignorancia. La instrucción pública comenzó a difundirse. Es más: pretendió modificar la ética incorporándole conceptos como el respeto a la vida humana, el amor a la paz y el fervor por el trabajo. Todo esto respondía, en el fondo, *a los fines del imperialismo*. La intervención tenía que justificarse ante los ojos del mundo. Y —claro está— el respaldo del gobierno al capitalismo imperialista fue presentado como una prueba de la voluntad de llevar el país hacia la civilización contemporánea.

Como era de esperarse, el movimiento educacional no respondió a esencias revolucionarias. En vez de propiciar el desarrollo de una cultura auténtica, quedó

circunscrito a la mera instrucción y tuvo un carácter formal. Pese a esto, precisa estimarlo como un adelanto, ya que implicó una reducción del analfabetismo. Pero fracasó el gobierno en su empeño por modificar la ética. Fracasó, sobre todo, porque cuando recomendaba, encontraba el valladar del sentimiento nacionalista creciente; y porque aun los más ignorantes comprendían que dicho gobierno era una superestructura arbitraria que gravitaba, por obra de la violencia, sobre el pueblo. No podía este tolerar aquella sujeción extraña. La dominicanidad en auge estalló al cabo de cierto tiempo, en una protesta viva y casi unánime.

Cuando se produjo la desocupación militar extranjera, el balance, en el plano ético, era negativo. Contribuyeron a ello diversos hechos. La dislocación de las viejas estructuras, al engendrar miseria, desocupación y la extensión de un proletariado que no gozaba de derechos, incitó al vicio. La amoralidad de la burguesía se vio acentuada, en razón de que el marino intervencionista dio el ejemplo del peculado. El burgués reafirmó en su mente el concepto de que el objetivo fundamental de la vida era la obtención de riquezas y que cualquier medio que condujera a ello, era plausible. La generalización de las *modalidades formales* del capitalismo trajo, además, una decadencia de la virtud de la solidaridad y el incremento del egoísmo. Por ventura, todo eso era compensado por el sentimiento patriótico en auge. Acarreó este la unidad momentánea de las clases sociales, y puso de relieve la existencia del afán de autodeterminación. Mas ¿cuál era el contenido y meta de este afán? Su gran falla estaba, precisamente, en la ausencia de un contenido racional. Estaba —por decirlo mejor— en su carácter estrictamente afectivo. No aspiraba a la recuperación de la soberanía para *dar realidad a una nueva vida*. Era afán de autodeterminación por sí sola y condenada, por tanto, a propiciar la caída de la futura República dentro de los viejos moldes.

Sabemos que así sucedió... No existían las bases imprescindibles para que el nacionalismo se ensanchara y apareciera con nuevas orientaciones políticas, sociales y económicas. La intelectualidad no podía ofrecerlas... Y mucho menos las jerarquías políticas no intelectuales y representativas de la negatividad burguesa. La vuelta al caudillismo y a los vicios políticos tradicionales fue, pues, una consecuencia lógica, que implicó agravantes: el nacionalismo perdió en gran parte su vinculación con el liberalismo; el deterioro del sistema de moralidad fue un hecho visible; y la transformación de la Policía Nacional —creada por el marino intervencionista— en Ejército Nacional, dio a este cuerpo, dado el desarme total del pueblo, el carácter de una *superestructura en condiciones* de convertirse en el factor determinante del proceso histórico futuro.

Nada hizo el gobierno de Vásquez para oponerse a esas realidades dolorosas. Es más: vimos ya cómo su actuación propició que el Ejército asumiera esa función. Tenía que ser así... Pues dicho gobierno era uno de los exponentes de la decadencia de la reacción ya, iniciada.

Uno de los síntomas espirituales de esta decadencia lo hallamos en el auge de la corriente pro norteamericana en el seno de la burguesía. Ya hemos señalado cómo gran parte de esta colaboró con el marino intervencionista, lo que ponía de manifiesto su nueva entrega al anexionismo. Pues bien: esta entrega quedó evidenciada por el afán —expresado en la intimidad por muchos— de que el país se convirtiera, definitivamente, en una colonia similar a Puerto Rico. Es más: el afán trajo consigo una *norteamericanización* de las costumbres. Determinadas normas tradicionales de origen hispánico comenzaron a ser substituidas por las normas yanquis, y era un orgullo para quienes las obedecían hablar preferentemente en un inglés chapurreado. De esa época data la proliferación de palabras inglesas dentro del léxico español corriente y en la

propaganda comercial. Todo ello tenía un significado sociológico. Ponía de relieve que aun cuando dicha burguesía seguía diciéndose *católica* y obedecía a los ritos de esta religión, su renuncia a las demás esencias hispánicas de la cosmovisión era un hecho incontrovertible. Desde hacía tiempo había marginado —como hemos dicho— al rey. Pues bien: esta marginación se amplió, cubriendo también las costumbres, y en consecuencia, sus fundamentos éticos. En final de cuentas, dicha clase mostró un notorio hibridismo en lo que respecta a estos fundamentos. Hibridismo que indudablemente delataba inconsistencia y anarquía, y —obvio es— la acentuación de su decadencia.

El proceso de esta decadencia alcanzó un alto nivel bajo la monstruosa tiranía de Trujillo. Exponente específico del costo socioeconómico de la antigua cosmovisión, esta tiranía *disolvió, obedeciendo a la dialéctica histórica, el tradicional sistema de moralidad*. La convivencia quedó sujeta a una sola regla: la que imponía el tirano, con la colaboración de sus consejeros intelectuales. Devino imposible la expresión libre de las posturas éticas: pesó sobre ella la amenaza del hambre, la tortura o el crimen. Creció el irrespeto a la vida humana... En el pasado, se iba al crimen bajo el incentivo de la pasión. Ahora fue en muchos un acto casi diario que *acusaba naturalidad*. Asesinar llegó a ser para estos lo mismo que comer...

Fue en la alta clase donde la corrupción alcanzó el máximo relieve y extensión. Comerciantes, hacendados, rentistas, profesionales y clero hacían frecuentemente gala de ella. El hecho no podía causar extrañeza. ¿No había sido esta clase expresión constante de amoralidad? ¿No fue acaso su codicia lo que creó y mantuvo vigentes las estructuras económico-sociales injustas, típicas de la colonia? Aquello aparecía, pues, dentro de la lógica histórica. Pero esto no justificaba la actuación, ya que en dicha clase era donde existía una noción más clara y

viva del bien y del mal. Se ató al mal, por tanto, a conciencia, impulsada por el ansia de conservar y si posible aumentar sus riquezas. No le importó que la tiranía se hubiese levantado y se sostuviera gracias al crimen, y que pretendiera convertir a la República en un feudo personal del tirano. Estimó, por lo menos durante los primeros lustros, que a su sombra podía medrar con amplitud...

Sorprendió a algunos que en esta postura se colocara el clero. ¿No latía acaso en este el espíritu del cristianismo? No. El catolicismo y el cristianismo se evidenciaron allí como realidades antagónicas. Y cierto fue que dicho clero ocupó entonces, dentro de la burguesía, la vanguardia en el plano de las negatividades. Siguió siendo lo que había sido antes: el factor básico en la convalidación de la injusticia. Lo que se tradujo —como hemos ya expresado— en constantes exaltaciones del régimen y del tirano. Esta actuación, incalificable, contribuyó de modo prominente a la desorientación del alma colectiva. Pues *presentó al mal, ante los espíritus sencillos, con substancias y relieves de bien*. «Si el cura habla y procede de ese modo —decían estos— es porque Trujillo es un santo; y cuanto realiza, refleja la voluntad de Dios»... El ignaro se sintió así empujado a la idolatría del déspota... En suma: tal actuación fue un precipitante de la disolución del sistema de moralidad.

Exponentes de esta fueron la pérdida, bastante generalizada, del sentido de la cooperación y la ayuda recíproca, del valor a la palabra dada, de la lealtad al amigo, del sentimiento del decoro. Todos —menos aquellos directamente responsabilizados con el régimen— se veían obligados a vivir estrictamente *dentro de sí y para sí*. Pero este individualismo desorbitado, que a veces convertía a los miembros de una familia en seres extraños los unos a los otros, aparecía subordinado, en lo externo, a la norma de sumisión que imponía la tiranía. Violar esta norma era arrostrar los martirios de la

cárcel, o la muerte. Para obtener trabajo, la clase media tenía que fingirle, al igual que las clases inferiores, adhesión al tirano. Claro está: se generalizaron la mentira y su culto, de los cuales el gobierno, al insistir en su falsa naturaleza democrática, daba el máximo ejemplo.

Otro exponente de la disolución del sistema de moralidad fue el nacimiento y la generalización del *complejo del miedo*. Como cualquier palabra o actitud podía acarrear la persecución y el asesinato, la actividad individual quedó supeditada a ese complejo, que enfermó el espíritu de muchos. Hombres por naturaleza buenos cometieron, empujados por esta supeditación, actos censurables. Realizado el primero, no había ya reparos en llevar a efecto el segundo. La substancia de sus almas se fue así adulterando. Tratábase, en el fondo, de una diabólica «enajenación». Tal fue el caso de tantos que, a conciencia, contribuyeron a levantar y consolidar aquel régimen de oprobio.

Las consecuencias de las realidades descritas fueron terriblemente negativas y múltiples. La más importante de ellas dio parcialmente la tónica al porvenir inmediato. Y aún gravita sobre la vida espiritual. Nos referimos a la psicología *anómala* de las generaciones que alcanzaron su madurez entonces. Obedecieron estas generaciones a estereotipos éticos censurables, como la tendencia hacia el oportunismo, a subordinar la conducta a fines estrictamente materiales, lo que acarreó la pérdida parcial del sentido del decoro. Es más: como muchos de sus miembros apoyaron a conciencia a la tiranía, hoy obedecen a un complejo de culpa. Y repudian y pretenden destruir por todos los medios, a quienes, leales al principio del bien y del decoro, negaron esa cooperación.

No hay que decir que la intelectualidad civil, corresponsabilizada en su mayor parte con el régimen, falseaba las abominables actuaciones de este. Al igual que el clero, vivía de rodillas ante el tirano. Sus figuras más conspicuas actuaron, junto a este, en

función de asesores y consejeros. Se dio así el hecho de que las dos fuerzas encargadas de orientar hacia el bien a la comunidad, quedaron convertidas en fanales de perversión. Y no hay duda: el clero aparece con una responsabilidad mayor... Pues formaba parte de una institución internacional que, dado su secular e inmenso poder, el tirano tenía que respetar y temer. Obraba con espíritu de cuerpo y ejercía un auténtico dominio sobre extendidos sectores de la sociedad. Si hubiera denunciado, desde los inicios, las abominaciones del régimen, el derrumbe de este se habría consumado en breve tiempo. El intelectual, por el contrario, carecía de ese dominio; y obraba individualmente. No disponía, en suma, de las fuerzas del otro.

Se vivió, pues, dentro de la amoralidad, la impostura y el crimen. Se vivió —para decirlo mejor— dentro de todos los *valores morales negativos*. Por ventura, de vez en cuando estallaban rebeliones contra aquel estado de cosas. Rebeliones de un hombre o de unos pocos, que eran ahogadas en sangre. Tenían su significado... Demostraban que existían reservas morales, que la corrupción no había alcanzado a la totalidad del pueblo.

Fue sobre todo en la última década de la tiranía cuando estas rebeliones se hicieron más frecuentes. Brotaron, por lo común, de la nueva generación de la clase media urbana. A menudo, los hijos se enfrentaron a los padres, delatando el conflicto generacional a que ya hicimos referencia. ¿Por qué actuaron de ese modo? Porque no hubo tiempo para que surgieran en ellos los estereotipos negativos; porque la pasión por la libertad y el sentido del sacrificio, vivencias que monopolizan el alma de la juventud, se impusieron sobre la gravitación deletérea del medio ambiente.

La vorágine de abominaciones no pudo destruir aquellas reservas morales. Soldados de estas, muchos jóvenes alcanzaron las palmas del martirio. Jóvenes de ambos sexos. No cabe

decir que todos obraron obedeciendo a un concepto claro de la naturaleza de la tiranía, sus raíces históricas y la orientación que precisaba dar al futuro; la mayor parte se sintió más bien empujada por un impulso afectivo: el amor a la libertad y a la justicia, y la pasión por la dignidad del hombre. Todo esto ¿no revelaba acaso un sentido ético en contraste con la podredumbre reinante?

El régimen implicó, por otro lado, la regresión del movimiento educacional, que se vio adulterado en sus fines. Tenía el maestro la obligación de cantarle loas al tirano. La escuela fue, por consiguiente, un factor de corrupción. El caso tal vez más repugnante lo ofreció la Universidad de Santo Domingo, cuyo profesorado se distinguió más —salvo excepciones— por su obediencia a los mandatos de la tiranía que por la enseñanza que brindaba.

No hay que decir que esta enseñanza, lo mismo que la de las escuelas, se desarrolló dentro de los viejos moldes; y obedeció, naturalmente, a la antigua cosmovisión. Su esencia fue, por tanto, colonialista. De modo indirecto, insistía en la naturalidad y ventajas de las viejas estructuras, que habían culminado en la *maravilla* del trujillato.

Dentro de ese clima, el desarrollo del arte tuvo que acusar, forzosamente, pobreza. El artista se veía obligado a tomar los cauces trazados por el régimen. Aun el músico popular tenía que cantarle, en sus «merengues», al tirano. No podía el poeta cultivar temas sociales. Y la filosofía, también sometida a la voluntad oficial, quedó circunscrita a la corriente espiritualista. No hubo, por otra parte, nuevas manifestaciones románticas. Vedado el liberalismo, desapareció también el romanticismo. Es más: como el espiritualismo en boga aparecía solidarizado, directa o indirectamente, con el costado religioso de la antigua cosmovisión, el positivismo dejó de tener cultivadores.

Esas realidades constituían serias amenazas para el porvenir intelectual del país. Pues no dejaban de proyectarse sobre determinados sectores juveniles, limitando su visión.

Muerto el tirano, todos los males expuestos quedaron vivos. Formaron parte del legado trágico dejado por la tiranía. Se encontró la nueva época con una cultura pobre y adulterada que era, en su conjunto, expresión de valores negativos. Afortunadamente, las reservas morales estaban ahí. Y estimuladas por los factores económicos, originaron el proceso revolucionario, que de inmediato se puso en marcha.



CAPÍTULO VIGÉSIMO

Ya sabemos que el ajusticiamiento de Trujillo desembocó, a las pocas semanas, en el advenimiento de un clima de libertades públicas. Pues bien: la nueva era se caracterizó, en el plano espiritual, por una violenta pugna entre la vieja cultura, atada a la antigua cosmovisión, y el afán popular por crear una cultura que respondiera a esencias nuevas. Cosa importante: este afán se manifestó en forma imprecisa y reveló contradicciones. La vieja cultura, en cambio, siguió ofreciendo su tradicional coherencia.

Expongamos de inmediato los fundamentos y formas de la pugna. Comencemos con lo ofrecido por la cultura vieja.

Se encontró esta, desde los inicios, respaldada por el poder burgués. La burguesía, ya en decadencia, se esforzó en la conservación de las realidades añejas que —como hemos visto— se cimentaban en el costado teórico de la cosmovisión teológico-feudal. Para lograrlo, estimó imprescindible reafirmar en el ánimo público los principios que informaban dicho costado. Mas ¿cómo actuar? Lo hizo con realismo: encargó al clero católico —o sea a unos de sus sectores— de extender su dominio sobre las conciencias. Es claro que no fue necesario convencerlo: comprendió que esa era su misión inmediata. Sin pérdida de tiempo, se lanzó a la labor. Creó organismos

colaterales, de tipo educacional. Y esta actividad culminó en el establecimiento de una universidad católica en Santiago de los Caballeros —segunda ciudad en importancia del país— y en la organización y generalización de cursillos llamados de «cristiandad». En el fondo, la actuación asomaba como un nuevo exponente de la disolución del sistema de moralidad. Ello era obvio... El clero, que fue uno de los máximos pilares de la tiranía decapitada, no tuvo reparos en presentarse ahora como el *máximo factor de moralización*. Naturalmente, si hubiera existido una conciencia moral colectiva, esto no habría sucedido. Un amplio movimiento popular, impulsado por esta conciencia indignada, habría frustrado, al nacer, la impostura.

No es necesario señalar que la aludida labor ocultaba un trasfondo político. Pregonaba que era una contribución al progreso espiritual del pueblo. Progreso que debía realizarse tomando como base, naturalmente, la concepción católica del mundo, que en *determinados aspectos había variado*. Uno de estos aspectos era el político-social. En efecto, no postulaba ya dicha concepción las tesis ultrareaccionarias expuestas en la «Encíclica Papal *Quanta Cura*» y en su anexo el *Syllabus*. Ahora mostrábase favorable a la democracia y coincidía parcialmente con algunos principios socialistas.

Acontecía, sin embargo, que esta variación, iniciada con la «Encíclica *Rerum Novarum*», fue desconocida del pueblo dominicano durante cerca de un siglo. El clero la silenció. Y en vez de obrar de acuerdo con su espíritu, actuó —como hemos visto— en forma contraria. Es claro que esta actuación y la tardanza en expresar las nuevas tesis, invalidaban ante las personas preparadas y conscientes, la prédica de ahora. Pero se daba el caso de que parte de la juventud burguesa y de la clase media se había formado a la sombra de dicho clero, al cual consideraba su guía espiritual. Lo era, naturalmente, para las almas sencillas —numerosas en el seno del campesinado— que alentaban

los sentimientos mágico-religiosos a que varias veces hemos hecho referencia. Es más: se dio el hecho paradójico de que la tiranía reafirmó y extendió la religiosidad en virtud de que muchas de sus víctimas solo encontraban consuelo en la plegaria. Existía, pues, un campo propicio para la mencionada actuación... Comprendía el clero, además, que ante el proceso revolucionario en marcha, la burguesía tenía que hacer concesiones. Pero no debían estas, evidentemente, tocar el poder y los privilegios de esta clase. Más que un deber impuesto por el concepto de la justicia, lo indicado era —a su juicio— que tales concesiones obedecieran a la virtud teologal de la caridad, cuya prédica, que lleva ya —con los resultados conocidos— veinte siglos, se intensificó y generalizó entonces.

Pero los hechos daban un mentís a las palabras... Las jerarquías católicas no se mostraban caritativas. No renunciaron a las riquezas que recibieron de Trujillo y que —claro está— pertenecían al pueblo. Tampoco renunciaron a los beneficios e inmunidades de que gozaban gracias al Concordato.

La misma actitud anticaritativa fue asumida por casi toda la burguesía. Pero ello no le provocaba preocupaciones. Confiaba en la catequización, en el lavado de cerebro. Para el catequizado —se decía a sí misma— tal actitud carecía de significado. Y si algunos se mostraban inconformes, bastaba la prédica de otra virtud teologal: la de la esperanza... ¡Era suficiente decirles que la caridad vendría; y que Dios castigaría a los ricos apegados a sus riquezas!

El plan de la actuación tenía, pues, sólidos fundamentos. Respondía a juicios encadenados, de los cuales cabe la siguiente síntesis:

- a) era preciso conservar la configuración económico-social existente;
- b) para lograrlo se necesitaba la solidaridad del pueblo con dicha configuración;

c) tal solidaridad solo podía obtenerse gracias a la entrega total de las almas a la antigua cosmovisión; y

d) el camino para alcanzar esto último era la reafirmación del dominio de la clerecía sobre la vida espiritual de todos.

Desarrollando este plan quedaba garantizado, a juicio de dicha clase, la permanencia de la vieja cultura, cuya realidad negativa la tenía sin cuidado. No le importaba por consiguiente, que la primacía de esta cultura hubiera conducido a la disolución del sistema de moralidad. ¡Tal vez veía con buenos ojos esto último! Pues la corrupción colectiva podía ser capitalizada, ya que el corrompido se presta al soborno y se convierte con facilidad en instrumento del delito.

Casi lo mismo cabe decir de la ignorancia. Era preferible —para la referida clase— su extendida existencia. Llevar luces al pueblo entrañaba una amenaza contra su poder y podía culminar en la destrucción de la vieja cultura. Este criterio explica, en gran parte, la despreocupación de los sucesivos gobiernos ante el problema educacional. La tiranía de Trujillo dejó cerca de un 60 % de analfabetos. Hoy la cifra es con toda seguridad mayor...

Decimos *vieja cultura* a conciencia de que la expresión no es del todo correcta. Pues, no se trata de algo completamente *viejo*. Es un hecho, en efecto, que la cultura secular mostró bajo el trujillato, presencias hasta entonces inéditas. Sufrió una degeneración que varió en gran parte su substancia y que se proyectó, sobre todo, en el campo de la ética. Ya hemos visto sus expresiones. Muchas de ellas pusieron de manifiesto la agudización de males añejos, como la ausencia de los principios en que se fundamenta la organización social civilizada.

Por ventura, los pueblos extraen energías de sus desgracias. A pesar de la disolución del sistema de moralidad y de los esfuerzos de la burguesía por mantener vigente la vieja cultura y evitar el despertar de las masas; a pesar, además, de la generalizada ignorancia, gradualmente fue tomando cuerpo *el afán*

popular de dirigir hacia nuevas metas la vida. Y este afán, al proyectarse, puso en marcha el proceso revolucionario, colocándolo frente a la vieja cultura, que es expresión, en suma, del coloniaje.

Adentrémonos ahora en las esencias de este proceso y en sus modalidades y proyecciones. Trátase, a las claras, de un fenómeno espiritual, aun cuando acusa, de modo casi siempre impreciso, metas materiales.

Su esencia fundamental es la *aspiración de justicia*. Y unida a ella —segunda esencia— *la de libertad*. La primera constituye allí algo nuevo. En el pasado solo hizo asomos. Las clases situadas por debajo de la burguesía se sentían conformes ante su condición social y fue regla que se inclinaran —bien lo sabemos— ante la supuesta naturalidad de las estructuras económico-sociales. No captaban la injusticia de estas. ¿Cómo, entonces, se produjo el cambio? Es más: ¿por qué demoró siglos en producirse? Podemos dar a estas preguntas una sola respuesta: se presentaron esos hechos en aquellos momentos porque nunca la injusticia alcanzó tanta extensión y fuerza como bajo el «Trujillato». El hambriento no podía contemplar con buenos ojos el disfrute de todos los bienes de la vida por un pequeño grupo minoritario. Consideró que esto era indignante e intolerable. Y se colocó, sin darse cuenta, frente al orden social establecido.

La actitud tenía un claro fundamento ético. Pero a menudo provenía de quien era un exponente de la disolución del sistema de moralidad. ¿No implicaba esto una paradoja? ¡Sí! Paradoja explicada por la historia, que siempre se ha desarrollado dentro de contradicciones semejantes. Por otra parte, ¿debía acaso interpretarse el aludido fundamento ético como expresión del ansia de una cultura nueva? La respuesta es afirmativa. Pues si la justicia llegaba a regular la convivencia, esta tendría que

ofrecer proyecciones vitales inéditas. Nacería un orden social que reposaría en una organización armónica, sobre cuya base el hombre podría realizarse. ¡Y de esta realización brotaría la nueva cultura!

Nada de eso era concebible sin el imperio de la libertad. Nadie ignora, además, que la pasión por la libertad es sustancia de la vida. Desgraciadamente, a veces se amortigua... Así acontece bajo las tiranías. Entra entonces en letargo. Pero al desaparecer la causa de este, estalla con bríos insospechados. Así aconteció allí cuando se llevó a efecto el ajusticiamiento del tirano.

¿Coadyugaron al estallido algunas fuerzas extrañas? Sí. Dentro de la clandestinidad a que obligaba la tiranía, el pueblo escuchaba las emisiones radiales del exterior. Y, sobre todo, seguía con atención el proceso de la Revolución Cubana. Quien carecía de radio reclamaba, consumada la emisión, el relato del amigo íntimo que la había escuchado. Fue surgiendo así la admiración hacia Fidel Castro, en quien se veía al revolucionario por antonomasia. Admiración que delataba una nueva postura espiritual frente al fenómeno político, propiciatoria del estallido.

Pero las aludidas esencias respondieron, en los inicios, a factores estrictamente sentimentales. Aun cuando algunos partidos procuraron racionalizarlas, brindándoles objetivos concretos, el sentimiento se sobrepuso casi siempre sobre la razón. Ello hizo que el movimiento acusara —entre otras cosas— las contradicciones a que hicimos referencia al principio. Algunos mantenían la tesis de que lo primario era asegurar, mediante el institucionalismo democrático, el goce de la libertad; y que la justicia vendría después. Otros —los marxistas-leninistas— insistían en la justicia y no escondían su anhelo de llevar a cabo una revolución sobre la base de la dictadura del

proletariado. Por último, varios partidos pregonaban el criterio de que el logro de la libertad y el de la justicia debían ser simultáneos. Pero hubo divergencias entre estos últimos en cuanto a las vías para alcanzarlos.

Ya sabemos que la tesis electoral se impuso. Aceptóse, en consecuencia, el criterio de que la libertad debía fundamentarse en un régimen de derecho. Tal criterio surgió de los partidos; no del pueblo. Pero el aliento revolucionario que latía en este era de tal modo vigoroso, que —como vimos— no hubo un solo partido que sostuviera públicamente una ideología conservadora. Todos parecían colocados en el campo de las izquierdas. Claro está: lo que las palabras callaban o encubrían, era delatado por la integración humana de las dirigencias y por las actuaciones. Se vio bien pronto, en efecto, que había partidos dominados totalmente por la burguesía reaccionaria o por quienes, sin pertenecer a esta clase, acusaban, dada su mentalidad, un espíritu burgués. Entre los primeros, el más importante fue Unión Cívica Nacional. Entre los segundos, el Partido Revolucionario Dominicano.

Algo similar aconteció con el Partido Revolucionario Social Cristiano. Su dirigencia estaba integrada por miembros de la burguesía y de la clase media; y su programa económico-social hacía hincapié en la justicia «con libertad». En razón de ello, aparecía en postura izquierdista. Pero su origen delataba lo opuesto: nació —como expresamos— de la voluntad del clero católico. Y era este quien orientaba a sus dirigentes. Ello bastaba para verlo como una cuña introducida por la reacción en el movimiento revolucionario. Se dirá, tal vez, que habiendo la Iglesia Católica variado de actitud frente al problema económico-social, este último juicio es incorrecto. No lo estimamos así. ¿Podía acaso confiarse en la sinceridad revolucionaria de una institución que frente a problemas que atañen al destino humano niega hoy lo que dijo ayer? Son sus

hechos los que hablan. Y es en estos que tenemos que basar las opiniones.

De lo dicho hace poco brota esta pregunta: ¿quiénes representaban al movimiento revolucionario? Los partidos de la extrema izquierda y los de la izquierda moderada o democrática. Esta última aparecía integrada, fundamentalmente, por dos organizaciones: la Agrupación Política «14 de Junio», y el partido Alianza Social Demócrata. Digamos algo sobre ambos... La primera se escindió, virtualmente, en dos bandos: el radical y el moderado. Vimos ya que decidió la abstención electoral, pero que al presentarse la polarización de la lucha, votó por el Partido Revolucionario Dominicano. El otro decidió ir a las elecciones. Pero no tuvo medios suficientes para realizar una campaña efectiva. Y la polarización de la lucha llevó a su militancia a votar también por el Partido Revolucionario Dominicano.

Existió, pues, la imposibilidad de que el movimiento revolucionario alcanzara la unidad requerida y se presentara, por consiguiente, como una fuerza cohesionada, con un programa ajustado a los requerimientos históricos. Devino víctima de contradicciones originadas por el subdesarrollo espiritual y las circunstancias. Pero tales contradicciones —y los desvíos nacidos de ellas— no menguaron ni adulteraron sus esencias. Siguió siendo la expresión de un ansia de libertad y de justicia y, por tanto, la fuerza antagonista de los sectores reaccionarios.

Es obvio que en el plano espiritual, su presencia revelaba un importante avance, que se traducía —extraordinaria novedad— en la *fundamentación ética* de la actitud política. Esta fundamentación, de trascendental relieve cultural, hacía ver que existía, en forma nebulosa, la voluntad de *substituir el sistema de moralidad disuelto por un nuevo sistema*, y de crear un orden jurídico-institucional inspirado en las esencias del movimiento.

Para alcanzar esto último era necesario vencer a la reacción; pero este triunfo aparecía condicionado por el logro de la unidad revolucionaria y la superación de las fallas del aludido movimiento. Desgraciadamente, hasta la hora en que se produjo la Segunda Intervención Militar Norteamericana no se había alcanzado ni lo uno ni lo otro. Ya expusimos los motivos...

También revelaba un notorio avance espiritual la declinación del caudillismo y la necesidad en que se vieron todos los partidos de presentar al pueblo un programa. Nos hallábamos lejos, indudablemente, de la época en que el fenómeno político giraba alrededor de dos o tres hombres. La nueva realidad sugiere esta pregunta: ¿hasta dónde influyó en ella la repentina presencia de las ideologías? Estimamos que tal presencia precipitó su desarrollo y contribuyó a darle determinadas orientaciones, en lo que respecta a las metas. Esto era algo positivo... Pero —reverso de la medalla— la diversidad de dichas ideologías acarreó, junto a otras cosas, la división del movimiento.

No obstante, un hecho se impone: tales ideologías enriquecieron la vida del espíritu. El marxismo, sobre todo —en sus variantes comunista y socialista democrática— sembró inquietudes en gran parte de la juventud universitaria. Al igual que el socialcristianismo. El clima de libertad provocó, además, un renacimiento de la corriente liberal, que se expresó, por encima de todo, en la prédica de la democracia. Es más: como el liberalismo y el romanticismo son, históricamente, ideologías relacionadas, volvió este último a hacer su aparición, dándose un caso singular, al cual ya nos hemos referido: muchos que se decían marxistas ofrecieron, en sus actitudes y pronunciamientos, *substancias románticas*. Por otra parte, el cultivo de la filosofía amplió su campo: junto al espiritualismo, corrientes nuevas allí, como el materialismo dialéctico y el existencialismo,

encontraron sostenedores. Mas la actividad quedó circunscrita a estrechos círculos.

Otro hecho que se impone es el siguiente: pese a su función coadyuvante del proceso revolucionario y a lo que significó en la esfera del espíritu, la presencia de las ideologías no implicó la atadura consciente de las masas al contenido de ellas. El hecho halla su explicación en la generalizada ignorancia, que también explica la exacerbación —sobre todo en el seno de determinados sectores campesinos— de la religiosidad. Contribuyó a esto vivamente la violenta ofensiva desatada por el clero católico con el fin de extender su dominio sobre las conciencias. Pero dicha religiosidad exacerbada no ofreció nada nuevo: siguió traduciendo las viejas facetas mágicas, que conducían al fetichismo y al culto unilateral de determinado santo o virgen. La clerecía insistió en este último culto apasionadamente. Es más: con el respaldo del gobierno absolutista de Reid Cabral, patrocinó y llevó a efecto en la capital de la República un congreso tendiente a *profundizar el estudio de los supuestos misterios de la Virgen María*. Misterios que, al parecer, integran una nueva ciencia: la *Marialogía*.

Todo lo expuesto coincidió con un renuevo del movimiento artístico, que se manifestó especialmente en la actividad teatral. Libre de la coyunda de la tiranía, el comediógrafo o dramaturgo creó a sus anchas, y encontró la colaboración de prometedores cuerpos de aficionados. Su temática se centró, sobre todo, en la crítica político-social, con fines revolucionarios. Obedeciendo a esta temática, el cine vernáculo comenzó a cobrar vida. Produjo una película notable: *La Silla*. También la poesía se orientó, en gran parte, por ese camino, mientras la pintura fue reflejando las corrientes contemporáneas universales. El arte, en suma, se puso consciente o inconscientemente al servicio del pueblo. Fue un integrante —y lo sigue siendo— del proceso revolucionario.

Ya vimos que este proceso desembocó en la rebelión popular que algunos oficiales jóvenes del Ejército desataron contra el régimen de Reid Cabral. Vimos también que este acontecimiento dio origen a la Segunda Intervención Militar Norteamericana, cuyo propósito oculto era mantener en el poder a la burguesía y, en consecuencia, apuntalar la vieja cultura. Pues bien: cualesquiera que sean las implicaciones inmediatas del hecho, reiteramos que nada podrá detener a la revolución en marcha. Tarde o temprano amanecerá, por tanto, la nueva cultura. Y su expansión y dominio traerá consigo la liquidación definitiva de la antigua cosmovisión y de sus dos expresiones fundamentales: *el coloniaje y el colonialismo*.

Se iniciará entonces una nueva era histórica. Nacerá la verdadera República. El pueblo se liberará de la «enajenación». ¡Y podrá al fin realizarse plenamente!



RESUMEN



La conclusión básica que se desprende de cuanto hemos expuesto es la naturaleza colonial de la vida político-económico-social y espiritual en Santo Domingo, desde el descubrimiento de la isla hasta la fecha. Esta naturaleza sufrió, a lo largo de la historia, ligeras modificaciones, que no alteraron su substancia.

Hagamos a continuación una síntesis de sus características en las tres expresiones estudiadas...

Expresión política

1. En la antigua colonia, la actividad política se circunscribió al ejercicio del poder. Y este estuvo en manos de la clase dominante, que hemos llamado *burguesía atípica*. No fue, pues, la política, afán de mejoramiento colectivo y labor de todos, en aras de este afán.

2. Bajo la República, el panorama cambió ligeramente. La política fue un quehacer generalizado, pero al servicio de la pasión caudillista. No pudo revelar, en consecuencia, el afán de mejoramiento colectivo ya mencionado. Es más: culminó casi siempre en el establecimiento de tiranías reaccionarias que, al sustentar el anexionismo o el proteccionismo, acentuaron la esencia colonial del poder. Impulsado por la pasión caudillista, parte del pueblo contribuyó al establecimiento de esas tiranías, y

hasta le brindó su respaldo. Al igual que los señores feudales de la Europa medieval, los caudillos y caciques fueron los factores dominantes. En el fondo, representaban a la burguesía, y para esta trabajaban. En los caudillos liberales hubo por lo común, sin embargo, un anhelo de bien público. Pero no pudo este anhelo materializarse en razón de que el liberalismo no se ajustaba a las realidades existentes y vivía de espaldas a las estructuras coloniales. Tal desajuste y la naturaleza caudillista de la actividad política dieron a la vida un tono anárquico, que se expresó en la multiplicidad de las guerras intestinas y la transitoriedad de los gobiernos. Solo las tiranías lograron estabilizarse. Pero su actuación ofreció, casi siempre acentuadas, las características de los gobiernos de la colonia extranjera. Más aún: algunas procuraron la restauración de esta colonia.

3. Durante décadas, el proceso político —manifestación típica del espíritu y las normas coloniales— ofreció altibajos. Pero al iniciarse el presente siglo, comenzó a degenerar. Y esta degeneración desembocó en la Primera Intervención Militar Norteamericana, y luego en la desintegración del caudillismo y el establecimiento y la consolidación de la tiranía de Trujillo, cuya actuación reprodujo las peores realidades de la antigua colonia. El poder fue, para este gobernante, un instrumento al servicio de su insaciable codicia.

4. El ajusticiamiento de Trujillo no trajo modificaciones en lo que respecta a las estructuras coloniales, nacidas de la cosmovisión teológico-feudal imperante en España en la época en que se efectuaron la conquista y la colonización. Pero se acentuó la decadencia del sector reaccionario, que había comenzado a asomar bajo el régimen del déspota ajusticiado. Por otra parte, brotó un proceso revolucionario que dio una nueva tonalidad al fenómeno político. Quedaban remanentes del caudillismo. Pero los partidos políticos se vieron obligados a inclinarse, de modo sincero o insincero, ante las ansias populares de

cambio, exponiendo programas basados en ideologías. Desafortunadamente, el aludido proceso mostró heterogeneidad y acusó desvíos. No obstante, culminó a la postre en la rebelión popular de abril de 1965, dirigida por oficiales jóvenes del Ejército. Este acontecimiento dio origen a la Segunda Intervención Militar Norteamericana y, con ello, a una reafirmación del coloniaje.

Expresión económico-social

1. El rasgo más típico de la sociedad en la época de la colonia extranjera —en este orden de cosas— fue su desintegración. La mejor prueba de ello la ofrecía la existencia de la esclavitud. La economía se fundamentó en el trabajo esclavo. Dueña del poder, la burguesía llevó vida ociosa, y su única preocupación fue el enriquecimiento rápido.

2. La situación anterior sufrió rudos golpes con motivo de la invasión de Toussaint Louverture, y luego, del dominio haitiano. El primero llevó a cabo una revolución económico-social que fue parcialmente completada por el segundo. Pero esta revolución no supo definir sus metas, cayó en el estancamiento y a la postre, se frustró. Sin embargo, logró producir transformaciones en el campo social, que se mantuvieron vigentes hasta bastante entrado el presente siglo. La más importante de estas transformaciones fue la integración de la comunidad. No desaparecieron las clases sociales; pero advino y cobró desarrollo la convivencia armónica entre ellas. La clase media —sobre todo la media rural— creció. Mas el poder económico siguió en manos de la burguesía, que mantuvo su lealtad a la vieja cosmovisión.

3. La Primera República respetó la integración racial: no se atrevió a restaurar la esclavitud. Pero las pugnas caudillescas, que culminaron en la Anexión a España, y el usufructo

del poder por la burguesía, impidieron el desarrollo de nuevas estructuras económico-sociales. A ello contribuyeron las guerras contra Haití. La estructura económica, sobre todo, comenzó a decaer. Y esta decadencia se agudizó con motivo de la guerra restauradora.

4. Bajo la Segunda República, la aludida decadencia siguió agudizándose. La estructura económica fue acusando, gradualmente, una mayor subordinación a la burguesía en el poder. Y las guerras intestinas —y otras causas— la hicieron caer en la anarquía. Se presentó luego el capitalismo foráneo, que dislocó a la larga tanto la estructura económica como la social. Ambas quedaron prácticamente destruidas. Sobre sus ruinas gravitó la superestructura capitalista extranjera. La dislocación alcanzó su máximo nivel bajo la tiranía de Trujillo. Monopolizó este la economía dando origen a una situación que remedaba a las de la antigua colonia. Inauguró un capitalismo que pese a su apariencia nacional, era también de tipo imperialista. Como las circunstancias históricas no eran las mismas de antaño, tales novedades agravaron la problemática económico-social, acarreado —entre otras cosas— la ruina de la clase media rural, el desempleo en gran escala y el hambre consiguiente. Cayó el país, por obra de estos hechos, en el subdesarrollo económico global. Y cobró mayor fuerza el coloniaje.

5. La muerte de Trujillo no hizo desaparecer las realidades recién descritas. Más bien se extendieron e intensificaron. Frente a ellas se alzó el proceso revolucionario. Fue este creciendo mientras la reacción, en franca decadencia, acentuaba la negatividad de su política —sobre todo de su política económica, que culminó en la hipoteca de la República. Con ello, la realidad colonial se hizo aún más viva. Claro está: al producirse la Segunda Intervención Militar Norteamericana alcanzó su máxima expresión.

Expresión espiritual

1. Dentro de la antigua colonia, la vida del espíritu fue un reflejo de la cosmovisión teológico-feudal imperante. En consecuencia: fue vida casi totalmente dominada por el clero católico. Como dicha cosmovisión consagraba las realidades coloniales, estas asomaron ante los ojos de todos —aun de los propios esclavos— como hechos naturales y permanentes. Traicionando a una de sus obligaciones fundamentales, el clero dejó al pueblo en la ignorancia. Es más: el costado teórico de la cosmovisión ofreció adaptaciones a la mentalidad y a los cultos primitivos de los esclavos africanos.

2. La invasión de Louverture socavó dicha cosmovisión. Pero era tal su arraigo, que esta siguió determinando las actividades de la burguesía, de gran parte de la clase media y, parcialmente, de la antigua clase esclava. El dominio haitiano continuó la obra de socavamiento. Simultáneamente se produjeron las primeras presencias del liberalismo. Esto y las nuevas realidades mundiales provocaron modificaciones en el costado político de la cosmovisión. Pero el costado teórico-religioso siguió intacto. Lo mismo que el económico. En el campo social, también se produjo una modificación: la esclavitud, restaurada por el régimen francés de Ferrand, fue de nuevo abolida.

3. La Primera República nace dentro de esa realidad espiritual. Y desembocó a la postre, al efectuarse la Anexión a España, en una restauración del costado político añejo de la cosmovisión. Pero fue una restauración efímera... El sentimiento de la dominicanidad ya había nacido y dio origen a la guerra contra la Madre Patria. Una vez más, la cosmovisión adaptó su costado político a las nuevas realidades. Pero la ignorancia subsistía; y la ética la reflejaba mientras aparecía en dependencia del costado teórico de la cosmovisión. Acusó esta ética, naturalmente, un carácter precario y heterogéneo. La intelectualidad continuó

atada —unos más, otros menos— al colonialismo. Lo expresaban —a veces sin saberlo— tanto el intelectual liberal-romántico como el positivista.

4. La Primera Intervención Militar Norteamericana provocó la exaltación del sentimiento de la dominicanidad. Este cubrió, momentáneamente, las demás expresiones espirituales. Pero recuperada la soberanía, fue de nuevo substituido por la pasión caudillista. En cuanto a la ética, no ofreció variaciones, en lo fundamental. El costado teórico de la antigua cosmovisión siguió gravitando sobre los espíritus.

5. La tiranía de Trujillo produjo la disolución del tradicional sistema de moralidad. El terror hizo nacer numerosos estereotipos psíquicos negativos. Se extendió la ignorancia colectiva. Todos los valores espirituales asomaron invertidos. La libre proyección de la intimidad anímica devino imposible. Y se mantuvo, mientras tanto, determinando gran parte de la vida psíquica, el costado teórico de la vieja cosmovisión. Su vocero máximo —o sea el clero católico— justificó la abominación existente. Todo ello expresaba, a las claras, coloniaje espiritual. Coloniaje con modalidades e intensidad inconcebibles.

6. La muerte de Trujillo dio origen a nuevas realidades. Bajo el clima de libertad, la vida espiritual estalló con brío y reveló múltiples inquietudes, que se reflejaron en el proceso revolucionario en marcha. Se ha entregado el pueblo a este proceso, que aspira a la creación de una nueva cultura, basada en la libertad y la justicia. Pero la burguesía, exponente del colonialismo y pilar de la vieja cultura, puso, desde el momento en que se inició esa marcha, valladares en su camino. La pugna culminó en la guerra civil. Y se produjo la Segunda Intervención Militar Norteamericana. Con ello, la vieja cultura ha quedado apuntalada. Y la vida del espíritu ha perdido, una vez más, su libertad de proyección. Pero tales realidades serán forzosamente efímeras. Pues la historia es rumbo hacia

el porvenir. Y aun cuando el porvenir nace del pasado, siempre lo niega.

Conclusión

Después de más de cuatro siglos de desarrollo histórico, la colonia sigue viva. La República, en consecuencia, fue y continúa siendo una ficción. Pero dejará, tarde o temprano, de serlo...

Í N D I C E

Presentación Julio Sánchez Maríñez	7
Prólogo León David.....	9
Prefacio Frank Moya Pons	29
Temario	35

INTRODUCCIÓN

Naturaleza de la colonia.....	47
-------------------------------	----

I. LA EXPRESIÓN POLÍTICA

Capítulo primero	59
Capítulo segundo	68
Capítulo tercero	77
Capítulo cuarto	87
Capítulo quinto	104
Capítulo sexto	128
Capítulo séptimo	143

II. LA EXPRESIÓN ECONÓMICO-SOCIAL

Capítulo octavo.....	173
Capítulo noveno	183
Capítulo décimo	191
Capítulo undécimo	201
Capítulo duodécimo.....	215
Capítulo decimotercero	238
Capítulo decimocuarto	253
Capítulo decimoquinto	270

III. LA EXPRESIÓN ESPIRITUAL

Capítulo decimosexto	297
Capítulo decimoséptimo	308
Capítulo decimoctavo	319
Capítulo decimonoveno.....	333
Capítulo vigésimo	342

RESUMEN	355
----------------------	-----

La República Dominicana: una ficción, de Juan Isidro Jimenes Grullón, de la colección «Clásicos Dominicanos. Serie II. Ensayos», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en julio de 2020, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares, de los cuales 1,800 están destinados a la circulación privada y donaciones y 200 a circulación pública o venta. Santo Domingo, República Dominicana.



COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE II. ENSAYOS

ISBN 978-9945-9224-1-7



9 789945 922417